

EDGAR RICE BURROUGHS

ESPADAS DE MARTE



Lectulandia

En Espadas de Marte, octava novela de la serie de John Carter de Marte, el protagonista abandona su rango y privilegios para infiltrarse en la no muy leal ciudad de Zodanga, y, de ese modo, enfrentarse a una poderosa hermandad de asesinos. Pero en la ciudad le aguardan no pocos enemigos y algunas sorpresas que lo conducirán a un destino lejano e imprevisto.

Edgar Rice Burroughs (1875-1950), es el gran clásico de la Ciencia-Ficción aventurera. Aunque es conocido fundamentalmente por la serie de Tarzán y sus innumerables adaptaciones cinematográficas, es creador de otros ciclos, como el de Pellucidar, que recrea una humanidad prehistórica en el centro de la Tierra, o el de Carson Napier, que se desarrolla en el Venus clásico de los bosques jurásicos y las princesas cautivas. Sin embargo, para el lector de Ciencia-Ficción, su creación más lograda es la serie de John Carter de Marte, que narra las aventuras de un caballero virginiano del siglo XIX en un Marte moribundo hecho para el combate y la aventura.

Lectulandia

Edgar Rice Burroughs

Espadas de Marte

Ciclo John Carter 8

ePUB v1.0

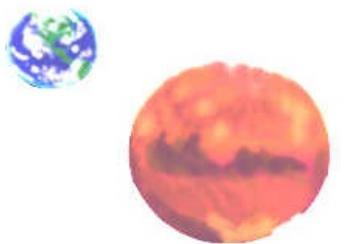
OZN 23.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Swords of Mars*
Edgar Rice Burroughs, 1931.
Traducción: R. Goicoechea
Ilustraciones: Michael Whelan
Diseño/retoque portada:LaNane

Editor original: OZN (v1.0 a v1.x)
Corrección de erratas:
ePub base v2.0

Prólogo



La luna había aparecido por encima del borde del cañón cercano a las fuentes del Pequeño Colorado. Bañaba con una luz tenue los cauces que bordeaban la ribera del pequeño torrente de la montaña y los álamos, bajo los cuales se encontraba la pequeña cabaña donde yo llevaba varias semanas acampado en las Montañas Blancas de Arizona.

Me encontraba en el porche de la pequeña cabaña, disfrutando de la suave belleza de la noche de Arizona y, al contemplar la paz y serenidad de la escena, me parecía imposible que sólo unos pocos años atrás el fiero y temible Jerónimo hubiera estado en este mismo lugar, delante de esta misma cabaña, o que, generaciones atrás, una raza ahora extinguida hubiese poblado aquel cañón aparentemente desierto.

Había buscado en sus ciudades en ruinas el secreto de su origen y el aún más extraño secreto de su extinción. ¡Cómo me gustaría que aquellos desmoronados acantilados de lava pudieran hablar y contarme todo lo que habían presenciado desde que brotaron como arroyos incandescentes de los fríos y silenciosos cráteres que salpicaban la meseta que se alzaba más allá del cañón!

Mis pensamientos volvieron de nuevo a Jerónimo y a sus feroces guerreros, y estas erráticas cavilaciones me hicieron recordar al capitán John Carter de Virginia, cuyo cuerpo inerte había descansado durante diez largos años en una cueva olvidada de unas montañas situadas no muy lejos de aquí, hacia el sur..., la cueva donde se había escondido de sus perseguidores apaches.

Siguiendo la senda de mis pensamientos, escudriñé los cielos con la mirada hasta descubrir el ojo encarnado de Marte brillando en el vacío negro azulado; así pues, Marte estaba presente en mis pensamientos cuando volví a mi cabaña a prepararme para una buena noche de descanso bajo las susurrantes hojas de los álamos, cuya suave e hipnótica nana se entremezclaba con el gorgoteante murmullo de las aguas del Pequeño Colorado.

No tenía sueño, de modo que, una vez desvestido, coloqué una lámpara de petróleo junto a la cabecera de mi camastro y me dispuse a disfrutar de una novela policiaca de asesinatos y secuestros.

Mi cabaña consiste en dos habitaciones. La trasera, más pequeña, es mi dormitorio. La habitación más grande sirve para todo lo demás; es a la vez comedor,

cocina y sala de estar. Desde mi camastro no la puedo divisar directamente. Un tabique endeble separa el dormitorio del salón.

No sé si me sugestiono con más facilidad que el resto de la gente; pero el caso es que las historias de misterio, asesinatos y delincuentes siempre me parecen más intensas cuando las leo solo en la tranquila vigilia nocturna.

Acababa de llegar al momento de la historia en que un asesino se arrastraba hacia la víctima de un secuestro, cuando oí que la puerta de entrada se abría y se cerraba, así como el inconfundible golpeteo del metal contra el metal.

Ahora bien, por lo que sabía, nadie acampaba en las fuentes del Pequeño Colorado; y, ciertamente, nadie tenía derecho a entrar en mi cabaña sin llamar antes.

Me senté en mi camastro, y busqué a tientas el Colt 45 automático que guardaba debajo de la almohada.

La lámpara de petróleo iluminaba tenuemente mi dormitorio, pero la mayor parte de su luz se concentraba en mi persona. La habitación exterior se hallaba a oscuras, como pude ver desde mi lecho, inclinándome hacia la puerta.

—¿Quién anda ahí? —pregunté imperativamente, mientras quitaba el seguro de mi automática y deslizaba los pies hacia el suelo. Apagué la lámpara sin esperar la respuesta.

Una tenue risa llegó desde la habitación vecina.

—Es una suerte que tus paredes estén llena de rendijas —dijo una voz grave—, porque, de no haber sido así, podría haberme metido en problemas. Esa pistola que vi antes de que apagaras la luz resultaba bastante amenazadora.

La voz me resultaba familiar, pero no podía acabar de identificarla.

—¿Quién eres? —quise saber.

—Enciende la lámpara y entraré —contestó mi visitante nocturno—. Si estás nervioso puedes apuntar la pistola hacia la puerta, pero haz el favor de no apretar el gatillo antes de tener la oportunidad de reconocerme.

—¡Maldita sea! —exclamé sin aliento al comenzar a encender otra vez la lámpara.

—¿Aún está caliente el tubo? —inquirió la voz grave desde la otra habitación.

—Muy caliente —contesté cuando al fin logré reemplazar el tubo y encenderla mecha—. ¡Entre!

Permanecí sentado en el borde de mi cama, cubriendo la puerta con mi pistola. De nuevo escuché aquel tintineo metálico, y un hombre apareció en la luz vacilante de mi lámpara, deteniéndose en el umbral. Era un hombre alto, que aparentaba entre veinticinco y treinta años de edad, de ojos grises y pelo negro. Estaba desnudo, excepto por unos arcos de cuero que sostenían armas de apariencia extraterrestre: una espada corta, una espada larga, una daga y una pistola, pero mis ojos no necesitaron inventariar todos estos detalles para reconocerlo. En cuanto lo vi, arrojé a

un lado mi pistola y me puse en pie.

—¡John Carter! —exclamé.

—En persona —replicó él, con una de sus extrañas sonrisas.

Nos estrechamos la mano.

—No has cambiado demasiado —dijo él.

—Ni tú tampoco.

Suspiró, y luego sonrió de nuevo.

—Sólo Dios sabe lo viejo que soy. No recuerdo infancia alguna, ni haber tenido nunca otra apariencia que ésta; pero ven —añadió— no debes de quedarte ahí descalzo. Métete otra vez en la cama. Estas noches de Arizona no son nada tibias.

Alcanzó una silla y se sentó.

—¿Qué lees? —preguntó al recoger la revista que había caído al suelo y ver sus ilustraciones—. Parece un relato espeluznante.

—Sólo es una novelita de asesinatos para coger el sueño —expliqué.

—¿No tienen ya bastante de esto en la Tierra, que necesitan leer más para entretenerse? —preguntó—. En Marte nos basta con los de verdad.

—Es una expresión del interés generalizado por lo morboso y lo terrible. En realidad, no encuentro justificación, pero el caso es que estos cuentos me gustan. Sin embargo, acabo de perder todo interés en éste. Quiero que me hables de Dejah Thoris, de Carthoris y de lo que te ha traído aquí. Hace años que no venías. Había perdido toda esperanza de volverte a ver.

Asintió con la cabeza, creo que con algo de melancolía.

—Es una larga historia, una historia de amor y de lealtades, de odio y de crímenes, una historia de espadas ensangrentadas, de extraños lugares y pueblos, en un mundo extraño. Vivirla podía haber enloquecido a un hombre más débil que yo, ¡que a uno le despojen de su amor sin que pueda saber qué ha sido de ella!

No necesitaba preguntar a quién se refería. Sólo podía ser la incomparable Dejah Thoris, princesa de Helium y consorte de John Carter, Señor de la Guerra de Marte. La mujer por cuya belleza inmortal un millón de espadas habían teñido de rojo el planeta moribundo.

Durante largo tiempo, John Carter permaneció sentado en silencio contemplando el suelo. Yo sabía que sus pensamientos estaban a cuarenta y tres millones de millas de distancia, y no pensaba interrumpirlos.

—La naturaleza humana es similar en todas partes —dijo finalmente, señalando la revista que se encontraba sobre mi camastro—. Creemos que nos gusta olvidar las tragedias de la vida, pero no es así. Si por un momento nos evitan y nos dejan en paz, siempre intentamos invocarlas de nuevo, ya en nuestros pensamientos, ya a través de medios como éste que has adoptado tú. De la misma forma que tú encuentras un placer macabro al leer esto, yo encuentro un placer macabro acordándome de lo que

pasó.

«Pero mis recuerdos de aquella gran tragedia no son todos tristes. Hubo muchas aventuras, muchos nobles combates y, finalmente... pero quizás te guste escuchar la historia».

Respondí afirmativamente, y así fue cómo me contó la historia que he escrito a continuación con sus propias palabras, con toda la fidelidad que mi memoria me permite.

CAPÍTULO I



A más de mil novecientas millas al este de las Ciudades Gemelas de Helium, aproximadamente 30 grados de latitud sur y 172 grados de longitud este, se encuentra Zodanga. Siempre ha sido un semillero de sedición desde el día en que conduje contra ella a las feroces hordas verdes de Thark, reduciéndola e incorporándola al Imperio de Helium.

En el interior de sus amenazadoras murallas viven muchos zodanganos, quienes no sienten ninguna lealtad hacia Helium, e, igualmente, se han ido reuniendo allí muchos descontentos de todo el gran imperio gobernado por Tardos Mors, Jeddak de Helium. A Zodanga han emigrado no pocos de los enemigos personales y políticos de la casa de Tardos Mors y de su yerno John Carter, príncipe de Helium.

Visito la ciudad con la menor frecuencia posible, ya que no siento simpatía alguna ni por ella ni por sus habitantes, pero mis obligaciones me llevan allí de vez en cuando, principalmente porque es el cuartel general de uno de los gremios de asesinos más poderosos de Marte.

Mi tierra de nacimiento ha sido maldecida con sus malhechores, sus asesinos y sus secuestradores, mas éstos constituyen tan solo una ligera amenaza en comparación con las eficientísimas organizaciones que florecen en Marte. Aquí el asesinato es una profesión, el secuestro, una de las bellas artes. Cada uno tiene sus gremios, sus costumbres y sus códigos de ética; y sus ramificaciones se han extendido de tal forma que, actualmente, parecen arraigadas en toda la vida social y política del planeta.

Durante años he intentado extirpar este nocivo organismo pero el trabajo parece ser ingrato y sin esperanzas. Atrincherados tras unas antiquísimas murallas de tradición y hábito, ocupan una posición en la conciencia pública que les otorga cierta aureola de romanticismo y honor.

Los secuestradores no tienen muy buena fama, pero entre los más notorios asesinos hay hombres que gozan de la misma posición en la estima de las masas que nuestros héroes del ring o del béisbol.

Además, en la guerra que lucho contra ellos me encuentro en desventaja, dado que tengo que luchar casi solo, ya que incluso aquellos hombres rojos que piensan

como yo al respecto, también están convencidos de que luchar a mi lado contra los asesinos no es sino una forma de suicidarse. No obstante, tengo la seguridad de que esto no los detendría si creyeran que existe siquiera alguna esperanza de éxito.

El que yo haya escapado durante tanto tiempo a las afiladas hojas de los asesinos les parece poco menos que un milagro, y supongo que sólo mi extremada confianza en mi capacidad para defenderme por mí mismo, me impide compartir su punto de vista.

A menudo, Dejah Thoris y Carthoris, mi hijo, me aconsejan que abandone la lucha; pero durante toda mi vida he sido reacio a admitir la derrota, y jamás renuncio de buena gana a un combate.

En Marte ciertos tipos de homicidio se castigan con la muerte, y la mayoría de los realizados por los asesinos entran dentro de estas categorías. Hasta la fecha, ésta ha sido el único arma que he podido utilizar contra ellos, y no siempre con éxito, puesto que normalmente es difícil probar sus crímenes, dado que incluso los testigos presenciales temen testificar en contra suya.

Pero, gradualmente, he desarrollado y organizado otro medio de combatirlos. Éste consiste en una organización secreta de superasesinos. En otras palabras, he decidido combatir al fuego con fuego.

Cuando se sabe de algún asesino, mi organización actúa como una agencia de detectives para descubrirlo. Luego actúa como juez y jurado y, eventualmente, como verdugo. Cada uno de sus movimientos se realizan en secreto, mas se marca una equis con la punta de una daga sobre el corazón de todas sus víctimas.

Si podemos golpear, lo solemos hacer con rapidez; y el público y los asesinos no han tardado en identificar esta equis sobre el corazón como la marca del brazo de la justicia sobre el culpable, y sé que en algunas de las mayores ciudades de Helium el índice de muerte por asesinato ha decrecido significativamente. Por lo demás, sin embargo, estamos tan lejos del éxito como al principio.

En Zodanga hemos obtenido nuestros peores resultados, y los asesinos de la ciudad se jactan abiertamente de ser demasiado inteligentes para mí, porque, aunque no están completamente seguros, intuyen que las equis sobre los pechos de sus camaradas muertos, son obra de una organización dirigida por mí.

Espero no haberte aburrido con esta exposición de hechos desnudos, pero me pareció necesario hacerla como introducción a las aventuras que me sucedieron, conduciéndome a un extraño mundo en un intento de derrotar a las malignas fuerzas que habían ensombrecido mi vida.

En mi lucha contra los asesinos de Barsoom, nunca he podido reclutar a muchos agentes para servir en Zodanga: y aquellos que operan allí lo hacen con poco entusiasmo, de forma que nuestros enemigos tienen buenas razones para burlarse de nuestros fracasos.

Decir que esta situación me fastidia, sería un eufemismo, y por lo tanto, decidí acudir en persona a Zodanga, no sólo para efectuar una concienzuda investigación, sino para dar tal lección a sus asesinos que se les quitasen las ganas de reír.

Decidí ir de incógnito y disfrazado, ya que si aparecía allí como John Carter, Señor de la Guerra de Marte, no averiguaría nada más de lo que ya sabía.

Disfrazarme es para mí una cuestión relativamente sencilla. Mi piel blanca y mi negro pelo me convierten en un hombre marcado en Marte, donde sólo los lotharianos de pelo castaño y los totalmente calvos therns, tienen la piel tan clara como la mía.

Aunque tengo plena confianza en la lealtad de mis sirvientes, uno nunca sabe si un espía ha logrado infiltrarse en la organización más cuidadosamente seleccionada. Por esta razón, mantuve mis planes y preparativos en secreto, incluso a los hombres de más confianza de los que me rodean.

En los hangares del techo de mi Palacio dispongo de aeronaves de distintos modelos, y de entre ellas seleccioné una de exploración de una sola arma, de la cual borré subrepticamente la insignia de mi casa. Tras encontrar un pretexto para alejar a los guardianes del hangar, una tarde, introduje disimuladamente a bordo de la nave aquellos artículos que necesitaba para procurarme un disfraz satisfactorio. En adición a un pigmento rojo para mi propia piel y pinturas para el casco de la nave, incluí un juego completo de correajes, metales y armas zodanganas.

Esa noche la pasé a solas con Dejah Thoris, y aproximadamente a la octava zode y veinticinco xats, medianoche en hora terrestre, me puse un correa de cuero sin insignias y me preparé para emprender mi aventura.

—Desearía que no te fueras, príncipe mío, tengo el presentimiento de que..., bueno..., de que ambos vamos a lamentarlo —dijo ella.

—Los asesinos deben de recibir una lección —contesté—, o nadie vivirá seguro en Barsoom. Sus actos constituyen un claro desafío; y no puedo permitirme ignorarlo.

—Supongo que no —contestó ella—. Ganaste tu alta posición con la espada, y supongo que debes mantenerla con ella; pero desearía que no fuera así.

La tomé en mis brazos y la besé, y le dije que no se preocupara, que no tardaría en volver. Luego subí al hangar de la azotea.

Los guardianes del hangar pueden haber pensado que era una hora inusual para que yo me embarcara, pero no podían tener la más mínima sospecha de cuál era mi destino. Despegué hacia el oeste, e inmediatamente me encontré surcando el aire poco denso de Marte, bajo las innumerables estrellas y los dos magníficos satélites del planeta rojo.

Las lunas de Marte siempre me han intrigado; y, de noche, cuando las contemplo, me siento atraído por el misterio que las rodea. Thuria, la más cercana, conocida en la Tierra como Phobos, es la más grande; orbita en torno a Barsoom a solo 5.800 millas

y ofrece una vista espléndida. Cluros, la más alejada, aunque su diámetro sólo es un poco más pequeño que el de Thuria, parece mucho más pequeña debido a su mayor distancia del planeta, estando como está a 14.500 millas.

Durante largo tiempo se dio crédito a una leyenda que afirmaba que la raza negra de Barsoom, los llamados «primeros nacidos», habitaban en Thuria, la luna más cercana; pero cuando desacredité a los falsos dioses de Marte, demostré a la vez de forma concluyente, que la raza negra vivía en el valle del Dor, cercano al polo sur del planeta.

Colgando sobre mí, Thuria presentaba una apariencia maravillosa, aún más destacable por el hecho de que daba la impresión de desplazarse de oeste a este, debido a que su órbita es tan cercana al planeta que efectúa una revolución en torno a él, en menos de un tercio, que la rotación diurna de Marte. Cuando la observaba ensoñadoramente fascinado aquella noche, lejos estaba de adivinar el papel que pronto había de representar en las escalofriantes aventuras y en la gran tragedia que me aguardaba tras el horizonte.

Cuando me hube alejado lo suficiente de las Ciudades Gemelas de Helium, desconecté mis luces de navegación y viré hacia el sur, orientándome gradualmente hacia el oeste, hasta tomar el rumbo de Zodanga. Una vez fijado el compás de destino, pude dedicar mi atención a otros menesteres, sabiendo que este ingenioso aparato me conduciría a donde deseaba sin problema.

Mi primera ocupación fue repintar el casco de la aeronave; amarré con unas cuerdas mi correa a los anillos de la borda de la nave y luego, dejándome caer por los costados, procedí a realizar mi labor. Fue un trabajo lento, ya que después de pintar en todas direcciones hasta donde llegaba, tenía que volver a cubierta para cambiar la posición de las correas, de forma que pudiera cubrir otra sección del casco. Pero hacia el amanecer estuvo concluido, aunque no puedo decir que me enorgulleciera del resultado, desde un punto de vista artístico. Sin embargo, había logrado cubrir totalmente la pintura vieja, disfrazando así la nave, al menos en lo que a su color concernía. Una vez conseguido esto, arrojé por la borda la brocha y el resto de la pintura, seguidos por el correa de cuero que había llevado hasta entonces.

Como me había pintado a mí mismo casi tanto como el casco de la nave, me llevó algún tiempo hacer desaparecer de mi persona el último vestigio de esta evidencia, que podría revelar a un observador atento que acababa de repintar mi nave.

Acto seguido, apliqué uniformemente el pigmento rojo sobre cada pulgada de mi cuerpo desnudo, de tal forma que cuando hube terminado, en cualquier lugar de Marte, me hubieran tomado por un miembro de la raza dominante de marcianos rojos; una vez que me puse el correa, las insignias y las armas zodanganas, sentí que mi disfraz estaba completo.

Era ya media mañana y, después de comer, me acosté para dormir unas pocas

horas.

Entrar en una ciudad marciana después de que haya oscurecido, puede ser muy embarazoso para alguien que no pueda explicar con claridad lo que se propone hacer. Por supuesto, es posible deslizarse dentro sin luces; pero las posibilidades de detención por alguna de las numerosas naves de patrulla son demasiado grandes; y como yo no podía explicar mi misión ni revelar mi identidad, probablemente me hubieran enviado a los pozos y, sin duda, hubiera recibido el castigo reservado a los espías: una larga reclusión, seguida por la muerte en la arena.

Si entraba con las luces encendidas, me detendrían con toda seguridad; y como no podría responder satisfactoriamente a las preguntas que me hicieran, y nadie saldría fiador por mí, mis apuros serían igualmente difíciles; así pues, cuando me acerqué a la ciudad antes del amanecer del segundo día, apagué el motor y me dejé llevar a la deriva bien lejos de los reflectores de las naves de patrulla.

Incluso cuando se hizo de día, no me aproximé a la ciudad hasta media mañana, cuando otras naves iban y venían libremente sobre las murallas.

Durante el día, a menos que una ciudad esté en guerra abierta, se ponen pocas restricciones a las idas y venidas de las naves pequeñas. Las naves de patrullas detienen y examinan ocasionalmente a algunas y, como las multas por volar sin licencia son muy altas, el gobierno mantiene una apariencia de control.

En mi caso, no se trataba de una cuestión de permiso de vuelo sino de mi derecho a estar en Zodanga; así que mi aproximación a la ciudad no dejó de tener su sabor aventurero.

Al fin los muros de la ciudad se encontraron directamente debajo de mí y me felicité por mi buena suerte, ya que no había ningún patrullero a la vista; pero me había felicitado demasiado pronto, pues casi inmediatamente un ágil crucero de los usados comúnmente en todas las ciudades marcianas para misiones de patrulla, surgió detrás de una elevada torre, directamente hacia mí.

Yo me moví con lentitud, para no llamar la atención; pero puedo asegurar que mi mente trabajaba con rapidez. La nave de una sola plaza que yo pilotaba era muy rápida y podía haber esquivado al patrullero con facilidad; sin embargo, este plan tenía dos importantes defectos.

Uno de ellos era que, en tal caso, el patrullero abriría sin duda fuego sobre mí, y con elevadas posibilidades de derribarme. Y el otro era que, aunque lograra escapar, sería prácticamente imposible para mí entrar otra vez de esta forma en la ciudad, ya que mi nave quedaría marcada y todo el servicio de patrulleros estarían esperándola.

El crucero se me aproximaba decididamente y yo me preparaba a intentar salir del paso con el cuento chino de que había estado ausente largo tiempo de Zodanga y había perdido todos mis documentos durante mi ausencia. El mejor resultado que podría esperar de aquello era que simplemente me multaran por pilotar sin permiso, y

como yo estaba bien provisto de dinero, tal solución hubiera sido muy satisfactoria.

Esta, sin embargo, era una esperanza muy leve, ya que su consecuencia inmediata sería que insistirían en saber quién sería mi fiador mientras se extendían los nuevos documentos; y, sin un fiador, mi posición sería bastante mala.

Precisamente cuando el patrullero se encontraba a la distancia adecuada para ordenarme detenerme, y cuando esperaba que lo hiciera de un momento a otro, oí un gran choque encima de mí, y al mirar hacia arriba vi cómo colisionaban dos pequeñas naves. Podía distinguir claramente al oficial que mandaba el patrullero y, cuando lo contemplé, lo vi igualmente mirando hacia arriba. Gritó una breve orden y el morro de su aparato se alzó, tomando altura rápidamente; una cuestión de mayor importancia había atraído su atención. Mientras se ocupaba de ello, yo me deslicé tranquilamente hacia la ciudad de Zodanga.

Cuando, muchos años atrás, las hordas verdes de Thark saquearon Zodanga, ésta quedó casi completamente arrasada. Era con la vieja ciudad con la que yo estaba familiarizado, y desde entonces sólo había visitado la reconstruida Zodanga, en una o dos ocasiones.

Volando al azar, encontré finalmente lo que buscaba: un hangar público sin pretensiones, sito en un barrio de mala muerte. En todas las ciudades que conozco hay barrios por donde uno puede andar sin ser objeto de la curiosidad general, al menos mientras no vayas corriendo delante de la policía. Aquel hangar y aquel barrio me parecieron uno de tales lugares.

El hangar se encontraba en el techo de un viejísimo edificio que, evidentemente, había sobrevivido a los estragos de Thark. La pista de aterrizaje era pequeña, y los hangares en sí sucios y descuidados.

Cuando mi aparato se posó en el techo, un hombre gordo muy manchado de aceite, apareció de debajo de una nave, cuyo motor debía de estar reparando.

Me miró interrogativamente, con una expresión nada amistosa.

—¿Qué quieres? —preguntó imperativamente.

—¿Este hangar es público?

—Sí.

—Quiero un aparcamiento para mi nave.

—¿Tienes dinero?

—Algo. Te pagaré un mes por anticipado.

Su expresión ceñuda desapareció.

—Ese hangar de ahí está vacío —dijo señalando—. Mételo allí.

Una vez que hube aparcado mi nave y cerrado con llave los mandos, volví junto al hombre y le pagué.

—¿Hay algún lugar donde hospedarme cerca de aquí? —pregunté—. Un sitio barato y no muy sucio.

—Hay uno en este mismo edificio, tan bueno como el mejor que encontrará por estos alrededores.

Aquello me convenía mucho, ya que cuando uno se mete en una aventura como ésta nunca se sabe con qué rapidez va a necesitar un volador, ni cuándo va a ser lo único que pueda salvarlo de la muerte.

Dejando al malhumorado propietario del hangar, descendí por la rampa abierta en el tejado.

Los ascensores estaban situados en el piso bajo el tejado, y allí encontré uno esperando con la puerta abierta. El ascensorista era un joven de apariencia disipada y con un andrajoso corraje.

—¿Planta baja? —preguntó.

—Busco alojamiento —contesté—. Quiero ir a la recepción de la casa de huéspedes que hay en este edificio.

El asintió, y el ascensor comenzó a descender. Visto desde dentro, el edificio parecía aún más viejo y decrepito que desde fuera; las plantas superiores aparentaban estar prácticamente en ruinas.

—Hemos llegado —dijo al poco el ascensorista, deteniendo su máquina y abriendo la puerta.

En las ciudades marcianas, las casas de huéspedes como aquella son meramente lugares donde dormir. Las habitaciones privadas son escasas e infrecuentes, si es que las hay. A lo largo de las paredes laterales de largos salones, se alinean bajas plataformas donde cada huésped coloca sus sedas y pieles de dormir en el espacio numerado que se le asigna.

Debido a la frecuencia de los asesinatos, guardias armados contratados por el propietario patrullan por estas habitaciones día y noche, y sobre todo por esta razón la demanda de habitaciones privadas es tan baja. En las casas que admiten mujeres, los pabellones de éstas se encuentran separados, y hay más habitaciones privadas; no se sitúan guardianes, dado que los hombres de Barsoom rara vez matan a mujeres o, para ser más exactos, no suelen emplear asesinos para hacerlo.

La casa de huéspedes a la que el destino me había conducido sólo admitía hombres. No se hallaba en ella ninguna mujer.

El propietario, un hombre fornido del cual supe posteriormente que había sido un famoso panthan —soldado de fortuna—, me asignó un lugar para dormir. Después de cobrarme un día de alojamiento y de indicarme, a petición mía, un sitio donde poder comer, me dejó.

Pocos de los restantes huéspedes se encontraban en la casa a aquellas horas del día. Sus pertenencias personales, sus sedas y pieles de dormir, se hallaban en sus lugares correspondientes, y, aunque no había ningún guardia vigilando la habitación, no corrían ningún peligro, ya que el robo es prácticamente desconocido en Marte.

Yo había traído conmigo algunas sedas y pieles de dormir viejas y baratas. Las deposité sobre mi plataforma. Un individuo malencarado de ojos astutos estaba tumbado en la plataforma adjunta. Yo me había dado cuenta de que me había observado subrepticamente desde mi entrada. Finalmente, me habló:

—¡Kaor! —dijo, utilizando el familiar saludo marciano.

Yo asentí, y contesté de la misma forma.

—Vamos a ser vecinos —se aventuró a decir.

—Así parece —contesté.

—Evidentemente, eres forastero, al menos en esta parte de la ciudad —continuó—. Te oí preguntarle al dueño por un lugar donde comer. El que te recomendó él no es tan bueno como donde suelo ir yo. Ahora voy para allí; si quieres acompañarme, me gustaría llevarte.

Había un aire furtivo en aquel hombre que, sumado a su rostro depravado, lo delataban como un miembro del hampa, y como era entre el hampa donde me interesaba operar, su sugerencia encajaba a la perfección con mis planes, así que acepté con rapidez.

—Mi nombre es Rapas —dijo él—, y me llaman Rapas, el Ulsio —añadió, no sin cierto orgullo.

Ahora estaba seguro de que había juzgado correctamente, pues *ulsio* quiere decir rata.

—Mi nombre es Vandor —le comuniqué, recurriendo al nombre falso que había elegido para aquella aventura.

—Veo por tu metal que eres zodangano —me dijo mientras nos dirigíamos a los ascensores.

—Sí, pero he estado ausente de la ciudad durante años. En realidad, no he estado aquí desde que Thark quemó la ciudad. Ha habido tantos cambios que es como llegar a una ciudad desconocida.

—Por tu apariencia, se diría que eres un soldado profesional —sugirió. Yo asentí.

—Soy un panthan. Serví durante años en otro país, pero maté a un hombre y tuve que marcharme.

Yo sabía que si, como yo había supuesto, él era un criminal, esta admisión de un asesinato por mi parte le haría cogerme más confianza.

Sus ojos astutos me echaron una breve mirada; vi que mi confesión lo había impresionado de una forma u otra. Durante el resto del camino al restaurante, que se encontraba en una avenida a corta distancia de la casa de huéspedes, mantuvimos una charla intrascendente.

Una vez nos sentamos a la mesa. Rapas pidió bebidas e, inmediatamente después de vaciar la primera, su lengua se aflojó.

—¿Piensas quedarte en Zodanga? —me preguntó.

—Eso depende de si puedo encontrar un empleo aquí —contesté—. Mi dinero no durará mucho tiempo y, por supuesto, dadas las circunstancias en que dejé a mi último patrón, no tengo ningún documento; así es que puedo tener dificultades en encontrar donde quedarme.

Mientras comíamos, Rapas continuó bebiendo; y, cuanto más bebía, más parlanchín se volvía.

—Me has caído simpático, Vandor—no tardó en anunciar—, y si eres el tipo de persona que creo, puedo encontrarte un trabajo —Finalmente, se inclinó sobre mí y me susurró en el oído—: Soy un gorthan.

Era una suerte increíble. Yo intentaba ponerme en contacto con los asesinos y el primer hombre que conocía admitía ser uno de ellos. Yo me encogí de hombros despreciativamente.

—No hay mucho dinero en eso.

—Si estás bien relacionado, sí lo hay —me aseguró.

—Pero yo no estoy bien relacionado, al menos aquí en Zodanga — dije—. No pertenezco al gremio de Zodanga y, como ya te conté, tuve que huir abandonando mis documentos.

Eché una furtiva mirada en torno suyo para comprobar si había alguien lo suficientemente cerca para oírlo.

—El gremio no es imprescindible —susurró—; no todos pertenecemos al gremio.

—Una buena forma de suicidio —sugerí yo.

—No si uno tiene una buena cabeza. Mírame, yo soy un asesino, y no pertenezco al gremio. Gano mi buen dinero y no tengo que repartirlo con nadie —Se echó un trago—. No hay muchas cabezas tan buenas como la de Rapas, el Ulsio.

Se inclinó más cerca de mí.

—Me gustas, Vandor. Eres un buen tipo —La bebida espesaba su voz—. Tengo un cliente muy rico; tiene mucho trabajo y paga bien. Puedo conseguirte algún que otro trabajo para él. Quizás un empleo fijo. ¿Te interesa?

Me encogí de hombros.

—Un hombre tiene que vivir, no puede ser muy exigente al escoger su trabajo si no tiene dinero.

—Muy bien. Ven conmigo. Voy a ir allí esta noche. Cuando Fal Silvas hable contigo, le diré que eres justamente el hombre que necesita.

—Pero..., ¿qué hay de ti? Es tu trabajo; ningún hombre necesita dos asesinos.

—No te preocupes por mí. Tengo otras ideas en la cabeza.

Entonces se detuvo de repente y me miró suspicazmente. Era como si lo que había dicho lo hubiese hecho serenarse. Agitó la cabeza, evidentemente intentando aclararla.

—¿Qué fue lo que dije? —quiso saber—. Debo de estar medio borracho.

—Dijiste que tenías otros planes. Supongo que querías decir que tienes en mente un trabajo mejor.

—¿Eso fue todo lo que dije?

—Dijiste que me llevarías junto a un hombre llamado Fal Silvas, quien me daría trabajo.

Rapas pareció aliviado.

—Sí, te llevaré a verlo esta noche.

CAPÍTULO II



Fal Silvas

Rapas durmió durante el resto del día, mientras yo ocupaba mi tiempo efectuando reparaciones sin importancia en mi nave, en el hangar de la azotea de la hostería. Éste era un lugar mucho más aislado que el dormitorio público o que las calles de la ciudad, donde cualquier accidente podía estropear mi disfraz y revelar mi identidad.

Mientras trabajaba en el motor, recordé el súbito temor de Rapas de haberme revelado algo mientras estaba borracho, y traté de imaginarme qué podía ser. Había seguido a su afirmación de que tenía otros planes. ¿Qué planes? Cualesquiera que fuesen, debían de ser infames, pues de lo contrario no se hubiera preocupado tanto al temer habérmelos revelado.

Mi breve relación con Rapas me había convencido de que mi primera opinión sobre su carácter había sido correcta, y que su sobrenombre de rata era bien merecido.

La forzada inactividad del día me irritó, mas al fin llegó la noche y Rapas el Ulsio y yo abandonamos nuestros alojamientos y nos dirigimos, una vez más, a la casa de comidas.

Rapas estaba sobrio, y no tomó un solo trago con la comida.

—Uno tiene que tener la cabeza despejada cuando habla con el viejo Fal Silvas —dijo—. Por mi primer antepasado, jamás ha salido de un huevo un cerebro más sagaz.

Tras terminar nuestra comida, nos adentramos en la noche. Rapas me condujo a través de anchas avenidas y estrechos callejones hasta llegar a un edificio cercano a la muralla oriental de Zodanga.

Era una mole oscura y sombría, y la avenida que conducía a ella carecía de iluminación. Se encontraba en un distrito lleno de almacenes y a aquella hora de la noche sus alrededores estaban desiertos.

Rapas se aproximó a una pequeña puerta semiocultas en el ángulo de un contrafuerte. Lo vi tantear a un lado de la puerta, tras lo cual se retiró y esperó.

—No todo el mundo puede entrar en la casa de Fal Silvas —observó con un tinte de jactancia en su voz—. Uno tiene que conocer la señal correcta que significa que uno goza de la confianza del viejo.

Esperamos en silencio durante quizás dos o tres minutos. Ningún sonido llegó del interior, mas, finalmente, se abrió una pequeña mirilla redonda en la superficie de la puerta. Y, a la borrosa luz de la luna, divisé un ojo observándonos con desconfianza. Luego habló una voz:

—¡Ah, el noble Rapas! —las palabras fueron susurradas y, acto seguido, la puerta se abrió.

El pasillo que arrancaba del portal era estrecho, y el hombre que había abierto la puerta se aplastó contra la pared para que pudiésemos pasar. Luego cerró la puerta y nos siguió a lo largo de un oscuro corredor que finalmente desembocaba en una pequeña habitación tenuemente iluminada.

Allí nuestro guía se detuvo.

—El amo no me dijo que ibas a traer compañía —le dijo a Rapas.

—No lo sabe —le contestó Rapas—. De hecho, yo no lo sabía hasta hoy mismo, pero no hay peligro. Tu amo se alegrará de recibirlo cuando le haya explicado porqué le traje aquí.

—Eso es una cuestión que Fal Silvas tendrá que decidir por sí mismo —respondió el esclavo—. Quizás sea mejor que vayas tú a explicárselo y que dejes al extraño aquí conmigo.

—Muy bien —convino mi compañero—. Espera aquí hasta que yo vuelva, Vandor.

El esclavo abrió con una llave la puerta del otro extremo de la antesala y, una vez que Rapas hubo pasado, lo siguió cerrando la puerta.

Se me ocurrió entonces que esta acción era un poco extraña, ya que acababa de oír que iba a quedarse conmigo, pero no hubiera pensado más en ello de no experimentar la muy definida sensación de estar siendo observado.

No puedo explicar estas sensaciones que experimento ocasionalmente. Los terrestres que las conocen aseguran que esta forma de telepatía es científicamente imposible; sin embargo, la mayor parte de las veces que he presentado esta vigilancia secreta, he descubierto posteriormente que efectivamente estaba siendo espiado.

Conforme mi mirada vagaba al azar por la sala, acabó por posarse sobre la puerta por la que habían desaparecido Rapas y el esclavo. Allí se detuvo, momentáneamente, en un pequeño agujero redondo en el panel, donde brillaba algo que muy bien podía ser un ojo. Yo sabía que era un ojo.

Desconocía la razón por la que me espiaban, pero si mi observador esperaba descubrir algo sospechoso en mí, estaba muy equivocado, puesto que me senté en un banco a un lado de la habitación en cuanto me di cuenta de que me observaban, decidiendo al punto no mostrar la más ligera curiosidad respecto a lo que me rodeaba.

Tal vigilancia probablemente significaba poco en sí misma, pero si se añadía a la apariencia sombría y adusta del edificio y a la gran cautela y secreto con las que

había sido admitido en el mismo, cristalizó en una opinión poco favorable sobre el lugar y su propietario que empezó a formarse en mi mente.

Ningún sonido llegaba de más allá de los muros de la pequeña antesala, ni tampoco penetraban en ella ninguno de los ruidos nocturnos de la ciudad. Permanecí sentado en completo silencio durante unos diez minutos. Luego la puerta se abrió y el mismo esclavo me hizo una seña.

—Sígueme —dijo—. El amo quiere verte. Te llevaré a su presencia.

Lo seguí a lo largo de un sombrío corredor, y ascendimos por una rampa que conducía al siguiente piso del edificio. Un momento después me introdujo en una habitación iluminada tenuemente, amueblada con lujo sibarítico, donde vi a Rapas de pie junto a un diván donde otro hombre estaba reclinado o, mejor dicho, encogido. Algo en él me hizo pensar en un gran gato observando a su presa, dispuesto a saltar.

—Este es Vandor, Fal Silvas —dijo Rapas como presentación.

Yo saludé con la cabeza y permanecí ante el hombre, esperando.

—Rapas me ha hablado de ti —dijo Fal Silvas—. ¿De dónde eres?

—De Zodanga. Pero hace muchos años que salí, antes del saqueo.

—¿Y dónde has estado desde entonces? ¿A quién has servido?

—Eso es algo que no importa a nadie salvo a mí mismo. Basta saber que no he estado en Zodanga y que no puedo volver al país del que acabo de huir.

—Así pues, ¿no tienes amigos ni parientes en Zodanga?

—Ni unos ni otros.

—Quizás seas el hombre que necesito. Rapas está convencido, pero yo nunca estoy seguro de nada. Ningún hombre es de confianza.

—Pero amo —interrumpió Rapas—, ¿no te he servido siempre bien y fielmente?

Juraría que vi una ligera sonrisa irónica en los labios de Fal Silvas.

—Es que tú eres único, Rapas. Un dechado de honor.

Rapas se hinchó de orgullo. Era demasiado egoísta para captar el sarcasmo de las palabras de Fal Silvas.

—¿Entonces puedo considerarme empleado? —pregunté yo.

—¿Has comprendido que se puede requerir de ti que uses la daga más a menudo que la espada, y que prefieras los venenos a las pistolas?

—He comprendido.

Me miró atentamente.

—Puede llegar un momento —prosiguió—, en que tengas que desenvainar tu espada, larga o corta, en mi defensa. ¿Eres un buen esgrimista?

—Soy un panthan —repliqué—. Y, como panthan, vivo de mi espada, el mero hecho de que esté aquí responde a tu pregunta.

—No del todo. Necesito un maestro de la esgrima. Rapas, aquí presente, se las arregla bastante bien con la espada corta. Veamos qué puedes hacer contra él.

—¿A muerte? —pregunté.

Rapas se rió abiertamente.

—No te he traído aquí para matarte —dijo.

—No, a muerte no, por supuesto —dijo Fal Silvas—. Sólo un corto asalto. Veamos quién araña primero al otro.

No me gustaba la idea. Normalmente no desenvaino mi espada a menos que piense matar, pero me daba cuenta de que estaba representando un papel y de que tendría que hacer muchas cosas que no aprobaba antes de terminar mi misión, así que asentí y esperé a que Rapas desenvainara. Su espada corta surgió relampagueando de la vaina.

—No te haré mucho daño, Vandor. Me caes simpático.

Se lo agradecí, y desenvainé mi propia arma.

Rapas avanzó hacia mí con una sonrisa de confianza en sus labios. En un instante, su arma voló a través de la habitación. Lo había desarmado y estaba a mi merced. Volvió atrás con una sonrisa forzada. Fal Silvas rompió a reír.

—Fue un accidente —dijo—. No estaba listo.

—Lo siento —le dije yo—. Recoge tu arma.

Él así lo hizo y volvió, esta vez abalanzándose sobre mí violentamente. No hubiera sido precisamente un arañazo lo que me habría hecho si su estocada hubiera alcanzado su objetivo. Me hubiera atravesado de parte a parte. Yo paré el golpe y, contraatacando, envié de nuevo su espada volando por los aires hasta golpear con la pared de enfrente. Fal Silvas rió estrepitosamente. Rapas estaba furioso.

—Ya basta —dijo el primero—. Envaina tu espada.

Yo sabía que había convertido a Rapas en mi enemigo; pero ello no me preocupaba demasiado, puesto que, estando sobre aviso, siempre podía cuidarme de él. De cualquier modo, nunca le había tenido confianza.

—¿Estás preparado para entrar a mi servicio inmediatamente? —preguntó Fal Silvas.

—Ya estoy a tu servicio.

Él sonrió.

—Creo que voy a sacar provecho de ti. Rapas quiere ausentarse algún tiempo para atender ciertos negocios suyos. Mientras esté fuera, permanecerás junto a mí como guardaespaldas. El hecho de que seas desconocido en Zodanga puede serme muy valioso —se volvió hacia Rapas—. Ya puedes irte. Rapas. Mientras estés fuera, podrías tomar algunas lecciones de esgrima.

Fal Silvas dijo esto sonriendo, pero Rapas no lo imitó. Parecía muy amargado, y no me dijo adiós cuando abandonó la sala.

—Me temo que has ofendido su dignidad —dijo Fal Silvas cuando la puerta se hubo cerrado tras el asesino.

—No me quita el sueño —contesté— y, de todas formas, no es culpa mía, sino suya.

—¿Qué quieres decir?

—Rapas no es un buen espadachín.

—Se le considera excelente —me aseguró Fal Silvas.

—Me imagino que, como asesino, es más adepto a la daga y al veneno.

—¿Y qué hay de ti?

—Naturalmente, como soldado, prefiero la espada.

Fal Silvas se encogió de hombros.

—No es cuestión que me preocupa. Si prefieres matar a mis enemigos con una espada, usa la espada. Todo lo que yo quiero es que los mates.

—¿Tienes muchos enemigos?

—Hay muchos a los que les gustaría quitarme de en medio. Soy inventor, y están los que roban mis inventos. He tenido que acabar con muchos de éstos. Los suyos sospechan de mí y quieren vengarse, pero hay uno que quiere acabar conmigo más que todos los demás. Es también inventor, y ha contratado a un agente del gremio de asesinos para matarme.

«Este gremio está dirigido por Ur Jan, quien también ha amenazado mi vida por haber empleado para mis trabajos a un asesino ajeno al gremio».

Charlamos durante algún tiempo, y luego Fal Silvas llamó a un esclavo para que me mostrara mis alojamientos.

—Están debajo de los míos —dijo—. Si te llamo, sube inmediatamente. Buenas noches.

El esclavo me condujo a otra habitación en la misma planta, en realidad un pequeño apartamento de tres habitaciones. Estaban amuebladas sin lujo, pero cómodamente.

—¿Necesita algo, señor? —preguntó el esclavo, mientras se volvía para salir.

—Nada —le respondí.

—Mañana se le asignará un esclavo para que le sirva.

Dicho esto, me dejó. Permanecí atento para verificar si cerraba la puerta con llave, pero no lo hizo pese a que no me hubiese sorprendido, así de siniestro y hermético me parecía el lugar.

Me ocupé durante unos momentos en inspeccionarlas. Consistían en una sala de estar, dos pequeños dormitorios y un baño. Una sola puerta comunicaba la sala de estar con el pasillo. Ninguna de las habitaciones tenía ventanas. Suelos y techos estaban provistos de pequeños ventiladores, y las corrientes de aire procedentes de los primeros, indicaban que el apartamento era ventilado mecánicamente. Las habitaciones estaban iluminadas por pequeñas bombillas de radio similares a las utilizadas generalmente en todo Marte.

La sala de estar se hallaba provista de una mesa, un banco, varias sillas y una estantería con algunos libros. Repasando éstos, descubrí que todos eran libros científicos. Había libros de medicina, cirugía, química, mecánica y electricidad.

De vez en cuando, escuché lo que parecían ser ruidos furtivos en el pasillo, pero no curioseé, ya que quería ganarme la confianza de Fal Silvas y los suyos antes de averiguar algo más de lo que ellos deseaban que yo supiera. Además, yo no estaba seguro de querer saber más cosas acerca de Fal Silvas, porque, después de todo, lo que yo había venido a hacer a Zodanga no tenía nada que ver con él.

Yo intentaba minar y, a ser posible, destruir el poder de Ur Jan y su gremio de asesinos, y todo lo que necesitaba era una base desde la cual poder operar. De hecho, resultaba un poco decepcionante que el destino me hubiera conducido junto a los que se oponían a Ur Jan. Yo hubiera preferido y, en realidad, había deseado poder unirme a la organización de Ur Jan, ya que presentía que podría obtener mucho más desde dentro que desde fuera.

Si hubiese podido unirme al gremio, hubiese conocido a sus miembros principales sin tardar mucho, lo cual era, por encima de todo, lo que yo deseaba puesto que me permitiría entregarlos a la justicia, o grabar una cruz sobre sus corazones con la punta de mi propia espada.

Ocupado con estos pensamientos, me disponía a despojarme de mi correa y a meterme bajo mis ropas de dormir cuando escuché un alboroto que bien podía ser producido por una pelea, y después un golpe como el de un cuerpo al caer al suelo.

El anterior silencio casi sobrenatural de la casa acentuó el efecto de aquellos ruidos, otorgándoles un misterio que, me daba cuenta, podía no guardar proporción con su verdadera importancia. Sonreí al meditar sobre los efectos que el entorno estaba causando en mis nervios, ordinariamente templados, y reemprendí mis preparativos para pasar la noche cuando un estridente alarido resonó en todo el edificio.

Me detuve de nuevo y presté atención, y ahora distinguí claramente el sonido de unos pies corriendo con rapidez. Parecía que se estaba aproximando, y supuse que bajaba por la rampa desde el piso superior a mis habitaciones.

Puede que lo que sucediera en casa de Fal Silvas no fuese asunto mío, pero nunca he oído el grito de una mujer sin investigar, así que me dirigí hacia la puerta y la abrí, y al hacerlo divisé a una chica que corría rápidamente en mi dirección. Llevaba el pelo suelto y sus ojos muy abiertos, asustados, lanzaban frecuentes miradas por encima de sus hombros.

Estaba casi encima de mí cuando me descubrió, y cuando lo hizo se detuvo, con una expresión no sé si de asombro o de terror, luego me esquivó y se abalanzó hacia la puerta abierta de mi sala de estar.

—Cierra la puerta —susurró ella con la voz tensa de la emoción contenida—. ¡No

dejes que me atrapen! ¡No dejes que me encuentren!

Nadie parecía estar persiguiéndola, pero cerré la puerta como me pedía y me volví hacia ella para pedirle explicaciones.

—¿Qué ocurre? —quise saber—. ¿De quién huyes?

—De él —se estremeció—. ¡Oh, es horrible! ¡Por favor, escóndeme! ¡No permitas que me encuentre!

—¿A quién te refieres? ¿Quién es horrible?

Ella permaneció allí temblando, contemplando la puerta con los ojos a puntos de salirse de las órbitas, enloquecida de terror.

—Él —musitó ella—. ¿Quién otro podría ser?

—¿Quieres decir...?

Ella se acercó a mí para hablarme, mas luego vaciló.

—Pero, ¿por qué confiar en ti? Eres uno de los suyos. Todos están de acuerdo en este horrible lugar.

Estaba muy cerca de mí, temblando como una hoja.

—¡No puedo soportarlo! ¡No se lo permitiré! —gritó, y con tal rapidez que no pude evitarlo, me arrebató la daga del correa y la volvió contra sí misma.

Pero entonces fui demasiado rápido para ella, aferrándola por la muñeca antes de que lograra llevar a cabo sus propósitos.

Su fuerza contradecía su apariencia delicada, pero me costó poco trabajo desarmarla. Luego la empujé hacia el banco y la hice sentarse en él.

—Cálmate —le dije—, no tienes nada que temer de mí..., ni de nadie más mientras yo esté contigo. Cuéntame lo que te ha pasado. Dime de qué tienes miedo.

Ella permaneció sentada mirándome a los ojos durante largo rato; comenzó a recuperar el control de sí misma.

—Sí —dijo al fin—, quizás pueda confiar en ti. Tu voz y tu apariencia así me lo hacen sentir...

Coloqué mi mano sobre su hombro, como para tranquilizar a un niño asustado.

—No tengas miedo: cuéntame algo de ti. ¿Cómo te llamas?

—Zanda —contestó ella—. ¿Vives aquí?

—Soy una esclava, una prisionera.

—¿Fuiste tú la que gritaste?

—No, fue otra. Intentó atraparme, pero me zafé de él y tuvo que coger a otra. Pero ya llegará mi turno. A todas nos tocará.

—¿Quién? ¿De quién hablas?

—De Fal Silvas —dijo ella con tono horrorizado, estremeciéndose.

Me senté en el banco junto a ella y le cogí la mano.

—Tranquilízate y cuéntame lo que sepas. Soy un extraño aquí. Acabo de entrar esta misma noche al servicio de Fal Silvas.

—Entonces, ¿no sabes nada de Fal Silvas?

—Sólo que es un rico inventor que teme por su vida.

—Sí, es rico, y es un inventor: pero no es tan gran inventor como ladrón y asesino. Roba sus ideas a otros inventores y luego los hace asesinar para salvaguardar sus robos; quienes averiguan demasiado acerca de sus inventos, mueren.

«Nunca logran abandonar la casa. Siempre tiene un asesino listo para cumplir sus órdenes, a veces aquí, a veces en la ciudad; y siempre teme por su vida.

«Rapas el Ulsio es ahora su asesino, y ambos tienen miedo a Ur Jan, el jefe del gremio de asesinos, porque Ur Jan ha sabido que Rapas mata para Fal Silvas a un precio muy inferior al que cobra el gremio».

—¿Pero cuáles son esos maravillosos inventos en los que trabaja Fal Silvas? —pregunté yo.

—No sé qué hace, pero tiene que ver con una nave. Sería una nave fantástica si no hubiera nacido de la sangre y la traición.

—¿Qué clase de nave?

—Una nave capaz de viajar a través del espacio interplanetario. Dice que dentro de poco viajaremos de planeta en planeta tan fácilmente como hoy viajamos de ciudad en ciudad.

—Muy interesante..., y nada horrible, por lo que puedo ver.

—Pero él trabaja en otras cosas... en cosas horribles. Una de ellas es un cerebro mecánico.

—¿Un cerebro mecánico?

—Sí pero, por supuesto, no puedo explicar cómo funciona. He oído hablar de él a menudo, pero no he entendido nada.

«Dice que la vida..., que todas las cosas son el resultado de acciones mecánicas, no de acciones químicas. Sostiene que toda acción química es mecánica.

«Oh, probablemente no lo esté explicando bien. Todo me parece muy confuso, porque no lo entiendo. Pero, de cualquier modo, está trabajando en un cerebro mecánico, un cerebro capaz de pensar con claridad y lógica, sin ser influido por el medio ambiente ajeno a sus razonamientos, como el juicio humano».

—Me parece una idea un tanto fantástica, pero no puedo ver nada horrible en ella —objeté yo.

—No es la idea lo que es horrible —repuso ella—, sino el método que emplea para perfeccionar su invento. Para poder duplicar el cerebro humano, se ve obligado a estudiarlo. Por esta razón necesita muchos esclavos. Compra algunos, pero hace secuestrar a la mayoría.

Ella comenzó a temblar, y dijo con voz entrecortada:

—No lo sé con certeza, no lo he visto. Pero dicen que sujeta a sus víctimas de forma que no puedan moverse y entonces las despoja del cráneo hasta dejar expuesto

el cerebro y así, por medio de rayos capaces de penetrar los tejidos, observa las funciones cerebrales.

—Pero nadie lo soporta mucho tiempo —aventuré yo—, pierden el sentido y mueren con rapidez.

Ella negó con la cabeza.

—No. Ha perfeccionado drogas que inyecta en sus venas para que permanezcan con vida y conscientes mucho tiempo. Durante largas horas les aplica diversos estímulos y estudia sus reacciones. Imagínate, si eres capaz, el sufrimiento de las víctimas.

«Trae muchos esclavos a este lugar, pero no se quedan mucho tiempo. El edificio sólo tiene dos puertas, y ventanas que dan al exterior. Los esclavos que desaparecen no lo hacen por ninguna de las dos puertas. Los vi ayer, mañana se habrán ido a través de la puerta que conduce a la cámara del horror, junto a las habitaciones de Fal Silvas.

«Esta noche Fa] Silvas mandó llamar a dos de nosotros, a otra muchacha y a mí. Se proponía utilizar solamente a una. Siempre examina a una de la pareja y escoge a la que considera el mejor ejemplar, pero su selección no está determinada completamente por motivos científicos. Siempre elige a la más atractiva de las chicas que convoca.

«Nos examinó, y finalmente me eligió. Yo me aterroricé. Intenté escapar. El me persiguió por toda la habitación hasta que acabó por resbalar y caerse; yo abrí la puerta y escapé antes de que pudiera reincorporarse. Luego oí gritar a la otra chica y comprendí que la había cogido a ella, pero solamente he logrado un aplazamiento. Me atraparé: no hay escape posible. Ni tú ni yo abandonaremos jamás este lugar con vida».

—¿Qué te hace creer eso? —inquirí yo.

—Nadie lo hace.

—¿Y qué hay de Rapas? Aparentemente, va y viene según le place.

—Sí, Rapas va y viene. Es el asesino de Fal Silvas. También coopera en el secuestro de nuevas víctimas. Por ello, goza de libertad para abandonar el edificio, También la tienen algunos viejos criados de confianza, en realidad cómplices, cuya vida cuida especialmente Fal Silvas: pero puedes tener la seguridad de que ninguno de ellos sabe mucho de sus inventos. En el momento en que uno obtiene la confianza de Fal Silvas, tiene los días contados.

«Parece sufrir de la manía de hablar de sus inventos. Tiene que explicárselo a alguien. Creo que es culpa de su egotismo desmedido. Adora presumir. Por eso te he dicho que quienes conocen demasiado su trabajo están condenados. Puedes estar seguro de que Rapas no sabe nada de importancia. De hecho, oí decir una vez a Fal Silvas que una de las razones por las que aprecia al asesino, es por su absoluta

estupidez. Fal Silvas dice que aunque le explicara todos los detalles de un invento, Rapas no tendría la inteligencia suficiente para comprenderlo».

Por aquel entonces, la chica ya había recuperado el autocontrol, y, cuando terminó de hablar, se dirigió hacia la puerta.

—Muchas gracias por dejarme entrar —dijo—. Es muy probable que no te vuelva a ver, pero me gustaría saber quién me ha ayudado.

—Me llamo Vandor. Pero, ¿qué te hace pensar que no nos volveremos a ver? ¿Y a dónde vas ahora?

—Vuelvo a mi habitación a esperar la próxima convocatoria. Quizás sea mañana.

—Vas a quedarte aquí —contesté yo—, aún podemos encontrar la forma de sacarte de aquí.

Ella me miró sorprendida e iba a replicar cuando súbitamente ladeó la cabeza para escuchar.

—Alguien se acerca —dijo—, me están buscando.

Yo la cogí por la mano y tiré de ella hacia la puerta de mi dormitorio.

—Entra aquí. Veamos si es posible esconderte.

—No, no —objetó ella—. Entonces nos matará a los dos si me encuentran. Has sido amable conmigo, y no quiero que te maten.

—No te preocupes por mí. Sé cuidar de mí mismo. Haz lo que te digo.

La conduje a mi cuarto y la hice acostarse en la pequeña plataforma que sirve como lecho en Barsoom. Luego apilé encima de ella las sedas y pieles de dormir en un confuso montón. Sólo mediante un examen concienzudo podía descubrir que su pequeño cuerpo descansaba bajo ellas.

Volviéndome a la sala de estar, cogí al azar un libro del estante, me senté en una silla y lo abrí. Apenas lo había hecho, escuché un golpe en la puerta que conducía al pasillo..

—Adelante —invité.

La puerta se abrió, y Fal Silvas entró en la habitación.

CAPÍTULO III



Atrapado



Bajando el libro, contemplé la entrada de Fal Silvas. Echó una ojeada rápida y suspicaz al apartamento. Yo había dejado la puerta del dormitorio abierta a propósito, para no despertar sospechas. Las puertas del otro dormitorio y del baño estaban también abiertas. Fal Silvas se dio cuenta del libro que estaba leyendo.

—¿No es una lectura un poco difícil para un panthan? —observó.

Yo sonreí.

—He leído hace poco su *Mecánica Teórica*. Esta debe ser una obra anterior, y no es tan autorizada. Simplemente la estaba hojeando.

Fal Silvas me estudió atentamente durante un momento.

—¿No eres demasiado educado para tu oficio? —preguntó.

—Nunca se puede saber demasiado.

—Aquí sí se puede saber demasiado —dijo él, recordándome lo que me había contado la chica—. Vine a comprobar si todo anda bien, si estás cómodo —dijo, cambiando el tono de voz.

—Mucho.

—¿No te han molestado? ¿No ha venido nadie?

—La casa parece muy tranquila —contesté—. Oí a alguien reírse hace un rato, pero eso fue todo. No me molestó.

—¿Ha entrado alguien en tus habitaciones?

—¿Por qué lo dices? ¿Se supone que debía haber venido alguien?

—Nadie, por supuesto —respondió rápidamente, y acto seguido comenzó a hacerme preguntas, en un esfuerzo evidente por valorar la extensión de mis conocimientos de mecánica y química.

—En realidad, sé poco de esas ciencias —le aseguré—. Soy un soldado profesional, no un científico. Aunque, por supuesto, la familiaridad con las naves aéreas lleva aparejada ciertos conocimientos técnicos; pero, después de todo, sólo soy un aprendiz.

Él me estudiaba con curiosidad.

—Desearía conocerte mejor —dijo al fin—. Desearía saber si puedo confiar en ti. Eres un hombre inteligente. En cuestiones de intelecto, estoy totalmente solo aquí.

Necesito un ayudante. Necesito un hombre como tú —negó con la cabeza, algo disgustado—. Pero, ¿para qué? No puedo confiar en nadie.

—Me empleaste como guardaespaldas. Para ese trabajo sí soy apropiado. Dejémoslo así.

—Tienes razón. El tiempo dirá para qué más cosas eres apropiado.

—Si voy a protegerte —continuó—, debo saber más acerca de tus enemigos. Debo saber quiénes son, y conocer sus planes.

—Hay muchos a los que les gustaría verme muerto, pero a uno de ellos le beneficiaría mi muerte más que a los demás. Se trata de Gar Nal, el inventor —me miró interrogativamente.

—Nunca he oído hablar de él. Recuerda que he estado muchos años ausente de Zodanga.

Él asintió.

—Estoy perfeccionando una nave capaz de atravesar el espacio. Gar Nal también. A él le gustaría no sólo matarme, sino robarme los secretos de mi invención que le permitan perfeccionar su nave. Pero es a Ur Jan a quien debo temer, porque Gar Nal lo ha contratado para matarme.

—Soy desconocido en Zodanga. Encontraré a ese Ur Jan y veré qué puedo descubrir.

Había una cosa que quería averiguar cuanto antes, y era si Fal Silvas me permitiría abandonar su casa con cualquier pretexto.

—No descubrirás nada —dijo—, sus reuniones son secretas. Aunque consiguieras introducirte en una de ellas, lo cual es dudoso, te matarían antes de que pudieras salir.

—Quizás no, y, de todas formas, vale la pena intentarlo. ¿Sabes dónde celebran sus reuniones?

—Sí, pero si pretendes intentarlo, será mejor que Rapas te guíe hasta allí.

—Si voy, no quiero que Rapas sepa nada de ello.

—¿Por qué? —quiso saber Fal Silvas.

—Porque no confío en él. No confiaría en nadie que conociera mis planes.

—Tienes razón. Cuando estés preparado para partir, te daré las instrucciones necesarias para que encuentres el lugar tú solo.

—Iré mañana cuando haya oscurecido.

Él aprobó con un gesto. Se encontraba en un punto desde el que divisaba directamente el dormitorio donde estaba escondida la chica.

—¿Tienes bastantes sedas y pieles de dormir? —preguntó. —Sí, pero de todas formas mañana traeré las mías.

—No será necesario. Yo te proveeré de todo lo que necesites —aún permanecía contemplando la otra habitación.

Temía que hubiese adivinado la verdad, o que la chica se hubiera movido, o que

su respiración se notara bajo el montón que la ocultaba.

No me atreví a volverme para mirar, porque temía aumentar sus sospechas. Me limité a permanecer sentado, esperando, con la diestra cerca de la empuñadura de mi espada corta. Quizás la chica estaba a punto de ser descubierta, mas si era así, también Fal Silvas estaba a punto de morir.

Pero finalmente éste se dirigió hacia la puerta de salida.

—Mañana te daré instrucciones para que puedas llegar al cuartel de los gorthanos; y también te enviaré un esclavo. ¿Prefieres a un hombre o a una mujer?

Yo prefería un hombre, pero intuí en ello una posibilidad de proteger a la chica.

—Una mujer —dije. Él sonrió.

—Y bonita, ¿no?

—Me gustaría elegirla yo mismo..., si es posible.

—Como quieras —contestó él—. Mañana te dejaré que les eches un vistazo. Que duermas bien.

Abandonó la habitación y cerró la puerta tras de sí; pero yo sabía que permanecería fuera un rato, escuchando.

Recogí el libro y comencé a leer una vez más. Pero ni una sola palabra quedó registrada en mi cerebro, puesto que todos mis sentidos estaban concentrados en escuchar.

Después de lo que me pareció un largo tiempo, le oí marcharse, y poco después oí cerrarse una puerta en el piso de arriba. Hasta aquel momento no me había movido, pero entonces me incorporé y me acerqué a la puerta. Estaba equipada con un pesado cerrojo en su interior, y lo cerré silenciosamente.

Crucé la habitación, entré en la cámara donde se hallaba la chica y retiré las ropas que la cubrían. No se había movido. Cuando me miró me puse un dedo en los labios.

—¿Has oído? —pregunté en un suave susurro.

Ella asintió.

—Mañana te voy a elegir como esclava. Quizás después pueda encontrar la forma de liberarte.

—Eres muy amable —dijo ella.

La cogí por un brazo.

—Ve a la otra habitación. Esta noche puedes dormir allí segura, y por la mañana ya idearemos cómo realizar el resto de nuestro plan.

—No creo que sea difícil —opinó ella—. Por la mañana temprano todo el mundo, menos Fal Silvas, acude a un gran comedor situado en este piso. Muchos de ellos pasan por este pasillo. Puedo deslizarme fuera sin que me vean y mezclarme entre ellos. Durante el desayuno tú tendrías la oportunidad de ver a todas las esclavas. Entonces podrías elegirme si todavía deseas hacerlo.

Había sedas y mantas de dormir en la habitación que le había asignado, así que,

sabiendo que estaría cómoda, la dejé y volví a mi propia habitación a completar mis preparativos para pasar la noche, que habían sido tan extrañamente interrumpidos.

Zanda me despertó temprano por la mañana.

—Pronto será la hora del desayuno —me dijo—. Debes salir antes que yo y dejar la puerta abierta. Yo me deslizaré fuera cuando no haya nadie en el pasillo.

Cuando salí de mi alojamiento, vi dos o tres tipos por el pasillo en la dirección en la que Zanda me había dicho que se encontraba el comedor y, siguiéndolos, fui a parar finalmente a una gran sala donde había una mesa con capacidad para unos veinte comensales. Ya se hallaba medio llena. La mayor parte de los esclavos eran mujeres..., mujeres jóvenes y, en su mayoría, muy hermosas.

Con la excepción de dos hombres, sentados en ambos extremos de la mesa, todos los ocupantes de la habitación estaban desarmados.

El hombre sentado a la cabecera de la mesa era el mismo que nos había recibido a Rapas y a mí la noche anterior. Después supe que su nombre era Harnas, y que era el mayordomo del establecimiento.

El otro hombre armado se llamaba Phystal, y era el encargado de los esclavos. Asimismo, supe después que también colaboraba en la obtención de muchos de ellos, normalmente mediante soborno o secuestro.

Harnas me descubrió en cuanto entré en la habitación y me hizo señas para que me acercara.

—Siéntate aquí, junto a mí, Vandor —me dijo.

No pude dejar de notar la diferencia de sus maneras respecto a las de la noche anterior, en la que se había comportado como un esclavo más o menos obsequioso. Supuse que representaba dos papeles con un solo propósito conocido por él o por su amo. En su papel actual era obviamente una persona de importancia.

—¿Dormiste bien? —me preguntó.

—Bastante. La casa parece muy tranquila y pacífica de noche.

Él gruñó.

—Si escuchases algún sonido fuera de lo corriente durante la noche —me dijo—, no debes investigar, a menos que el amo o yo te llamemos —y después, pensando que debía explicarme algo, añadió—: Fal Silvas a veces trabaja en sus experimentos hasta bien entrada la noche. No debes molestar oigas lo que oigas.

Algunos esclavos más entraron en la sala en aquel momento, y tras ellos apareció Zanda. Yo observé a Harnas y vi estrecharse sus ojos al descubrirla.

—¡Aquí está, Phystal! —dijo.

El hombre del otro lado de la mesa se volvió en su asiento y miró a la muchacha, que se aproximaba detrás de mí. Tenía el ceño fruncido airadamente.

—¿Donde estuviste anoche, Zanda? —le preguntó imperiosamente cuando llegó a la mesa.

—Estaba asustada y me escondí —contestó ella.

—¿Dónde te escondiste?

—Pregúntale a Hamas.

Phystal miró a Hamas.

—¿Cómo podría yo saber dónde te escondiste? —preguntó el último. Zanda alzó sus arqueadas cejas.

—Oh, lo siento —exclamó—, no sabía que no querías que se supiese.

Hamas frunció el entrecejo, enfadado.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Adónde quieres ir a parar?

—Oh, no tengo nada que decir sobre ello, salvo que, por supuesto, creía que Fal Silvas estaba al corriente.

Phystal estudiaba suspicazmente a Hamas. Todos los esclavos lo miraban también, y se podía leer en sus rostros lo que pensaban. Hamas estaba furioso, Phystal sospechaba; y la chica permanecía ante ellos con la expresión más inocente y angelical que pudiera concebirse.

—¿Qué te propones al decir estas cosas? —preguntó Hamas.

—¿Qué he dicho? —preguntó ella inocentemente.

—Dijiste... dijiste...

—Solamente dije: «pregúntale a Hamas». ¿Hay algo malo en ello?

—¿Pero por qué he de saberlo yo?

Zanda encogió sus esbeltos hombros.

—No voy a decir nada más, no quiero meterte en problemas.

—Quizás cuanto menos hables sea mejor—dijo Phystal.

Hamas comenzó a hablar, pero, evidentemente, se lo pensó mejor. Le lanzó una mirada furiosa a Zanda y devolvió su atención al desayuno. Cuando estábamos terminando de comer, le dije a Hamas que Fal Silvas me había indicado que escogiera un esclavo.

—Sí, ya me lo dijo —contestó el mayordomo—. Díselo a Phystal; es el encargado de los esclavos.

—¿Pero sabe él que Fal Silvas me ha dado permiso para elegir el que yo quiera?

—Se lo diré.

Un momento después terminó su desayuno y, cuando abandonaba el comedor, se detuvo para hablar con Phystal. Viendo que Phystal también se disponía a irse, me senté junto a él y le dije que me gustaría elegir un esclavo.

—¿Cuál de ellos quieres? —preguntó.

Yo eché una ojeada en torno a la mesa, aparentando examinar cuidadosamente a cada una de las esclavas hasta que mis ojos se posaron sobre Zanda.

—Me quedaré con aquella —dije.

Las cejas de Phystal se contrajeron, y pareció dudar.

—Fal Silvas me dijo que podía elegir la que quisiera —le recordé.

—Pero, ¿por qué quieres esa?

—Parece inteligente, y es atractiva —contesté—. Me servirá tan bien como cualquier otra hasta que esté mejor relacionado aquí.

Y de esta forma me asignó a Zanda a mi servicio. Sus deberes consistían en mantener limpio mi apartamento, hacer mis recados, pulir mi cinto, sacarle brillo a mi metal, afilar mis espadas y dagas, y en suma, hacerse útil de todas las formas posibles.

Me hubiera gustado mucho más tener como esclavo a un hombre, pero los acontecimientos se habían encadenado de tal forma que me habían obligado a asumir el papel de protector de la chica, y aquello parecía ser la única forma de conseguir algo en este sentido; pero yo desconocía si Fal Silvas me permitiría quedarme con ella. Esta era una duda que resolvería el futuro.

Conduje a Zanda de nuevo a mis habitaciones y, mientras se ocupaba allí de sus deberes, recibí una llamada de Fal Silvas.

Un esclavo me condujo a la misma habitación en la que Fal Silvas nos había recibido a Rapas y a mí la noche anterior; el viejo inventor me saludó con un movimiento de cabeza cuando entré. Yo esperaba ser interrogado inmediatamente acerca de Zanda, ya que tanto Hamas como Phystal estaban con él. Y, sin duda, debían haberle informado de lo que había sucedido durante el desayuno.

Sin embargo, fui agradablemente defraudado, puesto que ni siquiera mencionó el incidente, limitándose a darme las instrucciones referente a mis deberes.

Debía permanecer de guardia ante su puerta, en el pasillo, y acompañarlo cuando abandonara la habitación. No debía permitir que nadie, salvo Hamas y Phystal, entrase sin permiso de Fal Silvas. No debía subir al piso de arriba bajo ninguna circunstancia, excepto con su permiso o por órdenes expresas suyas. Insistió mucho en grabar este punto en mi mente, y, aunque no soy excesivamente curioso, debo admitir que la prohibición me despertó unas grandes ganas de hacerlo.

—Cuando lleves más tiempo a mi servicio y te conozca mejor —explicó Fal Silvas—, espero poder confiar en ti; pero de momento estás a prueba.

Aquel fue el día más largo de mi vida; lo pasé parado delante de la puerta sin hacer nada, pero finalmente llegó a su término, y cuando tuve ocasión le recorde a Fal Silvas que había prometido facilitarme la dirección del cuartel general de Ur Jan para que pudiese intentar penetrar en él aquella noche. Me dio la dirección de un edificio situado en otro barrio de la ciudad.

—Puedes partir cuando quieras —concluyó—, le he comunicado a Hamas que puedes ir y venir como te plazca. Te proporcionará una contraseña para que puedas volver a entrar en la casa. Te deseo buena suerte, pero creo que lo único que conseguirás será una estocada en el corazón. Te vas a enfrentar con la banda más

feroz y menos escrupulosa de toda Zodanga.

—Es un riesgo que tengo que afrontar —dije yo—. Buenas noches.

Fui a mis habitaciones, le dije a Zanda que se encerrara con llave en cuanto me marchara y que sólo abriera la puerta en respuesta a cierta señal que le enseñé.

No puso objeciones a mis órdenes.

Cuando estuve listo para partir, Hamas me condujo a la puerta de salida. Allí me enseñó un botón en la mampostería y me explicó cómo usarlo para anunciar mi llegada.

Apenas había salido de la casa de Fal Silvas, cuando me tropecé con Rapas, el Ulsio. Parecía haber olvidado su enfado conmigo, o estaba disimulando pues me saludó cordialmente.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—A pasar la noche fuera.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a ir a la casa de huéspedes a recoger mis cosas y guardarlas, y después iré a divertirme un poco.

—¿Qué tal si nos vemos más tarde? —sugirió. —Muy bien, ¿dónde y cuándo?

—Estaré ocupado con mis asuntos hasta después de la octava zode y media. ¿Qué tal si nos encontramos en la casa de comidas donde te llevé ayer?

—De acuerdo; pero no me esperes mucho tiempo. Puedo aburrirme y volver a mi alojamiento mucho antes.

Tras dejar a Rapas, acudí a la casa de huéspedes donde había dejado mis pertenencias, las cogí todas y las llevé al tejado para guardarlas en mi nave. Una vez hecho esto, volví a la calle y me dirigí a la dirección que me había dado Fal Silvas.

Mi camino me condujo, a través de un distrito comercial brillantemente iluminado, hacia una sombría zona de la ciudad. Era un barrio residencial, pero de la más baja estofa.

Algunas casas aún descansaban sobre el suelo, pero la mayoría se alzaban sobre sus fustes a veinte o treinta pies por encima del pavimento.

Escuché risas y canciones, y de vez en cuando pendencias...; los sonidos nocturnos de cualquier gran ciudad marciana. Después me adentré en otro sector aparentemente desierto.

Me aproximaba al cuartel general de los asesinos. Me mantenía oculto al amparo de las sombras de los edificios, y evitaba a la poca gente que encontraba por la avenida, deslizándome en los portales y callejones. No deseaba que me viera nadie capaz de reconocerme posteriormente. Estaba jugando con la muerte, y no deseaba darle ninguna ventaja.

Cuando alcancé finalmente el edificio que andaba buscando, localicé un portal, en el lado de la avenida, desde el cual podía observar mi objetivo sin ser visto.

La luna más lejana arrojaba una débil luz sobre el edificio sin revelarme nada de importancia.

Al principio no pude discernir luz alguna en él, pero después de una cuidadosa observación advertí un vago reflejo tras las ventanas de la planta superior. Aquél era, sin duda, el lugar de reunión; ¿Pero cómo llegar a él?

Parecía fuera de toda discusión que todas las puertas del edificio estarían cerradas con llaves y que todos los accesos al lugar de reunión estarían bien guardados.

Algunas ventanas de diversos pisos estaban provistas de balcones, me di cuenta que había tres en el piso superior. Aquellos balcones me ofrecían un medio de acceso si podía arreglármelas para llegar hasta ellos.

La gran fuerza y agilidad que la débil gravedad de Marte proporciona a mis músculos terrestres podían haberme permitido escalar el exterior del edificio, de no haber sido por el hecho de que éste no presentaba ningún lugar donde apoyar los pies hasta la quinta planta, donde daba comienzo su esculpida ornamentación.

Comencé a estudiar mentalmente cada posibilidad y, por eliminación, resolví que el mejor lugar para aproximarme era el tejado.

Sin embargo, decidí investigar las posibilidades de la entrada principal de la planta baja; me disponía a cruzar la avenida con este propósito cuando descubrí a dos hombres que se acercaban. Volviendo a las sombras de mi escondite, esperé a que pasaran, pero en vez de hacerlo se detuvieron ante la puerta del edificio que yo observaba. La puerta sólo tardó un momento en abrirse y ambos fueron admitidos en el interior.

Este incidente me convenció de que la entrada principal estaba vigilada, y que era inútil intentar entrar por allí.

Sólo me quedaba el tejado como lugar por donde penetrar en el edificio, y rápidamente tracé un plan para hacerlo.

Abandonando mi escondite, volví sobre mis pasos hasta la casa de huéspedes donde me había alojado y subí inmediatamente al hangar del tejado.

El lugar estaba desierto y pronto me encontré a los mandos de mi nave. Ahora tendría que arriesgarme a que alguna nave patrullera me detuviese, pero era una contingencia más que remota, puesto que, salvo en casos de emergencia pública, por lo general se solía prestar poca atención a los voladores privados dentro de las murallas de la ciudad.

Pese a todo, para aminorar aún más el riesgo, volé muy bajo, por avenidas sin iluminación y debajo del nivel de los tejados; no tardé en alcanzar las cercanías del edificio que era mi objetivo.

Una vez allí, me elevé por encima del nivel de los tejados y, tras localizar el edificio, me posé suavemente en su azotea.

No se había preparado el edificio para ello, y no encontré hangares ni bitas de

amarre, pero rara vez hay viento fuerte en Marte, y aquella era una noche particularmente calmada.

Bajando de la nave, busqué en el tejado algún medio de acceso al edificio. Encontré únicamente una pequeña escotilla, pero estaba firmemente asegurada desde el interior para poder forzarla..., al menos sin hacer demasiado ruido.

Asomándome por el borde de la azotea, descubrí directamente debajo de mí uno de los balcones. Yo podía haberme colgado del alero con las manos y dejarme caer sobre él, pero de nuevo me enfrentaba al riesgo de llamar la atención de alguien con el ruido de mi aterrizaje.

Estudí el frontis del edificio y descubrí que, como tantas otras construcciones marcianas, los adornos esculpidos me ofrecían todos los puntos de apoyo para manos y pies que pudiera desear.

Deslizándome silenciosamente por el alero, tanteé con mis pies hasta encontrar un saliente capaz de soportar mi peso. Luego, soltando una mano, busqué un nuevo soporte: y así, muy lenta y cuidadosamente, descendí hacia el balcón.

Yo había elegido el lugar de mi descenso de forma que fuera a dar a una ventana no iluminada. Durante un momento permanecí quieto, escuchando. Percibí algunas voces apagadas procedentes de algún lugar del interior. Entonces franqueé el alféizar y penetré en el oscuro apartamento que se hallaba tras éste.

Lentamente avancé a ciegas hasta topar con la pared, y luego la seguí hasta llegar a la puerta de la habitación situada frente a la ventana. Furtivamente tanteé en busca del pestillo y lo levanté. Empujé suavemente la puerta que no estaba cerrada con la llave; giró hacia mí sin hacer ruido.

Más allá de la puerta corría un pasillo muy tenuemente iluminado, como si reflejara la luz de una puerta abierta en otro pasillo. El sonido de las voces era ahora más claro. Silenciosamente me dirigí hacia el lugar de donde provenían.

No tardé en llegar a otro pasillo que formaba un ángulo recto con el que había seguido hasta entonces. La luz era más fuerte allí, y vi que surgía de una puerta abierta situada en el mismo pasillo. Sin embargo, yo estaba seguro de que las voces, aunque sonaban mucho más altas, no provenían de aquella habitación.

Mi situación era precaria. No conocía el menor detalle de la disposición interior del edificio. No sabía a lo largo de qué corredores podían ir y venir sus inquilinos. Si me aproximaba a la puerta abierta, podía colocarme en una posición donde no tardarían en descubrirme.

Sabía que estaba tratando con asesinos, todos ellos espadachines avezados, no intentaba engañarme a mí mismo diciéndome que podía enfrentarme con una docena o más de ellos.

Sin embargo, los hombres que vivimos de la espada estamos acostumbrados a correr riesgos, riesgos a veces más desesperados que los que nuestra misión parece

justificar.

Quizás este era el caso entonces, porque yo había venido a Zodanga para averiguar todo lo que pudiera sobre el gremio de asesinos, dirigido por el infame Ur Jan; y ahora la fortuna me había colocado en un lugar donde podía obtener gran cantidad de informaciones muy valiosas, y no tenía la intención de retirarme sólo porque hubiera algo de riesgo.

Me deslicé furtivamente hacia adelante, y al fin alcancé la puerta. Con suma cautela, inspeccioné el interior de la habitación mientras cruzaba el umbral pulgada a pulgada.

Era una habitación pequeña, sin duda una antesala, y estaba desierta. No carecía de mobiliario: una mesa, varios bancos y, en especial, me fijé particularmente en un anticuado aparador colocado transversalmente en una esquina de la habitación, encontrándome uno de sus lados a un pie de la pared.

Desde el umbral donde me encontraba, podía oír mucho mejor el ruido de las voces, confié en que los hombres que buscaba se encontraran en la habitación contigua.

Me aproximé sigilosamente a la puerta de enfrente. Justo a la izquierda de la puerta se hallaba el aparador que ya he mencionado.

Pegué la oreja al panel de la puerta, tratando de oír lo que se decía en la otra habitación, pero las palabras me llegaban amortiguadas e inarticuladas. Nunca debería haber hecho aquello. En aquellas condiciones no podía ni ver ni oír nada que me fuera de utilidad.

Decidí que debía buscar otra forma de espiar, y ya me disponía a abandonar la habitación cuando escuché unas pisadas acercándose por el pasillo. ¡Estaba atrapado!

CAPÍTULO IV



Muerte en la noche

En más de una ocasión a lo largo de mi vida me había visto en situaciones apuradas, pero me pareció entonces que rara vez me había metido en una trampa semejante. Las pisadas se acercaban rápidamente por el pasillo. Su sonido indicaba que eran producidas por más de una persona.

Si eran sólo dos hombres, podría abrirme paso entre ellos luchando; pero el ruido del encuentro atraería a los que se encontraban en la habitación vecina, y con certeza cualquier lucha, por breve que fuera, me retrasaría el tiempo suficiente para que me alcanzaran antes de que escapase.

¡Escapar! ¿Cómo podría escapar si era descubierto? Aunque alcanzara el balcón, ellos irían pegados a mis talones, y no podría ascender por el frontis con la velocidad necesaria para ponerme fuera del alcance de sus manos.

Mi posición parecía desesperada, y precisamente entonces mi mirada se posó en el aparador de la esquina, y reparé en la separación de un pie de ancho que había entre mi persona y la pared.

Los pasos sonaban casi junto a la puerta. No había tiempo que perder. Rápidamente, me deslicé detrás del aparador y esperé.

Justo a tiempo. Los hombres del pasillo entraron en la habitación casi inmediatamente, tan de inmediato que pareció que tenían que haberme visto, pero, al parecer, no fue así, ya que se dirigieron sin detenerse a la puerta de la otra cámara, que abrió uno de ellos.

Desde mi escondite, oculto por la sombra del aparador, podía distinguir claramente a este hombre al igual que la otra habitación.

Lo que vi más allá de la puerta me dio bastante que pensar. Se trataba de una estancia espaciosa, en cuyo centro se hallaba una gran mesa. En torno a la misma se sentaban al menos cincuenta hombres, los cincuenta individuos de apariencia más endurecida que yo había visto juntos. En la cabecera de la mesa se sentaba un hombre enorme al que reconocí de inmediato como Ur Jan. Era un hombre muy grande pero bien proporcionado, de una mirada se apreciaba que era un luchador formidable.

Podía ver al hombre que mantenía abierta la puerta, pero no a su acompañante o acompañantes, ya que el aparador me lo ocultaba.

Ur Jan levantó la vista al abrirse la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó conminativamente—. ¿A quién has traído contigo? —y luego añadió—: Ah, ya lo reconozco.

—Tiene un mensaje para ti, Ur Jan —dijo el hombre de la puerta—. Dice que es muy urgente, de lo contrario no lo hubiera traído aquí.

—Déjalo entrar —dijo Ur Jan—, y veamos qué quiere; tú puedes retornar a tu puesto.

—Entra —dijo el hombre a su acompañante—. Y ruega a tu primer antepasado que tu mensaje interese a Ur Jan, pues de lo contrario no saldrás de esta sala por tu propio pie.

Se hizo a un lado, y vi a un hombre pasar y entrar en la habitación. Era Rapas, el Ulsio.

Con sólo ver su espalda, mientras se aproximaba a Ur Jan, supe que estaba nervioso y que tenía miedo. Traté de imaginarme qué podría haberlo llevado allí, evidentemente, no pertenecía al gremio. La misma cuestión como revelaron sus siguientes palabras, también intrigaba a Ur Jan.

—¿Qué buscas aquí Rapas, el Ulsio?

—He venido como amigo —contestó Rapas—. Le traigo a Ur Jan unas noticias que hace mucho tiempo que desea oír.

—La mejor noticia que podías haberme traído es que alguien te cortó tu asquerosa garganta.

Rapas se rió..., con una risa nerviosa y forzada.

—El gran Ur Jan tiene un gran sentido del humor —masculló Rapas con tono servil.

El bruto sentado a la cabecera de la mesa se puso en pie de un salto y golpeó fuertemente la sólida tabla de madera, de sorapo, con su poderoso puño.

—¿Qué te hace creer que bromeo, miserable garganta cortada? Pero será mejor que rías mientras puedas, porque si no tienes nada importante que decirme, si has entrado en este lugar prohibido, interrumpiendo nuestra asamblea sin una buena razón, te abriré una nueva boca en la garganta, pero te aseguro que no podrás reírte por ella.

—Sólo quiero hacerte un favor —suplicó Rapas—. Estoy seguro de que la información que traigo te interesará, si no, no hubiera venido.

—Muy bien, ¡rápido! Desembucha. ¿De qué se trata?

—Sé quién es el asesino de Fal Silvas.

Ur Jan se rió; era la suya una risa un tanto repulsiva.

—También yo —rugió—, es Rapas, el Ulsio.

—No, no, Ur Jan —lloriqueó Rapas—, te equivocas conmigo. Escúcha.

—Has sido visto entrando y saliendo de la casa de Fal Silvas —acusó el jefe de

los asesinos—. Eres empleado suyo; ¿y para qué emplearía a un tipo como tú salvo para cometer sus asesinatos?

—Sí, es verdad que voy a menudo a la casa de Fal Silvas. Me ha empleado como guardaespaldas, pero sólo acepté el cargo para poder espiarlo. Ahora que sé lo que quería, he acudido directamente a ti.

—Muy bien, ¿qué es lo que has sabido?

—Ya te lo he dicho. Sé quién es su asesino.

—Bueno..., si no eres tú, ¿quién es?

—Ha contratado a un extranjero..., a un panthan llamado Vandor. Ese hombre es el que comete sus asesinatos.

No pude reprimir una sonrisa. Todo hombre cree que es un gran juez de caracteres, y cuando, como entonces, ve cumplidas sus suposiciones, tiene razones para sentirse satisfecho; y mucho más porque, en realidad, pocos son capaces de juzgar acertadamente a los demás, y por ello muy raro que alguien pueda congratularse de sus éxitos en este campo.

Nunca había confiado en Rapas, y desde el principio lo había catalogado como una serpiente y un traidor. Ahora no cabía duda de que lo era.

Ur Jan lo contempló con escepticismo.

—¿Y por qué me traes esta información? No eres amigo mío y, por lo que sé, tampoco eres amigo de ninguno de mis hombres.

—Pero deseo serlo —mendigó Rapas—. Arriesgué mi vida para obtener esta información para ti, porque deseo unirme al gremio y servir a las órdenes del gran Ur Jan. Si tal cosa sucediera, sería el día más feliz de mi vida. Ur Jan es el hombre más grande de Zodanga... es el hombre más grande de todo Barsoom. Quiero servirle, y le serviré fielmente.

Todos los hombres son susceptibles a los halagos, y a menudo, cuanto más ignorantes, tanto más susceptibles son. Ur Jan no era una excepción. Uno casi podía verlo pavonearse. Alzó sus grandes hombros e infló el pecho.

—Bien —dijo en un tono de voz más suave—, nos lo pensaremos. Quizás podamos utilizarte, primero tendrás que arreglártelas para que podamos disponer de Vandor —echó una rápida mirada en torno a la mesa—. ¿Alguno de vosotros lo conoce?

Un coro de negativas fue la respuesta, nadie admitió conocerme. —Yo puedo enseñártelo —dijo Rapas, el Ulsio—. Puedo conducirte junto a él esta misma noche.

—¿Qué te hace creerlo así? —preguntó Ur Jan.

—Tengo una cita con él más tarde en una casa de comidas que frecuenta.

—No es mala idea. ¿A qué hora es la cita? —A la octava zode y media.

Ur Jan recorrió la mesa con la vista.

—Uldak—eligió al fin—, irás con Rapas; y no vuelvas mientras Vandor siga

vivo.

Logré echarle una buena mirada a Uldak cuando Ur Jan lo señaló y, mientras salía con Rapas para matarme, fijé en mi mente cada detalle de su apariencia, incluyendo su forma de andar y, aunque sólo lo vi durante un momento, sabía que nunca la olvidaría.

Mientras ambos hombres salían de la gran cámara y cruzaban la antesala en la que yo me ocultaba, Rapas le explicó a su compañero el plan que tenía en mente.

—Te enseñaré la situación de la casa de comidas donde voy a encontrarme con él. Así podrás volver más tarde, y sabrás que el hombre que esté conmigo es el hombre que buscas.

No pude sino sonreír cuando los dos desaparecieron por el pasillo, alejándose del alcance de mi oído. ¿Qué hubieran pensado de saber que su objetivo estaba a sólo unas pocas yardas?

Yo quería seguir a Rapas y a Uldak, porque tenía un plan muy divertido; pero no podía salir de detrás del aparador sin pasar por delante de la puerta abierta de la sala donde se encontraban Ur Jan y sus cincuenta asesinos.

Parecía como si tuviera que esperar a que la reunión terminara y la compañía se dispersara antes de poder abrirme paso hacia el techo y mi volador.

Aunque tengo inclinación a irritarme ante la inactividad forzosa, aproveché la ocasión para familiarizarme con los rostros de todos los asesinos que podía ver. Algunos de ellos me daban la espalda, pero incluso éstos ocasionalmente me permitían vislumbrar su perfil.

Tuve suerte en empezar a memorizar sus rostros desde el principio, porque un momento después de la marcha de Rapas y Uldak, Ur Jan se dio cuenta de que la puerta estaba abierta y ordenó a uno de sus asesinos que la cerrara.

Apenas había corrido el cerrojo, yo salí de detrás del aparador y pasé al corredor.

No vi ni oí a nadie en la dirección que los asesinos habían empleado al ir y venir de la antesala, y como mi camino me conducía en la dirección opuesta, poco tenía que temer. Me dirigí rápidamente hacia la habitación por la que había entrado, ya que el éxito del plan que tenía en mente dependía de que llegara a la casa de comidas antes de Rapas y Uldak.

Alcancé el balcón y trepé sin problema hasta el techo. Poco después metí mi nave en el hangar que tenía alquilado en el tejado de la casa pública. Bajé a la calle, y marché hacia la casa de comidas a la que Rapas conducía a Uldak con la razonable certeza de que llegaría antes que la encantadora parejita.

Encontré un lugar desde el que podía vigilar la entrada y aguardé. La espera no fue larga, pues al poco tiempo descubrí acercarse a ambos. Se detuvieron a poca distancia del lugar, en la intersección de dos avenidas y, una vez que Rapas se la hubo señalado a Uldak, se separaron, continuando Rapas hacia la casa de comidas mientras

que Uldak se volvía por donde había venido.

Todavía faltaba media zode para la cita con Rapas, y por el momento no me preocupé por él... Uldak me interesaba más.

Apenas Rapas hubo pasado ante mí, por la acera de enfrente, salí de mi escondite y caminé rápidamente en la misma dirección que Uldak.

Cuando alcancé la intersección, vi al asesino a poca distancia. Caminaba con lentitud, sin duda limitándose a matar el tiempo hasta la hora en la que debía verse con Rapas en la casa de comidas.

Manteniéndose en el lado opuesto de la calle, lo seguí durante una distancia considerable hasta que entró en un barrio que parecía desierto; yo no deseaba audiencia para lo que pensaba hacer.

Cruzando la avenida, incrementé mi paso; la distancia entre los dos se acortó rápidamente, hasta que estuve a sólo unos pasos detrás de él. Yo me había movido muy lentamente y no se percató de que alguien se le acercaba.

—¿Me estás buscando? —pregunté.

Él se volvió instantáneamente, y su mano derecha voló hacia la empuñadura de su espada. Me miró fijamente.

—¿Quién eres? —me ordenó que le dijera. —Quizás me equivoque, ¿no eres tú Uldak? —¿Y qué?

Yo me encogí de hombros.

—Nada, excepto que tenía entendido que te habían enviado a matarme. Me llamo Vandor.

Según dejaba de hablar, tiré de mi espada. Él pareció completamente atónito cuando le revelé mi identidad, pero no había nada que pudiese hacer salvo defenderse, y mientras desenvainaba su espada soltó una desagradable risita.

—Debes de ser un idiota. Cualquiera que no fuera tonto correría a esconderse al saber que Uldak lo buscaba.

Evidentemente se consideraba un gran espadachín. Yo podía haberle confundido revelándole mi identidad, porque cualquier guerrero Barsoomiano se desmoralizaría al saber que se enfrentaba a John Carter, pero no se lo dije. Me limité a la lucha, tanteándolo para averiguar si era capaz de cumplir su fanfarronada.

Era, en verdad, un excelente espadachín y, tal como había esperado, tramposo y sin escrúpulos. La mayoría de los asesinos carecen del menor vestigio de honor; son simplemente carniceros.

Al principio luchó con bastante limpieza, pues pensó que podía superarme fácilmente, pero cuando vio que no era así, echó mano de varios recursos turbios y, finalmente, intentó lo imperdonable: sacar su pistola.

Conociendo a los de su calaña, me esperaba algo similar; y en cuanto sus dedos se cerraron en torno a la culata del arma, aparté a un lado su espada y dejé caer la mía

pesadamente sobre su muñeca izquierda, casi cortándole la mano. Él retrocedió con un aullido de ira y dolor; yo no le concedí tregua. Entonces imploró clemencia, gritando que no era Uldak, que yo me había equivocado, suplicándome que lo dejara ir. Luego aquel cobarde se dio la vuelta para huir, obligándome a hacer algo que no me gustaba; pero para realizar mi plan no podía dejarlo con vida. Así que salté tras de él y lo traspasé de parte a parte por la espalda. Uldak cayó muerto boca abajo.

Mientras retiraba mi espada de su cuerpo, mire alrededor de mí. No había nadie a la vista. Di la vuelta al cadáver y dibujé una cruz con mi espada sobre el corazón.

CAPÍTULO V



El cerebro

Rapas me estaba esperando cuando entré en la casa de comidas. Parecía muy contento y satisfecho de sí mismo.

—Llegaste justo a tiempo —me dijo—, ¿te ha gustado la vida nocturna de Zodanga?

—Sí —le aseguré—. He disfrutado inmensamente. ¿Y tú?

—Ha sido una noche muy provechosa. He realizado excelentes contactos y, mi querido Vador, no te he olvidado.

—¡Qué amable de tu parte!

—Sí. Tendrás razones para recordar esta noche mientras vivas —exclamó, rompiendo a reír.

—Cuéntame.

—No, ahora no —contestó él—. Debo guardar el secreto durante algún tiempo. Pronto lo sabrás, comamos ahora. Yo invito esta noche. Ahora que casi se consideraba miembro de pleno derecho del gremio de asesinos de Ur Jan, aquella miserable rata se daba importancia.

—Muy bien, tú invitas —concedí yo, pensando que sería mucho más divertido dejar que el pobre diablo pagara la cuenta, sobre todo si encargaba los platos más caros de la carta.

Cuando entré en la casa de comidas, Rapas ya estaba sentado de cara a la entrada, y ahora la miraba continuamente. Cada vez que entraba alguien, podía ver la expresión de ansiedad de su cara transformarse en otra de decepción.

Hablamos de cosas sin importancia mientras comíamos, y mientras progresaba la cena no pude dejar de notar su creciente impaciencia y preocupación.

—¿Qué te pasa, Rapas? —inquirí al fin—. Pareces nervioso. Estás mirando a la puerta continuamente. ¿Acaso esperas a alguien?

El recuperó la compostura con rapidez y me miró inquisitivamente.

—No, no, no espero a nadie, pero tengo enemigos. Siempre es preciso mantenerse en guardia.

Su explicación era bastante plausible, pero, por supuesto, yo sabía que no era cierta. Podía haberle revelado entonces que el hombre que esperaba nunca vendría,

pero no lo hice.

Rapas hizo durar la comida tanto como pudo, y cuanto más tiempo pasaba, más nervioso se ponía y más a menudo miraba la puerta. Finalmente, hice un amago de levantarme, pero él me detuvo.

—Quedémonos aquí un poco más. No tendrás prisa, ¿no?

—Tengo que volver —contesté yo—. Fal Silvas puede necesitarme.

—No, nunca antes de la mañana.

—Pero tengo que dormir algo —insistí.

—Ya dormirás todo lo que quieras, no te preocupes.

—Si voy a dormir, será mejor que empiece ya —repliqué yo, incorporándome.

Él intentó convencerme de que me quedara, pero yo ya había gozado todo el placer de la situación e insistí en marcharme. Él se levantó de la mesa con relucencia.

—Te acompañaré un trecho.

Nos acercamos a la puerta de salida cuando entraron dos hombres. Discutían algo excitadamente cuando saludaron al propietario.

—Los agentes del Señor de la Guerra están en activo otra vez —anunció uno de ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el propietario.

—Acaban de encontrar el cadáver de uno de los asesinos de Ur Jan en la Avenida de la Garganta Verde, tenía grabada la cruz del Señor de la Guerra sobre su corazón.

—¡Gloria al Señor de la Guerra! —dijo el propietario—. Zodanga sería un lugar mucho mejor si nos viéramos libres de todos ellos.

—¿Cómo se llamaba el muerto? —preguntó Rapas, más preocupado de lo que quería mostrar.

—Un hombre de la multitud dijo que creía que su nombre era Uldak —respondió uno de los que habían traído la noticia.

Rapas palideció.

—¿Era amigo tuyo, Rapas? —pregunté.

—Oh, no. No lo conozco. Será mejor que nos vayamos.

Salimos juntos a la avenida y tomamos la dirección de la casa de Fal Silvas. Caminamos hombro con hombro por el distrito iluminado cercano a la casa de comidas. Rapas andaba muy callado y parecía nervioso. Lo observé con el rabillo del ojo e intenté leer su mente, pero estaba en guardia y me la había cerrado.

A menudo disfruto de la ventaja sobre el resto de los marcianos de que yo puedo leer sus mentes, mientras ninguno de ellos es capaz de leer la mía. La razón de esto la desconozco. La lectura de mentes es algo muy común en Marte, mas para salvaguardarse de sus peligros, todos los marcianos cultivaban la habilidad de cerrar sus mentes a otros cuando lo desean, este mecanismo de defensa está tan extendido

que ha llegado a ser casi una característica universal; así que sólo en raras ocasiones se les puede sorprender con la guardia baja.

Cuando entramos en las avenidas más oscuras, se hizo evidente que Rapas intentaba rezagarse de mí, y entonces no tuve que leer su mente para saber lo que había en ella: Uldak había fallado, y ahora *el rata* tenía la oportunidad de cubrirse de gloria y de ganar la estima de Ur Jan cumpliendo su misión.

Para un hombre con sentido del humor, una situación como aquella puede ser muy divertida, tal como, en efecto, lo era para mí. Aquí estaba yo caminando a lo largo de una sombría avenida con un hombre que intentaba matarme a la primera oportunidad, y me era necesario frustrar sus planes sin que supiera que sospechaba de él, pues yo no quería matar a Rapas, el Ulsio. Al menos no todavía. Presentía que podía hacer uso de él de una forma u otra sin que sospechara jamás que me estaba ayudando.

—Vamos —dije al fin—, ¿por qué te retrasas? ¿Estás cansado? —y cogiéndolo por la diestra, seguimos hacia la casa de Fal Silvas.

Tras recorrer una corta distancia, Rapas se soltó.

—Te dejo aquí —me dijo—, esta noche no voy a ir a la casa de Fal Silvas.

—Muy bien, amigo mío. Pero espero volver a verte pronto.

—Sí, pronto nos veremos.

—Quizás mañana por la noche —sugerí yo—; o sino, pasado mañana.

En cuanto tenga una noche libre, te buscaré en la casa de comidas.

—Muy bien —dijo él—. Ceno allí todas las noches.

—Que duermas bien, Rapas.

—Que duermas bien, Vandor.

Tomé la avenida de la izquierda y proseguí mi camino. Pensé que quizás me siguiera, pero no lo hizo, y finalmente llegué a la casa de Fal Silvas.

Hamas me dejó entrar y, después de intercambiar algunas palabras con él, fui directamente a mis habitaciones, donde Zanda me abrió la puerta en respuesta a mi señal.

La joven me dijo que la casa había estado muy tranquila toda la noche y que nadie la había molestado ni intentado entrar en nuestro apartamento. Tenía preparadas mis sedas y pieles de dormir y, como yo estaba más bien cansado, no tardé en usarlas.

La mañana siguiente, inmediatamente después del desayuno me presenté en mi puesto ante la puerta del estudio de Fal Silvas. Llevaba poco tiempo allí cuando me mandó llamar.

—¿Qué ocurrió anoche? ¿Tuviste suerte? Veo que estás vivo, así que supongo que no lograste alcanzar el lugar de reunión de los asesinos.

—Al contrario —le contesté—, llegué a la habitación de al lado y los vi a todos.

—¿Qué averiguaste?

—No mucho. No pude oír nada mientras la puerta estuvo cerrada, y sólo permaneció abierta unos instantes.

—¿Y qué oíste mientras estuvo abierta? —preguntó.

—Saben que me has empleado como guardaespaldas.

—¡Qué! ¿Cómo pueden haberlo sabido?

Yo moví la cabeza.

—Debe de haber alguna filtración —opiné.

—¡Un traidor! —exclamó él.

No le dije nada acerca de Rapas. Temía que lo mandase matar, y no quería verlo muerto mientras me fuese de utilidad.

—¿Qué más oíste? —quiso saber.

—Ur Jan ordenó que me mataran.

—Debes de andar con cuidado Quizás sea mejor que no salgas esta noche.

—Puedo cuidar de mí mismo —repliqué—, y puedo ser más útil saliendo por la noche y hablando con la gente de fuera que quedándome aquí encerrado en mis horas libres.

El asintió.

—Supongo que tienes razón —dijo—, y durante un rato permaneció sumido en profundas reflexiones, luego alzó la cabeza—. ¡Lo tengo! —exclamó—. Sé quién es el traidor.

—¿Quién? —pregunté yo cortésmente.

—Rapas el Ulsio ¡Ulsio! Lo bautizaron bien.

—¿Estás seguro?

—No puede ser otro —contestó con énfasis Fal Silvas—. Ningún otro ha abandonado el edificio desde que viniste, excepto tú. Pero daremos término a la cuestión en cuanto regrese. Cuando vuelva, acabarás con él. ¿Has comprendido?

Yo asentí.

—Es una orden, asegúrate que se cumpla.

Durante algún tiempo se sentó en silencio, y pude ver que me estaba estudiando concienzudamente.

—He deducido por tu interés en los libros de tu apartamento que tienes nociones científicas —dijo al fin.

—Tan sólo ligeras nociones —le aseguré.

—Necesitaría a un hombre como tú..., si es que fuera de confianza. Pero, ¿en quién se puede confiar? —Daba la impresión de estar pensando en voz alta—. Rara vez me equivoco—continuó meditativamente—. Leía en Rapas como en un libro abierto. Sabía que era ruin e ignorante, y un traidor en potencia.

Se volvió hacia mí repentinamente.

—Pero tú eres diferente. Creo que puedo arriesgarme a confiar en ti, pero si me

fallas... —Se incorporó, encarándoseme, con la expresión más malévola que yo había visto en mi vida—. Si me fallas, Vandor, morirás de la forma más horrible que la mente de Fal Silvas pueda concebir.

No pude evitar una sonrisa.

—Sólo puedo morir una vez.

—Pero tu muerte puede ser muy larga, si se hace de un modo científico.

Por entonces se había relajado y el tono de voz era un poco burlón. Pude imaginarme lo que Fal Silvas disfrutaría viendo morir a un enemigo suyo de forma horrible.

—Voy a confiar en ti... un poco, sólo un poco.

—Recuerda que no te lo he pedido —contesté yo—, que no he buscado conocer tu secreto.

—El riesgo será mutuo: tu vida contra mis secretos. Ven, tengo algo que enseñarte.

Me condujo fuera de la habitación, a lo largo del pasillo donde se encontraban mis habitaciones y por una rampa que llevaba al prohibido piso superior. Allí pasamos por una serie de habitaciones magníficamente amuebladas y, acto seguido, a través de una puertilla oculta tras unos cortinajes, entramos en un enorme estudio cuyo techo coincidía con el del edificio, varios pisos por encima de nosotros.

Soportada por un andamiaje y ocupando casi toda la longitud de la enorme cámara, se hallaba la nave de apariencia más extraña que yo había visto. Su morro era elipsoidal y, desde el punto de mayor diámetro, situado justo detrás del morro, disminuía gradualmente de ancho hasta acabar en punta en la popa.

—Aquí está —dijo orgullosamente Fal Silvas—. El trabajo de una vida, ya casi terminado.

—Es un tipo de nave totalmente nuevo —comenté yo—. ¿En qué aspecto es superior a las actuales?

—Se ha construido para desarrollar prestaciones que ninguna otra nave puede alcanzar —contestó Fal Silvas—. La he diseñado para obtener una velocidad inimaginable por el hombre. Viajará por rutas por las que ninguna nave ni hombre jamás ha viajado antes.

«En esta nave, Vandor, puedo visitar Thuria y Cluros. Puedo viajar por el espacio y visitar otros planetas.

—Maravilloso —dije yo.

—Pero esto no es todo. Ya ves que está construida para desarrollar grandes velocidades. Puedo asegurarme igualmente que también soportará las presiones más terribles y que está aislada contra el frío y el calor. Quizás, Vandor, otros inventores pueden construir otra similar. De hecho, creo que Gar Nal ya lo ha hecho; pero sólo hay un hombre en Barsoom, en todo el sistema solar, capaz de conseguir lo que yo he

conseguido. Le he proporcionado a este mecanismo aparentemente insensato un cerebro con el que pensar. He perfeccionado mi cerebro mecánico, Vandor, de forma que en poquísimos tiempo, en cuanto haya realizado unos leves ajustes, podré enviar esta nave al espacio, y ella irá a donde yo quiera que vaya y volverá cuando yo quiera que vuelva. Sin duda, crees que es imposible. Crees que Fal Silvas está loco; pero mira, observa atentamente.

Miró fijamente al morro de la extraña nave y, acto seguido, la vi levantarse lentamente de su andamiaje hasta unos diez pies de altura y quedarse allí inmovilizada en el aire. Luego elevó el morro algunos pies más, luego la cola, para por fin descender lentamente y quedar apoyada en sus andamios.

Yo estaba totalmente asombrado. En mi vida había visto algo tan maravilloso, y no intenté disimular mi admiración.

—Fíjate —dijo Fal Silvas—, ni siquiera tengo que hablarle. La mente mecánica que le he instalado responde a ondas mentales. Simplemente tengo que impartirle el impulso del pensamiento que quiero que realice. El cerebro mecánico funciona entonces tal como lo hace mi cerebro, y dirige el mecanismo que opera la nave de la misma forma que el cerebro del piloto dirigiría sus miembros para mover palancas, apretar botones y abrir o cerrar reguladores.

«Vandor, ha sido una larga y terrible batalla la que he tenido que librar para perfeccionar este mecanismo. Me he visto obligado a hacer cosas que escandalizarían a la humanidad, pero creo que ha valido la pena. Creo que mi gran obra justifica todo lo que ha costado en vidas y sufrimientos.

«Yo también he pagado un precio. Algo que nunca se podrá reemplazar ha desaparecido en mí. Creo, Vandor, que me he despojado de todos mis instintos humanos. Excepto en que soy mortal, me he convertido en una máquina tan fría como ésta que está detrás de ti. A veces la odio por esta causa; pero, pese a todo, moriría por ella. Vería a otros morir por su causa sin inmutarme, como ya he hecho en el pasado. Debe vivir. Es el mayor logro de la humanidad».

CAPÍTULO VI



La nave

Todo el mundo, creo yo, posee dos personalidades. A menudo son tan semejantes que esta dualidad no se advierte, pero a veces la divergencia es tan grande que nos encontramos con el fenómeno del Dr. Jeckyll y Mr. Hyde en un solo individuo. La breve y significativa confidencia de Fal Silvas sugería que era un ejemplo de tal divergencia.

El pareció arrepentirse inmediatamente de su arrebató emocional y prosiguió con las explicaciones sobre su invento.

—,Te gustaría ver su interior? —me preguntó.

—Mucho —respondí yo.

Él concentró de nuevo su atención en el morro de la nave y una entrada se abrió en su costado, de la cual descendió una escalera de cuerda hasta el suelo de la habitación. Era algo casi sobrenatural, como si manos fantasmales hubieran realizado el trabajo.

Fal Silvas me indicó que lo precediera escalera arriba. Este hábito de no dejar nunca nadie a su espalda revelaba claramente la tensión nerviosa en la que vivía, en perpetuo temor de ser asesinado.

La entrada conducía a un pequeño y cómodo camarote, amueblado incluso con cierto lujo.

—La popa está dedicada a pañoles para almacenar comida durante viajes largos —explicó Fal Silvas—. En la zona trasera también se encuentran los motores, los generadores de oxígeno y agua y la planta de regulación de temperatura. Delante de ésta se encuentra la sala de mandos. Creo que te interesará —y me indicó que lo precediera a través de una puerta.

El interior de la sala de mandos, que ocupaba todo el morro de la nave, era una masa de intrincados aparatos mecánicos y eléctricos.

A cada lado del morro se abrían dos grandes lumbreras redondas, ocupadas por sendos gruesos paneles de cristales. Desde el exterior de la nave, aquellas dos lumbreras parecían los enormes ojos de un monstruo gigantesco; y, en realidad, esa era su función.

Fal Silvas llamó mi atención hacia un pequeño objeto redondo del tamaño de un

pomelo grande, fijado sólidamente en la pared, en el centro justo entre los dos ojos. De él partía un cable grueso compuesto de gran número de cables eléctricos más delgados. Advertí que algunos de estos cables estaban conectados con los múltiples aparatos de la sala de mandos, y que otros se dirigían hacia la popa de la nave.

Fal Silvas tocó casi afectivamente el citado objeto esférico.

—Este es el cerebro —dijo, y luego llamó mi atención hacia dos puntos situados en el centro exacto de los cristales delanteros—. Estas lentes se comunican con esta apertura en la parte inferior del cerebro, y pueden transmitir lo que ven los ojos de la nave. El cerebro funciona entonces mecánicamente igual que el cerebro humano, sólo que con mayor exactitud.

—¡Es increíble! —exclamé yo.

—Por supuesto —replicó él—. Sin embargo, en un aspecto el cerebro carece de humanidad. Es incapaz de originar pensamientos por sí mismo. Aunque quizás esto sea una ventaja, porque, de lo contrario, podría liberarse de mi control y caer sobre Barsoom como un monstruo terrible, capaz de causar incalculables estragos antes de ser destruido, porque esta nave está equipada con artillería de radio de gran potencia que el cerebro puede dirigir con una puntería muy superior a la alcanzada por el hombre.

—No he visto ningún arma.

—Están empotradas en las mamparas, y no son visibles salvo por unos pequeños orificios en el casco de la nave. Mas, como te decía, la única debilidad del cerebro mecánico es precisamente lo que lo hace tan efectivo para su uso por el hombre. Para que pueda funcionar, debe recibir previamente ondas mentales humanas. En otras palabras, debo proyectar en su interior pensamientos originales, que son algo así como su alimento.

«Por ejemplo, antes le implanté el pensamiento de que se levantara diez pies y se detuviera allí un par de segundos y que volviera a su andamiaje.

«Poniendo un ejemplo menos simple, puedo ordenarle que viaje a Thuria, que busque un lugar de aterrizaje apropiado y que aterrice. Puedo incluso llevar más allá esta idea, avisándole que si es atacado, responda a sus enemigos con fuego de fusil y que maniobre para no ser alcanzado, retornando inmediatamente a Barsoom para evitar su destrucción.

«Además, está equipado con cámaras con las que puedo tomar fotos mientras esté en la superficie de Thuria».

—¿Y crees tú que hará todas esas cosas, Fal Silvas? —le pregunté.

Me gruñó impacientemente.

—Claro que sí. En sólo unos cuantos días acabaré de perfeccionar los últimos detalles. Sólo me queda una pequeña cuestión en la planta motriz con la que no estoy muy satisfecho.

—Tal vez yo pueda ayudarte —le comuniqué—. Durante mi larga experiencia como piloto he aprendido bastante de motores.

Él se interesó de inmediato y me indicó que bajara al suelo del hangar. Me siguió, y en poco tiempo estuvimos discutiendo sobre los planos de su motor.

No tardé en descubrir qué era lo que andaba mal y cómo podría mejorarse. Fal Silvas quedó encantado. Reconoció al instante el valor de mis observaciones.

—Ven conmigo —me dijo—; empezaremos a trabajar en estos cambios inmediatamente.

Me condujo hacia una puerta a un extremo del hangar, abriéndola, me llevó a la estancia vecina.

Allí, en una serie de salas contiguas, vi los talleres eléctricos y mecánicos más maravillosamente equipados que había visto en mi vida, y vi algo más, algo que me hizo estremecer al considerar la anormal obsesión de aquel hombre por el secreto de sus investigaciones.

Los talleres estaban atendidos por gran número de mecánicos, y cada uno de ellos estaba en su taburete o en su máquina. Sus rostros estaban pálidos, debido al largo confinamiento, y en sus ojos se leía la más absoluta desesperanza. Fal Silvas debió de advertir mi expresión, porque se justificó con rapidez.

—Tengo que hacerlo, Vandor; no puedo arriesgarme a que uno de ellos escape y revele mis secretos al mundo antes de que yo esté preparado.

—¿Y cuándo será eso?

—Nunca —gruñó él—. Cuando Fal Silvas muera, sus secretos morirán con él. Y mientras viva, lo convertirán en el hombre más poderoso del universo. Incluso John Carter, Señor de la Guerra de Barsoom, tendrá que doblegarse ante Fal Silvas.

—¿Y entonces estos pobres diablos permanecerán aquí el resto de sus vidas?

—Deberán alegrarse y enorgullecerse. ¿Acaso no están dedicados a la empresa más gloriosa que la mente humana ha concebido jamás?

—No hay nada más glorioso que la libertad, Fal Silvas.

—Guárdate para ti tu estúpido sentimentalismo —replicó con brusquedad—. No hay sitio para él en la casa de Fal Silvas. Si quieres trabajar conmigo, piensa sólo en el objetivo y olvida los medios utilizados para conseguirlo.

Bien, visto que nada podría conseguir oponiéndome a él, cedí con un encogimiento de hombros.

—Supongo que tienes razón.

—Eso está mejor —dijo él, y llamó a un capataz para explicarle los cambios que debían realizarse en el motor.

Cuando nos volvíamos para abandonar la cámara, Fal Silvas suspiró.

—Ah, si pudiera producir en serie mi cerebro mecánico..., podría prescindir de estos estúpidos humanos. Un cerebro en cada taller realizaría todas las operaciones

que ahora requieren entre cinco y veinte hombres..., y mucho mejor.

Fal Silvas acudió entonces a su laboratorio, del mismo piso, y me comunicó que no necesitaría de mí durante algún tiempo, pero que permaneciera en mis habitaciones con la puerta abierta para cuidar de que nadie pasara sin autorización por el pasillo que conducía a él. Cuando llegué a mis habitaciones, encontré a Zanda bruñendo un juego extra de correajes que, según me dijo, Fal Silvas me había enviado.

—Estuve hablando con la esclava de Hamas hace poco —comentó ella apenas llegué—. Dice que Hamas está preocupado por tu causa.

—¿Y por qué?

—Cree que el amo te ha cogido cariño y teme por su propia autoridad. Durante muchos años ha sido aquí un hombre muy poderoso. Me reí.

—No aspiro a sus laureles.

—Pero él no lo sabe, y, aunque se lo dijeras, no te creería. Es tu enemigo, y un enemigo muy poderoso. Simplemente quería avisarte.

—Gracias, Zanda. Me cuidaré de él, pero tengo ya tantos grandes enemigos, y estoy tan acostumbrado a tenerlos, que uno más o uno menos no me preocupa.

—Hamas puede darte bastantes preocupaciones —respondió ella—. Es la oreja de Fal Silvas. Estoy tan inquieta por ti, Vandor...

—No te preocupes; y, si te hace sentir mejor, no olvides que tú posees la oreja de Hamas por medio de su esclava. Puedes hacerle saber que yo no ambiciono desplazar a Harnas.

—Es una buena idea, pero me temo que no consiga mucho. Si estuviera en tu lugar, la próxima vez que saliera del edificio, no volvería. Saliste ayer, así que supongo que tienes libertad para ir y venir.

—Sí, la tengo.

—Mientras Fal Silvas no te lleve arriba y te revele alguno de sus secretos, probablemente te seguirán dejando salir, a menos que Hamas se empeñe en que Fal Silvas te retire el privilegio.

—Ya he estado en el piso de arriba, y he visto muchas de las maravillas que ha inventado Fal Silvas.

Ella profirió un pequeño grito de alarma.

—¡Oh, Vandor, estás perdido! —exclamó—. Ahora nunca abandonarás este terrible lugar.

—Al contrario, esta misma noche saldré. Fal Silvas está de acuerdo.

Ella negó con la cabeza.

—No lo comprendo, y no lo creeré hasta que lo vea.

Aquella noche Fal Silvas me mandó llamar. Me dijo que quería hablarme acerca de algunos nuevos cambios en el engranaje del motor, y por lo tanto no salí, y al día

siguiente me tuvo en los talleres dirigiendo a los mecánicos que trabajaban en el nuevo equipo, y de nuevo me fue imposible abandonar el edificio.

De una forma u otra, evitó mi salida noche tras noche, y, aunque en realidad nunca me rehusó el permiso, empecé a considerarme prisionero.

Sin embargo, me interesaba demasiado el trabajo en los talleres como para que me preocupase si salía o no.

Desde el momento en que vi la maravillosa nave de Fal Silvas y escuché sus explicaciones sobre el fantástico cerebro mecánico que la dirigía, ambos no se habían apartado de mis pensamientos. Consideré todas las posibilidades de poder para el bien y para el mal que Fal Silvas había previsto, y me intrigaba la idea de lo que podía conseguir el hombre que controlase tal mecanismo.

Si tuviera el bien de la humanidad en el pensamiento, el invento podía ser una bendición sin precio para Barsoom; pero yo temía que Fal Silvas fuese demasiado egoísta y hambriento de poder para utilizar su invención exclusivamente en pro del bien público.

Estas meditaciones me llevaron a la cuestión de si otra persona podría controlar el cerebro. La especulación me intrigaba, y determiné comprobar si el cerebro obedecía mis órdenes en la primera ocasión.

Aquella noche Fal Silvas la pasó en su laboratorio, y yo estuve trabajando en los talleres con los pobres obreros encadenados. La gran nave se encontraba en la sala contigua. Ahora, pensé, era el momento adecuado para efectuar mi experimento.

Las criaturas que me acompañaban eran todos esclavos y, de cualquier modo, odiaban a Fal Silvas, así que poco les importaba lo que yo pudiese hacer.

Yo había sido amable con ellos, e incluso había tratado de avivar sus esperanzas, aunque ellos dudaban que hubiese esperanza alguna. Habían visto a muchos de ellos morir en sus cadenas para poder permitirse pensamientos de huida. Eran totalmente apáticos, y dudo que siquiera alguno de ellos se diese cuenta de que yo había abandonado el taller y entrado en el hangar donde la nave reposaba en sus andamios.

Cerrando la puerta tras de mí, me aproximé al morro de la nave y concentré mis pensamientos en el cerebro de su interior. Le impartí la idea de que se levantara de sus andamios y que volviera a descansar en ellos, tal como había visto hacer a Fal Silvas. Pensaba que si podía inducirle a que hiciera esto, podría lograr que hiciera cualquier otra cosa.

No me excito con facilidad, pero debo de reconocer que tenía todos mis nervios en tensión mientras observaba aquella gran Masa, preguntándome si respondería a las invisibles ondas mentales que le enviaba.

Concentrarme en esto, por supuesto, recortaba las otras actividades de mi mente, pero incluso así tuve maravillosas visiones de lo que podría conseguir si mi experimento tenía éxito.

Presumo que sólo estuve allí un momento, pero me pareció un intervalo larguísimo, y entonces, lentamente, la gran nave se levantó como empujada por una mano inasible. Durante un instante se cernió a diez pies de altura, y luego descendió de nuevo a sus andamios. Cuando lo hubo hecho, escuché un ruido detrás de mí y, volviéndome rápidamente, vi a Fal Silvas en la puerta del hangar.

CAPÍTULO VII



El rostro en el umbral

La sangre fría es un corolario del aplomo. Di gracias porque el don del aplomo de algún antiguo antepasado hubiera pervivido en su descendencia hasta llegar a mí. Desconocía si Fal Silvas había entrado antes o después de que la nave se posara en su andamiaje. Si no era así, se lo había perdido por una fracción de segundos. Mi mejor defensa sin embargo era actuar según la suposición de que había llegado después, y me determiné a actuar en consecuencia. El viejo inventor me miraba duramente desde el umbral.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó imperativamente.

—Este invento me fascina; excita mi imaginación —contesté yo—. Vine del taller a echarle otra mirada. No me prohibiste hacerlo.

El arqueó las cejas, pensativo.

—Quizás no lo hiciera—dijo al fin—, pero lo hago ahora. Nadie debe entrar en esta habitación salvo por orden expresa mía.

—Lo tendré en cuenta.

—Será mucho mejor que lo hagas, Vandor.

Me dirigí entonces hacia la puerta donde se encontraba, con la intención de volver al taller; pero Fal Silvas me cortó el paso.

—Espera un momento —me dijo—. Tal vez te has estado preguntando si el cerebro responde a tus ondas mentales.

—Pues, francamente, sí.

Traté de imaginarme lo que sabía, lo que había visto. Quizás estuviera jugando conmigo, o quizás sólo sospechase algo y tratara de confirmar sus sospechas. Sea lo que fuera, yo no estaba dispuesto a apartarme de mi presunción de que ni sabía nada ni había visto nada.

—¿No estarías, por casualidad, intentando comprobar si te respondía?

—¿A quién, salvo a un idiota, dejaría de ocurrírsele esa idea después de haber visto el invento?

—Claro, claro; pero..., ¿tuviste éxito?

Las pupilas de sus ojos se contrajeron, y los párpados se cerraron hasta quedar reducidos a dos estrechas líneas. Parecía querer penetrar en mi alma e,

incuestionablemente, intentaba leer en mi mente; pero esto no lo iba a conseguir.

Agité la mano en la dirección de la nave.

—¿Acaso se ha movido? —pregunté sonriente.

Creí descubrir entonces un matiz de alivio en su expresión, y me sentí seguro de que no había visto nada.

—Sin embargo —dijo—, sería interesante saber si la mente de otro hombre puede controlar el mecanismo. ¿Qué tal si lo intentas?

—Sería un experimento muy interesante. Me gustaría hacerlo. ¿Qué debo intentar que haga?

—Tiene que ser una idea tuya original, porque si yo te la sugiero, no podremos estar seguros de si el impulso que obedeció fue el tuyo o el mío.

—¿No hay peligro de que pueda dañarlo sin querer?

—Creo que no. Claro, es difícil para ti darte cuenta cómo ve y razona la nave, por supuesto. Sus funciones visuales y mentales son puramente mecánicas, mas no por ello menos precisas. En realidad, debería decir que son más precisas por esa razón. Tú puedes intentar que la nave abandone la habitación, mas ella no podría hacerlo, puesto que las puertas por las que tendría que pasar están cerradas. Podrá aproximarse a la pared del edificio, pero sus ojos verán que no puede atravesarla sin dañarse, o, más bien, los ojos verán el obstáculo, transmitirán su impresión al cerebro, y éste deducirá la consecuencia lógica. Por lo tanto, detendrá a la nave o, más probablemente, la hará girar para que los ojos busquen un lugar seguro por el que salir. Pero veamos qué es lo que puedes hacer.

Yo no tenía la menor intención de dejar que Fal Silvas supiese que podía dirigir su invento, si es que ya no lo sabía; así—que intenté mantener mis pensamientos tan lejos de éste como me fue posible. Comencé a pensar en partidos de fútbol que había visto, en un circo de cinco pistas, y en el Congreso de Misses de la Feria Mundial de Chicago de 1893. En resumen, intenté pensar en todo menos en Fal Silvas y su cerebro mecánico. Finalmente, me volví hacia él con expresión resignada.

—No pasa nada —dije. Pareció muy aliviado.

—Eres un hombre inteligente —comentó—. Si no te obedece, es razonable suponer que no obedecerá a nadie más que a mí.

Durante algunos instantes se sumió en sus pensamientos; luego se estiró y me miró. Sus ojos ardían con un fuego demoníaco.

—Puedo ser el amo del mundo; quizás incluso el amo del universo.

—¿Con esto? —pregunté, señalando la nave con un movimiento de mi cabeza.

—Con la idea que simboliza; con la idea de un objeto inanimado propulsado por medios científicos y motivados por un cerebro mecánico. Si dispusiera de los medios y de la fortuna suficiente, podría manufacturar este cerebro en grandes cantidades, e instalarlos en pequeños voladores de menos peso que un hombre. Podría dotarlos de

medios de locomoción por tierra y aire. Podría equiparlos de armas. Podría enviarlos en grandes hordas a conquistar el mundo, incluso a otros planetas. No conocerían el miedo. No tendrían esperanzas ni ambiciones que pudieran apartarlos de mi servicio. Serían criaturas obedientes tan sólo a mi voluntad, que persistirían en hacer lo que les ordenase hasta su destrucción.

«Pero a mis enemigos no les serviría de nada destruirlas, porque por muchas que destruyeran, mis grandes fábricas construirían aún más.

«¿Te imaginas cómo lo haría? —Se acercó a mí y prosiguió hablando en susurros—. Al primero de estos hombres mecánicos lo construiría con mis propias manos, y cuando lo hubiera terminado, le ordenaría que construyese otros iguales a él. Se convertirían en mis mecánicos, y en los obreros de mis fábricas, y trabajarían día y noche sin descanso, sin parar de hacer otros de su misma clase».

Pensé en ello. Las posibilidades me aturdían.

—Para este plan requerirían una enorme fortuna —observé.

—Sí, una enorme fortuna —repitió él—; y es para conseguir esa enorme fortuna por lo que he construido esta nave.

—¿Pretendes saquear los tesoros de las grandes ciudades de Barsoom?

—De ninguna manera. Tesoros mucho más ricos se hallan a disposición del hombre que controle esta nave. ¿Acaso no sabes lo que revela el espectroscopio sobre las riquezas de Thuria?

—He oído hablar de ello, pero nunca le he hecho caso. La historia es demasiado fabulosa.

—Pues es cierta. Hay montañas de oro y de platino en Thuria, y vastas llanuras alfombradas de piedras preciosas.

Era una empresa atrevida, pero después de haber visto la nave, y conocido el notable genio de Fal Silvas, albergaba pocas dudas sobre su factibilidad.

Repentinamente, él pareció lamentar haberme hecho aquellas confidencias y me ordenó bruscamente que volviera al taller.

El viejo me había revelado tantas cosas que, naturalmente, comencé a preguntarme si consideraría seguro dejarme con vida, y me dispuse a estar constantemente en guardia. Parecía muy improbable que consintiera ahora en que yo abandonase el edificio, pero me decidí a aclarar la cuestión con la mayor brevedad posible, porque quería ver a Rapas antes de acabar con él.

Día tras día, Fal Silvas había evitado que yo abandonara la casa, aunque haciéndolo tan hábilmente que, en apariencia, nunca se había negado.

Aquella noche, cuando hube acabado mis deberes, le comuniqué que pensaba salir para localizar a Rapas y para intentar entrar en contacto de nuevo con los asesinos de Ur Jan.

Vaciló tanto antes de responderme que pensé que iba a prohibirme la salida, pero

al fin me dio su conformidad.

—Tal vez sea lo más adecuado —me dijo—. Rapas no aparecerá más por aquí, y sabe demasiado para andar suelto no estando a mi servicio ni siéndome leal. Si tengo que confiar en uno de los dos, prefiero hacerlo en ti en vez de en Rapas.

No acudí a cenar con los demás, ya que me proponía comer en el lugar frecuentado por Rapas, donde nos habíamos citado para cuando yo saliera.

Era preciso poner a Hamas al corriente de mi salida, ya que era el único que podía abrirme la puerta de la calle. Sus maneras conmigo no fueron tan hoscas como durante los últimos días. En realidad, estuvo casi afable; este cambio de actitud me puso aún más en guardia, pues presentí que no presagiaba nada bueno para mí... No había razón alguna para que Hamas me quisiera aquel día más que el anterior. Si yo le provocaba pensamientos agradables debía ser porque sabía que algo nada lisonjero me aguardaba en el futuro.

Fui directamente de casa de Fal Silvas al hostel, y le pregunté al propietario por Rapas.

—Viene todas las noches —me informó—. Suele llegar más o menos a esta hora, y vuelve de nuevo a eso de la octava zode y media, y siempre me pregunta por ti.

—Lo esperaré —le dije, y fui a la mesa que solíamos ocupar *el Rata* y yo. Apenas me había sentado cuando entró Rapas. Vino directamente hacia la mesa y se sentó ante mí.

—¿Dónde te habías metido? —me preguntó—. Empezaba a creer que el viejo Fal Silvas se había librado de ti o que te tenía prisionero en su casa. Estaba dispuesto a ir esta noche a enterarme de lo que te había pasado.

—Por eso salí esta noche, antes de que tú vinieras.

—¿Por qué?

—Porque no es seguro para ti presentarte en casa de Fal Silvas. Si valoras en algo tu vida, no vuelvas a aparecer por allí.

—¿Por qué razón?

—No puedo decírtelo, pero acepta mi palabra y mantente lejos.

No quería que supiese que me habían encargado matarlo. Podía volverse tan suspicaz y receloso que no me sería ya de utilidad en el futuro.

—¡Qué raro! —dijo él—. Fal Silvas se llevaba bastante bien conmigo antes de que te lo presentara.

Me di cuenta de que empezaba a germinar en su cerebro la idea de que, por alguna razón, yo quería mantenerlo lejos de Fal Silvas, y no podía contarle nada, de modo que cambié de tema.

—¿Te ha ido bien desde la última vez que nos vimos, Rapas?

—Sí, bastante bien.

—¿Cómo andan las cosas en la ciudad? No he salido desde entonces, y, por

supuesto, en casa de Fal Silvas no me he enterado de casi nada.

—Dicen que el Señor de la Guerra está en Zodanga —me informó Rapas—. A Uldak, uno de los hombres de Ur Jan, lo mataron la última noche en que nos vimos, como debes recordar. Se halló sobre su corazón la marca de los agentes del señor de la Guerra, pero Ur Jan cree que ningún espadachín ordinario pudo haberlo vencido. Y su agente en Helium le informó de que John Carter no está allí, así que, sumando los dos hechos, Ur Jan está convencido de que debe de estar en Zodanga.

—¡Qué interesante! —comenté yo—. ¿Y qué piensa hacer Ur Jan al respecto?

—Oh, se vengará de un modo u otro. Ya está haciendo sus planes, y cuando actúe, John Carter sentirá no haberse ocupado de sus propios asuntos y haber dejado tranquilo a Ur Jan.

Poco antes de que termináramos nuestra cena, un cliente entró en el local y se sentó solo en una mesa. Pude verlo bien en un espejo situado delante de mí. Lo descubrí echando una mirada en nuestra dirección, y miré rápidamente a Rapas, percibiendo cómo sus ojos relampagueaban con un mensaje a la vez que asentía muy levemente con la cabeza, pero, sin necesidad de ello, hubiera sabido quién era aquel hombre y qué hacía allí, porque lo había reconocido como uno de los asesinos presente en el consejo de Ur Jan. Simulé no darme cuenta de nada, y mi mirada vagó ociosamente en dirección a la puerta, atraída por dos clientes que abandonaban la casa.

Entonces descubrí algo igualmente interesante..., de un interés vital. Cuando la puerta se abrió, divisé fuera a un hombre mirando hacia el interior. Este hombre era Hamas.

El asesino de la otra mesa pidió sólo un vaso de vino y, cuando lo hubo bebido, se levantó y se fue. Poco después de su partida, Rapas se incorporó.

—Debo irme —me dijo—, tengo una cita importante. ¿Te veré mañana por la noche?

Noté cómo intentaba reprimir una sonrisa.

—Aquí estaré.

Salimos a la avenida y Rapas me dejó, mientras tanto yo dirigía mis pasos hacia la casa de Fal Silvas. Mientras recorriera los distritos iluminados, no tenía que preocuparme demasiado, mas desde que penetré en las zonas más oscuras, me puse en guardia. No tardé en descubrir una figura en un oscuro zaguán. Era el asesino esperándome para matarme.

CAPÍTULO VIII



Sospecha



Clorus, la luna más lejana, recorría los cielos a gran altura, iluminando tenuemente las calles de Zodanga como si fuera una bombilla polvorienta colocada a demasiada altura; pero no necesitaba más luz para percibir la horrible forma del emboscado acechándome.

Sabía exactamente lo que él tenía en la cabeza, y debí haber sonreído. Creía que yo me acercaba en la más absoluta ignorancia de su presencia y del hecho de que alguien pensara asesinarme aquella noche. Se decía a sí mismo que, en cuanto yo hubiera pasado, saldría de un salto de su escondite y me atravesaría por la espalda, sería muy sencillo; luego sólo tendría que ir a informar a Ur Jan.

Mientras me aproximaba al zaguán, me detuve y eché una rápida mirada hacia atrás. Quería asegurarme, si era posible, de que Rapas no me había seguido. Si mataba a aquel hombre, no quería que Rapas supiera que había sido yo.

Continué mi marcha, manteniéndome a algunos pasos del edificio para no encontrarme cerca del asesino cuando pasara delante de él. Al llegar a su altura, me volví de repente y le planté cara.

—Sal de ahí, idiota —lo increpé en voz baja.

Durante un momento, el hombre no se movió. Estaba totalmente anonadado por mis palabras y porque lo hubiera descubierto.

—Tú y Rapas creíais poder engañarme, ¿no? ¡Tú, Rapas y Ur Jan! Bien, voy a contarte un secreto..., algo que Rapas y Ur Jan ni siquiera han soñado. No has empleado conmigo el método correcto porque te has confundido de hombre. Creías estar intentando matar a Vandor, pero no es así. No existe ningún Vandor. El hombre que tienes delante es John Carter. Señor de la Guerra de Marte —tiré de mi espada—. Y si ahora estás preparado, puedes salir a que te mate.

Él salió lentamente, espada en mano. Sus ojos reflejaban su asombro, al igual que su voz, cuando murmuró:

—¡John Carter!

No parecía asustado, de lo cual me alegré, porque no me gusta luchar contra alguien que me tema, ya que comienza a luchar con una terrible desventaja que nunca logra superar.

—¡Así que tú eres John Carter! —dijo él cuando salió al aire libre, y comenzó a reírse—. ¿Acaso crees que puedes asustarme? Eres un embustero de primera, Vandor; pero aunque fueras todos los embusteros de Barsoom en uno, no lograrás asustar a Povak.

Por lo visto, no me creía, y me alegré, porque ello le daba nuevos alicientes al combate, dado que podría irle revelando gradualmente a mi antagonista que se enfrentaba a un maestro de la esgrima.

En cuanto cruzamos las espadas descubrí que, aunque no era un mal espadachín ni mucho menos, no era tan diestro como el finado Uldak. Me hubiera gustado jugar un rato con él, pero no podía arriesgarme a que nos descubrieran.

Mi ataque fue tan violento que no tardé en acorralarlo contra la pared del edificio. No pudo hacer otra cosa que defenderse, y ahora lo tenía absolutamente a mi merced.

Podía haberlo atravesado entonces, pero tan sólo le hice un corto arañazo en el pecho, y luego otro perpendicular al primero. Me hice hacia atrás y bajé mi acero.

—Mira a tu pecho, Povak. ¿Qué ves en él?

Él se contempló la herida, lo vi estremecerse.

—La marca del Señor de la Guerra —dijo entrecortadamente—. Ten piedad de mí; no sabía quién eras.

—Te lo dije, pero no me creíste; y si me hubieras creído, hubieras estado más ansioso por matarme. Ur Jan te hubiera recompensado generosamente.

—Déjame ir —suplicó—. Perdóname la vida y seré tu esclavo.

Vi que era un asqueroso cobarde y no sentí piedad alguna, sino sólo desprecio.

—Levanta tu espada y defiéndete —lo increpé—, o te atravesaré a sangre fría.

Repentinamente, con la muerte reflejada en su rostro, pareció volverse loco. Se abalanzó sobre mí con la furia de un maníaco, y el ímpetu de su ataque me hizo retroceder algunos pasos, desvié entonces una estocada terrorífica y le atravesé el corazón.

Vi cómo se acercaban algunas gentes atraídas por el ruido de nuestros aceros. Unos pocos pasos me permitieron alcanzar un callejón, por el cual me eché a correr y, dando un rodeo, continué mi camino hacia la casa de Fal Silvas.

Hamas me admitió. Se mostró muy cordial. En realidad, demasiado cordial. Estuve a punto de reírme en su cara, porque sabía que él no sabía lo que yo sabía, pero le devolví educadamente sus saludos y me dirigí a mis habitaciones. Zanda me estaba esperando. Yo me quité la espada y se la entregué.

—¿Rapas? —preguntó ella, yo le había contado que Fal Silvas me había ordenado que lo matara.

—No, Rapas no. Otro de los hombres de Ur Jan.

—Ya van dos.

—Sí —contesté—, pero recuerda que no debes contarle a nadie que los he matado

yo.

—No se lo contaré a nadie, mi amo. Siempre podrás confiar en Zanda.

Limpió la sangre de la hoja y luego la secó y le dio brillo. Yo la observé mientras trabajaba y noté las perfectas proporciones de sus manos y la gracia de sus dedos. Nunca le había prestado mucha atención hasta entonces. Por supuesto, había notado que era joven, bien formada y de agradable presencia; pero repentinamente me impresioné al darme cuenta de que era muy hermosa y que con los adornos, las joyas y el peinado de una gran dama, no pasaría desapercibida en compañía de nadie.

—Zanda —dije al fin—, tú no naciste esclava, ¿no?

—No, amo.

—¿Fal Silvas te compró o te secuestró?

—Phystal y otros dos esclavos me atraparon cuando paseaba por una avenida con un guardaespaldas. Lo mataron y me trajeron aquí.

—¿Aún vive tu familia?

—No. Mi padre era un oficial de la antigua Armada Zodangana. Pertenecía a la pequeña nobleza. Murió cuando John Carter condujo a las hordas verdes de Thark contra la ciudad. Desesperada, mi madre emprendió el último viaje hacia el seno del sagrado Iss, en el Valle de Dor y el Mar Perdido de Korus.

«John Carter —dijo ella pensativamente, con la voz cargada de odio—. Es el culpable de todas mis penas, de todo mi infortunio. Si John Carter no me hubiera despojado de mis padres, yo no estaría aquí, pues ellos me hubieran protegido de todo peligro».

—Odias a John Cáster, ¿no?

—Lo odio.

—Me imagino que te gustaría verlo muerto.

—Sí.

—Supongo que sabrás que Ur Jan ha jurado acabar con él.

—Sí, lo sé —respondió ella—; y rezo constantemente para que tenga éxito. Si yo fuera un hombre, me alistaría bajo la bandera de Ur Jan. Sería un asesino, y buscaría yo misma a John Carter.

—Dicen que es un formidable luchador.

—Ya encontraría alguna forma de matarlo, aunque tuviera que recurrir a la daga o al veneno.

Yo me reí.

—Espero que, por su bien, no lo reconozcas cuando te encuentres con él.

—Lo reconoceré enseguida —aseguró ella—. Su piel blanca lo delatará.

—Bien, confiemos en que se te escape —dije yo riéndome y, dándole las buenas noches, me fui a dormir.

A la mañana siguiente, en cuanto hube desayunado, Fal Silvas me mandó llamar.

Cuando entré en su estudio, vi a Hamas y a otros dos esclavos de pie, a su lado.

Fal Silvas me miró desde debajo de sus cejas fruncidas. No me saludó educadamente como era su costumbre.

—¿Y bien? —me increpó—, ¿acabaste con Rapas anoche? —No, no lo hice.

—¿Lo viste?

—Sí, lo vi y hablé con él. De hecho, cenamos juntos.

Mi confesión sorprendió tanto a Fal Silvas como a Hamas. Era evidente que había trastornado sus cálculos, porque creo que esperaban que yo negase haber visto a Rapas, que es lo que habría hecho, de no ser por la afortunada circunstancia que me había permitido descubrir a Hamas espiándome.

—¿Y por qué no lo mataste? —quiso saber Fal Silvas—. ¿Acaso no te lo había ordenado?

—Me contrataste para que te protegiera, Fal Silvas, y pienso seguir mi propio criterio y hacerlo a mi manera. No soy ni un niño ni un esclavo. Creo que Rapas está en contacto con personas mucho más peligrosas para ti que el propio Rapas, y dejándolo con vida, y manteniéndome en contacto con él puedo descubrir muchas cosas que nunca descubriría si lo matarea. Si no estás satisfecho con mis métodos, encarga a otro que te proteja; y si has decidido matarme, te sugiero que contrates a algunos guerreros. Estos esclavos no son rivales para mí.

Pude ver a Hamas temblar de ira contenida ante mis palabras, pero no osó decir ni hacer nada sin órdenes de Fal Silvas. Se limitó a permanecer con la mano en la empuñadura de su espada, mirando a Fal Silvas como si esperase una señal.

Pero Fal Silvas no le hizo señal alguna. En vez de ello, el viejo inventor me estudió atentamente durante varios minutos. Finalmente, suspiró y agitó la cabeza.

—Eres un hombre muy valiente, Vandor —dijo—, pero quizás demasiado arrogante e insensato. Nadie le habla así a Fal Silvas. Todos me tienen miedo. ¿No te das cuenta de que te puedo matar en cualquier momento?

—Si fueras tonto, Fal Silvas, esperaríaa que me matases ahora; pero tú no lo eres. Sabes que puedo serte más útil vivo que muerto, y quizás también sospeches lo mismo que yo..., que si yo muriera, no moriría solo. Tú vendrías conmigo.

Hamas me miró horrorizado y apretó con fuerza la empuñadura de su espada, como si pensara desenvainarla; pero Fal Silvas se recostó en su silla y sonrió.

—Tienes bastante razón. Vandor, y puedes estar seguro de que si algún día decido acabar contigo, no me encontraré al alcance de tu espada cuando ese triste suceso tenga lugar. Y ahora cuéntame qué es lo que esperas averiguar por medio de Rapas y qué te hace creer que posee información de valor.

—Eso es sólo para tus oídos, Fal Silvas —dije yo, mirando a Hamas y a los dos esclavos.

Fal Silvas les hizo una señal con la cabeza.

—Podéis iros —les ordenó.

—Pero amo —objetó Hamas—, te quedarás solo con este hombre. Puede matarte.

—No estaría más a salvo de su espada si tú estuvieras presente, Hamas —respondió el amo—. Ambos hemos visto con qué destreza la usa. La roja piel de Hamas se oscureció al oír aquello, y abandonó la habitación sin pronunciar palabra, seguido por los esclavos.

—Y ahora cuéntame qué has averiguado o qué sospechas —me dijo Fal Silvas.

—Tengo razones para creer que Rapas se ha puesto en contacto con Ur Jan. A Ur Jan, según me contaste, lo ha contratado Gar Nal para asesinarte. Manteniéndome en contacto con Rapas, es posible conocer algo de los planes de Ur Jan. No estoy seguro de ello, pero es el único contacto que tengo con los asesinos y sería mala estrategia romperlo.

—Tienes toda la razón, Vador. Comunícate con Rapas tan a menudo como puedas, y no lo mates hasta que deje de sernos útil. Entonces... — su rostro se contrajo en una mueca diabólica.

—Sabía que estarías de acuerdo conmigo —dije yo—. Me interesa mucho volver a ver a Rapas esta noche.

—Muy bien. Y ahora vayamos al taller. El trabajo en el motor va progresando muy bien, pero quiero que revises lo que se ha hecho hasta ahora.

Fuimos juntos al taller y, tras inspeccionarlo todo, le dije a Fal Silvas que quería ver el compartimento del motor en la nave para tomar unas medidas.

El me acompañó y penetramos junto n el casco. Cuando hube terminado mi investigación, busqué una excusa para quedarme más tiempo en el hangar, ya que tenía medio urdido un plan para cuya realización necesitaba un conocimiento más íntimo de aquella sala.

Simulando admirar la nave, caminé en torno a ella, observándola desde todos sus ángulos y, al mismo tiempo, observando el hangar desde todos sus puntos. Mi atención se concentró particularmente en el gran portalón a través del cual la nave debía abandonar en su momento el edificio.

Observé la construcción de las puertas y de sus cierres. Cuando lo hube hecho, perdí todo interés en la nave..., al menos por el momento.

Pasé el resto del día en el taller con los mecánicos, y la noche me sorprendió de nuevo en la casa de comidas de la Avenida de los Guerreros.

Rapas no se encontraba allí. Ordené mi cena y comencé a comer muy despacio, casi la había terminado sin que apareciera. Me dediqué a perder el tiempo, porque tenía muchas ganas de verlo aquella noche.

Al fin, cuando casi me había dado por vencido, llegó. Era evidente que estaba muy nervioso, y parecía más furtivo y sigiloso que de ordinario.

—¡Kaor! —lo saludé cuando se acercó a la mesa—, llegas tarde esta noche.

—Sí, me entretuve.

Pidió su cena. Parecía que no se podía estar quieto.

—¿Llegaste anoche a casa sin novedad? —me preguntó.

—Sí, por supuesto, ¿por qué?

—Estaba un poco preocupado por ti. Oí decir que habían asesinado a un hombre en una avenida por la que tuviste que pasar.

—¿Sí? —exclamé—. Debe haber sucedido después de que pasara yo. —Es muy extraño, era uno de los asesinos de Ur Jan, y de nuevo tenía la marca de John Carter en el pecho.

Me miraba recelosamente, pero noté que temía decir en voz alta lo que sospechaba.

—Ur Jan está seguro ahora de que John Carter está en la ciudad.

—Bueno —repliqué yo—, ¿por qué preocuparnos de ese asunto? Estoy seguro de que no nos concierne ni a ti ni a mí.

CAPÍTULO IX



En el balcón

Los ojos dicen la verdad más a menudo que los labios. Los ojos de Rapas el Ulsio me comunicaron que no estaba de acuerdo conmigo en que la muerte del asesino de Ur Jan no nos concerniese a ninguno de los dos, pero sus labios dijeron lo contrario.

—Por supuesto, no es cosa mía, pero Ur Jan está furioso. Ha ofrecido una enorme recompensa por la identidad del hombre que mató a Uldak y Povak. Esta noche se reúne con sus principales lugartenientes para concretar los detalles de un plan que, cree él, terminará de una vez por todas con las actividades de John Carter contra el gremio de asesinos. Ellos piensan...

Se detuvo repentinamente, con una mezcla de sospecha y terror en la mirada. Creo que durante un instante, su estúpida mente había olvidado sus sospechas de que yo era John Carter y luego, después de revelarme algunos de los secretos de su amo, las había recordado de pronto, aterrorizándose.

—Pareces saber muchas cosas de Ur Jan —comenté yo casualmente—. Uno creería que eres miembro de pleno derecho de su gremio.

Permaneció confuso durante algún tiempo. Se aclaró la garganta varias veces como si fuera a hablar, pero sin duda no se le ocurrió nada que decir: sus ojos no pudieron sostener mi mirada. Yo disfruté mucho con su embarazo.

—No —rechazó él, al fin—, nada de eso. Son meramente habladurías que he oído por la calle. Puro chismorreó. No es nada raro que se lo repita a un amigo, ¿no?

¡A un amigo! La idea era muy divertida. Sabía que Rapas era un hombre de Ur Jan y que, al igual que sus compañeros, había recibido la orden de matarme, y Fal Silvas me había ordenado que lo matara a él; y, a pesar de todo, allí estábamos cenando y chismorreando juntos. Era una situación de lo más graciosa.

Cuando concluyó nuestra cena, dos malencarados individuos entraron en el local y se sentaron a la mesa. No intercambiaron ningún signo con Rapas, pero yo reconocí a ambos y supe a qué habían venido. Los había visto en la asamblea de asesinos, y rara vez olvido una cara. Su presencia allí era todo un cumplido hacia mí, pues significaba que Ur Jan reconocía que hacía falta más de un espadachín para acabar conmigo.

Me hubiera gustado mucho grabar mi marca sobre sus pechos, pero sabía que si

los mataba, las sospechas de Ur Jan respecto a que yo era John Carter se verían definitivamente confirmadas. La muerte de Uldak y de Povak y el hallazgo de la marca del señor de la Guerra en sus pechos podía ser una coincidencia; pero si dos hombres más, que fueron enviados para acabar conmigo, encontraban un destino similar..., incluso a un estúpido no le quedarían dudas de que los cuatro habían encontrado su fin a manos del propio John Carter. Los asesinos apenas se habían sentado cuando yo me levanté.

—Debo marcharme, Rapas. Tengo un trabajo importante esta noche. Espero que me perdones que te deje así, quizás nos veamos mañana por la noche.

Rapas intentó detenerme.

—No tengas tanta prisa —exclamó—, espera un momento. Deseo comentarte cierto asunto.

—Tendrá que esperar hasta mañana. Que duermas bien, Rapas —y, diciendo esto, me di la vuelta y abandoné el edificio.

Recorrí tan solo una corta distancia por la avenida, en dirección opuesta a la casa de Fal Silvas. Luego me oculté en las sombras de un zaguán y aguardé, aunque no tuve que esperar demasiado para ver a los dos asesinos salir y tomar apresuradamente, la dirección por la que suponían que yo me había ido. Un minuto o dos más tarde, Rapas salió del edificio. Dudó un instante, y luego siguió lentamente la avenida tomada por los asesinos.

Cuando los tres estuvieron fuera de mi vista, salí de mi escondite y me dirigí, una vez más, al edificio en lo alto del cual guardaba mi nave.

El propietario estaba ocupado en trabajos de poca importancia cuando aparecí en la azotea. Me hubiera gustado más que estuviera en cualquier otra parte ya que no quería que nadie supiera de mis idas y venidas.

—No se le ve mucho —me dijo.

—No —contesté—, he estado muy ocupado.

Continué mi camino hacia el hangar de mi nave.

—¿Va a sacar su vehículo esta noche?

—Sí.

—Tenga cuidado con las patrulleras si está metido en algún negocio que no quiera que conozcan las autoridades. Han estado terriblemente ocupadas el último par de noches.

No sabía si se limitaba a darme un consejo amistoso o si pretendía obtener información de mí. Muchas organizaciones, el gobierno entre ellas, empleaban agentes secretos. Por lo que yo sabía, aquel tipo muy bien podía pertenecer al gremio de asesinos.

—Bueno —dije yo—, espero que la policía no me siga esta noche — él aguzó el oído—. No necesito ninguna ayuda y, a propósito, ella es muy guapa —le guiñé un

ojo y le di un codazo, al pasar, de una forma que sabía que comprendería.

Lo hizo.

Se rió y me dio una palmada en la espalda.

—Me imagino que te preocupará más su padre que la policía —dijo él, y cuando subí al vehículo añadió—: Dime, ¿no tendrá alguna hermana?

Mientras me alzaba silenciosamente sobre la ciudad, escuché al hombre del hangar riéndose de su propia ocurrencia; estaba seguro de que si tenía alguna sospecha, había desaparecido.

Estaba bastante oscuro; ninguna luna aparecía en el cielo; pero este mismo hecho me haría más visible a las naves de patrulla que volaran por encima de mí cuando yo sobrevolara las zonas más brillantemente iluminadas de la ciudad, así que busqué rápidamente avenidas oscuras y volé bajo entre las densas sombras de los edificios.

Fue sólo cuestión de minutos que alcanzara mi destino y posara suavemente mi volador sobre el tejado del edificio que albergaba el cuartel general del gremio de asesinos de Zodanga.

La afirmación de Rapas de que Ur Jan y sus lugartenientes estaban perfeccionando un plan dirigido contra mis actividades era el imán que me había atraído allí esta noche.

Había decidido no utilizar otra vez la antesala de su estancia de reunión, ya que no sólo el camino hasta ella estaba plagado de peligros, sino que, aunque alcanzara el escondite de detrás del aparador, sería incapaz de oír nada de lo que maquinaran a través de la puerta cerrada. Tenía otro plan, y lo puse en ejecución sin tardanza. Hice posar mi nave al borde del tejado, directamente encima de la sala donde se reunían los asesinos. Luego amarré una cuerda a una de las anillas de su borde.

Acostado boca abajo, me asomé por el borde del tejado para asegurar mi posición, y descubrí que la había calculado perfectamente. Justo debajo de mí se encontraba el balcón que daba a la ventana iluminada. Mi cuerpo colgaba ligeramente a un lado de la ventana, de modo que no era visible desde el interior de la sala.

Ajusté cuidadosamente los mandos de mi volador, y luego até el cabo de una cuerda delgada a la palanca de puesta en marcha. Una vez atendidas estas cuestiones, agarré la cuerda y me deslicé por el alero del tejado, llevando la cuerda delgada en una mano.

Descendí silenciosamente, ya que había dejado mis armas en el volador para que no fueran a chocar unas contra otras o arañar la pared del edificio mientras descendía, atrayendo la atención sobre mí.

Al llegar ante la ventana, comprobé que podía alcanzar la barandilla del balcón con una mano. Me acerqué a ella silenciosamente, colocándome en una posición desde la cual pudiera ponerme de pie con seguridad.

Había oído voces a poco de descolgarme del tejado, y ahora que estaba junto a la

ventana descubrí encantado que estaba abierta y que podía escuchar, con bastante claridad, todo lo que sucedía dentro de la sala. Reconocí la voz de Ur Jan. Estaba hablando cuando me acerqué a la ventana.

—Incluso si lo capturamos esta noche —decía—, y es el hombre que yo creo, aún podremos obtener un rescate del padre o del abuelo de la chica.

—Y un buen rescate —apostilló otra voz.

—Todo lo que una nave grande pueda transportar —contestó Ur Jan—, además de una promesa de inmunidad para todos los asesinos de Zodanga y la renuncia a perseguirnos más.

Yo no podía sino tratar de imaginarme contra quién estaban conspirando, quizás contra algún noble viejo y rico; pero no podía comprender la conexión que podía haber entre mi muerte y el secuestro de aquella chica, a menos que no hablaran de mí, sino de otro.

En aquel momento, oí unos golpes secos, y la voz de Ur Jan que dijo:

—Pase.

Oí abrirse una puerta, y el sonido de hombres entrar en la sala.

—¡Ah! —exclamó Ur Jan, dando una palmada—. ¡Lo cazasteis! ¡Dos de vosotros fue demasiado para él!

—No lo cazamos —contestó una voz malhumorada.

—¿Qué? ¿Acaso no acudió esta noche a la casa de comidas?

—Estuvo allí —dijo otra voz, que reconocí al instante como la de Rapas—. Lo llevé allí, tal como había prometido.

—Muy bien, ¿y por qué no lo matasteis? —preguntó airadamente Ur Jan.

—Cuando salió de la casa de comidas —explicó uno de los otros—, lo seguimos rápidamente, pero había desaparecido cuando llegamos a la avenida. No se le veía por ninguna parte, y aunque recorrimos aprisa todo el camino hasta la casa de Fal Silvas, no le vimos.

—¿Sospechaba algo? —preguntó Ur Jan—. ¿Crees que adivinó para qué estabais allí?

—No, estoy seguro de que no. No se fijó en nosotros. Ni siquiera nos miró.

—No puedo entender cómo desapareció tan rápidamente —indicó Rapas—. Pero lo cogeremos mañana por la noche. Me prometió encontrarse conmigo de nuevo.

—Escuchad —dijo Ur Jan—, no me falléis mañana. Estoy convencido de que ese hombre es John Carter. Después de todo me alegro de que no lo mataran. Acaba de ocurrírseme un plan mejor. Mañana por la noche enviaré a cuatro de vosotros a esperarlo cerca de la casa de Fal Silvas. Quiero que lo capturéis vivo y que me lo traigáis. Con él vivo, podremos pedir dos naves cargadas de tesoros por su princesa.

—Y después tendremos que ocultarnos en las minas de Zodanga el resto de nuestras vidas —objetó uno de los asesinos.

Ur Jan se rió.

—Una vez que hayamos reunido el rescate, John Carter nunca nos molestará más.

—¿Quieres decir que...?

—Soy un asesino, ¿no? —preguntó Ur Jan—. ¿Crees que un asesino puede dejar con vida a un enemigo peligroso?

Ahora comprendía la conexión entre mi muerte y el secuestro de la joven que habían mencionado. Esta no era otra que mi divina princesa Dejah Thoris. Aquellos canallas esperaban obtener dos naves llenas por el rescate de Mors Kajak, Tardos Mors y de mí mismo; y ellos sabían, y yo también, que no habían calculado mal. Cualquiera de los tres daría gustoso muchas naves cargadas de tesoros a cambio de la seguridad de la incomparable princesa de Helium.

Me di cuenta, entonces, de que tenía que volver de inmediato a Helium para asegurarme de la integridad de mi princesa, pero me demoré un momento en el balcón para oír los planes de los conspiradores.

—Pero —repuso uno de los lugartenientes de Ur Jan—, aunque logres raptar a Dejah Thoris...

—No hay «aunque» alguno que considerar —replicó Ur Jan—. Es como si ya estuviera hecho. He preparado el golpe largo tiempo. Lo he hecho con el máximo secreto, para que no hubiera ninguna filtración; pero ahora que estoy listo para actuar, no importa que lo sepan. Puedo revelarte que dos de mis hombres son guardianes del palacio de la princesa Dejah Thoris.

—Bien, concedamos que la raptarás —prosiguió el otro escépticamente—. Pero, ¿dónde piensas ocultarla? ¿En qué lugar de Barsoom podrás esconder a la princesa de Helium del Gran Tardos Mors, aunque logres quitar del medio a John Carter?

—No pienso esconderla en Barsoom.

—¿Cómo? ¿No piensas esconderla en Barsoom? ¿En dónde entonces?

—En Thuria —anunció Ur Jan.

—¡En Thuria! —exclamó riéndose su interlocutor—. Piensas ocultarla en la luna más cercana. Vale. Ur Jan. Será un espléndido escondrijo..., si consigues llevarla allí.

—Puedo llevarla allí sin problema. No me he asociado con Gar Nal para nada.

—¿Quieres decir que esa estúpida nave suya funciona? ¿Esa con la que espera visitar todo el planeta? No creo que ese chisme funcione, aunque lo termine..., si es que la termina alguna vez.

—Está terminado, y volará a Thuria.

—Bueno, aunque sea así, no sabemos cómo pilotarla.

—Gar Nal la conducirá para nosotros. Necesita una gran cantidad de dinero para construir otras naves, y está de acuerdo en pilotar la nave a cambio de una parte del rescate.

En aquel momento, en realidad, aprecié por completo lo minuciosamente que Ur

Jan había trazado sus planes y lo grande que era el peligro para mi princesa. Cualquiera día podían intentar el secuestro de Dejah Thoris, y yo sabía que, con dos traidores en su guardia, no era imposible que tuviesen éxito.

Decidí que no podía perder más tiempo. Debía marchar a Helium inmediatamente; entonces jugó su parte el destino y casi puso término a mi vida.

Cuando comencé a escalar la cuerda, una parte de mi correa se trabó con uno de los ornamentos de hierro de la pared y, cuando intenté soltarla, el hierro se rompió y cayó sobre el balcón.

—¿Qué ha sido eso? —oí preguntar a Ur Jan, y luego escuché unos pasos acercándose a la ventana rápidamente. En un instante, la figura de Ur Jan asomó debajo de mí—. ¡Un espía! —vociferó, saliendo al balcón de un salto.

CAPÍTULO X



Jat Or



Cuando intento buscar excusas para justificar las desgracias que me sucedieron, suelo preguntarme por qué el Destino se mostró en aquel momento favorable a esos indeseables y adverso a mí. Sin duda, mi causa es una causa justa, sin embargo el insignificante hecho de que un adorno metálico de un balcón de la ciudad de Zodanga estuviera flojo y que mi correa se trabara en él accidentalmente, me colocó en una situación de la cual no parecía probable que escapara con vida.

Sin embargo, todavía no estaba muerto; y no tenía intención de resignarme sin combatir a los dictados de un Destino cruel e injusto. Y además, como dicen los aficionados a cierto famoso juego de cartas americano, aún tenía un as en la manga.

Mientras Ur Jan saltaba al balcón, yo me alejé de él aferrado a la cuerda atada a mi nave y, simultáneamente, comencé a escalarla.

Me balanceé como un péndulo, y, cuando alcancé el límite de mi arco de giro, volví directamente hacia los brazos de Ur Jan.

Todo sucedió muy rápidamente, mucho más rápido de lo que puedo contar. Ur Jan echó mano a su espada, yo flexioné mis rodillas contra el cuerpo, dirigiéndome hacia él; luego, cuando casi estaba encima de él, lo golpeé con ambos pies, en el pecho, con toda mi fuerza.

Ur Jan retrocedió vacilante contra el asesino que lo seguía, y ambos cayeron en un montón.

Simultáneamente, tiré de la cuerda delgada que había atado a la palanca de puesta en marcha de mi nave. En consecuencia, ésta se elevó y me arrastró con ella, colgado de la cuerda.

Mi situación era todo menos envidiable. Por supuesto, no podía guiar la nave, y si ésta no se elevaba con la suficiente rapidez, tenía una excelente oportunidad de morir aplastado contra algún edificio, mientras me arrastraba por la ciudad, pero incluso esta amenaza no era la más grande que tenía que afrontar, porque entonces oí un disparo, y una bala pasó silbando junto a mí... Los asesinos intentaban abatirme a tiros.

Subí por la cuerda lo más rápido que pude, pero la ascensión por una cuerda pendiente de una aeronave en movimiento no es nada fácil, aun sin añadirle el peligro

de ser blanco de los disparos de una banda de asesinos.

La nave me conducía diagonalmente a través de la avenida donde se encontraba el edificio que albergaba a la banda de Ur Jan. Pensé que iba a estrellarme contra el edificio de enfrente y, créeme, puse toda mi fuerza y agilidad en escalar la cuerda mientras la nave cruzaba rápidamente la avenida.

En esta ocasión, sin embargo, el destino me favoreció, y pasé rozando el tejado del edificio.

Los asesinos aún continuaban disparándome, pero me imagino que la mayor parte de sus éxitos, en el pasado, los habían conseguido con la daga o el veneno, porque en puntería tenían mucho que desear.

Finalmente, mis dedos se cerraron en torno a la barandilla de la nave, y un momento después me encontré en cubierta. Lanzándome hacia los mandos, di toda la velocidad y orienté el rumbo hacia Helium.

Quizás fui imprudente, puesto que ignoré la amenaza de las patrulleras y no hice esfuerzo alguno para escapar a su vigilancia. Nada me importaba entonces salvo alcanzar Helium a tiempo para salvar a mi princesa.

¡Cómo sabían mis enemigos golpearme donde más me dolía! ¡Cómo conocían mis partes vulnerables! Sabían que no les negaría nada, incluso mi propia vida, con tal de salvar a Dejah Thoris. Y debían saber, igualmente, el precio que tendrían que pagar si la hacían algún daño, y esto los convertía en hombres desesperados. Yo había amenazado su seguridad y sus vidas, y se lo habían jugado todo a una carta intentando derrotarme.

Traté de adivinar si alguno de ellos me había reconocido. No había visto a Rapas en la ventana, y parecía poco probable que, en la oscuridad de la noche, los otros dos asesinos, que sólo me habían visto un instante en la casa de comidas, pudieran estar seguros de que era yo quien colgaba de la cuerda. Presentí que podían sospechar que yo era Vandor, pero confiaba que ninguno estuviese seguro de que fuera John Carter.

Mi veloz nave atravesaba rápidamente Zodanga, y ya creía que iba a escapar sin dificultades cuando escuché, de pronto, a una patrulla darme el alto.

Estaba a una altura considerablemente mayor que la mía, ligeramente adelantada y hacia estribor. Mi acelerador estaba apretado a fondo, y mi nave surcaba el aire poco denso del moribundo planeta a toda velocidad.

La patrullera debió darse cuenta instantáneamente de que yo no tenía intención de detenerme, puesto que se lanzó hacia adelante, aumentando la velocidad, y picó hacia mí. La velocidad que obtuvo de aquel largo picado fue enorme, y aunque normalmente no era una nave tan rápida como la mía, su terrorífica velocidad en picado era mayor que la que mi nave podía desarrollar.

Yo volaba demasiado bajo para poder ganar velocidad picando, pero ni aunque hubiera podido hacerlo hubiese logrado igualar la velocidad de aquella nave, cuyo

mayor peso multiplicaba su aceleración.

Bajaba directamente hacia mí, acortando distancia rápidamente, y acercándose diagonalmente desde estribor.

Parecía imposible que pudiera escapar y, cuando abrió fuego sobre mí con sus cañones de proa, acaricié la idea de rendirme, porque así al menos salvaría la vida. De lo contrario, moriría, y muerto no le sería de ninguna ayuda a Dejah Thoris. Pero me enfrentaba con el hecho de que me retrasaría, de que quizás no pudiera llegar a tiempo a Helium. Me arrestarían con toda seguridad, y casi con certeza encarcelado por intentar huir de la patrullera. Carecía de documentación, lo cual me lo haría todo aún más difícil. Tenía bastantes posibilidades de que me esclavizasen, o me arrojasen a la mina de la ciudad en espera de los próximos juegos. El riesgo era demasiado grande. Debía alcanzar Helium sin demora. Repentinamente, empujé el timón hacia la derecha, y la pequeña nave respondió a mis deseos con tal prontitud que casi fui catapultado a la cubierta cuando giró bruscamente.

Me dirigí directamente hacia el casco de la patrullera mientras ésta se lanzaba sobre mi antigua trayectoria, de tal forma que no pudiera dispararme, al estar yo oculto por su propio casco.

Ahora su mayor peso y su velocidad de picado obraban en mi favor. No podía reducir la velocidad y cambiar de rumbo con la facilidad con que yo había maniobrado mi ligera nave monoplaza.

El resultado fue que, antes de que lograra lanzarse en mi persecución de nuevo, yo ya había cruzado las murallas de Zodanga y volaba sin luces. No fue capaz de descubrirme.

Divisé sus luces durante un rato y advertí que no seguía el rumbo correcto y entonces, con un suspiro de alivio, me dispuse a emprender el largo viaje hacia Helium.

Mientras volaba a toda velocidad a través de la atmósfera del moribundo Marte, Thuria asomó por el horizonte al oeste, delante de mí, inundando con su brillante luz la vasta extensión de fondos de mares secos donde una vez ondearon poderosos océanos, albergando en sus senos a las grandes naves de la gloriosa raza que por aquel entonces dominaba el joven planeta.

Sobrevolé las arruinadas ciudades sitas en las riberas de aquellos mares muertos, y mi imaginación las pobló de muchedumbres felices y despreocupadas. Allí estaban de nuevo los grandes Jeddaks que las gobernaban y los clanes guerreros que las defendían. Ahora todo había desaparecido, y sin duda los oscuros nichos de sus majestuosos edificios albergaban a algunas salvajes tribus de crueles y tristes hombres verdes.

Y de esta forma sobrevolé las vastas extensiones de tierras yermas hacia las Ciudades Gemelas de Helium y la mujer que amaba: Dejah Thoris, cuya inmortal

belleza era el honor de un mundo.

Había graduado mi compás de destino en mi objetivo, y me recosté en la cubierta de la nave para dormir.

El trayecto de Zodanga a Helium es largo y solitario, y aquella vez me pareció que se prolongaba interminablemente a causa de mi ansiedad por mi princesa; pero al fin llegó a su término, y divisé la torre escarlata de Helium Mayor perfilándose ante mí.

Mientras me aproximaba a la ciudad, una patrullera me detuvo y me ordenó que me colocara a su costado.

Yo me había despojado del pigmento rojo durante el día, y el oficial me reconoció antes de que le diera mi nombre.

Noté una cierta reserva y embarazo en sus maneras, pero no hizo otra cosa que saludarme y preguntarme respetuosamente si podía darme escolta hasta mi palacio.

Yo se lo agradecí y se lo rogué para que no fuera detenido por otras patrulleras. Cuando llegué sin novedad ante mis hangares, saludó con la proa y se marchó.

Mientras yo descendía de la nave, la guardia del hangar se adelantó para hacerse cargo de ella y meterla en el hangar.

Aquellos hombres eran servidores leales y veteranos que llevaban años a mis servicios. Ordinariamente, me saludaban con entusiasmo cuando regresaba de una ausencia, comportándose conmigo más como viejos criados que como una escolta militar: sin embargo, aquella noche me saludaron sin mirarme a la cara y con apariencia incómoda.

No les pregunté nada, aunque intuí que algo no iba bien. En vez de hacerlo, descendí apresuradamente por la rampa que conducía a mi palacio y me dirigí sin demora a las habitaciones de mi princesa.

Mientras me aproximaba a ellas, me encontré con un joven oficial de su guardia personal que, al verme, se me acercó rápidamente. Su rostro estaba blanco como la cal, y su expresión era de agobio, que luchaba para contener sus emociones.

—¿Qué es lo que anda mal, Jat Or? —quise saber—, primero el comandante de la patrullera, luego la guardia del hangar y ahora tú, parecéis haber acabado de perder a vuestro último amigo.

—Hemos perdido a nuestro mejor amigo —contestó él.

Sabía a qué se refería, pero vacilé en exigirle una explicación directa. No quería oírla. Si escuchaba lo que tenía que contarme, me hundiría como no me había hundido en mi vida, ni siquiera ante una cita con la muerte.

Pero Jat Or era un soldado; también yo lo era, y un soldado debe enfrentarse a su deber sin importarle lo horrible que éste pueda ser.

—¿Cuándo se la llevaron? —pregunté—. Por eso vine apresuradamente de Zodanga, para prevenirla; y he llegado tarde, Jat Or, ¿verdad? —Asintió con la

cabeza—. Cuéntamelo —le dije.

—Sucedió anoche, mi príncipe, no sabemos a qué hora exactamente. Dos hombres estaban de guardia ante su puerta. Eran hombres nuevos, pero habían pasado con éxito las investigaciones que deben superar todos aquellos que entran a vuestros servicios, señor. Esta mañana dos esclavas fueron a relevar a las que habían estado de servicio por la noche con la princesa, encontraron que éstos habían desaparecido. Las dos esclavas yacían muertas entre sus pieles y sedas de dormir; habían sido asesinadas mientras dormían. Los dos guardianes habían desaparecido. No. estamos seguros, pero por supuesto creemos que fueron ellos los que se llevaron a la princesa.

—Así fue. Eran agentes de Ur Jan, el asesino de Zodanga. ¿Qué se ha hecho hasta ahora?

—Tardos Mors, el Jeddak, su abuelo, y Mors Kajak, su padre, han despachado un millar de naves en su busca.

—Es extraño. No he visto una sola nave en todo el viaje desde Zodanga.

—Pues las enviaron, mi príncipe —insistió Jat Or—. Lo sé porque pedí permiso para viajar en una de ellas; me siento responsable, como si de alguna forma el secuestro fuera culpa mía.

—Donde quiera que la busquen, están perdiendo el tiempo. Comunícaselo así a Tardos Mors. Dile que llame a sus naves. Sólo hay una nave capaz de seguirlos al lugar donde la han llevado, y sólo hay dos hombres en el mundo capaces de conducirla. Uno de ellos es un enemigo: el otro soy yo. Por eso debo volver de inmediato a Zodanga. No hay tiempo que perder. Si no fuera así, yo mismo iría a ver al jeddak antes de partir.

—¿Pero no hay nada que podamos hacer aquí? ¿No hay nada que yo pueda hacer? Si hubiera estado en guardia, esto no hubiera sucedido. Debería haber dormido ante la puerta de mi princesa. Déjeme ir con usted. Tengo una buena espada, y puede llegar un momento en que incluso el Señor de la Guerra se alegre de disponer de ella en su apoyo.

Yo consideré su petición durante un momento. ¿Por qué no llevarlo conmigo? A fuerza de tener que depender exclusivamente de mis propios recursos, a lo largo de mi dilatada existencia, he llegado a acostumbrarme a contar sólo con ellos. Pero en aquellas ocasiones en que he luchado con buenos hombres a mi lado, gentes como Carthoris, Kantor Kan y Tars Tarkas, me he alegrado de que estuvieran allí. Sabía que aquel joven padwar era diestro con la espada e igualmente sabía que era leal a mí y a mi princesa. Al menos, aunque no fuera una ayuda, no sería un estorbo.

—Muy bien, Jat Or. Ponte un corraje sin insignias. Ya no eres un padwar de la armada de Helium, sino un panthan sin patria, al servicio de quien quiera contratarte. Pídele al oficial de la Guardia que venga inmediatamente a mis habitaciones, y ven tú también en cuanto te hayas cambiado. No tardes.

El oficial de la Guardia llegó a mis habitaciones poco después que yo. Le comuniqué que iba a partir en busca de Dejah Thoris y que quedaba al mando del Palacio hasta mi regreso.

—Mientras espero a Jat Or, deseo que subas a la pista de aterrizaje y que llames a una patrullera. Quiero que me escolte hasta las murallas de la ciudad para no sufrir retrasos.

El saludó y se marchó, y cuando hubo salido le escribí una breve nota a Tardos Mors, a Mors Kajak y a Carthoris.

Jat Or entró cuando terminaba la última. Era un guerrero pulcro y de aspecto eficiente, y me gustó su aspecto. Aunque llevaba algún tiempo a nuestro servicio, no lo había tratado con anterioridad, al ser sólo un padwar, sin importancia asignado a la escolta de Dejah Thoris. A propósito, el rango de padwar corresponde casi exactamente con el de teniente en la organización militar terrestre.

Indiqué a Jat Or que me siguiese, y ambos subimos a la pista de aterrizaje. Allí elegí una nave rápida biplaza, y mientras la sacaba del hangar, la patrullera convocada por el oficial de la Guardia descendía hacia la pista. Un momento después nos dirigimos hacia las murallas exteriores de Helium escoltados por la patrullera, cuando la hubimos sobrepasado, nos saludamos el uno al otro inclinando nuestras respectivas proas; después, orienté el morro de mi volador hacia Zodanga y apreté el acelerador al máximo, mientras la patrullera volaba hacia la ciudad.

El viaje de retorno a Zodanga transcurrió sin incidentes. Aproveché el tiempo del que disponía, para poner al corriente a Jat Or de todo cuanto me había sucedido en Zodanga, y de lo que había averiguado allí, de modo que estuviera bien preparado en previsión de cualquier emergencia que pudiese sobrevenir. También me embadurné otra vez más con el pigmento rojo que constituía mi único disfraz.

Naturalmente, estaba muy preocupado por lo que pudiese haberle sucedido a Dejah Thoris, y dediqué mucho tiempo a inútiles conjeturas respecto al lugar donde la habían conducido sus secuestradores.

No podía creer que la nave interplanetaria de Gar Nal hubiera podido aproximarse a Helium sin ser descubierta. Por lo tanto, parecía mucho más razonable suponer que Dejah Thoris había sido conducida a Zodanga y que desde allí intentarían transportarla a Thuria.

Mi estado mental durante aquel largo viaje era indescriptible. Me imaginé a mí princesa en manos de los rufianes de Ur Jan, y me imaginé los sufrimientos internos que debía estar padeciendo, aunque exteriormente no se mostrara más que inmutable ante sus raptos. Tales pensamientos azotaban mi cerebro, y la sed de sangre del asesino me dominó completamente, así que me temo que fui un compañero de viaje muy hosco y poco comunicativo para con Jat Or. Pero finalmente alcanzamos Zodanga. Era otra vez de noche. Podía haber sido más seguro esperar a la luz del día

para entrar en la ciudad, como había hecho la ocasión anterior; pero el tiempo era ahora un factor importante.

Sin encender ninguna luz, descendimos lentamente hacia las murallas de la ciudad y, manteniéndonos en constante alerta, por si aparecía alguna patrullera, franqueamos el muro exterior y nos adentramos en una oscura avenida situada detrás de éste. Desplazándonos siempre por vías poco iluminadas, llegamos al fin sin novedad al hangar público del cual era yo cliente.

Habíamos dado el primer paso en la búsqueda de Dejah Thoris.

CAPÍTULO XI



En casa de Gar Nal

Ocasionalmente, la ignorancia y la estupidez revelan tales ventajas que las elevan a la categoría de virtudes. El ignorante y el estúpido rara vez poseen la suficiente imaginación para ser curiosos.

El hombre del hangar me había visto partir solo en un monoplaza. Ahora me veía retomar en un biplaza y con acompañante. No obstante, no mostró ninguna curiosidad embarazosa por la cuestión.

Una vez estacionada nuestra nave en el hangar e instruido el propietario para que permitiera a uno cualquiera de nosotros que la usara cuando quisiese, conduje a Jat Or a la casa de huéspedes del mismo edificio; después de presentárselo al encargado, lo dejé, puesto que la investigación que pretendía realizar la llevaría mejor a cabo un sólo hombre que dos.

Mi primer objetivo era averiguar si la nave de Gar Nal había abandonado Zodanga. Desgraciadamente, desconocía la situación del hangar en el que Gar Nal la había construido. Estaba seguro de que no podría obtener aquella información de Rapas, puesto que sospechaba de mí, y por lo tanto mi única esperanza era Fal Silvas. Estaba convencido de que él debía saberlo, ya que diversas observaciones que le había oído, me habían hecho pensar que ambos investigadores se espiaban constantemente, y por tanto me dirigí a casa de Fal Silvas, después de indicar a Jat Or que permaneciera en la casa de huéspedes, donde podría encontrarlo si lo necesitaba.

La noche no estaba muy entrada cuando llegué a la casa del viejo inventor. A mi señal, Hamas me admitió. Pareció un poco sorprendido, y no de muy buen humor, al reconocerme.

—Creíamos que Ur Jan había logrado, al fin, acabar contigo —me dijo.

—No tuvo esa suerte, Hamas. ¿Dónde está Fal Silvas?

—En el laboratorio del piso de arriba. No sé si querrá que lo molesten, aunque creo que está ansioso por verte.

Añadió esto último con una inflexión desagradable que no me gustó. —Subiré a sus habitaciones inmediatamente. —No. Espera aquí. Iré a preguntarle al amo lo que desea hacer. Me abrí paso hacia el pasillo.

—Puedes venir conmigo si quieres, Hamas; pero tanto si vienes como si no, tengo

que ver a Fal Silvas sin más dilación.

Él refunfuñó ante aquella falta de consideración a su autoridad, y se esforzó en adelantarme uno o dos pasos.

Cuando pasamos ante mis habitaciones, me di cuenta que la puerta estaba abierta; pero aunque no vi a Zanda, en el interior, no me preocupé por ello.

Subimos la rampa que conducía al piso de arriba, y una vez allí Hamas tocó a la puerta del apartamento de Fal Silvas.

Nadie respondió, y ya me disponía a entrar en la habitación cuando oí la voz de Fal Silvas preguntando quejumbrosamente:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Hamas, y Vandor que ha vuelto.

—Déjalo entrar—indicó Fal Silvas.

Según Hamas abría la puerta, yo entré, apartándole a un lado y, volviéndome, lo empujé al pasillo.

—Ha dicho que me dejes entrar —le dije, cerrándole la puerta en las narices.

Sin duda, Fal Silvas había salido de otra de las habitaciones de su apartamento, en respuesta a nuestra llamada, puesto que aún agarraba el pomo de la puerta de enfrente, con una mano; su ceño estaba fruncido malhumoradamente.

—¿Dónde has estado? —me preguntó imperiosamente. Naturalmente, no estaba acostumbrado a que me interpelasen en el tono que Fal Silvas había adoptado; y no me gustó. Soy un guerrero, no un actor, y durante un momento se me hizo difícil recordar que estaba representando un papel.

Incluso avancé algunos pasos hacia Fal Silvas con la intención de agarrarlo por el cuello y zarandearlo un poco para enseñarle buenos modales, pero me contuve a tiempo; no pude evitar una sonrisa al detenerme.

—¿Por qué no me contestas? —gritó Fal Silvas—. Te estás riendo, ¿cómo te atreves a reírte delante de mí?

—¿Por qué no he de reírme de mi propia estupidez?

—¿De tu propia estupidez? No te entiendo, ¿qué quieres decir?

—Te tomaba por un hombre inteligente, Fal Silvas, y ahora he descubierto que estaba equivocado. Por eso me río.

Creí que iba a explotar, pero logró controlarse.

—¿Qué es lo que quieres decir? —exigió saber airadamente.

—Quiero decir que ningún hombre inteligente hablaría a uno de sus lugartenientes en el tono de voz que acabas de emplear tú, por mucho que sospeche de él, hasta que hubiera verificado cuidadosamente sus sospechas. Probablemente has escuchado a Hamas durante mi ausencia, así que naturalmente estoy condenado antes de hablar.

Parpadeó, y añadió en un tono de voz más civilizado:

—Muy bien, adelante, *explícame* dónde has estado y qué has hecho.

—He estado investigando algunas de las actividades de Ur Jan, pero ahora no tengo tiempo de contarte todo al detalle. Lo importante para mí ahora es ir al hangar de Gar Nal; no sé dónde está. He venido aquí para que me proporciones esta información.

—¿Por qué quieres ir al hangar de Gar Nal?

—Porque he sabido que la nave de Gar Nal ha abandonado Zodanga, en una misión en la que están asociados él y Ur Jan.

Esta noticia puso a Fal Silvas en un estado de excitación próximo a la apoplejía.

—¡El muy calot! —exclamó—. ¡Ladrón, canalla!, ha robado todas mis ideas, y ahora lanza su nave antes que yo... yo...

—Cálmate, Fal Silvas —le urgí—. Todavía no estamos seguros de si la nave ha salido o no. Dime dónde la estaba construyendo e iré a investigar.

—Sí, sí, inmediatamente; pero, Vandor, ¿sabes a dónde piensa ir Gar Nal? ¿Lo has descubierto?

—Creo que a Thuria.

Entonces Fal Silvas literalmente se convulsionó de ira. En comparación con aquello, su primer estallido podría tomarse como una muestra de entusiástica aprobación, por los laureles inventivos de su competidor.

Insultó a Gar Nal de todas las formas que su lengua conocía, y también a todos sus antepasados hasta remontarse al Árbol de Vida Original, del cual se supone que descienden todos los marcianos.

—¡Va a Thuria a por el tesoro! —vociferó como colofón—. ¡Hasta esa idea me ha robado!

—No hay tiempo para lamentaciones, Fal Silvas —lo increpé—. Así no llegamos a ninguna parte. Dime dónde está el taller de Gar Nal, para que pueda cerciorarme de si ya ha partido o no.

El recuperó el control de sí mismo, con cierto esfuerzo, y me dio completas instrucciones para encontrar el taller de Gar Nal, e incluso me indicó cómo penetrar en él, mostrando una familiaridad con el baluarte de su enemigo que revelaba que sus propios espías no habían permanecido ociosos.

Mientras Fal Silvas concluía sus instrucciones, creí oír unos ruidos provenientes de la habitación trasera; sonidos amortiguados, jadeos o quizá suspiros, no podría decirlo. Eran muy débiles; podían haber sido casi cualquier cosa, y entonces Fal Silvas cruzó la habitación y me acompañó hasta el pasillo, diría yo que con cierta prisa. Me pregunté si también él había oído los ruidos.

—Será mejor que te marches ya —me indicó—, vuelve a informarme en cuanto descubras la verdad.

En el camino de vuelta, desde las habitaciones de Fal Silvas, me detuve en las

mías para hablar con Zanda, pero no la encontré allí, y continué hacia la pequeña puerta por la que se entraba y salía de casa de Fal Silvas. Hamas estaba en el recibidor. Pareció decepcionado al verme.

—¿Vas a salir? —me preguntó.

—Sí.

—¿Piensas volver esta noche?

—Así lo espero; y a propósito, Hamas, ¿dónde está Zanda? No estaba en mis habitaciones cuando pasé por ellas.

—Creíamos que no ibas a volver —explicó el mayordomo—, y Fal Silvas encontró otras ocupaciones para ella. Mañana haré que Phystal te proporcione otra esclava.

—Quiero otra vez a Zanda. Realiza sus deberes satisfactoriamente y la prefiero a ella.

—Eso es algo que deberías discutir con Fal Silvas.

Salí entonces a la oscuridad de la noche y ya no me preocupé más por la cuestión, estando mi mente ocupada en consideraciones mucho más importantes.

Mi camino me condujo hacia otro barrio de la ciudad, más allá de la casa de huéspedes donde había dejado a Jat Or. No me resultó difícil localizar el edificio que Fal Silvas me había descrito.

A un lado de éste se abría un estrecho callejón oscuro. Penetré en él y avancé a tientas hasta el extremo opuesto, donde encontré un muro bajo, tal como Fal Silvas me había dicho.

Me detuve allí un instante, y escuché atentamente. Ningún sonido llegó del interior del edificio. Entonces salté al muro con facilidad, y de allí al tejado de una dependencia del edificio. Era el tejado del taller donde Gar Nal había construido su nave. Lo reconocí por las dos grandes puertas abiertas en su suelo.

Fal Silvas me había contado que se podía ver el interior del hangar por la abertura entre las dos puertas, siendo fácil comprobar si la nave aún estaba allí. Pero no había ninguna luz en el interior; el taller estaba completamente a oscuras, y no podía ver nada, aunque pegara los ojos a la rendija.

Intenté mover las puertas, pero estaban firmemente aseguradas. Entonces me moví cautelosamente a lo largo del muro, en busca de otra abertura.

A unos cuarenta pies a la derecha de las puertas, descubrí una pequeña ventana situada a unos diez pies de altura, sobre el tejado donde me encontraba. Salté hasta ella, cogiéndome al alféizar y subiendo a él, con la esperanza de ver algo desde aquel punto elevado.

Sorprendido y encantado, encontré la ventana abierta. El hangar estaba en silencio..., tan tranquilo y silencioso como el Erebo.

Sentándome en el alféizar, pasé las piernas por la ventana, me di la vuelta,

colocándome boca abajo, me deslicé hasta quedar colgado de las manos y, por último, me dejé caer al suelo.

Tal maniobra, por supuesto, era arriesgadísima, puesto que uno nunca sabe adónde puede ir a parar.

Yo aterricé encima de un banco lleno de herramientas y piezas metálicas. Mi peso lo volcó, desparramándose su contenido con un estrépito terrorífico.

Incorporándome como pude, permanecí inmóvil en la oscuridad, escuchando. Si había alguien en el edificio, tal como yo pensaba, parecía muy improbable que aquel escándalo pasase inadvertido; y no lo pasó.

No tardé en oír pasos. Parecían muy lejanos, pero se iban aproximando, primero con rapidez, luego más lentamente. Quienquiera que se acercase, su cautela aumentaba con la cercanía.

Una puerta se abrió en el otro extremo del hangar, y divisé las siluetas de dos hombres recortándose contra la luz de vano.

La luz que entraba por la puerta no era muy brillante, mas bastaba para disipar, en parte, la penumbra del cavernoso interior del hangar y revelar que no había ninguna nave allí. ¡Gar Nal había partido!

Evidentemente, mis esperanzas eran remotas, sin embargo el descubrimiento me aturdió: Gar Nal se había ido y, sin duda alguna, Dejah Thoris estaba con él.

Los dos hombres avanzaban con cautela por el hangar.

—¿Ves a alguien? —oí preguntar al más retrasado.

—No —contestó el otro, añadiendo en voz alta—: ¿Quién anda ahí?

El suelo del hangar estaba de lo más desordenado. Barriles, cajones, bombonas, herramientas y piezas de recambio se hallaban tiradas por todas partes. Quizás esto fuese bueno para mí, porque, entre tantas cosas, sería difícil descubrirme, a menos que me moviera o que se tropezaran directamente conmigo.

Yo estaba arrodillado tras un cajón, planeando qué hacer en caso de que me descubriesen.

Los dos hombres llegaron frente a mi escondite y lo sobrepasaron. Yo le eché una mirada a la puerta por la que habían entrado. No parecía haber nadie allí; sin duda aquellos dos hombres estaban de guardia y eran los únicos que habían oído el estrépito.

De repente, un plan relampagueó en mi mente. Salí de mi escondite y me coloqué entre los hombres y la puerta. Me moví tan sigilosamente que no me oyeron.

—Quedaos quietos —dije entonces—, y no os pasará nada.

Se detuvieron como si les hubiesen pegado un tiro, luego se dieron la vuelta.

—No os mováis —ordené.

—¿Quién eres tú? —preguntó uno de los hombres.

—No te preocupes de quién soy. Responde a mis preguntas y no te pasará nada.

Uno de ellos se echó a reír.

—No nos va a pasar nada —afirmó—. Nosotros somos dos y tú uno solo. ¡Vamos! —dijo a su compañero, y ambos desenvainaron sus espadas y vinieron a por mí.

—¡Esperad! —grité—. No quiero mataros. Escuchadme. Sólo quiero obtener información de vosotros. Luego me iré.

—¡Oh, oh! No quiere matarnos. Vamos, tú por la izquierda y yo por la derecha. De modo que no quieras matarnos...

A veces siento que merezco poca gloria por mis incontables éxitos en los combates a muerte. En todas las ocasiones, mi relampagueante acero parece un ser vivo, inspirado por un poder superior al de un hombre mortal, o al menos esa impresión me da a mí, y creo que también debe de darle a mis enemigos. Así sucedió aquella noche.

Cuando los dos hombres cargaron sobre mí, desde direcciones opuestas, mi espada relampagueó en tan rápida sucesión de paradas, estocadas y tajos, que juraría que mis rivales no pudieron seguirlos con la vista.

El primero de ellos cayó con el cráneo hendido, apenas se puso al alcance de mi hoja, y casi simultáneamente, le atravesé el hombro a su compañero. Entonces di un paso atrás.

No podía utilizar su diestra: le colgaba paralizada del hombro. No podía escapar, yo estaba entre él y la puerta. Y allí se quedó, aguardando a que le atravesara el corazón.

—No deseo matarte —le dije—. Si respondes, de verdad, a mis preguntas, te dejaré vivir.

—¿Quién eres y qué quieres saber? —dijo él de mala gana.

—No te importa quién soy. Responde a mis preguntas, y di la verdad. ¿Cuánto hace que partió la nave de Gar Nal?

—Dos noches.

—¿Quiénes iban a bordo?

—Gar Nal y Ur Jan.

—¿Nadie más?

—No.

—¿Adónde fueron?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Será mejor para ti que lo sepas. Vamos, dime adónde fueron, y a quién pensaban llevar con ellos.

—Iban a encontrarse con otra nave cerca de Helium, para transbordar a alguien cuyo nombre nunca oí mencionar.

—¿Pensaban secuestrar a alguien para obtener rescate?

Él asintió.

—Supongo que sí.

—¿Y no sabes quién era?

—No.

—¿Dónde pensaban ocultar a esa persona?

—En un sitio donde nadie podrá encontrarla.

—¿Qué sitio es ese?

—Oí decir a Gar Nal que tenía intención de ir a Thuria.

Ya había obtenido toda la información de valor que aquel hombre podía darme, así que hice que me condujera a una puerta que diese al tejado por donde yo había entrado al hangar. Salí y esperé a que cerrara la puerta; luego crucé el tejado y me dejé caer sobre el muro de abajo, y de allí al callejón.

Mientras me dirigía a la casa de Fal Silvas, iba haciendo planes rápidamente. Me daba cuenta de que tenía que afrontar riesgos desesperados, y de que, cualquiera que fuese el resultado de mi aventura, su éxito o fracaso dependía totalmente de mí.

Me detuve en la casa de hospedaje donde había dejado a Jat Or. Lo encontré esperando ansiosamente mi regreso.

El lugar estaba lleno de huéspedes, de modo que no pudimos hablar en privado, así que lo llevé a la casa de comidas que Rapas y yo solíamos frecuentar. Allí encontramos una mesa libre y le conté todo lo que había sucedido desde que lo dejara al llegar a Zodanga.

—Y ahora —le dije—, espero poder partir hacia Thuria esta noche. Cuando nos separemos, vete al hangar y saca la nave. Ten cuidado con las patrulleras. Si logras abandonar la ciudad sin problemas, dirígete directamente hacia el oeste, a lo largo del decimotercer paralelo durante cien haads y espérame allí. Si no aparezco en dos días, eres libre de actuar según tu criterio.

CAPÍTULO XII



¡Ambos debemos morir!

¡Thuria! Siempre había excitado mi imaginación, y en aquel momento, al verla mecerse en los cielos, encima de mí, dominó todo mi ser.

En algún lugar entre aquel resplandeciente orbe y Marte, una nave extraña conducía a mi amor perdido hacia un destino incierto.

¡Qué desesperada encontraría su situación, imaginándose que ninguno de los suyos tendría la más vaga idea de dónde se encontraba, ni a dónde la conducían sus secuestradores! Era posible que incluso ella misma no lo supiera. ¡Cómo deseé poder transmitirle un mensaje de esperanza!

Tales pensamientos ocupaban mi mente mientras me dirigía hacia la casa de Fal Silvas, pero aunque andaba así de ensimismado, mis facultades, habituadas a largos años de peligros, permanecían completamente alerta, de forma que unas pisadas procedentes de una avenida que acababa de cruzar, no me pasaron inadvertidas. No tardé en darme cuenta de que las pisadas habían tomado la misma avenida que yo y que me estaban siguiendo, mas no di muestra alguna de haberlas oído hasta que se hizo evidente que me iban a alcanzar.

Me volví entonces con la mano en la empuñadura de mi espada, y el hombre que me seguía me dirigió la palabra.

—Pensé que eras tú —dijo—, pero no estaba seguro.

—Soy yo, Rapas —contesté.

—¿Dónde te habías metido? Te he buscado continuamente los últimos dos días.

—¿Sí? ¿Qué quieres de mí? Tendrás que ser breve, Rapas. Tengo prisa.

Él vaciló. Percibí que estaba nervioso. Actuaba como si tuviese algo que decir y no supiera cómo empezar, o como si temiese sacar el tema a colación.

—Bueno, verás —comenzó, con poca convicción—, hace días que no nos tropezamos, y sólo quería verte... Sólo para chismorrear un poco, ya sabes. Volvamos atrás y tomemos un bocado juntos.

—Acabo de comer.

—¿Cómo anda el viejo Fal Silvas? ¿Has sabido algo nuevo?

—Nada —mentí—. ¿Y tú?

—Oh, sólo habladurías. Dicen que Ur Jan ha secuestrado a la princesa de Helium.

Noté que me observaba atentamente para captar mi reacción.

—¿De verdad? No me gustaría estar en la piel de Ur Jan, cuando los hombres de Helium lo atrapen.

—No lo atraparán —aseguró Rapas—. La han llevado a un lugar donde nadie la encontrará.

—Espero que reciba lo que se merece, si le hacen daño.

Me volví como si fuera a irme.

—Ur Jan no la hará daño si pagan el rescate.

—¿Rescate? ¿Y cuánto considera que vale la princesa de Helium?

—Ur Jan lo ha puesto fácil —informó Rapas—. Tan sólo pide dos naves cargadas de tesoros... Todo el oro, el platino y las joyas que puedan transportar dos naves grandes.

—¿Le han notificado sus demandas al pueblo de Helium?

—Un amigo mío conoce a un hombre que está relacionado con uno de los asesinos de Ur Jan —explicó Rapas—, por medio de él podría establecerse contactos con los asesinos.

Así que al fin había revelado sus intenciones. Me hubiera reído de no estar tan preocupado por Dejah Thoris. La situación se explicaba por sí sola. Tanto Ur Jan como Rapas confiaban en que yo fuese John Carter o uno de sus agentes, y Rapas había sido delegado para actuar como intermediario entre los secuestradores y yo.

—Muy interesante —dije—, pero, por supuesto, es algo que no me concierne. Tengo que irme. Que duermas bien, Rapas.

Me atrevería a decir que dejé a Rapas hecho un mar de dudas cuando me volví sobre mis talones, y continué mi camino hacia la casa de Fal Silvas. Me imagino que ya no estaría tan seguro, como antes, de que yo era John Carter, o incluso de que yo era un agente del Señor de la Guerra; porque, tanto en un caso como en el otro, yo debería haber evidenciado un interés, por la información, mucho mayor que el que había mostrado. Por supuesto, él no me había contado nada que yo no supiese y, por lo tanto, no pude ni sorprenderme ni excitarme.

Quizás no tuviera importancia que Rapas supiese o no que yo era John Carter, pero, luchando contra aquellos hombres, me gustaba tenerlos engañados y saber siempre un poco más que ellos.

Una vez más, Hamas me dejó pasar cuando llegué a la sombría mole que era la casa de Fal Silvas; y me siguió cuando tomé la rampa que conducía a las habitaciones de Fal Silvas, en el piso superior.

—¿Adónde vas? —me preguntó—. ¿A tus habitaciones?

—No, voy a las de Fal Silvas.

—Está muy ocupado. No se le puede molestar.

—Tengo una información para él.

—Tendrás que esperar hasta mañana por la mañana.

Me volví y lo miré.

—Me estás molestando, Hamas. Lárgate y ocúpate de tus asuntos.

Se enfureció y me agarró del brazo.

—Soy el mayordomo y debes obedecerme —gritó—. Eres sólo un... un...

—Un asesino —lo incité, acariciando significativamente la empuñadura de mi espada. Él retrocedió.

—No te atreverías... ¡No te atreverías!

—¿Que no lo haría? Tú no me conoces, Hamas. Fal Silvas me ha contratado, y cuando un hombre me contrata, lo obedezco. Él mismo me indicó que me presentara a informar en cuanto volviera. Si tengo que matarte para hacerlo, te mataré.

Su actitud se alteró, y noté que tenía miedo.

—Sólo te avisaba por tu propio bien —se disculpó—. Fal Silvas está en el laboratorio. Si lo interrumpes en la mitad del trabajo que está haciendo, se pondrá furioso... Puede matarte él mismo. Si eres prudente, espera hasta que te mande llamar.

—Gracias, Hamas. Veré a Fal Silvas ahora. Que duermas bien —y continué mi camino rampa arriba. No me siguió.

Me dirigí directamente a las habitaciones de Fal Silvas, llamé a la puerta y la abrí. Fal Silvas no se encontraba en ella, pero escuché su voz a través de la pequeña puerta del otro lado de la cámara.

—¿Quién anda ahí? ¿Qué quieres? Vete y no me molestes.

—Soy yo, Vandor. Tengo que verte inmediatamente.

—No, no, vete, te veré por la mañana.

—Me verás ahora: voy a entrar.

Ya había cruzado media habitación, cuando la puerta se abrió y Fal Silvas, lívido de ira, salió y la cerró tras de sí.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves?

—La nave de Gar Nal no está en su hangar.

Aquello pareció hacerle entrar en razón, pero no disminuyó su ira, simplemente la dirigió en otro sentido.

—¡El muy calot! —exclamó—. ¡El hijo de un millón de calots! Me ha vencido. Irá a Thuria. Con las grandes riquezas que obtenga, logrará todo lo que yo había esperado conseguir.

—Sí —le dije—. Ur Jan está con él. El poder de una alianza, entre Ur Jan y un gran científico sin escrúpulos, es incalculable; pero tú también tienes una nave, Fal Silvas, y está lista. Tú y yo podemos ir a Thuria. Ellos no sospechan que podamos seguirlos. Todas las ventajas están de nuestra parte. Podremos destruir a Gar Nal y a su nave, y entonces tu serás el amo.

Palideció.

—No. No, no puedo hacerlo.

—¿Por qué no? —inquirí.

—Thuria está muy lejos. Nadie sabe lo que podría suceder. Quizás la nave sufra una avería. Puede que en la práctica no funcione tal y como habíamos pensado teóricamente. Quizás halla extrañas bestias y hombres terribles en Thuria.

—Pero construiste esa nave para ir a Thuria. Tú mismo me lo dijiste.

—Fue un sueño —masculló él— siempre estoy soñando, porque en los sueños nada malo puede sucederme; pero Thuria... está tan lejos de Barsoom. ¿Y si me pasara algo?.

Entonces lo comprendí todo. Aquel hombre era un cobarde redomado. Estaba dejando que el sueño de toda su vida se desmoronase sobre su cabeza porque carecía del coraje necesario para afrontar la aventura. ¿Qué debía hacer ahora? Contaba con Fal Silvas y éste me había fallado.

—No puedo comprenderte —le dije—, con tus propios argumentos, me convenciste de que era muy sencillo ir a Thuria en tu nave. ¿Qué peligro puede acecharnos allí que no seamos capaces de sortear? Seremos verdaderos gigantes en Thuria. Ninguna criatura viviente podrá oponerse a nosotros. Podremos aplastar a las mayores bestias de Thuria de un pisotón.

Yo había considerado bastante esta cuestión, mucho antes de que mi viaje a Thuria pareciera probable. No soy científico, y mis cálculos pueden no ser exactos, pero se aproximan a la verdad.

El diámetro de Thuria es de unas siete millas, así que su volumen, comparado con el de la Tierra, para que ustedes puedan hacerse una idea, no puede sobrepasar el dos por ciento.

Yo estimaba que, si había seres humanos en Thuria y estaban adaptados a su ambiente, tal como lo está el hombre terrestre, debería medir unas nueve pulgadas de altura y pesar entre cuatro y cinco libras; y que un terrícola transportado a Thuria, sería capaz de saltar a 100 metros de altura, y a unos 200 metros de longitud, sin tomar carrerilla, y a 400 metros si la tomara, y que un hombre fuerte podría levantar una masa equivalente a cuatro toneladas terrestres. Contra tal titán, las pequeñas criaturas de Thuria se encontrarán absolutamente inermes... Suponiendo, claro está, que Thuria estuviese habitada.

Le argumenté todo esto a Fal Silvas, pero el negó con la cabeza, impaciente.

—Hay algo que tú no sabes —me dijo—. Quizás ni el propio Gar Nal lo sepa. Existe una peculiar relación entre Barsoom y sus lunas, que no se da en ningún otro planeta del Sistema Solar. Un antiguo científico de hace millares de años lo sugirió, pero sus hallazgos cayeron en el olvido. Yo los descubrí en un viejo manuscrito que llegó a mi poder por casualidad. Era el manuscrito original del propio inventor, y

puede que, después de todo, nunca se hiciera público.

«Sin embargo, la idea me intrigaba, y durante veinte años intenté comprobarla o refutarla. Eventualmente, logré probarla de forma definitiva».

—¿Y cuál es esa idea?

—Que existe entre Barsoom y sus lunas una relación peculiar a la que he llamado ajuste compensatorio de masas. Por ejemplo, consideremos una masa que viajó de Barsoom a Thuria. Según se aproxima a la Luna, esta masa variará a la vez que se modifiquen las influencias relativas que ejercen sobre ella el planeta y el satélite. La relación de la masa respecto a la masa de Barsoom, en la superficie de éste será, por lo tanto, la misma que la relación de la masa respecto a la masa de Thuria en la superficie de Thuria.

«Tienes razón al suponer que los habitantes de Thuria, si existen, medirán unos ocho Bofes de altura; y, consecuentemente, si tú viajas de Barsoom a Thuria, medirás ocho Bofes de altura cuando llegues a la superficie del satélite».

—¡Es ridículo! —exclamé.

Enfadado, se ruborizó.

—¡No eres nada más que un asesino ignorante! ¿Cómo te atreves a cuestionar la sabiduría de Fal Silvas?

—Voy a ir a Thuria —manifesté—, y si no quieres venir conmigo, iré solo.

Se dio la vuelta para entrar en su despacho, mas yo lo seguí.

—Vete de aquí —me ordenó—. Lárgate o te haré matar.

Sólo entonces percibí un lamento proveniente de la habitación posterior, y la voz de una mujer diciendo:

—¡Vandor! ¡Sálvame, Vandor!

Fal Silvas palideció e intentó entrar de golpe y cerrarme la puerta en las narices, pero fui demasiado rápido para él. Salté hacia la puerta y, apartándole a un lado, entré.

Una terrible visión aguardaba a mis ojos. Varias mujeres se encontraban atadas fuertemente sobre losas de mármol, situadas a un metro del suelo, de tal forma que ninguna de ellas podían mover un miembro ni alzar la cabeza. Eran cuatro. Tres de ellas habían sido despojadas de parte de sus cráneos, pero todavía permanecían conscientes. Pude ver sus ojos horrorizados volverse hacia nosotros.

Me encaré con Fal Silvas.

—¿Qué significa esto? —lo increpé—. ¿En qué infernal experimento estás metido?

—¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí! —vociferó—. ¿Cómo te atreves a invadir los sagrados recintos de la Ciencia? ¿Quién eres tú, calot, gusano, para juzgar las obras de Fal Silvas, para interferir en el trabajo de un cerebro cuya magnitud no se puede concebir? ¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí o haré que te maten!

—¿Y quién me matará? —pregunté yo—. Libera a estas pobres criaturas de su sufrimiento y te obedeceré.

Tan grande era su ira o su terror, o ambas cosas a la vez, que temblaba como un hombre aquejado de un ataque de epilepsia y entonces, antes de que pudiese detenerlo, dio media vuelta y salió disparado de la habitación.

Yo sabía que iba a por ayuda, así que no tardaría en tener encima de mí a todos los inquilinos de su infernal residencia.

Podía haberlo perseguido, pero temía que algo pudiera suceder en el laboratorio mientras estuviera fuera, así que me dirigí hacia la joven que se encontraba en la cuarta losa. Era Zanda.

Me detuve a su lado y comprobé que aún no había sido sometida a la horrorosa operación de Fal Silvas, así que, desenvainando mi daga, corté las cuerdas que la ataban. Ella descendió de la mesa y enlazó sus brazos en torno a mi cuello.

—Oh, Vandor, Vandor —sollozó—, ahora ambos debemos morir. ¡Ya los oigo llegar!

CAPÍTULO XIII



Perseguido

El tintineo metálico preludiaba la llegada de hombres armados. Ignoraba cuántos eran, pero allí estaba de espaldas a una pared y con solo mi espada entre la muerte y yo.

Zanda no tenía esperanzas de salvarse, pero permanecía serena, sin perder el control de sí misma. En aquellos breves momentos pude apreciar que era una mujer valiente.

—Dame una espada, Vandor —me pidió.

—¿Para qué?

—A ti te matarán, pero Fal Silvas me torturará más a mí, más que a ninguna de las otras.

—Todavía no estoy muerto —le contesté.

—No me mataré hasta que tú hayas muerto, mas para ellas ya no hay esperanza alguna. Rezan por una muerte misericordiosa. Déjame liberarlas de sus padecimientos.

Vacilé ante la idea, pero sabía que ella tenía razón y le entregué mi daga. Era algo que tenía que haber hecho yo mismo. Requería mucho más valor que enfrentarse a hombres armados, y me alegré de verme libre de aquel espantoso deber.

Zanda estaba detrás de mí. No pude ver lo que hizo, y nunca le pregunté nada sobre ello.

Nuestros enemigos se habían detenido en la habitación adyacente. Podía oírlos cuchichear entre ellos. Luego Fal Silvas alzó la voz y me conminó así:

—¡Sal de ahí y entrégate o entraremos a matarte!

No contesté, limitándome a esperar. Zanda se me acercó entonces y me susurró:

—Hay una puerta al otro lado de la habitación, oculta detrás de una cortina. Si te quedas aquí, Fal Silvas enviará a algunos hombres por allí y te atacará a la vez de frente y por la espalda.

—Entonces no me quedaré aquí —dije yo, dirigiéndome hacia la puerta que conducía a la habitación donde había escuchado a mis enemigos.

Zanda me agarró por el brazo.

—Espera un momento, Vandor. Quédate donde estás, de cara a la puerta, y yo iré

y la abrí de repente. Así no podrán cogerte por sorpresa, como harían si abrieses la puerta tú mismo.

La puerta se abría hacia dentro, de forma que la joven estaría protegida. Zanda se adelantó y agarró el picaporte, mientras yo me colocaba frente a ella, a unos pasos de distancia, espada larga en mano.

En cuanto se abrió la puerta, una espada relampagueó hacia dentro, en un terrorífico tajo, que me hubiera partido el cráneo si lo hubiera tenido allí.

El hombre que empuñaba la espada era Hamas. Detrás de él vi a Phystal y a otro hombre armado, y en retaguardia a Fal Silvas.

El viejo inventor comenzó a ordenarles a gritos que avanzaran, pero ellos no se movieron, puesto que sólo un hombre podía pasar por la puerta cada vez, y a ninguno de ellos parecía gustarle la idea de ser el primero en cruzarla. De hecho, Hamas había saltado hacia atrás apenas lanzó su tajo, y ahora su voz se unió a la de Fal Silvas, en exhortar a los otros dos, a que entraran en el laboratorio y acabaran conmigo.

—¡Adelante! —gritaba Hamas—. Nosotros somos tres y él uno sólo. ¡Tú mismo, Phystal! ¡Entra y mata al calot!

—Después de ti, Hamas —gruñó Phystal.

—¡Entrad! ¡Entrad y capturarlo! —aullaba Fal Silvas—. ¡Entrad, cobardes!

Pero ninguno de ellos entró; se limitaban a quedarse allí, incitándose el uno al otro a ser el primero.

A mí me disgustaba aquella pérdida de tiempo por dos razones. En primer lugar, no podía desechar la idea de que la más pequeña demora retrasaría mi búsqueda de Dejah Thoris. Y, en segundo lugar, siempre había el riesgo de que acudiesen refuerzos. Por lo tanto, ya que mis enemigos no se decidían a entrar, tendría que salir yo a por ellos.

Y salí, y con tal rapidez, que sembré la confusión entre ellos. Hamas y Phystal, al intentar evitarme, cayeron sobre el hombre de atrás. Era sólo un esclavo, pero era un hombre valiente... El más valiente de los cuatro.

Empujó bruscamente a un lado a Hamas y a Phystal, y se encaró conmigo espada larga en mano. Fal Silvas le dirigió gritos de ánimo.

—¡Mátalo, Wolak! —vociferó—. ¡Mátalo y serás libre!

Al oír aquello, Wolak se abalanzó resueltamente hacia mí. Yo luchaba por mi vida, pero él luchaba por ella y además por algo más valioso incluso que la propia vida. Entre tanto, Hamas y Phystal se fueron deslizándose hacia mí como dos chacales cobardes, al acecho de la ocasión de poder herirme sin riesgo.

—¡Si lo matas te daré tu peso en oro, Wolak! —gritó Fal Silvas.

¡Libertad y riquezas! ¡Ahora sí que mi oponente parecía inspirado! ¡Qué principesca recompensa por la que luchar! Pero yo también luchaba por un tesoro que no tenía precio: mi incomparable Dejah Thoris.

El ímpetu del ataque de aquel hombre me había hecho retroceder un par de pasos, así que me encontraba de nuevo en el umbral de la puerta, que era en realidad una posición muy ventajosa, ya que impedía que Hamas o Phystal me atacasen por un flanco.

Justo detrás de mí se hallaba Zanda, espoleándome con palabras de ánimo; yo las agradecía, pero no las necesitaba. Ya me había decidido a zanjar el asunto con la mayor brevedad posible.

El filo de una espada larga marciana es tan delgado como el de una hoja de afeitar, y su punta tan semejante, en agudeza, a un alfiler. Un truco muy corriente es proteger este filo parando los golpes del adversario con el lomo, y yo me enorgullecía de mi habilidad en hacerlo, reservando el filo de mi espada para la finalidad a la que está destinado. Entonces necesitaba una hoja muy afilada, pues pensaba emplear un pequeño truco al que ya había recurrido muchas veces en el pasado.

Mi adversario era un buen esgrimista, excepcionalmente hábil a la defensiva de forma que, usando la esgrima corriente, el duelo se podría haber prolongado un tiempo considerable. Pero eso no me interesaba. Deseaba acabar sin más demora.

Le hice retroceder como preparación, y, acto seguido, lancé una estocada a su rostro. Hizo exactamente lo que yo esperaba que hiciera; involuntariamente, echó la cabeza hacia atrás para esquivar mi punta; y, de esa forma, levantó la barbilla, exponiendo su garganta. Con mi acero, aún extendido, lancé rápidamente un tajo de izquierda a derecha. El extremo de mi espada sólo se movió unas pocas pulgadas, pero su agudo filo le abrió la garganta, casi de oreja a oreja.

Nunca olvidaré su mirada de horror mientras retrocedía, vacilando, y caía desplomado.

Dirigí entonces mi atención hacia Hamas y Phystal. Cada uno de ellos quería que el otro tuviera el honor de enfrentarse conmigo el primero. Mientras se retiraban, efectuaban fútiles amagos hacia mí con sus espadas; los estaba acorralando, sin dificultad, contra una esquina, cuando Fal Silvas metió mano en el asunto.

Hasta el momento se había limitado a darles órdenes y gritos de ánimos a sus hombres, pero entonces cogió un jarrón y me lo tiró a la cabeza.

Lo vi venir por casualidad y lo esquivé, rompiéndose en mil pedazos contra la pared. Acto seguido tomó otra cosa y me la arrojó, y esta vez me dio en la mano derecha, y Phystal casi me alcanzó con su estocada.

Mientras yo saltaba hacia atrás para esquivarla, Fal Silvas lanzó otros pequeños objetos y vi, por el rabillo del ojo, cómo Zanda lo atrapaba.

Ni Hamas ni Phystal eran buenos espadachines, y yo podía haberlos superado a ambos fácilmente en una lucha limpia, pero aquella nueva táctica de Fal Silvas podía ser mi perdición. Si me revolvía contra él, quedarían los otros a mi espalda. ¡Y cómo sabrían aprovechar aquella oportunidad dorada!

Intenté empujarlos hacia una posición que los colocara entre Fal Silvas y yo. De esta forma, ellos mismos me escudarían de sus proyectiles; pero esto era más fácil de decir que de hacer, sobre todo si se está luchando contra dos hombres en una habitación relativamente pequeña, en donde me encontraba en una terrible desventaja al tener que cuidarme de tres hombres, y entonces, a la vez que hacía retroceder a Hamas de un tajo, eché un rápido vistazo en la dirección de Fal Silvas y, mientras lo hacía, vi cómo un proyectil lo alcanzaba entre las cejas. Se desplomó sobre el suelo como un tronco. Zanda le había dado una dosis de su propia medicina.

No pude reprimir una sonrisa, cuando me volví de nuevo hacia Hamas y Phystal.

Mientras los empujaba contra la esquina, Hamas me sorprendió tirando su espada y cayendo de rodillas.

—¡No me mates! ¡No me mates, Vandor! —suplicó—. Yo no quería atacarte. Fal Silvas me obligó.

Y entonces también Phystal se desprendió de su arma, postrándose ante mí. Era la más repugnante exhibición de cobardía que yo había presenciado jamás. Me hubiera gustado atravesarlos de parte a parte, pero no quería mancillar mi acero con su sangre pútrida.

—Mátalos —me aconsejó Zanda—. No puedes confiar en ninguno de los dos.

Yo negué con la cabeza.

—No puedo matar a hombres desarmados, a sangre fría.

—Si no lo haces, no podremos escapar. Hay más en el piso de abajo.

—Tengo un plan mejor, Zanda —repuse yo y, sin tardanza, comencé a atar a Hamas y Phystal con sus propios correajes, y luego hice lo mismo con Fal Silvas, quien no estaba muerto, sino sólo aturdido. Igualmente, lo amordacé para que no pudiera gritar.

Una vez hecho esto, ordené a Zanda que me siguiera y me dirigí de inmediato al hangar, donde la nave descansaba en su andamiaje.

—¿A qué venimos aquí? —me preguntó Zanda—. Tenemos que salir del edificio con la mayor rapidez posible... Vas a llevarme contigo, ¿verdad, Vandor?

—Claro que sí, y vamos a salir muy pronto de aquí. Ven, a lo mejor necesito que me ayudes con las puertas.

La guié hacia las dos grandes puertas del fondo del hangar. Sin embargo, estaban bien engrasadas y, una vez levantado el picaporte, se corrieron con facilidad a ambos lados del vano.

Zanda se acercó al umbral y miró hacia fuera.

—No podemos escapar por aquí —declaró—: hay sesenta pies hasta el suelo, y no tenemos escaleras de cuerdas, ni ningún otro medio para descender.

—Pues a pesar de todo, vamos a escapar por ahí —le informé, divertido por su desconocimiento—. Tú ven conmigo y verás cómo vamos a hacerlo.

Retornamos al costado de la nave, y debo decir que, mientras concentraba mis pensamientos en la pequeña esfera metálica, que contenía el cerebro mecánico, estaba muy lejos de poseer la seguridad que mi éxito aparentaba.

Creo que mi corazón dejó de latir mientras esperaba, y luego una gran oleada de alivio conmovió todo mi ser: la puerta se había abierto y la escalerilla descendió hacia nosotros. Zanda me miró con los ojos abiertos de asombro.

—¿Quién está ahí dentro? —preguntó, excitada.

—Nadie. Y ahora, sube. No tenemos tiempo que perder aquí. No había duda de que tenía miedo, pero me obedeció como un buen soldado, y yo la seguí escaleras arriba, hacia el camarote. En cuanto llegamos arriba, indiqué al cerebro mecánico que recogiera la escalerilla y cerrara la puerta, y me dirigí a la sala de mandos, acompañado por la muchacha.

Una vez allí, concentré de nuevo mis pensamientos en el cerebro mecánico situado encima de mi cabeza. Aun con la demostración que acababa de presenciar, no podía acabar de creermelo lo que pasaba. Parecía imposible que aquel objeto inanimado pudiese levantar a la nave de su andamiaje, y conducirla con seguridad a través de las puertas, mas apenas lo había motivado para que así lo hiciera, cuando la nave se levantó algunos pies y se movió, casi en silencio, hacia la apertura.

Mientras penetramos en la tranquilidad de la noche, Zanda me echó los brazos en torno al cuello.

—¡Oh, Vandor, Vandor! —gritó histéricamente—. Me has salvado de las garras de esa horrible criatura. ¡Soy libre! ¡Soy libre otra vez! Oh, Vandor, soy tuya. Seré siempre tu esclava. Haz conmigo lo que te apetezca.

—Estás demasiado excitada, Zanda—dije yo, tranquilizándola—. No me debes nada. Eres una mujer libre. No eres esclava mía..., ni de ningún otro hombre.

—Yo quiero ser tu esclava, Vandor —repuso ella, añadiendo en voz muy baja—: Te amo.

Suavemente, solté sus brazos de mi cuello.

—No sabes lo que dices, Zanda, llevas tu gratitud demasiado lejos. No debes amarme, mi corazón pertenece a otra persona, y todavía hay otra razón por la que no debes amarme... Una razón que sabrás pronto o más tarde, y cuando la sepas preferirás haberte quedado muda antes de decirme que me amabas.

Yo pensaba en su odio a John Carter y en su declarada intención de matarlo.

—No sé a qué te refieres, pero si tú me ordenas que no te ame, intentaré obedecerte, porque, pese a lo que tú digas, soy tu esclava. Te debo mi vida y siempre seré tu esclava.

—Ya hablaremos de esto en alguna otra ocasión; ahora tengo que decirte algo que quizás te haga desear haberte quedado en casa de Fal Silvas.

Ella arqueó las cejas y me miró interrogativamente.

—¿Otro misterio? ¿De nuevo hablas con acertijos?

—Hemos emprendido un viaje largo y peligroso en esta nave, Zanda. Me veo obligado a llevarte conmigo porque no puedo correr el riesgo de que me detengan, si paro a dejarte en algún lugar de Zodanga; y, por supuesto, si te dejase fuera de las murallas sería tu sentencia de muerte.

—No quiero que me dejes, ni en Zodanga ni fuera de ella. Quiero y ir contigo a donde quiera que vayas. Algún día puedes necesitarme, Vandor, y entonces te alegrarás de tenerme junto a ti.

—¿Sabes a dónde vamos, Zanda? —pregunté.

—No, y no me importa. Me daría lo mismo aunque fuésemos a Thuria.

Yo sonreí y dirigí, de nuevo, mi atención al cerebro mecánico, indicándole que nos condujera al lugar donde me aguardaba Jat Or; y precisamente entonces oí la señal ululante de una patrulla, encima de nosotros.

CAPÍTULO XIV



Aunque yo había considerado la posibilidad de que nuestro extraño aparato llamara la atención de alguna patrulla, confiaba en poder escapar de la ciudad sin problema. Sabía que abriría fuego si no obedecía sus órdenes, y un solo impacto podría poner término a todos mis planes de alcanzar Thuria y salvar a Dejah Thoris.

El armamento de la nave, tal como lo había descrito Fal Silvas, le concedía una superioridad abrumadora frente a cualquier patrullera, mas yo temía enzarzarme en un combate, puesto que un tiro de suerte del enemigo podría ocasionar alguna avería.

Fal Silvas había presumido de la alta velocidad de su obra; así que decidí que, por mucho que me disgustase, huir era el curso de acción más seguro.

Zanda tenía la cara pegada a uno de los numerosos ojos de buey de la nave. El lamento de la sirena de la patrulla era ahora continuo... Una voz horripilante y amenazadora traspasó la noche como una afilada daga.

—Nos están alcanzando, Vandor; y le piden ayuda a otras patrulleras. Probablemente se han fijado en las extrañas líneas de esta nave, y no sólo se ha despertado su curiosidad, sino también su suspicacia.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la joven.

—Vamos a poner a prueba la potencia del motor de Fal Silvas.

Miré a la inerte esfera de metal situada encima de mi cabeza. *¡Date prisa! ¡Más rápido! ¡Escapa a la persecución de la patrulla!*, le comuniqué mentalmente; luego esperé.

No tuve que aguardar mucho. Apenas el mecanismo sensitivo se impregnó de mis pensamientos, percibí el casi inaudito zumbido de los motores al acelerar; mis instrucciones habían sido obedecidas.

—Ya no nos da alcance —gritó excitadamente Zanda—. La estamos dejando atrás.

El rápido ruido de una serie de explosiones llegó a nuestros oídos. Nuestros enemigos habían abierto fuego sobre nosotros y, casi simultáneamente, mezclados con los disparos, oímos a distancia el sonido de otra sirena, avisando que los refuerzos del enemigo se acercaban.

El sonoro choque del aire poco denso de Marte contra las paredes de nuestra nave

atestiguaba nuestra terrorífica velocidad. Las luces de la ciudad se desvanecieron rápidamente detrás de nosotros. Los proyectores de las patrulleras se convirtieron en bandas de luces en el cielo estrellado.

Yo desconocía nuestra velocidad, pero probablemente sería de unos 1.350 haads por hora.

Volamos a baja altura sobre el antiguo fondo marino que se extiende al oeste de Zodanga, y después, en cuestión de cinco minutos, no pudieron ser muchos más, nuestra velocidad decreció bruscamente, y divisé a un pequeño volador flotando ociosamente, en el aire, justo delante de nosotros.

Sabía que era la nave en la que me esperaba Jat Or, e indiqué al cerebro que nos colocase a su lado y que se detuviese.

La respuesta de la nave al menor de mis deseos era sobrecogedora; y cuando llegamos a la altura del aparato de Jat Or, y la puerta lateral se abrió, aparentemente por medios sobrenaturales, experimenté una breve sensación de terror, pensando que nos encontrábamos en manos de un Frankenstein sin alma. Y esto a pesar de que todos los movimientos de la nave habían respondido a órdenes mías.

Jat Or se encontraba sobre la estrecha cubierta de su volador, contemplando la extraña nave que se había colocado a su lado.

—No me esperaba esto —reconoció—. Estuve apunto de huir hacia Helium como un rayo. Esos grandes ojos le dan la apariencia de un monstruo inmundo.

—La impresión aumentará cuando lleves algún tiempo a bordo de la nave. Es muy inmunda en bastantes aspectos.

—¿Subo?

—En cuanto hayamos dispuesto de tu nave.

—¿Qué hacemos con ella? ¿Abandonarla?

—Gradúa su compás de destino hacia Helium y pon la nave a velocidad de crucero. Cuando estés en camino, te alcanzaré y podrás hacer trasbordo a esta nave. Alguna patrullera de Helium la encontrará y la llevará a mi hangar.

Hizo lo que le había pedido, y yo le indiqué al cerebro que se colocase de nuevo a su borda. Un momento después, entraba en el camarote de la nave de Fal Silvas.

—Muy cómodo —comentó—. El viejo debe de ser todo un sibarita.

—Le gustan las comodidades —comenté—, pero el amor al lujo ha debilitado su fibra, de tal manera, que no se atrevió subir a bordo de esta nave después de haberla completado.

Jat Or se dio una vuelta para admirar el camarote, y dio la casualidad que sus ojos miraban hacia la puerta exterior cuando ordené que se cerrara. Lanzó una exclamación de asombro.

—¡En el nombre de mi primer antepasado! —exclamó—. ¿Quién cerró la puerta? No vi que nadie lo hiciera, y nadie ha tocado nada desde que subí a bordo.

—Sígueme a la sala de mandos y verás a toda la tripulación de esta nave..., dentro de un recipiente de metal no mucho mayor que tu puño.

Cuando entramos en la sala de mandos, Jat Or vio a Zanda por primera vez. Pude ver la sorpresa reflejarse en sus ojos, pero estaba demasiado bien educado para hacer comentario alguno.

—Esta es Zanda, Jat Or. Fal Silvas se disponía a abrirle la tapa del cráneo en interés de la ciencia, cuando lo interrumpí esta tarde. La pobre chica se vio obligada a elegir entre el menor de dos males, y aquí está.

—Esa afirmación es un poco engañosa —dijo Zanda—. Aunque no hubiera conocido el peligro en toda mi vida y siempre hubiese estado rodeada de todo tipo de lujos y seguridades, aun así hubiera elegido ir con Vandor, aunque fuera al otro extremo del Universo.—Ya ves, Jat Or —observé yo con una sonrisa—, que la joven dama no me conoce muy bien. Cuando lo haga, probablemente cambiará de idea.

—Nunca —aseguró Zanda.

—Ya veremos.

Durante nuestro viaje de Helium a Zodanga, le había hablado a Jat Or del maravilloso mecanismo, que Fal Silvas llamaba cerebro mecánico, y observé que el joven padwar recorría con la mirada este maravilloso invento por toda la sala de mandos.

—Es esto —le comuniqué yo, señalando la pequeña esfera metálica situada en el morro de la nave.

—¿Y esa cosita mueve la nave y abre las puertas?

—Los motores son los que mueven la nave, Jat Or, y uno de ellos abre las puertas y realiza otras funciones mecánicas en su interior. El cerebro se limita a hacerlos funcionar, tal como nuestro cerebro indica a nuestras manos que realicen una labor u otra.—¿Y ese objeto piensa?

—A todos los efectos funciona igual que un cerebro humano, sólo que no puede pensar por su cuenta.

El padwar permaneció contemplando el objeto, en silencio, durante un rato.

—Me produce un sentimiento extraño —comentó al fin—, un sentimiento de impotencia, como si me encontrara en poder de una criatura omnipotente, que fuera incapaz de razonar.

—También yo me siento así, y no puedo hacer otra cosa que especular sobre lo que haría si fuese capaz de razonar.

—Yo también tiemblo al pensar en ello —intervino Zanda—. Fal Silvas le habrá contagiado algo de la implacabilidad de su alma. —Es su criatura —le recordé.

—Entonces esperemos que nunca pueda pensar por su cuenta —deseó Jat Or.

—Eso, por supuesto, es imposible —aseguré yo.

—Yo no diría tanto —replicó Zanda—. Fal Silvas tenía algo de eso en mente. De

hecho, estaba trabajando en ello; pero ignoro si tuvo éxito o no. Por lo que yo sé, no sólo esperaba conseguirlo, sino también dotar a este horrible invento de la capacidad de hablar.

—¿Por qué le llamas horrible? —preguntó Jat Or.

—Porque es inhumano y antinatural. Nada bueno puede salir del cerebro de Fal Silvas. Esto que ves fue creado por la avaricia, el odio y la lujuria. Ningún pensamiento noble ni elevado participó en su creación, y ninguno podría emanar de él si poseyese el poder de pensar por sí mismo.

—Pero nuestros propósitos son elevados y honorables —recordé yo—, y si la máquina sirve para conseguirlos, habrá hecho un bien.

—Pese a ello, la temo —repuso Zanda—. La odio porque me recuerda a Fal Silvas.

—Espero que no esté meditando sobre tus amables afirmaciones — comentó Jat Or.

Zanda se tapó los labios, con los ojos abiertos de terror.

—No se me había ocurrido —susurró—. Quizás ahora mismo esté ya planeando su venganza.

Nunca pude dejar de reírme ante sus temores.

—Si el cerebro te hace algún daño, Zanda, puedes echarme a mí la culpa; porque mientras esta nave permanezca en mi poder, son mis pensamientos los únicos que obedece.

—Espero que tengas razón deseó ella—, y que esta nave nos lleve sanos y salvos a donde quiera que vayamos.

—¿Y supones que llegaremos vivos a Thuria? —intervino Jat Or—. Desde que revelaste que ese era nuestro destino, he meditado bastante sobre la cuestión, tratando de imaginar cómo nos irá en ese pequeño satélite. Nuestro tamaño estará fuera de proporción con cualquier cosa que podamos hallar allí.

—Tal vez no sea así —repuse yo, y pasé a exponerle la teoría del ajuste compensatorio de masas, tal como Fal Silvas me la había explicado.

—Suena increíble —opinó Jat Or.

Me encogí de hombros.

—A mí también me lo parece, pero por mucho que aborrezcamos el carácter de Fal Silvas, no podemos negar que es un científico de primera, y, por lo tanto, me reservaré mi opinión hasta que alcancemos la superficie de Thuria.

—Por lo menos, sean cuales sean las condiciones allí, si encontramos a los secuestradores, no tendrán ninguna ventaja sobre nosotros —aventuró Jat Or.

—¿Dudas de que los encontremos?

—De una forma u otra, es solo cuestión de conjeturas, pero me parece poco probable que dos inventores, trabajando independientemente, puedan haber

concebido y construido sendas naves idénticas, capaces de cruzar el espacio vacío que hay entre Barsoom y Thuria, bajo guía de dos cerebros mecánicos.

—Pero, por lo que yo sé, el aparato de Gar Nal, no funciona de esa forma. Fal Silvas no pensaba que Gar Nal hubiera producido otro cerebro. Ni siquiera creía que se le hubiera ocurrido la idea, por lo tanto podemos suponer que la nave de Gar Nal es conducida por el propio Gar Nal, o al menos que esté operada por medios humanos.

—Entonces, ¿qué nave tiene más posibilidades de alcanzar Thuria? —preguntó Jat Or.

—Según Fal Silvas, no puede haber duda alguna a ese respecto. Su cerebro mecánico no puede cometer errores.

—Si aceptamos eso, también debemos aceptar, la posibilidad, de que el cerebro humano de Gar Nal se equivoque en algunos de sus cálculos. —¿A qué te refieres?

—Se me acaba de ocurrir que si Gar Nal yerra en sus cálculos, puede no llegar nunca a Thuria, mientras que nosotros, conducidos por un cerebro incapaz de equivocarse, lo haremos con toda probabilidad.

—No había pensado en eso —admití yo—. Estamos tan obsesionados por la idea de que Gar Nal y Ur Jan pensaban llevar a su víctima a Thuria, que ni siquiera consideré la posibilidad de que no llegaran a ella.

Aquella idea me angustió, porque me di cuenta de lo absurda que sería mi búsqueda si al llegar a Thuria descubriéramos que Dejah Thoris no estaba en ella. ¿Dónde podríamos buscarla? ¿En qué lugar, de las ilimitadas profundidades del espacio, podríamos encontrarla? Pronto deseché estos pensamientos, porque la preocupación es una fuerza destructiva a la que siempre he intentado eliminar de mi filosofía de la vida. Zanda me miraba con expresión perpleja.

—¿Es verdad que vamos a ir a Thuria? —preguntó—. No comprendo por qué alguien puede desear ir, pero si tú vas, me alegro de acompañarte. ¿Cuándo partimos, Vandor?

—Ya estamos en camino. En cuanto Jat Or subió a bordo, le ordené al cerebro que nos llevara a Thuria a toda velocidad.

CAPÍTULO XV



Thuria



Posteriormente, mientras nos precipitamos hacia las frías y oscuras profundidades del espacio, urgí a Zanda y a Jat Or, a que se retiraran a descansar.

Aunque carecíamos de sedas y pieles de dormir, eso no suponía un impedimento, puesto que la temperatura del camarote era templada, tal como yo le había instruido al cerebro que cuidara, a la vez que controlaba, el suministro de oxígeno, en cuanto abandonamos la superficie de Barsoom.

Habíamos dejado Barsoom hacia la mitad de la octava zode, que viene a ser el equivalente de la media noche terrestre. Una estimación, no muy exacta, de la distancia que teníamos que recorrer y de nuestra velocidad, indicaba que podríamos llegar a Thuria, más o menos, al mediodía del día siguiente.

Jat Or pretendía permanecer de guardia continuamente, mas yo insistí en que debíamos dormir algo, así que, contando con mi promesa de que lo despertaría a las cinco horas, se acostó.

Mientras mis dos compañeros dormían, efectué un examen mucho más minucioso del interior de la nave del que había podido hacer en compañía de Fal Silvas. La encontré bien provista de alimentos, y en un cofre también descubrí sedas y pieles de dormir; pero, por supuesto, lo que me interesaba más eran las armas. Descubrí espadas largas, espadas cortas y dagas, así como algunos de los notables rifles y pistolas de radio de Barsoom, junto con considerable cantidad de munición.

Fal Silvas parecía no haberse olvidado de nada, aunque toda su previsión y eficiencia no le hubiera servido para nada, ya que nunca hubiera sido capaz de embarcarse. Su propia cobardía le hubiera impedido usarlo, y, por supuesto, nunca le hubiera permitido a otro que lo hiciera, aunque hubiera sabido que otra mente podía controlar el cerebro mecánico, cosa que él creía imposible.

Una vez terminada mi inspección, me dirigí a la sala de mandos y miré a través de uno de los grandes ojos. El cielo era un vacío negro, herido por el frío y relucientes puntos de luz. ¡Qué diferentes parecen las estrellas en cuanto uno abandona la atmósfera!

Busqué a Thuria con la mirada. No aparecía por parte alguna. Tal descubrimiento me agitó profundamente. ¿Nos había fallado el cerebro mecánico? ¿Nos había estado

llevando hacia algún remoto confín del espacio, mientras yo inspeccionaba la nave?

No suelo perder la cabeza y ponerme histérico cuando me enfrento con alguna emergencia, ni soy dado a juicios apresurados; normalmente me inclino más a meditar cuidadosamente las cosas, así que me senté en un banco de la sala de mandos para cavilar sobre el problema. Justo entonces apareció Jat Or.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—No mucho. Será mejor que vuelvas a acostarte y descanses todo lo que puedas.

—No tengo sueño. Es bastante difícil conciliarlo en medio de una aventura tan excitante. Mi príncipe, pienso en que... —Vandor —le recordé.

—A veces lo olvido; pero, como iba diciendo, pienso en las tremendas posibilidades de esta aventura. Piensa en nuestra situación.

—He pensado en ella —contesté yo, un tanto sombríamente.

—Dentro de pocas horas estaremos en un lugar donde ningún barsoomiano ha puesto nunca los pies..., en Thuria.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

—¿Qué quieres decir?

—Mira hacia adelante. ¿Ves Thuria por alguna parte?

Él miró por una de las lunetas y luego por la otra.

—No la veo.

—Ni yo. ¿Te das cuenta de lo que significa?

El pareció aturdido durante algunos instantes.

—¿Quieres decir que no nos dirigimos hacia Thuria..., que el cerebro se ha equivocado?

—No lo sé —contesté yo. —¿A qué distancia está Thuria de Barsoom?

—A poco más de 15.700 haads. Calculaba que haríamos el viaje en unas cinco zodes.

Justo en aquel momento, Thuria apareció, a la vista, a nuestra derecha, y Jat Or lanzó una exclamación de alivio.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué? —le espeté yo.

—Ese cerebro mecánico funciona mejor que el nuestro. Durante los diez zodes del día barsoomiano, Thuria efectúa más de tres revoluciones completas en torno a nuestro planeta, así que mientras nosotros nos dirigimos hacia su órbita, ella dará vuelta y media, alrededor de Barsoom.

—¿Y crees tú que el cerebro mecánico ha seguido ese razonamiento?

—Sin duda alguna —aseguró él—, cuando llegemos a la órbita, encontraremos al satélite en nuestro camino.

Yo me rasqué la cabeza.

—Esto nos lleva a otro interrogante que no se me había ocurrido antes.

—¿Y cuál es? —se interesó Jat Or.

—La velocidad de nuestra nave es de unos 3.200 haads por minutos, mientras el satélite se mueve a más de 206.250 haads.

Jat Or lanzó un silbido.

—¡A más de doce veces y media nuestra velocidad! En nombre de nuestro primer antepasado, ¿cómo vamos a alcanzarla?

Hice un gesto de resignación.

—Me imagino que tendremos que dejarle eso al cerebro.

—Espero que no nos coloque en el camino de esa arrolladora masa de destrucción.

—¿Cómo aterrizarías tú si condujeras la nave? —pregunté.

—Tendríamos que tener en cuenta la fuerza de la gravedad de Thuria...

—Ahí está el detalle —remarqué—. En cuanto entremos en su espacio de influencia, seremos arrastrados por ella a su misma velocidad, y entonces podremos realizar un aterrizaje normal.

Jat Or miraba al gran satélite de Thuria, a nuestra derecha.

—¡Qué absolutamente tremendo parece! No parece posible, que nos hayamos acercado lo bastante, para verla tan grande.

—Te olvidas de que, según nos aproximamos a ella, comenzamos a reducirnos de tamaño, para guardar la proporción de nuestra masa. Cuando hayamos llegado a su superficie, si es que lo hacemos alguna vez, nos parecerá tan grande como Barsoom.

—Todo eso me suena como un sueño loco —confesó Jat Or.

—Estamos totalmente de acuerdo contigo, pero tendrás que admitir que va a ser un sueño muy interesante.

Mientras nosotros recorríamos el espacio, Thuria fue pasando velozmente ante nuestra proa, y acabó por desaparecer por el horizonte oriental del planeta que habíamos dejado tan atrás. Sin duda, cuando hubiese completado su próxima revolución estaríamos dentro de su espacio de influencia. Sólo entonces, y no antes, conoceríamos el resultado de aquella fase de nuestra aventura.

Insistí entonces en que Jat Or volviera al camarote y durmiera algunas horas, porque ninguno de nosotros sabía qué nos esperaba en el futuro, ni hasta que punto podríamos necesitar de todos nuestros recursos, tanto físicos como mentales.

Posteriormente, desperté a Jat Or y me acosté yo. Zanda durmió pacíficamente toda la noche; ni siquiera se despertó cuando me levanté y volví a la sala de mandos.

Jat Or estaba sentado frente a la luneta de estribor, con los ojos pegados al cristal. Aunque sin duda me oyó entrar, no volvió la vista hacia atrás.

—Se acerca —susurró tensamente—. ¡Por Issus! ¡Qué vista tan magnífica y sugestiva!

Me acerqué y miré por encima de su hombro. Ante mí se hallaba un gran mundo,

con una de sus caras iluminada, en cuarto creciente, por la luz del sol. Vagamente creí distinguir contornos de montañas, valles y extensiones más claras que podían ser desiertos de arena o fondos de mares muertos, y oscuras masas que podían ser forestas. ¡Un nuevo mundo que ningún terrícola ni ningún barsoomiano habían visitado jamás!

La idea de las aventuras que me aguardaban allí, podía haberme excitado de no haber estado mi mente tan nublada por mis temores por Dejah Thoris. Esta preocupación dominaba mis pensamientos, pero no hasta el punto de privarme de la sensación de sublime misterio, que despertaba la vista de aquel mundo.

Zanda se nos unió en aquel momento y profirió, una leve y excitada exclamación de asombro al ver a Thuria surgir ante nosotros.

—Estamos muy cerca —se admiró.

Yo asentí.

—No tardaremos mucho en conocer nuestro destino. ¿Tienes miedo?

—Mientras estés conmigo, no —respondió ella con naturalidad. No tardé en darme cuenta de que nuestro rumbo había cambiado. Thuria aparecía ahora debajo de nosotros y no delante. Habíamos entrado en su espacio de influencia, y nos arrastraba a través del espacio a su propia tremenda velocidad. Acto seguido, comenzamos a descender en espiral, el cerebro funcionaba a la perfección.

—No me gusta la idea de aterrizar de noche en ese extraño mundo —manifestó Jat Or.

—A mí tampoco me entusiasma —reconocí—. Será mejor que aguardemos hasta mañana.

Indiqué entonces, al cerebro, que estabilizara la nave a doscientos haads de la superficie y que tomara entonces la dirección del amanecer.

—Y ahora, ¿qué tal si comemos algo en tanto esperamos que salga la luz del día? —sugerí.

—¿Hay comida a bordo, amo? —inquirió Zanda.

—En efecto. La encontrarás en el pañol del camarote de popa.

—Yo la prepararé, amo y la serviré en el camarote.

Los ojos de Jat Or la siguieron cuando abandonó la habitación.

—No parece una esclava —dijo—, pero no obstante te trata como si lo fuese.

—Ya le he comunicado que no lo es, pero insiste en mantener esa actitud. Era una de las prisioneras de Fal Silvas, y me la asignó como esclava. En realidad es hija de un miembro de la pequeña nobleza..., una chica bien educada, inteligente y culta.

—Y muy hermosa. Creo que está enamorada de ti, mi príncipe.

—Creo que me ama, pero sólo en gratitud. Y si supiera quién soy, incluso la gratitud se convertiría en odio. Ha Jurado matar a John Carter. —¿Pero por qué?

—Porque conquisté Zodanga, y porque todas sus desgracias resultaron de la caída

de la ciudad. Su padre murió y su madre, desesperada, emprendió el último viaje hacia el seno del Iss; así que ya ves que tiene buenas razones para odiar a John Carter, o al menos eso cree ella.

Zanda nos llamó en aquel momento. Acudimos al camarote, y había dispuesto todo un banquete sobre una mesa plegable. Ella permaneció de pie mirándonos, pero yo insistí en que se sentara.

—No está bien que una esclava se siente con su amo —declaró ella.

—Una vez más te digo que no eres mi esclava, Zanda. Si insistes en mantener esa ridícula actitud, tendré que librarme de ti. Quizás te regale a Jat Or. ¿Qué te parece eso?

Ella contempló al atractivo y joven padwar sentado enfrente.

—Quizás sería un buen amo, pero yo no seré esclava de nadie más que de Vandor.

—¿Y cómo te las arreglarías si te regalo a él?

—Mataría a Jat Or o me mataría a mí misma.

Yo me eché a reír y le di una palmada en la mano.

—No te regalaría aunque pudiera —le aseguré.

—¿Aunque pudieras? ¿Qué te impide hacerlo? —quiso saber ella.

—No puedo regalar a una mujer libre. Te dije una vez que eras libre, y ahora te lo repito en presencia de un testigo. Ya conoces las costumbres de Barsoom. Zanda. Ahora eres libre, quieras o no.

—Yo no quiero ser libre, pero si ese es tu deseo, Vandor, lo seré —ella permaneció en silencio durante unos instantes, y luego me miró y preguntó—: Si no soy tu esclava, ¿qué soy?

—En este momento, una compañera de aventura igual a nosotros, que compartirá las alegrías y las penas que puedan sobrevenimos.

—Me temo que seré más una molestia que una ayuda, pero, por supuesto, puedo cocinar para vosotros y atenderos. Al menos podré hacer las cosas que son incumbencia de las mujeres.

—Entonces será más una ayuda que una molestia. Y puedes estar segura de que no nos separaremos de ti. A partir de ahora nombro a Jat Or, protector tuyo. Él será responsable de tu seguridad.

Noté que aquello agradaba a Jat Or, pero no podía decir lo mismo de Zanda. Creo que pareció un poco dolida, mas no tardó en deslumbrar al joven padwar con una dulce mirada, temiendo que éste pudiera adivinar su decepción y sentirse ofendido.

Mientras sobrevolamos Thuria, contemplé selvas bajo nosotros, y delgadas líneas tortuosas que tomé por ríos o arroyos; a lo lejos se alzaban algunas montañas. Parecía ser el planeta más hermoso e intrigante del Universo.

No estaba seguro acerca de los ríos, porque en Barsoom existe la creencia generalizada de que sus satélites carecen prácticamente de humedad. Sin embargo, he

conocido a científicos que se han equivocado.

Me estaba impacientando. Parecía que la luz no llegaría nunca, pero al fin el primer sonrosado resplandor surgió sobre las cimas de las montañas, delante de nosotros, y, lentamente, los detalles de aquel extraño mundo fueron formando, tal como la escena de una fotografía toma forma mágicamente bajo el revelador.

Sobrevolamos un valle arbolado, más allá del cual se alzaban bajas estribaciones, recubiertas de exuberante vegetación, que subían hacia las distantes montañas más elevadas.

Los colores eran similares a los de Barsoom; hierbas escarlatas, impresionantes árboles de extraños matices: mas no descubrimos ser vivo alguno hasta donde nuestra vista alcanzaba.

—Aquí debe haber vida —dijo Zanda, cuando Jat Or comentó este hecho—. Tiene que haber ojos que admiren toda esta belleza.

—¿Vamos a aterrizar? —preguntó Jat Or.

—Vinimos aquí para buscar la nave de Gar Nal, y eso es lo primero que haremos.

—Será como buscar una aguja entre la hierba de un mar seco —dijo Jat Or.

Yo asentí.

—Me temo que sea así, pero hemos venido para eso y sólo para eso.

—¡Mirad! —exclamó Zanda—. Allí delante... ¿Qué es eso?

CAPÍTULO XVI



Enemigos invisibles

Mirando en la dirección indicada por Zanda, descubrí lo que parecía ser un gran edificio ribereño a un río. Su estructura descansaba en un claro del bosque, y sus torres devolvían centelleantes rayos multicolores cuando las hería la luz del sol.

Una parte del edificio daba a lo que parecía ser un patio amurallado, un objeto que vimos en este patio fue lo que despertó nuestra curiosidad y nos excitó mucho más que el edificio en sí.

—¿Qué crees que es eso, Zanda? —le pregunté, ya que era ella quien lo había descubierto.

—Me parece que es la nave de Gar Nal.

—¿Qué te lo hace pensar?

—Se parece mucho a nuestra nave. Tanto Gar Nal como Fal Silvas, se robaban las ideas, el uno al otro, cuantas veces podían, y me extrañaría mucho que sus naves no fueran prácticamente idénticas.

—Creo que tienes razón —convine yo—. No es razonable suponer que los habitantes de Thuria hayan construido, por una coincidencia milagrosa, una nave tan similar a la de Fal Silvas. Y la posibilidad de que una tercera nave barsoomiana haya aterrizado en el satélite es igualmente remota.

Indiqué al cerebro que descendiera en espiral, y no tardamos en encontrarnos a una altura, desde la que se podían observar con claridad los detalles del edificio y sus alrededores.

Cuanto más nos aproximábamos a la nave del patio, más seguros estábamos de que era la de Gar Nal, pero no distinguimos traza alguna de éste, de Ur Jan ni de Dejah Thoris; en realidad, no distinguimos ningún signo de vida, ni en el edificio ni en sus contornos. Aquel lugar podía muy bien ser la residencia de un muerto.

—Voy a aterrizar al lado de la nave de Gar Nal —anuncié—. Prepara tus armas, Jat Or.

—Están listas, mi... Vandor.

—Desconozco cuántos guerreros puede haber a bordo de la nave — continué yo—. Quizás estén sólo Gar Nal y Ur Jan, o puede que haya más. Si la lucha se decanta en nuestro favor, no debemos matarlos a todos hasta estar seguros de que la princesa

está con ellos.

«Partieron de Barsoom un día antes que nosotros y, aunque sólo sea una pequeña posibilidad, puede que hayan tomado medidas respecto a su prisionera. Por lo tanto tenemos que dejar, al menos, a uno de ellos con vida, para que pueda guiarnos hasta ella».

Descendimos lentamente. Todos nuestros sentidos estaban alerta. Zanda había salido de la sala de mandos, un poco antes, y la vimos retornar entonces con un corraje, de guerrero barsoomiano, ceñido a su esbelta figura.

—¿Y esto? —pregunté.

—Puedes necesitar una espada más. No sabes contra cuántos enemigos te vas a enfrentar.

—Llévala si así te place, pero quédate en la nave, donde estarás segura. Jat Or y yo nos ocuparemos de la lucha.

—Iré contigo y lucharé contigo —respondió ella, sin alzar la voz, pero con énfasis.

Yo negué con la cabeza.

—No, haz lo que te digo y quédate en la nave.

Ella me miró fijamente a los ojos.

—Insististe en hacerme una mujer libre en contra de mis deseos —me recordó—. Ahora actúo como una mujer libre, no como una esclava. Haré lo que me plazca.

No pude dejar de sonreír ante sus palabras.

—Muy bien, pero si vienes con nosotros, tendrás que asumir tus propios riesgos, como cualquier otro guerrero: Jat Or y yo, estaremos muy ocupados, con nuestros propios antagonistas, para poder protegerte.

—Puedo cuidar de mí misma —se limitó a responder ella.

—Por favor, quédate a bordo —rogó, solícitamente, Jat Or; mas Zanda se negó con un gesto.

Nuestra nave se había posado, suavemente, junto a la de Gar Nal. Hice que se abriera la puerta de babor y que descendiera la escalerilla. Aun entonces no descubrimos ningún signo de vida en la otra nave ni en el castillo. Un silencio mortal pendía sobre la escena, como un pesado telón. Yo me asomé al umbral y descendí, seguido por Jat Or y Zanda. Ante nosotros se alzaba el castillo, una fantástica construcción de extraña arquitectura, un edificio de muchas torres de diversos tipos, algunas de ellas solitarias y otras formando grupos.

Verificando, parcialmente, la teoría de Fal Silvas sobre la tremenda riqueza minera del satélite, los muros de aquella estructura estaban contruidos con bloques de piedras preciosas, dispuestos de tal forma, que sus magníficos reflejos se mezclaban y armonizaban en una masa de color que desafiaba toda descripción.

En aquel momento, sin embargo, sólo le dediqué al edificio una atención

marginal, estando mis sentidos orientados hacia la nave de Gar Nal. Una puerta en su costado, similar a la de nuestra nave, se encontraba abierta, y de ella, hasta el suelo, colgaba una escalerilla.

Sabía que sí ascendía por la escalerilla y me atacaban desde arriba, me encontraría en notable desventaja; pero no tenía alternativa. Tenía que descubrir si había alguien a bordo.

Le pedí a Zanda que se colocase cerca, de forma que pudiese ver el interior de la nave, y avisarme si asomaba algún enemigo. Luego subí rápidamente. Como la nave se hallaba posada sobre el suelo, sólo tuve que subir unos cuantos peldaños antes de que mis ojos estuvieran al nivel del piso del camarote. Una rápida mirada me reveló que no había nadie a la vista, y un instante después me encontraba en el interior de la nave de Gar Nal.

Su disposición interior era ligeramente diferente a la de Fal Silvas, y el camarote no estaba amueblado con tanto lujo.

Pasé del camarote a la sala de mandos. No había nadie allí. Luego busqué hacia popa. La nave estaba desierta.

Volviendo afuera, informé de mis descubrimientos a Jat Or y a Zanda.

—Es extraño —comentó Jat Or—, que nadie parezca haberse dado cuenta de nuestra presencia. ¿Puede ser posible que el castillo esté desierto?

—Hay algo misterioso en este lugar —dijo Zanda en un tono bajo y tenso—. Incluso el silencio parece estar cargado de sonidos reprimidos. No se ve a nadie, no se oye a nadie, sin embargo siento... no sé qué.

—Es misterioso —concedí—. El castillo parece desierto, pero los campos están bien cuidados. Si no hay nadie aquí, no hace mucho que se fueron.

—Tengo el presentimiento que no están abandonados —manifestó Jat Or—. Siento la presencia de alguien alrededor de nosotros. Juraría que nos están mirando..., que muchos ojos espían todos nuestros movimientos.

Yo mismo experimentaba una sensación parecida. Miré hacia el castillo, esperando ver ojos acechantes, pero en ninguna de las muchas ventanas había signo de vida. Entonces voceé el saludo de paz común a todo Barsoom.

—¡Kaor! —grité en un tono que podía oírse por todo aquel lado del castillo—. Somos viajeros de Barsoom. Deseamos hablar con el señor de este castillo.

El silencio fue la única respuesta.

—¡Qué extraño! —se quejó Zanda—. ¿Por qué no nos responden? Debe haber alguien aquí; HAY alguien aquí. ¡Lo sé! No puedo verlos, pero hay gentes. Están alrededor de nosotros.

—Me parece que estás en lo cierto, Zanda —dije yo—. Tiene que haber alguien en ese castillo, y voy a echarle una mirada por dentro. Jat Or, ¡quédate aquí con Zanda!

—Creo que deberíamos ir todos —dijo Zanda.

—Sí —convino Jat Or—. Será mejor que no nos separemos. No encontré ninguna objeción al plan, así que asentí, y me acerqué a una puerta cerrada, en las murallas del castillo. Zanda y Jat Or fueron detrás de mí.

Habíamos recorrido la mitad de la distancia hacia la puerta, cuando, súbitamente y de una forma sobrecogedora, una voz aterrorizada rompió el silencio; al parecer, procedía de una de las altas torres que dominaban el patio.

—¡Escapa, mi cacique! —gritó la voz—. ¡Escapa de este horrible lugar mientras puedas!

Me detuve, momentáneamente estupefacto..., era la voz de Dejah Thons.

—¡La princesa! —exclamó Jat Or.

Sí, la princesa. ¡Ven! —y comencé a correr hacia la puerta del castillo; pero apenas había dado una docena de pasos cuando oí detrás de mí, a Zanda proferir un agudo grito de terror.

Me volví, instantáneamente, para ver qué peligro la amenazaba. Ella se agitaba como presa de convulsiones. Su cara estaba contraída de terror; su mirada era despavorida, los movimientos de sus brazos y piernas eran los propios de una lucha cuerpo a cuerpo, pero ella estaba sola. No había nadie a su lado.

Jat Or y yo nos abalanzamos en su dirección, mas ella se alejó rápidamente sin cesar de debatirse. Retrocediendo hacia nuestra derecha y luego, cambiando de dirección, se iba desplazando hacia la puerta del castillo.

No parecía moverse por el esfuerzo de sus propios músculos, sino más bien la arrastraban, aunque no se viera a nadie junto a ella.

Todo esto, que tanto tiempo me ha llevado contar, ocurrió en unos breves segundos... los segundos que transcurrieron hasta que logré alcanzarla. Jat Or estaba más cerca, y casi la había alcanzado, cuando lo oí gritar:

—¡Por Issus! ¡También me tienen!

Y cayó al suelo como si se hubiera desvanecido, pero agitándose al igual que Zanda: como alguien en plena lucha.

Desenvainé mi espada mientras corría detrás de Zanda, aunque no veía ningún enemigo de cuya sangre pudiera beber mi acero.

Raras veces en mi vida me había sentido tan inútil, tan impotente. Allí estaba yo, el mejor espadachín de dos mundos, incapaz de ayudar a mis amigos porque no podía ver a sus atacantes.

¿En manos de qué maligno poder podían hallarse? ¿De un poder capaz de atraparlos y moverlos a su antojo, mientras permanecía oculto impunemente en algún sitio lejano?

Nuestra indefensión se vio aumentada por el efecto psicológico causado por aquel misterioso y horripilante ataque.

Mis músculos terrestres me condujeron sin demora junto a Zanda. Cuando intentaba cogerla para detener su avance hacia la puerta del castillo, alguien me agarró por uno de mis tobillos, y perdí el equilibrio. Sentí entonces muchas manos encima de mí. Me arrebataron la espada de la mano y me despojaron de mis restantes armas.

Luché como quizás no había luchado en mi vida. Sentí los cuerpos de mis antagonistas presionando contra mí. Sentí sus manos agarrándome y los golpes de sus puños, pero, aunque mis golpes caían sobre carne sólida, no vi a nadie. No obstante, había algo que me dio un mayor sentimiento de igualdad, respecto a ellos. Aunque no podía entender por qué, pese a no poder ver a aquellas criaturas, podía sentir las al tacto.

Al fin me explicaba las acciones de Zanda. Sus aparentes convulsiones habían sido resistencia a aquellos ataques invisibles. Ahora la llevaban hacia la puerta y mientras me batía fútilmente contra la multitud de mis enemigos, la vi desaparecer dentro del castillo.

Entonces aquellos seres, fueran lo que fuesen, lograron dominarme dada su superioridad numérica. Sabía que eran muy numerosos, porque eran muchas las manos que notaba sobre mí.

Me ataron las muñecas a la espalda y me incorporaron de un tirón. No puedo describir mis sentimientos con fidelidad. La irrealidad de lo sucedido me tenía atontado y confuso. Por una vez en mi vida, parecía hallarme desprovisto de la capacidad de razonar, posiblemente por ser la causa de mi apuro tan absolutamente ajena a todo lo que había experimentado previamente. Ni siquiera los arqueros fantasmas de Lothar podían haber dado lugar a una situación tan extraordinaria, puesto que eran visibles cuando atacaban.

Mientras me levantaban, miré alrededor y vi a Jat Or a mi lado, igualmente maniatado.

Entonces sentí cómo me empujaban hacia la entrada, a través de la cual había desaparecido Zanda. Jat Or se movía cerca de mí, en la misma dirección.

—¿Puedes ver a alguien, mi príncipe? —me preguntó.

—Sólo a ti.

—¿Qué fuerza diabólica se ha apoderado de nosotros?

—Lo ignoro —respondí—, pero siento el tacto de manos sobre mí, y el calor de cuerpos próximos.

—Me imagino que estamos condenados, mi príncipe.

—¿Condenados? ¡Todavía estamos vivos!

—No. No me refiero a eso. Quiero decir que podemos abandonar toda esperanza en lo que concierne a volver a Barsoom. Tienen nuestra nave. ¿Crees que, aunque logremos escapar, podremos recuperarla alguna vez? No, en lo que se refiere a

Barsoom, es como si estuviésemos muertos.

¡La nave! Con la excitación de lo sucedido, la había olvidado momentáneamente. Miré hacia ella. Me pareció ver la escalerilla de cuerda moverse, como si un cuerpo invisible ascendiese por ella.

Era nuestra única posibilidad de volver alguna vez a Barsoom, y estaba en manos de nuestros misteriosos e invisibles enemigos. Tenía que salvarla.

¡Había una forma de hacerlo! Concentré mis pensamientos en el cerebro mecánico, indicándole que despegara y se mantuviera encima del castillo, fuera del peligro, hasta que le ordenara otra cosa.

Entonces el poder invisible me arrastró, a través del umbral, dentro del castillo. No pude comprobar si el cerebro había obedecido mis órdenes.

¿Lo sabría alguna vez?

CAPÍTULO XVII



El hombre gato



Mis pensamientos aún estaban concentrados en el cerebro del morro de la nave de Fal Silvas, mientras me conducían por el ancho pasillo del castillo. Me deprimía el temor de que, a lo peor, no había podido impartir mis instrucciones debido a la gran distancia, o a que mi mente se hallaba presa de la excitación del momento. Tanto significaba la nave para todos nosotros, y tan imprescindible era para el rescate de Dejah Thoris, que su pérdida era un golpe demoledor; no obstante, no tardé en darme cuenta de que preocuparme por ella no me servía de nada, y expulsé aquellos pensamientos de mi mente.

Alzando la mirada, vi a Jat Or avanzar por el pasillo a mi lado. Cuando se percibió de mí, agitó la cabeza y sonrió tristemente.

—Parece como si nuestra aventura en Thuria fuese a ser muy corta — comentó.

Asentí.

—El futuro no parece muy brillante. Nunca me he visto antes en una situación parecida, donde no puedo ni ver a mis enemigos ni comunicarme con ellos.

—Ni oírlos —añadió Jat Or—. Excepto porque noto sus manos sobre mis brazos y porque alguien me arrastra, por el pasillo, no percibo la presencia de nadie salvo nosotros dos. Me siento absolutamente inútil.

—Pero quizás logremos encontrar a alguien a quien podamos ver y contra el cual podamos enfrentar nuestra inteligencia y nuestra pericia guerrera en una base más igualada, porque lo que hemos visto de este castillo indica la presencia de criaturas no muy distintas de nosotros. Fíjate, por ejemplo, en los bancos y divanes que hay a lo largo de las paredes del castillo. Han sido diseñados para criaturas como nosotros. Los hermosos mosaicos que decoran las paredes, las magníficas alfombras y pieles que cubren los suelos..., todo ello está aquí para satisfacer un amor a la belleza, que es atributo de la mente humana, y no pueden haber sido concebidos ni producidos más que por manos humanas, o bajo la guía de cerebros humanos.

—Tus deducciones son irreprochables —replicó Jat Or—¿Pero dónde está la mente?

—Ahí está el misterio. Ten por seguro que nuestro futuro depende de la respuesta de esa pregunta.

—Aunque me preocupan todas estas cuestiones —dijo entonces Jat Or—, estoy más inquieto por la suerte de Zanda. Me pregunto qué habrán hecho con ella.

Por supuesto, yo no podía responder a aquello, aunque el hecho de que la hubieran separado de nosotros me ocasionaba no pocas preocupaciones.

Al término del pasillo, subimos por una amplia y ornamentada escalera hacia el siguiente piso del castillo, donde fuimos conducidos a una gran sala: una vasta cámara en cuyo extremo divisamos una solitaria figura.

Era Zanda. Estaba de pie ante una tarima sobre la que estaban colocados dos grandes y lujosos tronos.

La cámara era espléndida, siendo su ornamentación casi bárbara. Paredes y suelos eran de oro incrustado de piedras preciosas. Habían sido labradas en un diseño fantástico por algún artífice que había dispuesto de rarísimas gemas que yo no había visto nunca en la Tierra ni en Barsoom.

La fuerza invisible que nos había traído hasta allí, nos condujo junto a Zanda, y allí nos quedamos los tres, de cara a la tarima y a los tronos vacíos.

Mas yo me preguntaba si realmente estarían vacíos. Experimentaba la misma extraña sensación que había en el patio, la de estar rodeado por una multitud, la de ser blanco de muchas miradas; mas no vi a nadie ni percibí sonido alguno.

Permanecimos varios minutos ante la tarima, y luego fuimos empujados, otra vez, fuera de la habitación, y conducidos por otro pasillo; un pasillo más estrecho, y por una escalera de caracol que Jat Or tuvo algunas dificultades en subir. Tales artefactos eran nuevos para él, puesto que en Marte se usan rampas para pasar de un piso a otro.

Yo intenté, en cierta ocasión, sustituir por escaleras las rampas de mi palacio, pero tantos criados y amigos míos estuvieron a punto de romperse la crisma que acabé por reinstalar las rampas.

Después de ascender varios pisos, Zanda fue separada de nosotros y conducida por un pasillo divergente; y, en el piso de arriba, también Jat Or se separó de mí.

Ninguno de nosotros había hablado desde nuestra entrada al gran salón del trono y creo que, cuando nos separaron, las palabras eran totalmente inadecuadas dado lo desesperado de nuestra situación.

Ahora estaba solo, pero todavía subí y subí, guiado por aquellas manos invisibles. ¿Adónde me llevaban? ¿Cuál había sido el destino de mis compañeros? En algún lugar de aquel castillo se hallaba la princesa por cuyo rescate había cruzado el vacío, pero nunca me había parecido tan lejano como en aquel instante; nunca nuestra separación se me había antojado tan absolutamente completa y definitiva.

Ignoro por qué experimentaba estos sentimientos, a menos que fuera por la impresión causada en mí por aquel misterio, aparentemente insondable, que me rodeaba.

Subimos tanto que estuve casi seguro de dirigirme a una de las altísimas torres

que había visto desde el patio. Algo en este hecho, y en el que nos hubiesen separado, sugería que el poder que nos había capturado, sea cual fuera, no estaba completamente seguro de sí mismo, pues la necesidad de separarnos sólo podía indicar el temor de que escapáramos, o de que, reunidos, pudiésemos causarle algún mal. Mas, fueran o no mis presunciones correctas, eran sólo conjeturas. Únicamente el tiempo podía resolver el misterio y contestar las numerosas preguntas que tenía en mente.

Estas ideas me rondaban en la cabeza cuando me hicieron detenerme ante una puerta. Ésta tenía un peculiar pestillo que me llamó la atención, y mientras lo estudiaba, lo vi moverse como empujado por una mano; acto seguido se abrió la puerta y me empujaron dentro de la habitación a la cual daba.

Una vez en el interior me cortaron las ligaduras de las muñecas. Me volví rápidamente, intentando abalanzarme sobre la puerta, pero me dieron con ella en las narices. Intenté abrirla, pero estaba bien cerrada y, disgustado, renuncié.

Al volverme para inspeccionar mi prisión, mi mirada se posó sobre una figura sentada sobre un banco, al otro lado de la habitación.

A falta de mejor palabra, no me queda más remedio que llamar hombre a lo que vi. ¡Pero qué hombre!

Aquel ser estaba desnudo salvo por un faldellín de cuero, ceñido a sus caderas por un ancho cinturón provisto de una enorme hebilla de oro, decorada con piedras preciosas.

Estaba sentado sobre un taburete rojo y permanecía apoyado contra una pared gris. Su piel era exactamente del mismo color que la pared, excepto aquella parte de sus piernas que tocaban el taburete, que eran rojas.

La forma de su cráneo era similar a la de un ser humano, pero sus facciones eran inhumanas en su mayor parte. En el centro de su frente brillaba un enorme ojo único, de unas tres pulgadas de diámetro: su pupila era una raya vertical, como la pupila de un gato. Permaneció allí sentado mirándome, estudiándome al parecer con su gran ojo, de la misma forma en que yo lo estudiaba a él; no pude dejar de preguntarme si yo le parecía tan extraño como él me lo parecía a mí.

Durante el breve instante que permanecimos inmóviles, contemplándonos mutuamente, tomé apresuradamente nota de algunas otras de sus extrañas características físicas.

Los dedos de sus pies y manos eran mucho más largos que los de la raza humana, mientras que sus pulgares eran, considerablemente, más pequeños que el resto de sus dígitos y se extendían, lateralmente, formando ángulo recto con los demás.

Este hecho y la pupila vertical de su único ojo, acaso sugirieran que se trataba de un ser totalmente arbóreo, o al menos acostumbrado a buscar su comida o su presa entre los árboles.

Pero quizás la característica más sobresaliente de su monstruoso semblante eran sus bocas. Tenía dos, una encima de la otra. La más baja, que era la de mayor tamaño, carecía de labios, siendo la propia piel de su cara la que formaba las encías, en las que se encajaban sus dientes, como el resultado de que su poderosa y blanca dentadura estaba siempre visible en una mueca repelente y tétrica.

La boca superior era redonda, de labios ligeramente prominentes, controlados por un músculo esfinteriano. Esta boca estaba desprovista de dientes.

Su nariz era ancha y chata. Al principio no advertí oreja alguna, pero posteriormente descubrí que dos pequeños orificios, situados a ambos lados de su cabeza, cerca de la coronilla, le servían de pabellones auditivos.

Naciendo, casi encima de su ojo, una erecta cresta amarillenta de unas dos pulgadas de anchuras, corría a lo largo de su cráneo.

En resumen, era el espectáculo más desgarrado que pudiera concebirse, y su poderosa dentadura, sumada a su muy notable desarrollo muscular, sugería que podía ser un antagonista nada desdeñable.

Me pregunté si sería tan feroz como aparentaba, y se me ocurrió que tal vez me hubiesen encerrado con aquel ser para que me destruyera. Incluso parecía probable que yo fuera su comida.

Desde mi entrada, aquella criatura no había despegado su único ojo de mí, y tampoco yo había mirado en otra dirección que la suya; pero entonces, habiendo satisfecho, en parte, mi curiosidad, dejé que mi mirada vagara por la habitación.

Era circular, y evidentemente ocupaba todo el área del piso superior de una torre. Las paredes estaban revestidas de paneles de distintos colores, e incluso en aquella elevada celda se evidenciaba la sensibilidad artística del constructor del castillo, porque la habitación era en verdad extrañamente hermosa.

La pared circular se hallaba perforada por media docena de altas y estrechas ventanas. Carecían de cristales pero no de barrotes.

Sobre el suelo, pegado a la pared, vi un montón de pieles y alfombras..., probablemente el lecho de aquella criatura.

Me acerqué a una de las ventanas para asomarme, y, cuando lo hice, aquella criatura se levantó del banco y se dirigió a la parte de la habitación más alejada de mí. Se movía sin hacer ruido, con el paso furtivo de un gato, sin dejar de traspasarme con aquel terrible ojo sin párpado.

Su silencio, su furtividad, y su apariencia horrible me hicieron precaverme, no fuera a saltar sobre mi espalda, si le quitaba la vista de encima. Sin embargo, lancé un rápido vistazo por la ventana, vislumbrando unas colinas distantes y, debajo de mí, más allá de las murallas del castillo, un río y un frondoso bosque que nacía en su ribera.

Lo poco que vi me indicó que la torre no daba al patio en que se hallaba la nave, y

yo estaba ansioso por divisar esa parte de los terrenos del castillo, para comprobar si había tenido éxito cuando ordené al cerebro que colocara la nave en un lugar seguro.

Pensé que quizá podría descubrirlo desde una de las ventanas del otro lado de la torre y, sin apartar la vista de mi compañero de celda, crucé la cámara; mientras lo hacía, él cambió rápidamente de posición, manteniéndose tan lejos de mí como pudo.

Traté de adivinar si me tenía miedo o si, como un auténtico gato, sólo esperaba la oportunidad de atacarme cuando estuviera desprevenido.

Alcancé la ventana opuesta y miré por ella, mas no pude ver nada del patio, puesto que algunas de las numerosas torres que poseía el castillo me tapaban la vista. De hecho, otra torre más alta se alzaba directamente delante de mí, en aquella dirección, a no más de diez o quince pies de la ventana.

De forma similar fui, de ventana en ventana, buscando en vano vislumbrar un trozo del patio, y siempre mi extraordinario compañero de celda se mantenía a la misma distancia.

Habiendo llegado a la conclusión de que no podría ver el patio ni averiguar qué había sido de la nave, volví de nuevo mi atención a mi acompañante.

Me pareció que debía averiguar cuál podía ser su actitud hacia mí, si iba a ser un peligro, tenía que averiguarlo antes de que cayera la noche, porque algo me decía que aquel gran ojo podía ver en la oscuridad, y dado que yo no podría permanecer despierto eternamente, sería una presa fácil si sus intenciones eran letales.

Cuando lo miré de nuevo, observé una sorprendente apariencia. Su piel ya no era gris, sino de un amarillo vivo. Y entonces advertí que se encontraba delante de un panel amarillo. Aquello era en extremo interesante.

Me acerqué hacia él, y otra vez cambió su posición. Esta vez se situó de espaldas a un panel azul y contemplé cómo el tono amarillo de su piel se apagaba y se volvía azul.

En Barsoom hay un pequeño reptil llamado Darseen que cambia de color en armonía con su contorno, al igual que los camaleones terrestres; pero jamás había visto a una criatura remotamente humana dotada de esta facultad de coloración protectora. Aquella era realmente la más fantástica de todas las criaturas que yo había visto.

Me pregunté si podría hablar, así que lo interpele. «¡Kaor!» dije, «seamos amigos», y alcé la diestra por encima de mi cabeza, con la palma hacia fuera, para indicar mis intenciones amistosas.

Me miró durante un instante, y después su boca superior emitió unos extraños sonidos, semejantes a los ronroneos y maullidos de un gato.

Intentaba hablarme, pero yo no era más capaz de entenderlo que él de entenderme a mí.

¿Cómo iba averiguar sus intenciones antes de que cayera la noche? Parecía no

haber forma, y me decidí a aguardar, con compostura, lo que pudiera suceder. Por tanto, resolví ignorar la presencia de la criatura, en tanto éste no efectuase algún avance, ya hostil, ya amistoso. Así que me senté en el banco que había abandonado.

De inmediato ocupó una nueva posición, lo más lejos de mí que le era posible, esta vez ante un panel verde, y su color cambió a verde. No pude dejar de pensar en el caleidoscopio que resultaría si me perseguía alrededor de aquel apartamento multicolor. La idea me hizo sonreír, y al hacerlo vi que mi compañero reaccionaba inmediatamente emitiendo un extraño sonido ronroneante y extendió lateralmente su boca superior, en lo que podía tomarse por una sonrisa de respuesta. Al mismo tiempo, se frotó las manos contra los muslos.

Se me ocurrió que la mueca y el frotarse los muslos podían constituir la expresión externa de un estado de ánimo, y estar destinada a comunicar su actitud hacia mí pero no podía saber si esta actitud era amigable u hostil. Quizás mi sonrisa había significado, para la criatura, algo totalmente distinto a lo que la sonrisa indica para los habitantes humanos de la Tierra y Marte.

Recordé que había descubierto que tal cosa podía suceder entre los hombres verdes de Barsoom, que más alto se reían cuanto más diabólicas eran las torturas que infligían a sus víctimas, aunque este ejemplo apenas es válido, puesto que el caso de los marcianos verdes es el resultado de una perversión altamente especializada del sentido del humor.

Quizás, por el contrario, la mueca y los gestos de la criatura constituían un desafío. Si era así efectivamente, cuanto antes me cerciorara, mejor. De hecho, cada vez era más urgente saber la verdad sin demora, pues la noche se acercaba.

Se me ocurrió que tal vez pudiera obtener algún conocimiento de sus intenciones repitiendo sus gestos, así que le sonreí y me froté los muslos, arriba y abajo, con las palmas de las manos.

Su reacción fue inmediata. Su boca superior se extendió, lateralmente, y se acercó a mí. Me incorporé mientras se aproximaba, y él, deteniéndose ante mí, alargó la mano y me dio un golpe en el brazo.

No pude sino suponer que aquello era una propuesta de amistad, y le golpeé, similarmente, en uno de sus brazos.

El resultado me dejó estupefacto. La criatura saltó hacia atrás, emitiendo aquel extraño ronroneo, y, con salto de gato, brincó y retozó por toda la habitación en salvaje abandono. Por muy repelente y grotesca que fuera su apariencia física, no pude dejar de impresionarme ante la consumada gracia de todos sus movimientos.

Dio tres vueltas a la habitación, mientras yo lo admiraba sentado en el banco, luego, una vez concluida su danza, se sentó a mi lado.

Una vez más ronroneó y maulló, en un intento evidente de comunicarse conmigo, mas yo sólo pude agitar la cabeza para indicarle que no le entendía, y le hablé en la

lengua de Barsoom.

Él cesó de maullar inmediatamente y me interpeló en una lengua que parecía mucho más humana, una lengua que empleaba casi las mismas vocales y consonantes que las lenguas a las que estoy acostumbrado.

Allí, al fin, detecté un terreno común en el que podíamos intentar entendernos mutuamente.

Era obvio que la criatura no podía comprender ninguna de las lenguas que yo hablaba, y que no me serviría de nada enseñárselas; pero si aprendía la suya, podría comunicarme con algunos de los habitantes de Thuria; y si, como las de Marte, las criaturas de Thuria tenían, un lenguaje común, entonces mi existencia en aquel planeta sería mucho menos difícil.

Mas, ¿cómo aprender su idioma? Aquel era el dilema. Mis captores podían no dejarme vivir el tiempo suficiente para que aprendiera algo, pero si aceptaba esta suposición como definitiva, no tenía por qué preocuparme de escapar ni de mejorar mis condiciones de vida. Por lo tanto, debía suponer que tenía todo el tiempo del mundo para aprender el idioma de Thuria, así que me puse a hacerlo sin demora.

Comencé de la manera usual. Señalé varios objetos de la habitación y varias partes de nuestro cuerpo, repitiendo sus nombres en mi propia lengua. Mi compañero pareció entenderme de inmediato lo que yo intentaba hacer y, señalando las mismas cosas, repitió sus nombres en la más humana de las lenguas que dominaba, si es que sus maullidos podían considerarse un lenguaje, cuestión a la que en aquel momento no hubiera sabido responder.

Estábamos ocupados con aquello cuando se abrió la puerta y varios recipientes parecieron entrar flotando y posarse en el suelo delante de la puerta, que se cerró acto seguido.

Mi compañero corrió hacia ellos ronroneando excitadamente, retornando con una jarra de agua y una escudilla de comida que colocó en el banco a mi lado. Señaló hacia la comida y luego hacia mí, indicando que era mía.

Cruzando la habitación una vez más, volvió con otra jarra de agua y con una jaula que contenía a un pájaro de extraña apariencia.

Lo llamo pájaro porque tenía alas, pero en cuanto a la familia a la que pertenecía, tus suposiciones son tan buenas como las mías. Tenía cuatro patas y escamas de pez, pero su pico y su cresta le daban apariencia de pájaro.

La comida de mi escudilla era una mezcla de verdura, frutas y carne. Me imagino que debían de ser muy nutritivas y tenían un buen sabor.

Mientras saciaba mi sed, con la jarra, y probaba la comida que me habían traído, observé a mi compañero. Durante un momento, jugueteó con el pájaro de la jaula. Metía un dedo entre los barrotes, ante lo cual la criatura agitaba las alas, profería horribles aullidos e intentaba pillarle el dedo con su pico. Sin embargo, nunca lo

logró, pues mi compañero de celda siempre conseguía retirar el dedo a tiempo. Parecía hallar gran placer en aquello, pues ronroneaba continuamente.

Finalmente, abrió la puerta de la jaula y liberó al cautivo. La criatura revoloteó por toda la habitación, intentando escapar a través de las ventanas, pero los barrotes estaban demasiados juntos. Entonces mi compañero comenzó a seguirle los pasos, y juro que de la misma forma que un gato acecharía a su presa. Al notar que el ser estaba deslumbrado, se deslizó furtivamente hacia él y, cuando estuvo lo bastante cerca, le saltó encima. Durante algún tiempo, el pájaro logró eludirlo, pero al fin fue alcanzado, cayendo al suelo medio aturdido. Entonces mi compañero comenzó a jugar con él, tocándolo con la mano. En ocasiones lo dejaba alejarse más y más por la habitación, simulando que no lo veía. Acto seguido simulaba que lo había descubierto de nuevo, y se lanzaba a por él.

Al fin, como un espantoso rugido expectorante, que resonó como el rugido de un león, saltó ferozmente sobre él y le arrancó la cabeza de un solo mordisco de sus poderosas mandíbulas. Inmediatamente transfirió el cuello a su boca superior y sorbió la sangre del cuerpo. No fue un espectáculo agradable.

Una vez apurada la sangre, devoró su presa con las mandíbulas inferiores. Mientras lo desgarraba, gruñía como un león al alimentarse.

Yo terminé mi propia comida lentamente, mientras al otro lado de la habitación mi compañero de celda desgarraba el cuerpo de su víctima, engulléndola en grandes bocados hasta que no quedó vestigio de ella.

Completa su pitanza, se dirigió al banco y apuró su jarra de agua, bebiéndola por su boca superior.

No me prestó la menor atención durante todo el proceso, y entonces, ronroneando perezosamente, caminó hasta el montón de pieles y paños, que había en el suelo, y tendiéndose encima de él, se acurrucó para dormir.

CAPÍTULO XVIII



Condenado a muerte

Los jóvenes se adaptan fácilmente a las nuevas condiciones de vida y aprenden con rapidez, y aunque sólo el Creador sabe lo viejo que soy, todavía retengo las características de la juventud. Ayudado por este hecho, así como por un sincero deseo de servirme de todos los medios de autodefensa a mi disposición, aprendí el lenguaje de mi compañero, con facilidad y rapidez.

De esta forma rompí la monotonía de los días que siguieron a mi captura, y el tiempo no se me hizo tan pesado como hubiera sido de otra forma.

Nunca olvidaré el júbilo que experimenté cuando me di cuenta de que mi camarada y yo éramos al fin capaces de comunicarnos nuestros pensamientos, el uno al otro, pero mucho antes cada uno de nosotros conocía ya el nombre del otro. El suyo era Umka.

El mismo día que descubrí que podía expresarme lo suficiente para ser comprendido, le pregunté que quién nos tenía prisioneros.

—Los táridas —me respondió.

—¿Quiénes son? ¿A qué se parecen? ¿Por qué nunca los vemos?

—Yo los veo —contestó él—. ¿Tú no?

—No. ¿A qué se parecen?

—Son muy similares a ti o por lo menos, pertenecen al mismo tipo de criaturas. Tienen una nariz, dos ojos y sólo una boca, y sus orejas son grandes y salientes como las tuyas. No son hermosos como nosotros, los masenas.

—¿Pero por qué no los veo?

—No sabes cómo hacerlo. Si conocieras la forma de hacerlo, los verías tan claramente como yo.

—Me gustaría mucho verlos —le dije—¿Puedes enseñarme cómo hacerlo?

—Yo puedo enseñarte, pero eso no significa que tú seas capaz de verlos. El que lo hagas o no, depende de tu propia habilidad mental. Si no los ves es porque el poder de sus mentes te impiden hacerlo. Si logras liberarte de esa inhibición, podrás verlos con la misma claridad con que me ves a mí.

—Pero no sé como comenzar.

—Tienes que dirigir tu mente hacia ellos, esforzándote en superar su poder con el

tuyo. Ellos desean que no los veas. Tú debes desear verlos. No tuvieron problema contigo porque no te esperabas nada semejante, y tu mente no disponía de ningún mecanismo defensivo contra ellos. Ahora la ventaja está de tu parte, puesto que ellos desean algo antinatural, mientras que tu deseo tendrá la fuerza de la naturaleza a tu favor, contra la cual no podrán alzar barrera mental si tu mente es lo bastante poderosa.

Bien, sonaba bastante simple, mas no soy ningún hipnotizador y, naturalmente, tenía considerables dudas respecto a mis habilidades en aquellas cuestiones.

Cuando le expuse mis recelos a Umka, éste gruñó con impaciencia.

—Nunca tendrás éxito si albergas tales dudas. Déjalas a un lado. Ten fe en el éxito y tendrás muchas posibilidades de obtenerlo.

—¿Pero, cómo puedo conseguir algo si no los veo? —argumenté—. Y aunque pudiera verlos, excepto en el breve momento en que la puerta se abre, para entrar la comida, no tendré oportunidad de intentarlo.

—Eso no es necesario —replicó él—. Tú piensas en tus amigos, ¿no?, aunque no puedes verlos.

—Sí, por supuesto, pienso en ellos, ¿pero que tiene que ver?

—Sencillamente demuestra que tus pensamientos pueden ir a cualquier parte. Por lo tanto, dirígelos hacia los táridas. Sabes que el castillo se encuentra lleno de ellos, puesto que así te lo he dicho. Límitate a concentrar tu mente sobre los habitantes del castillo, y tus pensamientos los alcanzarán aunque no se den cuenta.

—Muy bien, vamos allá. Deséame suerte.

—Puede llevarte algún tiempo —me explicó—. Yo tardé bastante en superar su invisibilidad después de saber su secreto.

Instigué a mi mente hacia la labor que se abría delante de mí, y la mantuve allí cuando no tenía otra cosa en qué ocuparla, pero Umka era una criatura locuaz y, habiendo carecido de oportunidades de conversar en mucho tiempo, buscaba recuperar el tiempo perdido.

Me hizo numerosas preguntas respecto a mí y al mundo del que provenía, y pareció muy sorprendido al saber que había criaturas vivientes en el gran planeta que veía flotar en el cielo de la noche.

Me contó que su pueblo, los masenas, vivían en los bosques, en casas construidas entre los árboles. No era un pueblo numeroso, así que intentaban habitar en distritos alejados de los restantes pueblos de Thuria.

Los táridas, me explicó, habían sido una vez un pueblo poderoso, mas habían sido vencidos y casi exterminados en una guerra con otra nación.

Sus enemigos no cesaron de acosarlos, y hubieran acabado con todos ellos, tiempo atrás, de no haber sido porque uno de sus hombres más sabios había desarrollado y difundido, entre ellos, los poderes hipnóticos que posibilitaban que a

sus enemigos les parecieran invisibles.

—Todos los táridas supervivientes viven en este castillo. Aproximadamente, son un millar entre hombres, mujeres y niños.

«Ocultos en este remoto rincón del mundo, intentando escapar de sus enemigos, creen que todas las demás criaturas son sus enemigos. Todo aquel que llega al castillo de los táridas es destruido».

—¿Crees que nos mataran? —pregunté.

—Con toda seguridad.

—¿Pero cuándo? ¿Y cómo?

—Están gobernados por una extraña creencia —indicó Umka—. No la comprendo, pero regula todos los actos importantes de su vida. Afirman que el sol, la luna y las estrellas los gobiernan.

«Parece una tontería, pero no nos matarán hasta que el sol se lo ordene, y no lo harán por su propio placer, sino porque creen que así contentan a su dios».

—¿Crees entonces que mis amigos están sanos y salvos?

—No lo sé, pero supongo que sí. El hecho de que tú estés vivo indica que aún no han sacrificado a los demás, pues por lo que sé, su costumbre es conservar sus cautivos y matarlos a todos en una sola ceremonia.

—¿Y a ti te matarán en la misma ceremonia?

—Me imagino que sí.

—¿Y estás resignado a tu suerte, o escaparías si pudieras?

—Claro que escaparía si tuviera la oportunidad —contestó él—, pero no la tendré, ni tú tampoco.

—Si pudiera ver a esa gente y hablar con ellos, podría encontrar el medio de escapar. Incluso quizá podría convencerlos de que mis amigos y yo no somos enemigos suyos, y persuadirlos de que nos traten amistosamente. ¿Pero qué puedo hacer? No puedo verlos y, aunque pudiera, no podría oírlos. Los obstáculos parecen casi insuperables.

—Si logras vencer la sugestión de invisibilidad que han implantado en tu mente, igualmente vencerás las otras sujeciones que los hacen inaudibles para ti. ¿Has hecho algún esfuerzo en ese sentido?

—Sí, intento liberarme de su sortilegio hipnótico casi constantemente.

Cada día nos servían una única comida antes del mediodía. Siempre consistía en lo mismo. Cada uno recibía una gran jarra de agua, yo una escudilla de comida y Umka una jaula con uno de los extraños animales de apariencia pajaril, que, al aparecer, constituía toda su dieta.

Una vez que Umka me hubo explicado cómo superar el sortilegio hipnótico del que era presa, y de esta forma ver y oír a mis captores, me había colocado diariamente en una posición desde la cual podía descubrir, al abrir la puerta, si el

tárida que nos traía la comida me era visible o no.

Era frustrante y descorazonador ver como cada día los receptáculos del agua y la comida eran colocados en el suelo por manos invisibles.

Mas, por muy desesperados que parecieran mis esfuerzos, no cejé en ellos, porfiando tozudamente contra toda esperanza.

Me encontré un día sentado, meditando sobre lo desesperada que era la situación de Dejah Thoris, cuando escuché ruidos de pisadas en el pasillo que conducía a nuestra celda, y un sonido metálico, tal como el del metal de un guerrero al rozar contra las hebillas de un arnés y sus otras armas.

Aquellos eran los primeros sonidos que oía, exceptuando los realizados por Umka y por mí mismo..., las primeras señales de vida del castillo de los táridas desde que estamos aquí. Las deducciones que se inferían de aquellos sonidos eran tan trascendentales que apenas pude respirar mientras esperaba que se abriera la puerta.

Me hallaba, en un lugar, desde donde podía mirar directamente el pasillo cuando la puerta estuviera abierta.

Oí el clic del cerrojo. La puerta giró lentamente sobre sus goznes; y allí, completamente visibles, estaban dos hombres de carne y hueso. Su conformación era bastante humana. Su piel era blanca y bastante agradable, contrastando extrañamente con su cabello y cejas azules. Vestían faldellines de pesado hilo de oro cortos y ceñidos, y peto similarmente fabricado en oro. Cada uno iba armado de una espada y una daga. Sus figuras eran fuertes, sus expresiones severas y, en cierto sentido, impresionantes.

Tomé nota de todo esto durante el breve momento en que la puerta permanecía abierta. Vi a ambos hombres mirándonos a Umka y a mí, y estoy bastante seguro de que ninguno de ellos se percató de que me eran visibles. De haberse dado cuenta, estoy seguro de que la expresión de sus caras los habría delatado.

Me encantó sobremanera descubrir que había sido capaz de liberarme del extraño sortilegio, y apenas se fueron le conté a Umka que los había visto y oído.

Él me pidió que se los describiera, y cuando lo hice reconoció que le había dicho la verdad.

—A veces las gentes se imaginan cosas —me dijo, disculpando su incredulidad.

Al día siguiente, a media mañana, escuché una considerable conmoción en el pasillo y en las escaleras que subían a nuestra prisión. Acto seguido, la puerta se abrió y veinticinco hombres entraron en la celda.

Al verlos, se me ocurrió un plan que posiblemente podría darme algunas ventajas sobre aquellas gentes si posteriormente se me presentaba la ocasión de poder escapar, y simulé no haberlos visto. Al mirar en su dirección, enfoqué mis ojos detrás de ellos, mas para aminorar la dificultad del papel, intenté concentrar la atención en Umka, que ellos sabían que me era visible.

Lamenté que no se me hubiera ocurrido antes, a tiempo para explicárselo a Umka, porque era muy posible que ahora revelase, inadvertidamente, el hecho de que los táridas ya no me eran invisibles.

Doce de ellos se me acercaron. Un hombre permaneció junto a la puerta, dando órdenes; los demás se aproximaron a Umka y le conminaron a que pusiera las manos a la espalda.

Umka retrocedió y me miró interrogativamente. Noté que pensaba si aquel no sería un buen momento para intentar escapar.

Intenté dar la impresión de que no había advertido la presencia de los guerreros. No deseaba que supieran que podía verlos. Mirando inexpresivamente a través de ellos, me di la vuelta, con indiferencia, hasta darles la espalda y le guiñé el ojo a Umka.

Rogué a Dios que si no sabía lo que significaba el guiño, algún milagro lo iluminara. Como precaución extra, me toqué los labios con un dedo, indicando silencio.

Umka pareció quedarse sin habla, y afortunadamente permaneció así.

—La mitad de vosotros coged al masena —ordenó el oficial que mandaba el destacamento—, el resto encargaos del otro. Como veis, no sabe que estamos en la celda, así que puede sorprenderse y luchar cuando lo toquéis. Agarradlo firmemente.

Supongo que Umka debió pensar que yo me encontraba de nuevo bajo la influencia del sortilegio hipnótico, pues me miraba inexpresivamente cuando los guerreros lo rodearon y atraparon.

Entonces doce de ellos saltaron encima de mí. Podía haber luchado, mas no vi qué ventaja podía ganar con ello. En realidad, estaba ansioso por abandonar la celda. Mientras permaneciera en ella, no podría conseguir nada; mas, una vez fuera, algún capricho del Destino podría brindarme alguna oportunidad; así que no me resistí mucho, pretendiendo estar estupefacto por mi captura.

Nos condujeron fuera de la celda, bajando las escaleras que habíamos subido semanas atrás, y finalmente llegamos al mismo gran salón del trono al que Zanda, Jat Or y yo habíamos sido llevados la mañana de nuestra captura. ¡Pero qué diferente escena ofrecía ahora que me había liberado del sortilegio hipnótico que me dominaba en aquella ocasión!

La gran sala ya no estaba vacía, los tronos ya no estaban desocupados; todo lo contrario, la cámara de audiencia era una masa de luz, de color, de humanidad.

Hombres, mujeres y niños bordeaban el ancho pasillo por el que Umka y yo fuimos escoltados hacia la tarima donde se alzaban los dos tronos. Entre densas filas de guerreros resplandecientes en maravillosos atavíos, nuestra escolta marchó hacia un pequeño espacio ante el trono.

Congregados allí, con las manos atadas y bajo vigilancia, estaban Jat Or, Zanda,

Ur Jan, otro hombre que supuse debía ser Gar Nal y mi amada princesa Dejah Thoris.

—¡Señor mío! —exclamó ella—. El destino ha sido amable conmigo al permitirme verte otra vez antes de que muramos.

—Todavía estamos vivos —le recordé yo, y ella sonrió al reconocer mi viejo desafío a todo peligro que me amenazase.

La expresión de Ur Jan reveló sorpresa cuando sus ojos cayeron sobre mí.

—¡Tú! —exclamó.

—Sí, Ur Jan.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Nuestros captores me van a privar de unos de los placeres del viaje.

—¿A qué te refieres?

—Al placer de matarte, Ur Jan.

Él asintió con una seca sonrisa.

Mi atención se vio entonces atraída por el hombre del trono. Estaba ordenando silencio.

Era un hombre muy gordo, de expresión arrogante, y noté en él aquellos signos de vejez, rara vez aparentes entre los hombres rojos de Barsoom. También había advertido similares señales de envejecimiento en algunos miembros de la multitud que abarrotaba la cámara de audiencia, un hecho que indicaba que aquellas gentes no disfrutaban de la casi perpetua juventud de los marcianos.

Ocupaba el trono anexo, una mujer joven y muy hermosa. Me estaba mirando soñadoramente a través de las espesas pestañas de sus párpados semicerrados. Sólo podía suponer que la atención de la joven estaba fija en mí porque mi piel difería en color de la de mis compañeros, puesto que, después de dejar Zodanga, me había lavado el pigmento que me servía de disfraz.

—¡Espléndido! —musitó ella, lánguidamente.

—¿Qué? —quiso saber el hombre—. ¿Qué es espléndido?

Ella lo miró sobresaltada, como si acabara de despertar de un sueño.

—¡Oh! —exclamó con nerviosismo—, decía que sería espléndido si lograras que se mantuvieran callados: pero, como eres invisible e inaudible para ellos, no podrás hacerlo a menos que uses la espada —Y se encogió de hombros.

—Ya sabes, Qzara —objetó el hombre—, que los reservamos para el Dios Fuego... No podemos matarlos todavía.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Por qué matarlos a todos? —preguntó—. Parecen criaturas inteligentes. Podría ser interesante preservarlos.

Yo me volví hacia mis compañeros y les pregunté:

—¿Algunos de vosotros puede ver y oír lo que pasa en esta habitación?

—Excepto a nosotros, no puedo ver ni oír a nadie —contestó Gar Nal, y los

demás respondieron de forma parecida.

—Somos víctimas de una forma de hipnosis —les comuniqué—, que hace imposible que veamos ni oigamos a nuestros captores. Ejercitando los poderes de vuestras mentes, podréis liberaros de ella. No es difícil. Yo logré hacerlo. Si todos vosotros lo lográis también y se presenta alguna oportunidad de escapar, nuestras posibilidades de lograrlo serán mucho más grandes. Como creen que no los vemos, no estarán en guardia contra nosotros. De hecho, en este momento podría arrebatarme la espada al que tengo al lado y matar al Jeddak y a su Jeddara, antes de que pudiesen impedírmelo.

—No podremos trabajar juntos —opinó Gar Nal—, mientras la mitad de nosotros desea matar a la otra mitad.

—Entonces, establezcamos una tregua entre nosotros hasta que hayamos escapados de estas gentes —propuse.

—Es justo —dijo Gar Nal.

—¿Estás de acuerdo? —le pregunté.

—Sí.

—¿Y tú, Ur Jan?

—Me conviene —dijo el asesino de Zodanga.

—¿Y tú? —demandó Gar Nal, mirando a Jat Or.

—Sea lo que sea que... Vandor ordene, lo haré —replicó el padwar. Ur Jan me dedicó una mirada de súbita comprensión.

—Ah, así que también eres Vandor. Ahora comprendo muchas cosas que no comprendía. ¿Lo sabe esa rata de Rapas?

Yo ignoré su pregunta y proseguí diciendo:

—Y ahora, alcemos las manos y juremos cumplir esta tregua hasta que todos hayamos escapado de los táridas y, más aun, hacer todo lo que esté en nuestras manos para salvar a los demás.

—Gar Nal, Ur Jan, Jat Or y yo levantamos nuestras manos para jurar. —Las mujeres también —exigió Ur Jan.

Dejah Thoris y Zanda alzaron así mismo sus diestras, y los seis juramos luchar los unos por los otros hasta la muerte o hasta vemos libres de aquellos enemigos.

Era una situación delirante, puesto que yo había recibido la orden de matar a Gar Nal. Ur Jan había jurado matarme, a la vez que yo me proponía matarlo a él; Zanda, que los odiaba a ambos, sólo esperaría la primera ocasión para matarme en cuanto conociera mi identidad.

—Vamos, vamos —exclamó irritablemente el gordo del trono—, ¿qué farfullan en esa extraña lengua? Debemos hacer que se callen; no los hemos traído aquí para escucharlos.

—Retírales el sortilegio —sugirió la chica a la que había llamado Qzara—.

Dejemos que nos vean. Sólo cuatro de ellos son hombres. No pueden hacernos daño.

—Nos verán y nos oirán cuando sean conducidos a la muerte —replicó el gordo—, y no antes.

—Me parece que el de la piel clara puede vernos y oírnos ya —manifestó la chica.

—¿Qué te lo hace creer?

—La sensación de que su mirada se posó antes sobre mí —contestó ella, soñadoramente—. Y también, Ul Vas, que cuando hablaste después, sus ojos apuntaron a tu cara. Y cuando hablé yo, volvieron hacia mí.

Yo la había estado mirando mientras hablaba, y me di cuenta entonces de que mi engaño podía ser más difícil de lo que creía, pero esta vez, cuando el hombre llamado Ul Vas le contestó, dirigí la mirada detrás de la chica y no le presté atención.

—Es imposible —afirmó el obeso Ul Vas—. No puede vernos ni oírnos. Interpeló entonces al oficial que mandaba el destacamento que nos había conducido al salón del trono, desde nuestras celdas.

—¿Qué crees tú, Zamak? ¿Puede vernos esta criatura?

—Pienso que no, Altísimo. Cuando fuimos por él, preguntó a este masena, que estaba encerrado con él, si había alguien en la celda, mientras que veinticinco de nosotros los rodeábamos.

—Creo que te equivocas —dijo Ul Vas a su jeddara—, siempre te estás imaginando cosas.

La joven encogió sus bien formados hombros y se volvió con un bostezo de aburrimiento, mas su mirada no tardó en volver a mí, y, aunque intenté no mirarla directamente más durante el resto del tiempo que pasamos en el salón del trono, me di cuenta de que no me quitaba ojo.

—Procedamos —dijo Ul Vas.

Un anciano se adelantó y se situó directamente delante del trono.

—Altísimo —entonó con voz cantarina—, el día es bueno, la ocasión es propicia, la hora ha llegado. Traemos ante ti, augustísimo hijo del Dios Fuego, siete enemigos de los táridas. Tu padre habla a través de ti comunicando sus deseos a su pueblo. Has hablado con tu padre, el Dios Fuego. Dinos, Altísimo: ¿estas ofrendas han complacido sus ojos? Haznos saber sus deseos, Todopoderoso.

Desde nuestra entrada en el salón, Ul Vas nos había estado inspeccionando cuidadosamente, centrandose especialmente su atención en Dejah Thoris y Zanda. Entonces se aclaró la garganta.

—Mi padre, el Dios Fuego, desea saber quiénes son estos enemigos.

—Uno de ellos —comentó el anciano que había hablado antes, al cual tomé como un sacerdote—, es un masena que tus guerreros aprehendieron cuando cazaba ante nuestras murallas. Los otros seis, son criaturas extranjeras. No sabemos de dónde

vienen. Llegaron en dos aparatos nunca vistos, que se movían por el aire, como pájaros, pese a no tener alas. En cada uno de ellos llegó una mujer y dos hombres. Se posaron dentro de nuestras murallas; mas no sabemos de dónde venían, aunque sin duda su intención era causarnos algún mal, ya que esta es la intención de todos los que vienen al castillo de los táridas. Como habrás notado, Altísimo, cinco de ellos son de piel roja, mientras que el sexto tiene la piel sólo un poco más oscura que la nuestra. Parece ser de una raza diferente, con esa piel blanca, ese pelo negro y esos ojos grises. Estas cosas sabemos de ellos y nada más. Aguardamos los deseos del Dios Fuego en los labios de su hijo Ul Vas.

El hombre del trono apretó los labios, sumido en sus pensamientos, mientras su mirada se desplazaba a lo largo de la línea de prisioneros, demorándose en Dejah Thoris y Zanda. Acto seguido, habló:

—Mi padre el Dios Fuego demanda que el masena y los cuatro hombres extraños sean sacrificados en su honor a la misma hora, una vez que Él haya orbitado, siete veces, alrededor de Ladan.

Siguieron unos breves momentos de expectante silencio, una vez que hubo terminado de hablar... El silencio fue roto finalmente por el viejo sacerdote.

—¿Y las mujeres, Altísimo? ¿Cuáles son los deseos del Dios Fuego, vuestro Padre, en relación a ellas?

—El Dios Fuego, para mostrarle su gran amor —anunció el Jeddak—, le ha regalado las dos mujeres a su hijo Ul Vas, para que éste haga con ellas lo que le plazca.

CAPÍTULO XIX



Qzara



La vida es dulce y, cuando escuché las palabras de perdición de labios del jeddak Ul Vas, las palabras que condenaban a cinco de nosotros a morir al séptimo día, debí sentir alguna reacción depresiva; pero no la percibí, dada la mayor perturbación mental que me había causado saber que el destino de Dejah Thoris iba a ser mucho peor que la muerte.

Me alegré de que ella estuviera misteriosamente sorda a lo que yo había oído. Conocer la suerte que le estaba reservada, no la ayudaría en nada, y saber que yo había sido condenado a muerte, sólo podría proporcionarle una angustia innecesaria.

Mis compañeros, ignorándolo todo, permanecían como ganado ante el trono de su cruel juez. Para ellos era sólo una silla vacía; para mí asentaba a una criatura de carne y hueso... Un mortal cuyos órganos vitales podían ser alcanzados por la punta de una espada afilada. Ul Vas habló de nuevo.

—Lleváoslos de aquí ya —ordenó—. Confinad a los hombres en la Torre de las Turquesas, y llevad a las mujeres a la Torre de los Diamantes.

Pensé entonces en saltar sobre él y estrangularlo con mis desnudas manos, pero lo pensé mejor y vi que así no salvaría a Dejah Thoris del destino que le habían reservado. El único resultado seguro sería mi propia muerte, que llevaría aparejada la desaparición de su mayor, quizás su única, esperanza de socorro, así que salí tranquilamente cuando, con los demás, me condujeron afuera; mi último recuerdo del salón del trono fue la velada mirada de Qzara, jeddara de los táridas.

Umka y yo no fuimos de nuevo a la celda que habíamos ocupado previamente, sino que nos llevaron a una gran sala de la torre de las Turquesas, junto a Jat Or, Gar Nal y Ur Jan.

No pronunciamos ni una palabra hasta que la puerta se hubo cerrado detrás de la escolta, invisible para todos menos para mí. Los demás estaban desconcertados, tal como revelaba la expresión perpleja de sus rostros.

—¿Qué ha pasado, Vandor? —preguntó imperiosamente Jat Or—, ¿por qué hemos permanecido en silencio en aquel salón desierto ante dos tronos vacíos?

—No hubo ningún silencio —respondí—, y el salón estaba abarrotado. El jeddak y su jeddara se sentaban en los tronos que parecían vacíos, y el jeddak dictó sentencia

de muerte para todos nosotros... Moriremos el séptimo día.

—¿La princesa y Zanda también? —quiso saber él.

Yo negué con un gesto.

—No, desgraciadamente no.

—¿Por qué dices que desgraciadamente? —inquirió él, asombrado.

—Porque ellas preferirían morir antes de afrontar el destino que las han reservado. El jeddak, Ul Vas, se las ha guardado para sí.

Jat Or frunció el entrecejo.

—Debemos hacer algo. Tenemos que salvarlas.

—Ya lo sé —repuse yo—. ¿Pero cómo?

—¿Has abandonado toda esperanza? —me increpó el padwar— ¿Irás tranquilo a la muerte sabiendo lo que les espera a ellas?

—Me conoces lo bastante bien como para saber que no, Jat Or. Espero que suceda algo que nos sugiera un plan de rescate y, aunque ahora mismo no veo ninguna posibilidad, no estoy desesperado. Y si no se presenta ninguna oportunidad, al menos las vengaré en el último momento si no puedo salvarlas, puesto que tengo una ventaja sobre estas gentes que ellos ignoran que yo poseo.

—¿Cuál es?

—Que puedo verlos y oírlos.

Jat Or asintió.

—Sí, lo había olvidado, pero me parece imposible que puedas ver y oír algo donde no hay nada que pueda ser visto ni oído.

—¿Y por qué van a matarnos? —preguntó Gar Nal, que había estado oyendo mi conversación con Jat Or.

—Vamos a ser ofrecidos, en sacrificio, al Dios Fuego, al cual adoran.

—¿El Dios Fuego? —exclamó Ur Jan—. ¿Quién es?

—El Sol —expliqué.

—¿Pero cómo puedes entender su lengua? —añadió Gar Nal—. No creo que hablen la misma lengua que se habla en Barsoom.

—No, no lo hacen; pero Umka, con el que he estado encerrado desde mi captura, me ha enseñado la lengua de los táridas.

—¿Quiénes son los táridas? —interrogó Jat Or.

—Es el nombre del pueblo en cuyo poder nos hayamos.

—¿Cómo llaman a Thuria? —se interesó Gar Nal.

—No estoy seguro, pero se lo pregunté a Umka y me dijo en su propia lengua la palabra de Ladan. ¿Qué significa la palabra Ladan?

—Es el nombre del mundo en que vivimos. Ya oíste decir a Ul Vas que nosotros moriríamos cuando el Dios Fuego hubiera dado siete vueltas alrededor de Ladan.

Tras esto, los barsoomianos se enredaron en una conversación general, y tuve la

oportunidad de estudiar más cuidadosamente a Gar Nal y a Ur Jan.

El primero era, como la mayor parte de los marcianos, de edad indeterminada. Gar Nal podía tener cualquier edad entre cien y mil años. Tenía la frente despejada y un pelo un tanto sutil para un marciano; sus facciones no tenían nada de particular, salvo sus ojos. No me gustaron: eran astutos y crueles.

Ur Jan, al cual, por supuesto, ya conocía, era justamente lo que se podía esperar: un luchador fornido y brutal, de la más baja estofa, pero creo que de los dos hubiera confiado más en él que en Gar Nal.

Parecía extraño encontrarme, allí confinado, con dos enemigos tan irreconciliables; mas me daba cuenta, como ellos también debían dársela, de que en aquellas circunstancias no nos beneficiaría nada dirimir nuestras diferencias, mientras que se presentaba una oportunidad de escapar. Cuatro hombres capaces de empuñar una espada tendrían muchas más posibilidades de obtener la libertad que dos. Digo dos porque, si nos empecinábamos en continuar con nuestras luchas, al menos dos de nosotros, y posiblemente tres, tendríamos que morir antes de que se hiciera la paz.

Umka, parecía más bien abandonado mientras, nosotros cuatro, conversábamos en nuestro propio idioma. Él y yo, nos habíamos hecho muy amigos, y contaba con él para que nos ayudase, si se presentaba alguna posibilidad de escapar. Por lo tanto, estaba particularmente interesado en conservar su amistad, así que lo introduje, ocasionalmente, en la conversación, actuando como intérprete.

Día tras día, durante largo tiempo, yo había presenciado los juegos de Umka con las infelices criaturas que le traían como alimento, así que ya estaba acostumbrado y no me afectaba verlo, pero cuando aquel día nos trajeron la comida, los barsoomianos observaron al masena con fascinado horror; noté que Gar Nal llegó a temerlo.

Poco después de que hubiésemos concluido nuestra comida, la puerta se abrió de nuevo, dando paso a algunos guerreros. De nuevo eran mandados por Zamak, el oficial que nos había conducido, a Umka y a mí, al salón del trono.

Sólo Umka y yo pudimos advertir que alguien había entrado en la habitación; y yo, con cierta dificultad, simulé no haberme dado cuenta.

—Ahí está —dijo Zamak, señalándome—; traedlo aquí.

Los soldados se me aproximaron y, asiéndome por ambos brazos, me arrastraron hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —gritó Jat Or—. ¿Qué te sucede? ¿Adónde vas?

La puerta aún estaba abierta, y pude ver que me dirigía hacia ella.

—No sé adónde voy —dije yo—. Me llevan de nuevo.

—Mi príncipe, mi príncipe —gritó él, lanzándose detrás de mí, para tirar hacia adentro, pero los soldados me arrastraron fuera y le cerraron la puerta en las narices.

—Es buena cosa que estos tipos no puedan vernos —comentó uno de los soldados que me daban escolta—. Me parece que hubiéramos tenido toda una

escaramuza ahora si hubiese sido así.

—Creo que éste daría mucha guerra —observó uno de los que me empujaban—; los músculos de sus brazos son como correas de plata.

—Incluso el mejor luchador no puede combatir contra enemigos que no pueda ver —opinó otro.

—Éste se las apañó bastante bien el día que lo capturamos en el patio. Dejó contusionado a muchos de los guardianes del jeddak..., y mató a dos.

Aquel era el primer indicio de que yo había tenido algún éxito en aquella lucha y me gustó sobremanera. Pude imaginarme cómo se sentirían si supieran que yo no sólo podía verlos y oírlos, sino también entenderlos.

Creían estar tan seguros, e iban tan completamente negligentes, que podía haber despojado de sus armas a cualquiera de ellos; yo sabía que de esta forma podría dar buena cuenta de mí mismo, pero no vi cómo podría ayudarme, ni a mí ni a los demás prisioneros.

Me condujeron a una sección del palacio completamente diferente a cualquiera de las zonas que había visto hasta la fecha. Su decoración lujosa y abundante así como el mobiliario eran incluso más espléndidos que los del salón del trono.

Finalmente llegamos ante una puerta, junto a la cual montaban guardia varios soldados.

—Tal como se nos ordenó, hemos venido con el prisionero de la piel blanca —dijo Zamak.

—Te esperábamos —dijo uno de los guardias, que precedió a abrir la gran doble puerta—. Podéis entrar.

Más allá de la puerta, se hallaba un apartamento de tal exquisita belleza y suntuosidad que, en mi pobre vocabulario, no encontraba palabras para describirlo. Colgantes de colores desconocidos en la Tierra, resaltaban sobre paredes que parecían de puro marfil, siendo el material de que estaban hechas, absolutamente nuevo para mí. Era la riqueza de su decoración lo que la hacía tan hermosa porque, después de todo, al empezar a recordarla, descubro que la simplicidad era su nota dominante.

No había nadie allí cuando entré. Mis guardias me condujeron al centro de la habitación y se detuvieron.

Una puerta se abrió frente a nosotros, y por ella apareció una mujer. Era una joven de muy buen ver. Posteriormente sabría que era una esclava.

—Espera en el pasillo, Zamak —dijo ella—, el prisionero debe seguirme.

—¿Cómo? ¿Sin escolta? —exigió saber Zamak, sorprendido.

—Esas son mis órdenes.

—Pero ¿cómo podrá seguirte si no puede verte ni oírte, y aunque pudiera hacerlo, no te entendería?

—Yo lo conduciré.

Al acercármeme, los soldados me soltaron los brazos, y ella me condujo hacia la puerta, cogiéndome la mano.

La habitación a la que me guió, aunque ligeramente más pequeña que la otra, era mucho más hermosa. Pese a ello, no me percaté de esto en seguida, al estar mi atención atraída y absorbida por un único ocupante.

No me sorprende con facilidad, pero en esta ocasión tengo que confesar que lo hice, cuando reconocí a la mujer que, reclinada sobre el diván, me miraba intensamente a través de sus largas pestañas: era Qzara, jeddara de los táridas.

La esclava me condujo al centro de la habitación y se detuvo, mirando interrogativamente a la jeddara mientras yo, recordando que se suponía que estaba ciego y sordo, intenté dirigir mi mirada más allá de la bella emperatriz, cuyos ojos parecían estar leyendo en mi alma.

—Puedes retirarte, Ulaho —dijo ella entonces.

La esclava hizo una profunda reverencia y salió de la habitación, caminando de espalda.

Durante un largo rato, después de su partida, nada turbó el silencio de la habitación, aunque no dejé de notar los ojos de Qzara fijados en mi persona.

Entonces ella se rió, con una risa musical y argentina. —¿Cómo te llamas? — quiso saber.

Yo pretendí no haberla oído, mientras, ocupaba mi atención en admirar las bellezas de la cámara. Parecía el gabinete de una emperatriz; y proporcionaba un entorno admirable a su adorable propietaria.

—Escucha —dijo ella, acto seguido—, engañaste a Ul Vas, a Zamak, al Gran Sacerdote y a todos los demás, pero no me engañaste a mí. Debo admitir que posees un espléndido autocontrol, pero tus ojos te traicionaron. Te delataron en el salón del trono y te han vuelto a traicionar ahora, cuando entraste en la habitación, como yo sabía que lo harían. Mostraron sorpresa al mirarme, y eso sólo puede significar una cosa: que me viste y me reconociste.

«En el salón del trono supe también que comprendiste todo lo que se dijo. Eres una criatura muy inteligente, la luz cambiante de tus ojos reflejó tus reacciones a lo que se decía allí.

«Seamos honestos el uno con el otro, tú y yo, pues tenemos en común más de lo que te imaginas. No soy tu enemiga. Comprendo por qué crees que te será ventajoso ocultar el hecho de que puedes vernos y oírnos; pero puedo asegurarte que tu situación no empeorará si confías en mí, puesto que yo ya sé que no somos ni invisibles ni inaudibles para ti».

No pude comprender a qué se refería al decir que teníamos mucho en común, a menos que fuera una añagaza para hacerme admitir que podía ver y oír a su gente; mas también había que tener en cuenta que no me imaginaba de qué forma podría

beneficiarles este conocimiento. Estaba absolutamente en su poder, y aparentemente había poca diferencia para ellos, en si los veía, oía o si no. Más aún, estaba convencido de que aquella mujer era extremadamente lista y que no podría engañarla haciéndola creer que me era invisible. En resumen, no encontré razones para proseguir con la farsa con ella, así que la miré directamente a los ojos y sonreí.

—La amistad de la jeddara Qzara me proporcionará mucho honor — dije.

—¡Conque sí! —exclamó ella—. ¡Sabía que tenía razón!

—De modo que te quedaban algunas dudas.

—Si las tenía es porque eres un auténtico maestro en el arte de la simulación.

—Presentía que la libertad y las vidas de mis compañeros y de mí mismo, dependía de mi habilidad para evitar que tu pueblo se diera cuenta de que podía verlos y comprenderlos...

—No hablas muy bien nuestra lengua. ¿Cómo la aprendiste?

—El masena, que estaba encerrado conmigo, me la enseñó.

—Háblame de ti; dime tu nombre, el de tu país; háblame de los extraños aparatos en que llegaste al último reducto de los táridas, de tus razones para venir.

—Me llamo John Carter, príncipe de la Casa de Tardos Mors, jeddak de Helium.

—¿Helium? ¿Dónde está Helium? Nunca he oído hablar de él.

—Está en otro mundo, en Barsoom, el gran planeta al que vosotros llamáis vuestra luna mayor.

—¿Entonces eres un príncipe en tu país? No me extraña. Las dos mujeres y uno de los hombres que te acompañan son personas muy educadas, los otros dos no lo son —continuó ella—. Uno de ellos, sin embargo, posee un cerebro brillante, mientras que el otro es un simple patán, un bruto.

No pude dejar de sonreír ante su exacto juicio sobre mis compañeros. Tenía ante mí a una mujer realmente brillante. Si de verdad quería ser mi amiga, presentí que podríamos conseguir mucho por medio de ella; mas no dejé que mis pensamientos se elevaran demasiado, porque después de todo se trataba de la compañera de UI Vas, el hombre que nos había condenado a muerte.

—Has leído en ellos como en un libro abierto, jeddara.

—Tú —prosiguió—, eres un gran hombre en tu mundo. Serías un gran hombre en cualquier mundo, pero no me has dicho por qué viniste a nuestro país.

—Los dos hombres que describiste en último lugar, secuestraron a una princesa de la casa real de mi patria.

—Debe ser la que es muy hermosa —dijo Qzara con gesto pensativo.

—En efecto. Los perseguí con el otro hombre y la chica, en otra nave. A poco de alcanzar Ladan, descubrimos su nave en el patio de tu castillo. Aterrizamos junto a ella, para rescatar a la princesa, y castigar a sus secuestradores. Fue entonces cuando los tuyos nos capturaron.

—¿No viniste para hacernos daño?

—Claro que no. Ni siquiera sabíamos de vuestra existencia. Ella asintió.

—Estaba casi segura de que no pretendías hacernos ningún mal, ya que ningún enemigo se hubiera colocado tan absolutamente en nuestro poder; pero no pude convencer a Ul Vas y a los otros.

—Aprecio tu fe en mí; pero no puedo comprender la causa de que te hayas interesado tanto en mi persona, siendo yo un forastero y un extraño. Ella me contempló, en silencio, durante un momento, con ojos soñadores.

—Quizás haya sido porque tenemos muchas cosas en común, o quizás por la fuerza más poderosa que existe, la fuerza que nos domina sin remedio.

Hizo una pausa y me contempló intensamente, agitando después la cabeza con impaciencia.

—La cosa que tenemos en común es que ambos somos prisioneros en el castillo de Ul Vas. Y la razón por la que me he interesado tanto por ti, la comprenderás si eres la décima parte de inteligente de lo que yo creo.

CAPÍTULO XX



Intentamos la fuga

Qzara podía haber sobrestimado mi inteligencia, pero había subestimado mi cautela. No podía permitirme el lujo de admitir que había entendido la interferencia que, en teoría, tenía que deducir de su indirecta. De hecho, esta implicación era tan ridícula, que al principio me sentí inclinado a creer que se trataba de algún tipo de ardid destinado a hacerme admitir, después de haber ganado mi confianza, que albergaba planes ocultos con relación a su pueblo; así que intenté ignorar la posible confesión en su segunda afirmación, aparentando estar sin hablar a causa de la primera, que constituía en verdad una sorpresa para mí.

—¿Tú una prisionera? Creía que eras la jeddara de los táridas.

—Lo soy, pero no por eso menos prisionera.

—¿Pero no es éste tu pueblo?

—No. Yo soy domniana. Mi país, Domnia, se encuentra lejos de aquí, detrás de las montañas que hay más allá del bosque que nos rodea.

—¿Y tu pueblo te casó con Ul Vas, jeddak de los táridas?

—No —respondió ella—. Ul Vas me raptó de entre los míos. Mi pueblo ignora qué ha sido de mí. Nunca me hubiera enviado de buena gana a la corte de Ul Vas, ni yo permanecería aquí si pudiese escapar. Ul Vas es un bestia. Cambia a menudo de jeddara. Sus agentes recorren otros países sin descanso en busca de jóvenes atractivas. Cuando encuentre a una más hermosa que yo, seguiré el camino de mis predecesoras: pero creo que Ul Vas ya ha encontrado una de su gusto, así que mis días están contados.

—¿Crees que sus agentes han encontrado otra más hermosa que tú? Parece increíble.

—Gracias por el cumplido, pero no han sido sus agente los que la han encontrado, sino el propio Ul Vas. ¿No te fijaste, en el salón del trono, en cómo miraba a tu bella compatriota? Apenas si apartaba la vista de ella, y recordarás que le perdonó la vida.

—También hizo lo propio con la joven llamada Zanda —le recordé—. ¿También va a hacerla su jeddara?

—No, sólo puede tener una jeddara a la vez. La chica, a la que llamas Zanda, será para el Gran Sacerdote. De esta forma aplaca Ul Vas a los dioses.

—Si toma a esa otra mujer, ella lo matará.

—Pero eso a mí no me sirve de nada.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque mientras una jeddara viva, él no puede tomar otra. —¿Acabará contigo?

—Desapareceré —explicó ella—. En el castillo de Ul Vas suceden cosas extrañas, extrañas y terribles.

—Comienzo a entender porqué me mandaste llamar: quieres escapar, y piensas que si nos ayudamos a hacerlo, te llevaremos con nosotros.

—Comienzas a entender, al menos, una parte de mis razones. Ya me cuidaré de que entiendas las restantes, a su debido tiempo.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de escapar?

—Existe una remota posibilidad y, como de una forma u otra vamos a morir, no podemos despreciarla.

—¿Tienes algún plan?

—Podemos escapar en la nave que queda en el patio. Ahora sí que estaba yo interesado.

—¿Una de las naves está aún en el patio? ¿Acaso no las han destruido?

—Pensaban destruirlas, pero les tienen miedo; temen acercarse a ellas. El día que te capturaron, dos guerreros subieron a una de las naves, y ésta se echó a volar, inmediatamente, con ellos a bordo. No emprendió el vuelo hasta después que el primero, que subió, le gritó a su compañero que estaba desierta. Ahora creen que estas naves son presas de algún sortilegio mágico, y no se acercan a la que queda en el patio.

—¿Sabes qué fue de la otra nave? —pregunté yo.

—Está en el cielo, encima del castillo. Flota allí, como si esperase algo... algo que nadie sabe qué es. Ul Vas la teme. Por eso aún no ha acabado con vosotros. Espera a ver qué hace la nave, a la vez que trata de reunir el coraje para mandaros matar, pues Ul Vas es un grandísimo cobarde.

—¿Entonces crees que existe alguna posibilidad de que alcancemos la nave?

—La hay —opinó ella—. Puedo ocultarte en mis aposentos hasta que caiga la noche y todos duerman en el castillo. Si entonces logramos sortear a la guardia de la puerta de la salida exterior y alcanzar el patio, lo lograremos. Vale la pena intentarlo, pero puede que tengamos que abrirnos paso luchando con los guardias. ¿Eres bueno con la espada?

—Creo que me defiende bastante bien. ¿Pero cómo nos las arreglaremos para que el resto de mis amigos alcancen el patio?

—Sólo nos iremos tú y yo.

Yo negué con la cabeza.

—No puedo irme, a menos que mi gente venga conmigo.

Ella me miró con repentina sospecha.

—¿Por qué no? —exigió saber—;Estás enamorado de una de esas mujeres! No te irás con ella.

Su voz estaba teñida de resentimiento; eran las palabras de una mujer celosa.

Para lograr que los demás escaparan, en especial Dejah Thoris, no podría dejarle saber la verdad, así que pensé con rapidez, y se me ocurrieron dos razones por la que no podíamos partir solos.

—En el país del que vengo, es un punto de honor que ningún hombre abandone nunca a sus camaradas —le contesté—. Además, hay una razón más poderosa todavía.

—¿Cuál es?

—La nave que está en el patio, pertenece a mis enemigos, a los dos hombres que secuestraron a la princesa de mi país. Mi nave es la que flota sobre el castillo. No sé nada del mecanismo de la otra nave. Aunque lográsemos llegar hasta ella, no sabría cómo conducirla.

Ella consideró el problema un momento y luego me miró.

—¿Me estás diciendo la verdad? —me preguntó.

—Tu vida depende de la fe que tengas en mí, al igual que la mía y la de todos mis compañeros.

Ella estudió la cuestión, en silencio, y me dijo al fin, con un gesto de impaciencia:

—No se me ocurre cómo llevar a tus amigos al patio.

—Creo que sé cómo podremos escapar si tú nos ayudas. —¿Cómo? —quiso saber ella.

—Si pudieras proporcionarme herramientas con las que cortar los barrotes de las celdas, y me describes, exactamente, dónde se encuentra el lugar en que están encarceladas las mujeres, estoy seguro de que lo lograré.

—Si hago todas esas cosas, escaparás sin mí —dijo ella suspicazmente.

—Te doy mi palabra, Qzara, de que si haces todo lo que te pido, no me marcharé sin ti.

—¿Qué más quieres que haga?

—¿Podrías entrar en la estancia donde están la princesa y Zanda?

—Sí, creo que puedo hacerlo, a menos que Ul Vas se dé cuenta de que sospecho de sus intenciones y recele que mi intención es matarla, pero no estoy segura de poder conseguirte las herramientas para que cortes los barrotes de tu prisión. Bueno, puedo conseguir las herramientas —corrigió—, pero no se me ocurre cómo hacértelas llegar.

—Si me enviases comida, podrías esconder una lima o una sierra en el recipiente —sugerí.

—¡Claro! —exclamó ella—. Puedo enviar a Ulah con comida para ti.

—¿Y qué hay de los barrotes de la celda de las mujeres?

—Están en las Torres de los Diamantes —contestó Qzara—, a mucha altura. En sus celdas no hay barrotes porque nadie puede escapar de la Torre de los Diamantes por una ventana. Siempre hay guardianes en su base, pues es la Torre en que se hallan las habitaciones del jeddak; así que si estás planeando que tus mujeres escapen de esa forma, ya puedes ir abandonando la idea.

—Creo que no —repliqué—. Si mi plan funciona, podrán escapar de la Torre de los Diamantes con mucha mayor facilidad que del patio.

—¿Y tú y el resto de los hombres de tu grupo? Aunque logréis descolgarnos desde la ventana de vuestra celda, nunca podréis alcanzar la Torre de los Diamantes sin arruinar la fuga.

—Déjame eso a mí: ten confianza y, si haces tu parte, creo que lograremos escapar.

—¿Esta noche? —preguntó ella.

—No, será mejor esperar hasta mañana por la noche, pues no sé cuánto tiempo nos llevará cortar los barrotes de nuestra celda. Quizás sea mejor que me envíes de vuelta a la celda y que me hagas llegar las herramientas lo más pronto que puedas.

Ella asintió.

—Tienes razón.

—Espera un momento —dije yo—. ¿Cómo encontraré la Torre de los Diamantes?

Ella pareció desconcertada.

—Es la torre central del castillo, y la más alta, pero no sé cómo podrás llegar a ella sin un guía y muchos hombres armados.

—Déjame eso a mí, pero debes ayudarme a encontrar la habitación en que están encerradas las mujeres.

—¿Cómo puedo hacerlo?

—Cuando llegues a su habitación, cuelga un pañuelo de color de su ventana... Un pañuelo rojo.

—¿Y cómo podrás verlo desde el interior del castillo?

—No te preocupes, si mi plan funciona, lo encontraré. Y ahora, por favor envíame a la celda.

Qzara golpeó un gong que tenía a su lado y la esclava Ulah entró en la habitación.

—Llévale el prisionero a Zamak —le ordenó—, para que lo devuelva a su celda.

Ulah me cogió de la mano y me condujo, de nuevo, al pasillo que llevaba a las habitaciones de la jeddara, donde me esperaba Zamak y los guardianes de la Torre de las Turquesas, donde estaban encerrados mis compañeros.

Jat Or profirió una exclamación de alivio cuando vio que entraba en la celda.

—Cuando te llevaron, mi príncipe, pensé que ya no te vería más; pero ahora el destino se porta mejor conmigo. Me acaba de dar dos pruebas de su favor: has vuelto y, cuando la puerta se abrió, logré ver a los táridas que te traían.

—¿Pudiste verlos? —exclamé yo.

—Pude verlos y oírlos.

—Y yo también —afirmó Gar Nal.

—¿Y tú, Ur Jan? —pregunté, puesto que, cuantos más de nosotros los viéramos, mayor serían nuestras posibilidades de éxito, en caso de que se produjera alguna lucha, durante nuestro intento de rescate a las mujeres y escapar.

Ur Jan sacudió la cabeza tristemente.

—Ni los vi ni los escuché.

—No te desanimes —lo alenté—. Tienes que verlos. Persevera y lo conseguirás. Y ahora —proseguí, dirigiéndome a Gar Nal—, tengo algunas buenas noticias. Nuestras naves están a salvo; la tuya aún está en el patio. Les da miedo acercarse a ella.

—¿Y la tuya?

—Flota en el cielo, por encima del castillo.

—¿Trajiste a más gentes contigo de Barsoom? —preguntó Gar Nal. —No.

—Pero debe haber alguien a bordo de la nave, o no podría haber despegado y permanecer bajo control.

—Hay alguien a bordo.

Él pareció perplejo.

—Pues acabas de afirmar que no trajiste a nadie contigo —repuso él, desafiantemente.

—Hay dos guerreros táridas a bordo de ella.

—¿Pero cómo pueden controlarla? ¿Qué pueden saber del intrincado mecanismo de la nave de Fal Silvas?

—No saben nada de él, y no pueden controlarla.

—Entonces, en el nombre de Issus, ¿cómo subió allí?

—Eso es algo que no necesitas saber, Gar Nal. El hecho es que allí está.

—¿Y de qué nos sirve que esté allí, colgada del cielo?

—Creo que puedo recobrarla a su debido tiempo —afirmé, aunque no estaba nada seguro de poder controlarla a tan gran distancia—. No estoy tan preocupado por mi nave, Gar Nal, como por la tuya. Tenemos que recuperarla, porque nuestra tregua expira en cuanto abandonemos el castillo, y no creo que sea bueno, para nosotros, viajar en la misma nave.

Él mostró su aprobación con un gesto, pero vi sus ojos estrecharse astutamente. Traté de adivinar si aquella expresión reflejaría algún pensamiento traicionero, más abandoné la idea con un encogimiento de hombros mental, ya que en realidad no importaba mucho lo que pensara hacer Gar Nal, mientras yo no le quitase los ojos de encima hasta tener a Dejah Thoris a salvo a bordo de mi propia nave.

Ur Jan estaba sentado en un taburete contemplando el vacío, presumí que

concentraba su estúpido cerebro en liberarse del hechizo hipnótico tárída, del cual era presa. Umka estaba hecho un ovillo sobre una alfombra, ronroneando de satisfacción. Jat Or miraba por una de las ventanas.

La puerta se abrió, y todos nos volvimos hacia ella. Ulah, la esclava de la jeddara, entró con una gran vasija de barro y, dejándola en el suelo, retrocedió hacia el pasillo y cerró la puerta con llave.

Yo me dirigí con presteza hacia la vasija y la cogí; al volverme hacia los demás, vi a Ur Jan de pie contemplando la puerta, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué te pasa, Ur Jan? —le pregunté—. Parece como si hubieras visto un fantasma.

—¡La vi! —exclamó él—. ¡La vi! ¡Fantasma o no fantasma, la vi!

—¡Bravo! —aulló Jat Or—. Ahora todos estamos libres de ese maldito sortilegio.

—Dadme una buena espada y pronto estaremos libres —gruñó Ur Jan.

—Primero tendremos que salir de esta habitación —le recordó Gar Nal.

—Creo que en esta vasija encontraremos los medios de escapar —les informé—. Vamos, demos buena cuenta de la comida y ya veremos qué encontramos en el fondo de la jarra.

Todos se congregaron en torno a mí, y comenzamos a vaciar la vasija de la forma más agradable; no habíamos profundizado mucho cuando descubrí tres limas, con las que nos dedicamos, de inmediato, a trabajar en los barrotes de una de las ventanas.

—No los cortéis todos —advertí—. Sólo debilitad tres, de forma que podamos apartarlos cuando llegue la ocasión.

Los barrotes estaban forjados con un metal desconocido, tanto en la Tierra como en Barsoom, o una aleación igualmente misteriosa. Era muy duro. De hecho, al principio parecía ser casi tan duro como nuestras limas; mas finalmente comenzaron a penetrar en él, pese a lo cual nos apercebimos de que iba a ser un trabajo largo y difícil.

Limamos los barrotes toda aquella noche y todo el día siguiente.

Cuando los esclavos nos trajeron comida, dos de nosotros permanecimos mirando por la ventana, asiendo los barrotes, para ocultar la evidencia de nuestra labor; de esta forma logramos terminar sin ser sorprendidos.

Cayó la noche. Se aproximaba la hora en que debía poner a prueba la fase de mi plan que era la clave de la que dependía el éxito o el fracaso de nuestra aventura. Si fallaba, todos nuestros esfuerzos no habrían servido para nada, todas nuestras esperanzas de escapar se desvanecerían. No les había contado a los demás lo que me proponía hacer, y ahora tampoco les puse al corriente de las dudas y temores que me asediaban. Ur Jan miraba por la ventana.

—Podemos apartar estos barrotes en cuanto queramos, pero no veo de qué nos servirá. Aunque atáramos todos nuestros correajes, no alcanzaríamos el tejado del

castillo. Me parece que hemos trabajado para nada.

—Apártate y siéntate —le indiqué—, y mantente callado. Guardad silencio todos; no habléis ni os mováis hasta que yo lo diga.

De todos ellos, solamente Jat Or podía adivinar lo que me proponía, no obstante, todos hicieron lo que les pedía.

Acudieron a la ventana, recorrí el cielo con la vista, pero no vi nada de nuestra nave. Pese a ello, intenté concentrar mis pensamientos en el cerebro mecánico, estuviera donde estuviera. Le ordené que descendiera y se aproximara a la ventana de la torre donde me encontraba. Nunca con anterioridad, en toda mi vida, me había concentrado tanto en una idea. Sentí una reacción tan definida como si hubiese tensado un músculo. Mi frente se perló de gotas de sudor frío.

Detrás de mí, la habitación estaba silenciosa como un tumba; y tampoco a través de la ventana llegaba sonido alguno del durmiente castillo.

Los segundos se fueron arrastrando perezosamente, convirtiéndose en lo que parecía ser una eternidad. ¿Podía haberse salido el cerebro de mi zona de control? ¿Estaba la nave perdida para siempre? Estos temores me acosaron a la vez que mi poder de concentración iba disminuyendo. Mi mente se convirtió en un loco tumulto de esperanzas y dudas contrapuestas, de celos y de repentinas confianzas en el éxito que se desvanecieron en el desánimo tan rápidamente como habían surgido de la nada.

Y entonces, a través del cielo, vi un gran casco negro surgir de la noche y avanzar hacia mí.

Durante un instante la reacción me dejó debilitado, pero apenas recuperé el control de mí mismo, separé a un lado los tres barrotes que habíamos limado.

Los demás, que sin duda habían estado mirando por la ventana desde el lugar donde se encontraban, avanzaron entonces. Pude oír reprimidas exclamaciones de sorpresa, de alivio y de asombro. Volviéndome rápidamente, les avisé que guardaran silencio.

Indiqué al cerebro que acercara la nave a la ventana y me volví de nuevo hacia mis compañeros.

—Hay dos guerreros táridas a bordo. Si encontraron el agua y las provisiones, aún estarán con vida, y no hay razón para que dos hombres hambrientos no lo encontrarán. Por lo tanto, debemos prepararnos para la lucha. Cada uno de esos hombres, sin duda, está armado con una espada larga y una daga. Nosotros estamos desarmados. Tendremos que vencerlos con las manos desnudas.

Me volví hacia Ur Jan.

—Cuando se abra la puerta, dos de nosotros debemos saltar, simultáneamente al camarote, para ver si podemos cogerlos por sorpresa. ¿Saltarás primero conmigo, Ur Jan?

Él asintió, y una tortuosa sonrisa curvó sus labios.

—Sí —dijo—, y será una extraña espectáculo ver a Ur Jan y a John Carter luchando uno al lado del otro.

—Al menos libraremos una buena lucha —dije yo.

—Es una pena —suspiró él—, que esos dos táridas nunca tengan el honor de saber quién los mató.

—Jat Or, tú y Gar Nal seguidnos inmediatamente —e indiqué a Umka, en su propia lengua, que abordara la nave detrás de Jat Or y de Gar Nal, aconsejándole—: Y si la lucha no ha terminado, ya sabrás lo que hacer cuando veas a los dos táridas.

Su boca superior se extendió de una de sus extrañas sonrisas y ronroneó de satisfacción.

Subí al alféizar de la ventana y Ur Jan me imitó. El casco de la nave casi rozaba la pared del edificio; la puerta estaba a solo un pie de nosotros.

—Listos —susurré a Ur Jan, indicando al cerebro, acto seguido, que abriera la puerta con la mayor rapidez posible.

Casi simultáneamente, la puerta quedó abierta, y en el mismo instante, Ur Jan y yo, saltamos dentro del camarote, seguidos por nuestros tres compañeros. En la penumbra del interior, distinguí a dos hombres frente a nosotros y, sin aguardar ni darle tiempo de desenvainar las espadas, me arrojé a los pies del primero, que se estrelló contra el piso. Antes de que pudiera echar mano a su daga, lo así por ambas muñecas y se la fijé contra la espalda.

No presencié cómo se las había arreglado Ur Jan, pero un momento después, con la ayuda de Jat Or y de Umka, ambos táridas estaban desarmados.

Ur Jan y Gar Nal querían matarlos sin más dilación, pero no les presté oído. Puedo matar a un hombre en una lucha justa sin el menor remordimiento de conciencia, pero soy incapaz de matar a sangre fría a un hombre indefenso, aunque éste sea enemigo mío.

Como medida de precaución, los atamos y los amordazamos.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Gar Nal—. ¿Cómo vamos a rescatar a las mujeres?

—En primer lugar, voy a intentar recuperar tu nave —respondí yo—, porque aunque prorrogemos nuestra tregua, tendremos más posibilidades de volver a Barsoom si disponemos de las dos naves, ya que algo podría pasarle a una de ellas.

—Tienes razón —dijo él—, y, además, odiaría perder mi nave. Es el fruto de una vida de estudio y trabajo.

Motivé entonces a la nave para que se elevara y se alejara del castillo hasta perderlo de vista. Había adoptado este rumbo como estrategia para despistar a los táridas, por si algún guardián hubiera visto a la nave maniobrar entre las torres, en cuanto nos hubimos alejado algo, descendí y me aproximé de nuevo al castillo,

volando a baja cota hacia el patio donde se encontraba la nave de Gar Nal.

Me mantuve muy bajo, sobre las copas de los árboles, avanzando sin luces y muy despacio. Apenas sobrepasé las murallas, detuve la nave y examiné el patio que se hallaba debajo de nosotros.

Distinguí claramente las líneas de la nave de Gar Nal, pero no había nadie de guardia, a la vista, en aquella parte del castillo.

Parecía demasiado bonito para ser verdad, y le pregunté a Umka si podía ser posible que el castillo estuviera sin vigilancia durante la noche.

—Hay guardias dentro del castillo toda la noche —me dijo—; y también en el exterior de la Torre de los Diamantes, pero son para guardar a Ul Val de su propio pueblo. No temen que ningún enemigo llegue de más allá de las murallas durante la noche, puesto que nunca han sido atacados salvo de día. Los bosques de Landan están llenos de fieras salvajes, y si un grupo de hombres entran en ellos, de noche, las bestias armarían tal escándalo de rugidos y aullidos que los táridas serían avisados con tiempo de sobra para preparar su defensa, así que, ya ves..., las bestias del bosque son todos los centinelas nocturnos que precisan.

Así, en cuanto me hube cerciorado de que no había nadie en el patio, hice descender la nave junto a la de Gar Nal.

Rápidamente impartí mis instrucciones para lo que iba a seguir.

—Gar Nal, sube a bordo de tu nave y pílotala detrás de mí. Nos dirigimos a la ventana de la habitación donde están confinadas las mujeres. Cuando me detenga al lado del alféizar, abriré ambas puertas de mi nave. Tú abre la puerta de estribor, y sitúala al lado de la mía de forma que, de ser preciso, puedas pasar a través de ella para entrar en la celda de las mujeres. Si están bien custodiadas, podemos necesitar de todas las fuerzas de que disponemos.

CAPÍTULO XXI



En la torre de los diamantes

Vagas sospechas me asediaron cuando vi a Gar Nal entrar en su nave. Parecía presagiar un desastre, una tragedia; mas me daba cuenta de que no se basaba en nada más sustancial que en mi antipatía hacia aquel hombre, así que intenté apartarlas a un lado y dedicar mis pensamientos a la misión que tenía entre manos.

La noche era oscura. Ni Marte ni Duros habían salido. De hecho, había escogido aquella hora para intentar el rescate de Dejah Thoris y su compañera porque sabía que no iban a estar en el cielo.

No tardé en oír los motores de la nave de Gar Nal, que era la señal que habíamos convenido para partir. Despegué del suelo, abandonando el patio, y franqueé los muros, tomando un rumbo que nos alejó de la ciudad. Lo mantuve hasta estar seguro de encontrarme fuera de la vista de cualquier fortuito observador que pudiera habernos descubierto. El negro casco de la nave de Gar Nal avanzaba detrás de nosotros.

Tomé altura, en una amplia espiral, cambiando de rumbo hacia el otro lado del castillo, y luego, al acercarme más, distinguí la alta Torre de los Diamantes.

En algún lugar de aquella destelleante aguja se hallaba Dejah Thoris y Zanda; y, si Qzara no me había traicionado y ningún imprevisto había trastornado sus planes, la jeddara de los táridas las acompañaría.

La honestidad y lealtad de Qzara me preocupaba en algunos momentos. Si me había contado la verdad, tenía todas las razones del mundo para querer escapar de las garras de Ul Vas. Sin embargo, podía no estar tan entusiasmada con la fuga de Dejah Thoris y Zanda.

Confieso que no entiendo a las mujeres. Algunas de las cosas que hacen, sus procesos mentales, son a menudo inexplicables para mí. Sí, soy un tonto al respecto; pero no tan estúpido como para no haber notado la actitud de Qzara hacia mí, en el mero hecho de que me hubiera mandado llamar, algo que podía ser contrario a los intereses de la Princesa de Helium.

Qzara, jeddara de los táridas, no era sin embargo, el único factor dudoso en el problema que tenía que afrontar. No me fiaba de Gar Nal. Dudo que cualquiera que le haya mirado alguna vez a los ojos pueda confiar en él. Ur Jan era mi enemigo

declarado. Sus intereses demandaban que acabara conmigo o que me traicionara.

Zanda ya debía de haber sabido, por medio de Dejah Thoris, que yo era John Carter, Príncipe de Helium. Este conocimiento la liberaría, sin duda, de todo sentimiento de obligación hacia mí; y no podía olvidar que ella había jurado matar a John Carter en la primera oportunidad que se le presentase. Esto me dejaba sólo con Jat Or y Umka, en quienes sí poder confiar; y, en realidad, no confiaba demasiado en Unika. Sus intenciones podían ser buenas, mas, ignorando su coraje y habilidad en el combate, no podía estar seguro de que el hombre—gato de Ladan fuera un aliado digno de tener en cuenta. Mientras estas deprimentes ideas revoloteaban por mi cerebro, hice que la nave descendiera lentamente hacia la Torre de los Diamantes y la rodeara; no tardé en ver un pañuelo rojo colgado del alféizar de una de las iluminadas ventanas.

La nave se acercó silenciosamente. Las puertas de ambos lados del camarote estaban abiertas para permitir a Gar Nal cruzar hacia las ventanas de la torre.

Me situé en el umbral de la salida de estribor, listo para saltar por la ventana en cuanto la nave estuviera lo bastante cerca.

El interior de la habitación no estaba bien iluminada, mas a la débil luz, distinguí las figuras de tres mujeres, y mi corazón latió con renovados bríos.

El descubrimiento del pañuelo rojo no me había acabado de satisfacer, ya que pensaba que podía ser una trampa: pero la presencia de las tres mujeres en la cámara, parecía ser una evidencia razonable de que Qzara había desempeñado lealmente su parte en el trato.

Según la nave se acercaba al alféizar, me preparé para saltar a la habitación, y, apenas había saltado, escuché una voz de alarma debajo de mí, en la base de la torre. Habíamos sido descubiertos.

Cuando toqué el suelo de la cámara, Dejah Thoris lanzó una exclamación de alegría:

—¡Mi señor! Sabía que vendrías. Sabía que me seguirías a cualquier lugar que me llevaras.

—Hasta el fin del universo, mi princesa —contesté.

Aquel grito de aviso que indicaba que habíamos sido descubiertos no dejaba tiempo para saludos ni explicaciones, y tampoco Dejah Thoris ni yo revelaríamos ante extraños los sentimientos que anidaban en nuestros pechos. Hubiera querido acercarla a mi corazón, estrechar su hermoso cuerpo contra el mío, cubrir sus labios de besos; mas en vez de ello me limité a decir:

—Ven, debemos abordar la nave de inmediato. La guardia ha dado la alarma.

Zanda se me acercó y me agarró el brazo.

—Sabía que vendrías, Vandor —me dijo.

No pude comprender por qué utilizaba aquel nombre. ¿Acaso Dejah Thoris no le

había dicho cómo me llamaba? Qzara también conocía mi nombre. Parecía increíble que no lo hubiera mencionado, al contar a las dos mujeres, el rescate planeado y quién iba a ejecutarlo.

La jeddara de los táridas no me saludó. Me contempló escrutadoramente, con los párpados semicerrados, a través del sedoso fleco de sus largas pestañas, y cuando mi mirada se tropezó con la suya, creí reconocer en ella una pizca de malicia: pero quizás fueron sólo imaginaciones mías y, ciertamente, no tenía tiempo para analizar sus emociones.

Al volverme hacia la ventana con Dejah Thoris, me quedé de una pieza. ¡Las naves se habían ido!

Corriendo hacia el vano, me asomé para mirar; las vi a ambas a mi izquierda, avanzando en la noche.

¿Qué había hecho fracasar mis planes en el mismo instante del éxito? Las tres mujeres compartían mi consternación.

—¡La nave! —exclamó Dejab Thoris.

—¿Adonde se ha ido? —gritó Qzara.

—Estamos perdidos —afirmó Zanda, escuetamente—. Oigo gente subiendo por la escalera.

Repentinamente, me di cuenta de lo que había sucedido. Había ordenado al cerebro que se acercara a la ventana, pero no le había indicado que se detuviese. Al saltar yo, la nave se había alejado antes de que mis compañeros pudieran seguirme; y Gar Nal, desconociendo lo ocurrido, había continuado siguiéndola tal como yo le había ordenado.

Al instante, centré mis pensamientos en el cerebro mecánico, indicándole que llevara a la nave de vuelta a la ventana y que la detuviera allí. Los reproches ya no servían de nada, pero no podía dejar de ser consciente de que mi negligencia había comprometido la seguridad de mi princesa y de todos a los que habían contado conmigo para que los protegiera.

Podía oír claramente a los guerreros acercarse. Subían con rapidez. Desde la ventana vi a ambas naves dar la vuelta. ¿Llegarían antes de que fuese demasiado tarde? Ordené al cerebro que se acercara, con seguridad, a la mayor velocidad posible. La nave saltó adelante en respuesta a mis deseos. Los guerreros estaban ya muy cerca. Estimé que debían de estar a punto de llegar al piso de abajo. Un momento más y alcanzarían la puerta.

Yo llevaba la espada larga de uno de los guerreros táridas que habíamos capturado en el camarote de la nave, pero ¿podría una simple espada prevalecer mucho tiempo contra la multitud que estaba subiendo?

Las naves se acercaron más, estando la de Gar Nal casi a mi altura. Vi a Jat Or y a Ur Jan de pie en la puerta de la nave de Fal Silvas.

—Se ha dado la alarma y los guerreros están casi en la puerta —les comuniqué—. Intentaré contenerlos mientras vosotros subís a las mujeres a bordo.

Mientras hablaba, escuché al enemigo al otro lado de la puerta de la cámara.

—Acercaos a la ventana —ordené a las tres mujeres—, y subid a la nave en cuanto toque el alféizar, —y crucé rápidamente la habitación, espada larga en mano.

Apenas habíamos llegado ante la puerta, cuando ésta se abrió; una docena de guerreros se agolparon en el pasillo. El primero que saltó dentro de la habitación se ensartó limpiamente en mi espada. Murió con un único y penetrante aullido y, cuando retiré mi acero de su corazón, cayó muerto a mis pies.

En el breve instante en que mi arma estuvo así ocupada, tres hombres más se abrieron paso, empujados por los de atrás.

Uno me lanzó una estocada, al tiempo que otro lanzaba un terrorífico tajo contra mi cabeza. Yo paré la estocada y esquivé el tajo, y acto seguido mi hoja le hendió en el cráneo a uno de ellos.

Durante un momento, con la alegría de la batalla, olvidé todo lo demás. Sentí mis labios tensos en la sonrisa de combate famosa en dos mundos. Una vez más, como en muchas otras batallas, mi acero parecía inspirado; pero los táridas no eran malos espadachines, ni cobardes. Se abrieron paso en la habitación por encima de los cadáveres de sus compañeros.

Con tan fiero entusiasmo luchaba en defensa de mi princesa, que creo que podía haber dado cuenta de ellos sin muchas dificultades: pero, rampa abajo, escuché las pisadas de muchos pies y el ruido de muchos aceros. ¡Llegaban refuerzos!

Hasta entonces, había sido un combate glorioso. Seis enemigos muertos yacían en torno a mí; pero ahora los otros seis habían logrado entrar todos en la habitación, cosa que no me habría afectado lo más mínimo de no estar oyendo el estruendoso retumbo de todos aquellos pies subiendo rápidamente.

Me enfrentaba a un fornido enemigo, que procuraba hacerme retroceder, cuando uno de sus compañeros intentó colocarse a mi costado y distraer mi atención, mientras otro se deslizaba hacia el flanco opuesto.

Mi situación era, como poco, apurada, porque el tipo que tenía delante no era sólo un fortachón, sino también un espléndido esgrimista; y entonces vi una espada relampaguear a mi derecha y otra a mi izquierda. Dos de mis adversarios pasaron a mejor vida, y un rápido vistazo me mostró que Ur Jan y Jat Or luchaban a mi lado.

Mientras los tres táridas supervivientes se adelantaron bravamente para ocupar los puestos de sus camaradas caídos, llegó la vanguardia de sus refuerzos; una perfecta avalancha de guerreros vociferantes penetró en la habitación.

Cuando al fin logré librarme de mi antagonista, tuve una oportunidad para mirar detrás de mí.

Vi a las tres mujeres y a Umka en la habitación y a Gar Nal de pie sobre el

alféizar de la ventana.

—¡Rápido, Gar Nal! —grité—. ¡Sube a las mujeres bordo!

Durante los minutos siguientes estuve tan ocupado como no recuerdo haberlo estado en toda mi vida. Los táridas habían logrado rodearnos por todas partes. Me enfrentaba, constantemente, a dos o tres guerreros a la vez. No pude ver lo que pasaba en el resto de la habitación, pero mis pensamientos estuvieron constantemente con Dejah Thoris y su seguridad; y, repentinamente se me ocurrió que si todos los que estábamos luchando allí resultábamos muertos, ella quedaría indefensa en poder de Gar Nal. Jat Or combatía a mi lado.

—¡La princesa! —le grité—; está sola en la nave con Gar Nal. Si nos matan a los dos, está perdida. Ve con ella en seguida.

—¿Abandonándote a ti, mi príncipe? —dijo vacilante él.

—No es una petición, Jat Or; es una orden.

—Sí, mi príncipe —contestó él, abriéndose camino hacia la ventana.

—Ayúdame, Ur Jan —ordené.

Los tres logramos abrir un pasillo, para que Jat Or pudiera alcanzar la ventana y, mientras nos defendíamos de espaldas a ella, vi algo que me llenó de consternación. A un lado, forcejeando en brazos de dos guerreros, se hallaba Qzara, la Jeddara de los táridas.

—Sálvame, John Carter —gritó ella—. Sálvame o me matarán.

No podía hacer otra cosa. Ningún otro comportamiento hubiera sido honorable. Qzara había hecho posible nuestra fuga. Quizá gracias a ella, Dejah Thoris se había salvado. Era mi propia estupidez la que nos había colocado en aquella posición, que ahora podía constituir una amenaza definitiva para la vida de la Jeddara.

Jat Or, Ur Jan y yo habíamos logrado acabar a cuchilladas, con los guerreros que nos enfrentábamos directamente, y los demás, probablemente los menos valientes del grupo, parecían vacilar en atacarnos inmediatamente.

Me volví hacia mis compañeros.

—Subid a bordo, rápido, y defended la puerta de la nave hasta que traiga a la Jeddara.

Mientras, me dirigí hacia los guerreros que tenían presa a Qzara, vi a Umka a mi lado. Se había desenvuelto muy bien en el combate, pese a no llevar espada, cosa que, al principio, no comprendí, ya que había un montón de espadas de repuesto a bordo de la nave; mas posteriormente averigüé que no es costumbre de los masenas luchar con espadas y dagas, con cuyo uso no están familiarizados.

En aquel encuentro había visto cómo combatía, dándome cuenta de que sus poderosos músculos y las terribles mandíbulas, de su boca inferior, eran armas más que adecuadas contra espadachines, ayudada por la felina agilidad del masena.

Umka había sufrido varias heridas, y sangraba profundamente como, de hecho,

sangrábamos todos nosotros, pero pensé que ya había sufrido bastante y le ordené que volviera a la nave. Puso objeciones, al principio, mas al fin se fue, y quedé solo en la habitación con los táridas restantes.

Sabía que mi posición era desesperada, pero no podía dejar morir a aquella mujer que me había ayudado.

Mientras saltaba hacia delante, para enfrentarme a sus captores, vi a otro contingente de refuerzos irrumpir en la habitación.

Ahora sí estaba perdido.

Los recién llegados no me prestaron atención, sino que se abalanzaron directamente hacia la ventana, donde estaba la nave. Si lograban alcanzarla, la suerte de Dejah Thoris estaba echada.

Sólo había una forma de evitar sus designios, aunque significaba mi perdición.

Los dos hombres que sostenían a Qzara estaban esperando mi ataque, mas yo me detuve el tiempo suficiente para lanzarle una orden al cerebro mecánico de la nave de Fal Silvas.

Eché un rápido vistazo hacia la nave. Ur Jan y Umka, se encontraban en el umbral de la entrada: Jat Or no estaba allí, pero en el mismo instante en que la nave comenzó a moverse, en respuesta a mi orden, el joven Padwar apareció a la vista.

—¡Mi príncipe! —gritó—, hemos sido traicionados. Gar Nal ha huido con Dejah Thoris en su propia nave.

Entonces los táridas cayeron sobre mí. Un golpe en la cabeza me proporcionó una misericordiosa inconsciencia.

CAPÍTULO XXII



En el sombrío calabozo

Envuelto por la oscuridad, rodeado por un silencio sepulcral, recuperé la consciencia. Estaba tumbado sobre un frío suelo de piedra. Me dolía la cabeza; cuando me la palpé con las manos, encontré mi pelo enmarañado y rígido por la sangre seca.

Mareado, me senté trabajosamente y luego me incorporé. En ese momento, me di cuenta de que no debía estar herido seriamente, y comencé a reconocer mi entorno.

Moviéndome con cautela, avanzando a ciegas por la oscuridad, con las manos extendidas ante mí, pronto alcancé una pared de piedra. La seguí durante una breve distancia hasta descubrir una puerta. Era toda una señora puerta, sólidamente afianzada a sus goznes.

Seguí moviéndome, di la vuelta a la habitación y llegué de nuevo a la puerta. Mi nueva celda era muy pequeña. No tenía nada que ofrecer, ni a mis ojos ni a mis oídos. Comencé a darme cuenta en qué clase de mundo viven los ciegos y los sordos.

Sólo me quedaban los sentidos del gusto, el olfato y el tacto. El primero, por supuesto, no me servía de nada en aquellas circunstancias; mi nariz identificó un olor ácido y mohoso, pero no tardé en acostumbrarme a él y dejé de reaccionar a sus estímulos. Entonces me restaba únicamente el tacto. Una pared de piedra rota por una puerta de madera... tal era mi mundo.

Me pregunté cuánto tiempo llevaría allí. Era como estar enterrado vivo. Sabía que tenía que fortalecer mi voluntad contra aquella horrible monotonía, con la pared, la puerta y mis pensamientos, como único horizonte.

¡Mis pensamientos! No eran agradables. Pensé en Dejah Thoris, sola en poder de Gar Nal; pensé en el pobre Jat Or, prisionero en una nave que no sabía conducir, en compañía de Ur Jan, el brutal asesino de Zodanga. Sabía lo que debía estar pensando, sin saber nada de mí, y sintiendo que sólo a él le competía ahora la seguridad de Dejah Thoris, a quien se vería incapaz, tanto de proteger como de vengar.

Pensé en la pobre Zanda, con la cual el destino había sido tan cruel, condenada a una muerte casi segura sobre aquel distante satélite. Y Umka. Bueno, Umka esperaba morir de todas formas, así que el conocerme no había empeorado su suerte.

Pero el pensamiento más amargo, de todos, era que mi propio descuido había

provocado el desastre sobre todos los que confiaban en mí, para que los protegiera.

Así, estúpidamente, añadí torturas mentales a la monotonía de aquellas horas interminables.

El fúnebre agujero en el que estaba encarcelado era frío y húmedo. Supuse que me habían colocado, en un pozo subterráneo, que ninguna nave podría alcanzar. Mis músculos estaban tensos; la sangre corría lentamente por mis venas; me hundí en la desesperación.

Mas no tardé en darme cuenta de que si me abandonaba a mis mórbidas reflexiones, estaba perdido de verdad. Una y otra vez me recordé a mí mismo, que aún seguía con vida. Me dije que la vida era dulce, que mientras sobreviviera, siempre me restaría alguna posibilidad de redimirme y volver al mundo una vez más para servir a mi princesa.

Comencé a dar vueltas por mi celda, recorriéndola varias veces, hasta familiarizarme con sus dimensiones; y después corrí a un lado y a otro, de frente y de espalda; y, como un boxeador haciendo sombra, amagué, finté y paré, hasta sentir de nuevo el pulso de mi sangre, el calor de la vida renovando mi vitalidad y lavando, de mi cerebro, los sedimentos de mis tontas preocupaciones.

No podía hacer aquello constantemente, así que intenté encontrar otras diversiones, contando los ladrillos de mi celda. Comencé, por la puerta y seguí hacia la derecha. No era el pasatiempo más apasionado al que me había dedicado, pero al menos la idea de que pudiera encontrar alguna piedra suelta cubriendo la salida a otra cámara y a la libertad, le añadía una pizca de excitación. De esta forma me ayudaba mi imaginación a aliviar los horrores de la oscuridad y del silencio.

Por supuesto, era incapaz de medir el tiempo, ignoraba cuánto llevaba encerrado. Finalmente me entró sueño. Me eché sobre el húmedo y frío suelo.

Cuando desperté, no sabía cuántas horas había dormido, pero como me encontraba mucho más fresco, deduje que había dormido el mismo tiempo que solía hacer cada noche.

Una vez más, sentí la humedad y el frío, y de nuevo me dediqué a hacer ejercicio para restablecer mi circulación sanguínea; en ello estaba cuando oí ruidos tras la puerta de mi celda.

Me detuve y escuché por si se acercaba alguien. Aguardé, mirando en la dirección que sabía estaba la puerta; no tardó en abrirse y en brillar una luz.

Era una luz cegadora para unos ojos acostumbrados a la oscuridad total de la celda. Tuve que volver la cabeza y cubrirme los ojos con la mano.

Cuando pude mirar otra vez, vi a un único guerrero que llevaba una antorcha, un cuenco con comida y una jarra de agua.

Había abierto la puerta lo suficiente para permitirle entrar los receptáculos y colocarlos en el suelo de la celda. Me fijé en que una gruesa cadena impedía que la

puerta se abriese más, a la vez que evitaba que yo atacara a mi carcelero y escapase.

El tipo levantó la antorcha sobre su cabeza y me miró; al meter la antorcha por la rendija, la luz iluminó el interior de la celda, o al menos hasta unas vigas gruesas de madera tendidas de lado a lado de la celda, a unos veinte pies de altura.

—Así que después de todo no estás muerto —comentó el guerrero.

—Eso es bastante más de lo que puede decirse de muchos de los que lucharon conmigo en la Torre de los Diamantes —repliqué—, ¿o no fue anoche?

—No, fue anteanoche. Debe haber sido una buena lid. No estuve allí, pero todo el castillo no ha parado de comentarlo desde entonces. Los que lucharon contra ti dicen que eres el mejor espadachín que ha existido nunca. Les gustaría que te quedases aquí y lucharas a favor de nosotros, en vez de en contra nuestra, pero el viejo Ul Vas está tan furioso que no le satisfará otra cosa que tu muerte.

—Ya me imagino que no le debo caer muy simpático —convine.

—No, por mi vida que no. Ya es bastante malo que te escaparas con todos los prisioneros, pero intentar llevarte contigo a la Jeddara... ¡fíu!, voto a tal que ésta si que estuvo bien. Dicen que el motivo por el que aún estás vivo, es porque aún no se le ha ocurrido un suplicio adecuado para tu crimen.

—¿Y la Jeddara? ¿Qué ha sido de ella?

—La ha hecho encerrar; también ella morirá. Me imagino que planea ejecutaros a ambos al mismo tiempo, y, probablemente, de la misma manera. Es una pena acabar con un espadachín tan bueno como tú, pero te aseguro que va a ser interesante. Espero que tenga yo la suerte de presenciarlo.

—Sí, y yo espero que lo disfrutes.

—Todo el mundo lo disfrutará, salvo Qzara y tú —dijo él amablemente, y retiró la antorcha y cerró la puerta; escuché sus pasos alejarse.

Busqué a tientas la comida y el agua, puesto que estaba tan hambriento como sediento; y, mientras comía y bebía, especulé sobre lo que me había contado y sobre lo que había visto a la luz de la antorcha.

Las vigas, a veinte pies del suelo, me intrigaban. Encima de ellas no parecía haber nada, salvo un oscuro vacío, como si el techo de la celda estuviera mucho más alto.

Al terminar mi comida, me decidí a investigar qué había encima de aquellas vigas. En Marte, mis músculos terrestres me permiten saltar alturas extraordinarias. Recordé, según mis cálculos, que un terrestre de una buena altura en Thuria, podría alcanzar, saltando, una altura de 70 metros. Me daba cuenta, por supuesto, de que mi tamaño se había reducido de forma que, en proporción a Thuria, yo era más grande de lo que había sido en Barsoom: más aún así estaba seguro de poder saltar con mis músculos terrestres a más altura que cualquier habitante de Landan.

Mientras me disponía a poner en práctica mi plan, me apercibí del muy serio obstáculo que la total oscuridad presentaba a su realización. Era incapaz de ver las

vigas. Si saltaba hacia ellas, podía bien darme de cabeza contra ellas, con resultado muy doloroso, si no fatal.

Cuando uno no ve, es difícil darse cuenta de lo alto que salta, pero yo no tenía ni luz ni medio alguno de procurármelo, así que todo lo que podía hacer era tener cuidado y confiar en la suerte.

Intenté saltar cada vez un poco más alto, con las manos extendidas sobre la cabeza, este método mostró ser eficaz, puesto que eventualmente golpeé la viga.

Salté de nuevo para comprobar su posición y, finalmente, di un salto y la así con ambas manos. Subiéndome a pulso, avancé a tientas hasta la pared. Allí me puse de pie y tanteé por encima de mí, sin tocar nada.

Luego acudí al otro lado de la viga, y tampoco encontré nada que me diera un rayo de esperanza.

Hubiera sido suicida proseguir la investigación, saltando hacia arriba, desde la viga, así que me dejé caer, de nuevo, al suelo. Acto seguido me subí a otra viga y efectué una investigación similar, con los mismos resultados.

Así, de viga en viga, exploré el vacío hasta donde pude alcanzar, pero el resultado fue siempre el mismo.

Mi decepción era inmensa. En una situación como la mía, uno se aferra a cualquier oportunidad por los pelos. En ella pone todas sus esperanzas, su futuro y su propia vida. Y cuando comprueba que era inadecuado para soportar el peso de tanta responsabilidad, uno se hunde en las más negras profundidades de la desesperación.

Pero no debía admitir la derrota. Las vigas estaban allí, y parecía que la providencia las había colocado allí para que yo las usara de una forma u otra.

Me estrujé el cerebro en busca de algún plan para escapar. Me sentía como una rata acorralada en una trampa, y mi mente comenzó a funcionar con toda la astucia de una bestia salvaje que intenta escapar de una celda.

Pronto se me ocurrió una idea. Me pareció enviada por el Cielo, pero esto se debió probablemente más a que fue el único plan que se me ocurrió, que a su mérito intrínseco. Era un plan salvaje, atolondrado, que dependía de muchos factores que yo no podía controlar. El destino tenía que ser muy benigno conmigo para que tuviera éxito.

Vino a mí mientras estaba desconsolado, a horcajadas sobre la última viga que investigué. Inmediatamente me dejé caer al suelo y, pegándome a la puerta me puse a escuchar.

Desconozco cuánto tiempo pasé allí. Cuando la fatiga me dominó, me tumbé en el suelo y dormí con una oreja junto a la puerta. No abandoné aquel lugar. Realicé mis ejercicios, botando sobre el mismo punto, junto aquella vital puerta.

Finalmente, mis oídos recibieron la recompensa que había estado esperando: oyeron acercarse unos pasos. Unos pies se arrastraban a lo lejos; pude oír así mismo

el ruido del metal contra metal. Los sonidos fueron incrementándose en volumen. Un guerrero se aproximaba.

Salté a la viga más cercana a la puerta y, aguardé allí, acuclillado como un animal de presa.

Las pisadas se detuvieron ante mi celda. Escuché cómo las barras se deslizaron fuera de sus pestillos que aseguraban la puerta, y acto seguido la puerta se abrió y apareció una luz. Vi un brazo extenderse y depositar una jarra de comida y agua en el suelo. Luego apareció una antorcha encendida, seguida por la cabeza de un hombre. El tipo miró por la celda.

—¡Eh! —gritó—. ¿Dónde te has metido?

No era la voz del hombre que me había traído la comida la vez anterior. Yo no contesté.

—¡Por la corona del Jeddak! —musitó él—. ¿Se habrá escapado?

Lo oí trajar en la cadena que evitaba que la puerta se abriera más de unas pulgadas, y mi corazón dejó de latir. ¿Podría ser que mis locas esperanzas fueran a realizarse? De aquella descabellada posibilidad dependían todos mis restantes proyectos.

La puerta acabó de abrirse, y el hombre penetró cautelosamente en la celda. Era un guerrero robusto. Llevaba la antorcha en la mano izquierda, y con la diestra empuñaba una afilada espada larga. Avanzó con precaución, mirando a su alrededor a cada paso. Aún estaba demasiado cerca de la puerta. Atravesó mi celda muy lentamente, mascullando para sí, y lo seguí por la viga como una pantera seguiría a su presa en la oscuridad del techo. Comenzó a retroceder, farfullando todavía exclamaciones de asombro, cuando pasó por debajo de mí, me lancé sobre él.

CAPÍTULO XXIII



Al abalanzarme sobre el guerrero y derribarlo, sus gritos resonaron por toda la celda y el pasillo, pareciéndome más que suficientes para atraer sobre mí a todos los hombres del castillo.

La luz de la antorcha se extinguió al caer el hombre al suelo, luchamos en la mayor oscuridad. Mi primera intención era acallar sus gritos, y lo logré en cuanto mis dedos encontraron su garganta.

Parecía casi milagroso que mis sueños se estuvieran verificando casi paso a paso, prácticamente tal como los había concebido; esta idea me otorgó confianza en que quizá la buena fortuna continuaría amparándome hasta que me encontrara a salvo de las garras de Ul Vas.

El guerrero con el que pugnaba sobre el suelo de piedra de aquella oscura celda del castillo de los táridas, era un hombre de fuerza física corriente, así que no tardé en derrotarlo.

Probablemente conseguí hacerlo antes de lo que hubiera tardado normalmente debido a que, apenas le aferré la garganta, le prometí que no lo mataría si dejaba de resistirse y de gritar.

El tiempo era un factor decisivo porque, aunque el aullido de aquel hombre no hubiese sido advertido por sus camaradas escalera arriba, mandarían a alguien a investigar casi con toda seguridad, si no volvía a cumplir sus restantes obligaciones en un tiempo razonable. Para lograr escapar, tenía que salir de allí de inmediato; así que, una vez que le hice mi oferta al guerrero y éste dejó de forcejear, aflojé mi presa en su garganta, para que pudiera aceptar o rehusar mi proposición.

Era un hombre razonable y aceptó.

Lo até inmediatamente con su propio arnés y, como precaución adicional, le introduje una mordaza en la boca. Acto seguido, lo liberé del peso de su daga y, tanteando en el suelo, encontré la espada larga que había dejado caer cuando lo atacé.

—Y ahora adiós, amigo mío —le dije—. No te sientas humillado por tu derrota. Hombres mucho mejores que tú han caído ante John Carter, príncipe de Helium —y salí, cerrando la puerta detrás de mí.

El pasillo estaba muy oscuro. Yo apenas sí había vislumbrado, brevemente, un trozo cuando me habían traído la comida el otro día.

Me había parecido que el pasillo corría perpendicular a la puerta de mi celda, y anduve a tientas en esa dirección para abrirme paso. Debería haber avanzado lentamente por aquel pasadizo desconocido, mas no lo hice, pues sabía que si habían oído los gritos del guerrero en el castillo, no tardarían en enviar a alguien a investigar y, sin duda alguna, no quería encontrarme con el grupo de hombres armados en aquel callejón sin salida.

Guiándome por la pared con una mano, avancé con rapidez; había progresado unas cien yardas cuando vi una vaga luz. No me pareció la luz amarillenta de una antorcha sino la luz del día, aunque muy difusa.

La claridad de la luz iba aumentando según me aproximaba, y no tardé en llegar al pie de la escalera de lo alto de la cual procedía.

Hasta ese momento, no había oído nada que me indicara que alguien venía a investigar, así que subí las escaleras con un sentimiento de cierta seguridad.

Entré en el piso superior con la máxima precaución. Estaba mucho más iluminado. Era un corto pasillo con una puerta a cada lado y una salida en cada extremo. La salida opuesta a mí daba a otro pasillo transversal. Me dirigí hacia ella velozmente, puesto que ya podía ver mi camino con bastante claridad, dado que el pasillo, aunque sombrío, estaba mucho mejor iluminado que aquel del cual yo provenía.

Me felicitaba por mi buena suerte e iba a doblar la esquina cuando me tropecé de lleno con una figura.

Era una mujer. Probablemente se había asustado más que yo, y empezó a gritar.

Yo sabía que, por encima de todo, tenía que evitar que diera la alarma y la agarré, tapándole la boca con la mano.

En el momento en que topé con ella acababa de doblar la esquina del otro pasillo, siéndome visible en toda la longitud, y, mientras la silenciaba, vi a dos guerreros aparecer por el otro extremo. Venían en mi dirección. Evidentemente, me había congratulado demasiado pronto.

De no ser por el estorbo de mi cautiva, podría haber encontrado un escondite o, de no ser así, haberles tendido una emboscada, en el pasillo más oscuro, y matarlos antes de que pudieran dar la alarma: pero allí me encontraba con ambas manos ocupadas, una de ellas sujetando a la forcejeante muchacha y la otra impidiéndole gritar.

No podía matarla, y si la soltaba tendría todo el castillo encima de mí en un instante. Mi situación parecía totalmente desesperada, pero no por ello dejé de tener confianza. Había llegado hasta allí; no podía, no debía admitir la derrota.

Entonces recordé las dos puertas que había visto en el pasillo anterior. Una de ellas estaba sólo a unos pasos detrás de mí.

—Manténte callada y no te haré daño —le susurré, arrastrándola a lo largo del pasillo hacia la puerta más cercana.

Afortunadamente, no estaba cerrada con llave, pero desconocía lo que hallaría al otro lado. Tenía que pensar rápidamente, y decidir qué hacer si estaba ocupada. Una sola cosa parecía factible: empujar dentro a la mujer y correr hacia atrás para enfrentarme a los dos guerreros que había visto acercarse. En otras palabras, abrirme paso fuera del castillo de Ul Vas luchando... Un plan loco, con medio millar de guerreros dispuestos a cortarme el paso.

Mas la habitación no estaba ocupada, como pude ver en cuanto entré, ya que estaba bien iluminada por varias ventanas.

Cerrando la puerta permanecí, con mi espada en mano, pegada a ella, escuchando. No miré a la mujer que tenía en mis brazos; estaba demasiado concentrado intentando percibir el avance de los dos guerreros que había visto. ¿Tomarían aquel pasillo? ¿Vendrían a aquella misma habitación?

Debí haber aflojado inconscientemente mi presión sobre los brazos de la muchacha, puesto que, antes de que pudiera evitarlo, apartó mi mano y habló.

—¡John Carter! —exclamó en voz baja.

La miré sorprendido y la reconocí. Era Ulah, la esclava de Qzara, la Jeddara de los táridas.

—Ulah —dije ansiosamente—, por favor, no me obligues a hacerte daño. No deseo dañar a nadie del castillo, sólo quiero escapar. Mucho más que mi vida depende de ello, tanto depende que, si fuera necesario, para mis propósitos, quebrantar la ley no escrita que prohíbe a los miembros de mi casta matar a una mujer, lo haría.

—No tienes por qué temerme, no te traicionaré.

—Eres una mujer prudente. Has comprado tu vida muy barata.

—No es por salvar mi vida por lo que lo he prometido. No te traicionaré de todas formas.

—¿Por qué? No me debes nada.

—Quiero a mi señora Qzara —dijo ella simplemente.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No perjudicaré a nadie a quien mi señora ame.

Por supuesto, yo sabía que Ulah estaba fantaseando, dejando volar su imaginación más de la cuenta, mas como no importaba lo que creyese, en tanto que sus creencias me ayudase a escapar, no la contradije.

—¿Dónde está ahora tu ama?

—En esta misma torre. Está encerrada en una habitación directamente encima de ésta, en el piso de arriba. Ul Vas la guarda ahí hasta que esté preparado para acabar con ella. ¡Oh, sálvala, John Carter, sálvala!

—¿Cómo sabes mi nombre, Ulah?

—La Jeddara me lo dijo. Hablaba constantemente de ti.

—Tú estás más familiarizada con el castillo que yo, Ulah. ¿Existe algún camino por el que pueda llegar hasta la Jeddara? ¿Puedes enviarle un mensaje? ¿Podemos sacarla de su celda?

—No. La puerta está cerrada con llave y hay dos guerreros de guardia día y noche.

Me acerqué a la ventana y miré por ella. No parecía haber nadie a la vista. Me asomé todo lo que pude y miré hacia arriba. Vi otra ventana, a unos quince pies, por encima de mí. Volví con Ulah.

—¿Estás segura de que la Jeddara está en la habitación de arriba?

—Lo sé —respondió ella.

—¿Y quieres ayudarla a escapar?

—Sí, no hay nada que no hiciera para servirla.

—¿Para qué se usa esta habitación?

—Ahora para nada. Puedes ver que todo está cubierto de polvo. Hace mucho tiempo que no se utiliza.

—¿Crees que es posible que vengan aquí? ¿Crees que estaré seguro escondido aquí hasta que se haga de noche?

—Estoy segura de que estarás perfectamente a salvo. No se me ocurre por qué razón podría entrar alguien aquí.

—¡Bravo! ¿De verdad quieres ayudar a escapar a tu ama?

—De todo corazón. No soportaría verla morir.

—Entonces, puedes ayudarla.

—¿Cómo?

—Trayéndome una cuerda y un gancho fuerte. ¿Crees que puedes hacerlo?

—¿De qué largo quieres la cuerda?

—De unos veinte metros.

—¿Cuándo la necesitas?

—En cualquier momento en que puedas traerla sin peligro, antes de medianoche.

—Puedo conseguirla. Iré inmediatamente.

Tenía que fiarme de ella, no me quedaba más remedio, de modo que la dejé marchar.

Después de que se hubo marchado y hube cerrado la puerta detrás de ella, encontré un sólido pestillo en su interior, y la cerré para que nadie pudiera entrar inesperadamente en la habitación y tomarme por sorpresa. Y me senté a esperar.

Fueron aquellas unas horas muy largas. No podía dejar de preguntarme si había hecho bien al confiar en la esclava. ¿Qué sabía de ella? ¿Qué lealtad la ataba a mí, salvo el tenue lazo engendrado por su estúpida imaginación? Quizás ya hubiera dispuesto mi captura. No sería nada sorprendente que algún guerrero fuera su amante,

ya que era bastante hermosa. ¿De qué mejor forma podría servirle que comunicando el lugar de mi escondite, proporcionándole la ocasión de capturarme y tal vez, con ello, la de ganar un ascenso?

Hacia el fin de la tarde, cuando escuché unas pisadas acercarse por el pasillo hacia mi escondite, los primeros sonidos que había oído desde la partida de Ulah, estuve seguro de que eran guerreros que venían a atraparme. Me determiné a vender cara mi vida, y me coloqué ante la puerta con mi espada larga dispuesta en la mano. Pero los pasos me sobrepasaron. Se movían en dirección a la escalera por la que yo había venido desde mi celda.

No mucho después, los oí retornar. Varios hombres hablaban excitadamente, pero no pude captar sus palabras a través de la gruesa puerta. Respiré de alivio cuando dejé de oírlos; mi confianza en Ulah comenzó a aumentar.

Anocheció. Comenzaron a brillar luces en muchas de las ventanas visibles desde la habitación en que me hallaba.

¿Por qué no volvía Ulah? ¿No había encontrado una cuerda y un gancho? ¿Qué o quién la detenía? ¿Qué absurdas preguntas se hace uno al borde de la desesperación!

De pronto, escuché un ruido ante la puerta. No había oído aproximarse a nadie pero alguien empujaba la puerta, intentando entrar. Me acerqué y pegué mi oreja al panel.

—Abre, soy Ulah —oí entonces.

Sentí gran alivio al descorrer el pestillo y admitir a la esclava. La habitación estaba bastante oscura, tanto que no podíamos vernos el uno al otro.

—¿Creíste que no iba a volver, John Carter? —preguntó ella.

—Comenzaba a tener mis dudas. ¿Conseguiste las cosas que te pedí?

—Sí, aquí están —dijo ella, y sentí una cuerda y un gancho entre mis manos.

—¡Muy bien! —exclamé—. ¿Has sabido algo que pueda ser de ayuda para mí o a la Jeddara mientras estabas fuera?

—No, nada que pueda servirte de ayuda, pero sí algo que te hará aún más difícil abandonar el castillo, si es que ello es posible, cosa que dudo.

—¿A qué te refieres?

—Han descubierto tu fuga de la celda. El guerrero que enviaron con la comida no volvió, y cuando enviaron a otros guerreros a investigar, lo encontraron atado y amordazado en la celda donde deberías haber estado tú.

—Deben haber sido los que oí pasar esta tarde. Es raro que no hayan buscado aquí.

—Creen que seguiste otra dirección —me explicó ella—. Están registrando otra parte del castillo.

—Pero buscarán aquí, ¿no?

—Sí, acabarán por registrar todas las habitaciones del castillo, pero les llevará

bastante tiempo.

—Te has portado muy bien, Ulah. Lamento no poder ofrecerte a cambio otra cosa que mi agradecimiento.

—Me gustaría hacer más aún; no hay nada que no haría por ayudarte a ti y a la Jeddara.

—Ya no puedes hacer nada más; será mejor que te vayas, no sea que te vayan a encontrar aquí conmigo.

—¿Estás seguro de que no hay nada más que pueda hacer?

—No nada, Ulah —abrí la puerta y ella salió.

—Adiós y buena suerte, John Carter —me susurró mientras cerraba la puerta.

Una vez echado el pestillo, acudí inmediatamente a la ventana. Afuera estaba muy oscuro. Hubiera preferido esperar hasta después de la medianoche para intentar poner en práctica el plan que había ideado para rescatar a Qzara, pero el conocimiento de que estaban registrando el castillo me obligaba a abandonar toda consideración salvo la prisa.

Até cuidadosamente un cabo de la cuerda al gancho que me había traído Ulah. Luego me senté en el alféizar de la ventana y me incliné hacia afuera.

Até un extremo al marco de la ventana, y sostuve el gancho en mi mano derecha, dejando resbalar el resto de la cuerda pared abajo.

Calibré la distancia hasta el alféizar de la ventana de encima. Me pareció demasiado lejana para alcanzarla desde la posición en que me hallaba, así que me incorporé poniéndome de pie sobre el alféizar. Esto me acercó algunos pies a mi objetivo y también me proporcionó mayor libertad de movimiento.

Tenía muchas ansias de acertar a la primera, pues temía que, si fallaba, el golpe del gancho de metal contra la pared de la torre, pudiese llamar la atención.

Permanecí varios minutos calculando y ensayando todos los movimientos que tenía que hacer para lanzar el gancho, salvo el de soltarlo.

Cuando me pareció que había calibrado la coordinación y la distancia, lo mejor que me era posible, voltee el gancho y lo arrojé.

Una tenue luz que surgía de la ventana alumbraba el objetivo. Vi el gancho girar en esta zona iluminada; lo escuché golpear el alféizar con un ruido metálico; entonces tiré de la cuerda.

¡Se había enganchedo! Volví a tirar con una fuerza considerable y aguantó también. Aguardé un momento para ver si el ruido había llamado la atención de Qzara o de cualquier otra persona que pudiera hallarse en la habitación con ella.

Ningún signo llegó desde arriba, y dejé que mi cuerpo pendiera de la cuerda.

Tenía que ascender muy cuidadosamente, puesto que desconocía la firmeza con que había prendido el gancho.

La distancia a recorrer no era muy grande, pero sí me pareció que había

transcurrido una eternidad antes de que mis manos tocaran el alféizar.

Primero se cerraron sobre él los dedos de una mano; luego subí lo suficiente para agarrarlo con la otra, con gran esfuerzo, me alcé hasta que mis ojos pudieron ver la habitación. Ante ellos se hallaba una cámara difusamente iluminada y aparentemente vacía.

Con suma precaución, para no soltar el gancho, puse una rodilla sobre el alféizar.

Cuando al fin mi posición fue segura, penetré en la habitación, llevando conmigo el gancho, no fuese a deslizarse y caer al pie de la torre.

Entonces vi que la habitación estaba ocupada. Una mujer se levantó de su cama, en el otro extremo. Me miraba con ojos abiertos y aterrorizada. Era Qzara. Pensé que iba a gritar.

Me acerqué a ella, llevándome un dedo a los labios.

—No hagas ruido, Qzara —susurré—, he venido a salvarte.

—¡John Carter!

Pronunció el nombre en un tono tan bajo que no pudo oírse a través de la puerta. A la vez que hablaba, se acercó a mí y me enlazó los brazo en torno al cuello.

—Ven —dije—, tenemos que salir de aquí de inmediato. No hables, pueden oírnos.

Conduciéndola a la ventana, recogí la cuerda y anudé su cabo libre en torno a su cintura.

—Voy a bajarte hasta la ventana de la habitación de abajo,—musité—, tan pronto como estés a salvo dentro, desata la cuerda y déjala colgar libre para que pueda izarla.

Ella asintió y la hice bajar. La cuerda no tardó en quedar flácida, y supe que había alcanzado la ventana de abajo. Esperé a que la desatara de su cuerpo, y aseguré de nuevo el gancho en el alféizar, en el cual me hallaba sentado, descendiendo rápidamente a la habitación inferior.

No deseaba dejar el gancho donde estaba, puesto que si alguien entraba en la celda de Qzara, tal evidencia señalaría inmediatamente a la habitación de abajo; y no sabía cuanto tiempo tendría que permanecer en ella.

Tan suavemente como pude, fui aflojando el gancho, y tuve la suerte de cogerlo mientras caía, antes de que tocara la pared de la torre.

Cuando entré en la habitación, Qzara se acercó a mí y me colocó sus manos en el pecho. Estaba temblando, y su voz también temblaba cuando habló:

—Me sorprendió tanto verte, John Carter. Creía que estabas muerto. Te vi caer, y Ul Vas me dijo que te habían matado. ¡Qué terrible herida! No sé cómo te has recuperado. Cuando te vi entrar en la habitación con toda esa sangre seca en tu piel y tu pelo, pensé que eras un cadáver que había vuelto a la vida.

—Había olvidado el aspecto que debo ofrecer. No he tenido ocasión de limpiarme la sangre desde que me hirieron. La escasa agua que me proporcionaron, apenas si me

dio para apagar la sed. Pero, en lo que se refiere a la herida, no me molesta. Estoy completamente recuperado; sólo fue un arañazo.

—Estaba tan asustada... pensando que habías afrontado aquel riesgo por mí, cuándo podías haber escapado con tus amigos.

—¿Crees que escaparon sin problemas? —pregunté.

—Sí, y Ul Vas está muy furioso. Nos lo hará pagar a nosotros dos si no logramos escapar.

—¿Conoces algún camino por el que podamos huir del castillo?

—Hay una puerta secreta que sólo conoce Ul Vas y dos de sus más fieles esclavos. Al menos, Ul Vas piensa que sólo ellos tres la conocen; pero yo también sé de ella. Conduce a la ribera del río, allí donde el agua toca las murallas del castillo.

«El pueblo no quiere a Ul Vas. Hay complots e intrigas en el castillo. Existen facciones que luchan para destronarle y nombrar un nuevo Jeddak. Algunos de sus enemigos son tan poderosos que Ul Vas no se atreve a destruirlos abiertamente. A éstos los hace asesinar furtivamente, y él y dos fieles esclavos conducen los cuerpos por este pasadizo secreto y los arrojan al río.

«Una vez, sospechando algo así, lo seguí, pensando que podría descubrir alguna forma de escapar y volver a mi propio pueblo de Domnia, pero cuando vi a donde llevaba el pasadizo, me asusté. No me atreví a saltar al río y, aunque me atreviese, más allá del río hay una terrible selva. No sé si será mejor quedarnos aquí que enfrentarnos al río y a la selva, John Carter».

—Si nos quedásemos aquí, Qzara —repliqué—, sabemos que nos espera la muerte y que no hay escapatoria. En el río o en la selva, tendremos al menos una oportunidad, a menudo las bestias salvajes son menos crueles que los hombres.

—Ya he pensado en ello también. Pero en esa selva también hay hombres, hombres terribles.

—Pese a ello, me arriesgaré. Qzara. ¿Vendrás conmigo?

—A donde quiera que me lleves, John Carter, pase lo que pase, seré feliz mientras esté contigo. Me enfadé mucho cuando supe que amabas a aquella mujer de Barsoom, pero ahora que se ha ido, te tendré todo para mí.

—Es mi esposa, Qzara.

—¿La amas? —exigió saber.

—Por supuesto.

—Eso está muy bien, pero ahora ella se ha ido y tú eres sólo mío.

No tenía tiempo que perder discutiendo aquellas cuestiones. Era obvio que la chica era obstinada, que siempre quería salirse con la suya, tener todo lo que deseaba, y que no podía aguantar que le llevaran la contraria, sin importarle lo estúpidos que pudieran ser sus caprichos. En otra ocasión, si sobreviviéramos, podría hacerle entrar en razón; pero, de momento, debía concentrar todos mis sentidos en escapar.

—¿Cómo podremos alcanzar ese pasadizo secreto? ¿Conoces el camino para llegar a él desde aquí?

—Sí, ven conmigo.

Cruzamos la habitación y salimos al pasillo. Estaba muy oscuro, pero nos orientamos a tientas hacia la escalera que yo había subido tras escapar del calabozo por la mañana. Cuando ella la contempló, le pregunté:

—¿Estás segura que éste es el camino? Por aquí se va a la celda donde estuve encerrado.

—Quizás sea así, pero también se va a una parte distante del castillo, cercana al río, donde encontraremos el pasadizo que buscamos.

Confié en que supiera de lo que estaba hablando y la seguí escaleras abajo, hacia la estigia oscuridad del pasillo inferior.

La otra vez que lo había recorrido, me había guiado, tocando con la mano derecha, la pared de ese lado. Ahora Qzara siguió el lado opuesto y, cuando habíamos avanzado una breve distancia, tomó un pasillo a nuestra derecha, junto al que yo había pasado, sin fijarme, por seguir la pared opuesta, ni tampoco poder verlo dado que allí reinaba la absoluta oscuridad.

Seguimos este nuevo pasillo durante mucho tiempo hasta que alcanzamos finalmente una rampa de caracol, por la que ascendimos al piso de arriba.

Allí fuimos a dar a un corredor iluminado.

—Si podemos alcanzar el otro extremo sin ser descubiertos —me susurró Qzara—, estaremos a salvo. Allí se abre la falsa puerta que da paso al pasadizo secreto que lleva al río.

Ambos escuchamos atentamente.

—No oigo a nadie —dijo ella.

—Ni yo.

Cuando avanzamos por el largo corredor, vi que había varias puertas a ambos lados, según íbamos llegando a cada una de ellas, yo lanzaba un suspiro de alivio al ver que estaban cerradas.

Habríamos cubierto quizás la mitad de la longitud del corredor, cuando un ligero ruido detrás de nosotros me llamó la atención, y, volviéndome, vi a dos hombres salir de la habitación que acabamos de sobrepasar. Se alejaban de nosotros, y me disponía a emitir un suspiro de alivio cuando un tercer hombre salió de la habitación. Y éste, debido a alguna perversidad del destino, miró en nuestra dirección, lanzando inmediatamente una exclamación de sorpresa y de alerta.

—¡La Jeddara! —aulló—. ¡Y el moreno!

Instantáneamente, los tres volvieron corriendo hacia nosotros. Estábamos aproximadamente a mitad de camino, entre ellos y la puerta, que conducía al pasillo secreto, que era nuestro objetivo.

Huir ante el enemigo es algo que no le sienta bien a mi estómago, pero en aquella ocasión no había alternativa, puesto que quedarnos a luchar hubiera sido buscamos un completo desastre; así que Qzara y yo huimos.

Los tres hombres que nos perseguían gritaban todo lo que podían, con la evidente intención de llamar la atención de otros para que los ayudasen.

Algo me impulsó a desenvainar mi espada larga mientras corría, y fue una fortuna que lo hiciera, puesto que un guerrero apareció en una puerta, a nuestra izquierda, alertado por los ruidos del pasillo. Qzara lo esquivó mientras él desenfundaba su espada. Ni siquiera disminuí mi velocidad, sino que le abrí el cráneo cuando pasé a su lado.

Llegamos a la puerta, y Qzara comenzó a buscar el mecanismo secreto de apertura. Los tres hombres se acercaron rápidamente.

—Tómalo con calma, Qzara —la avisé, porque sabía que con las prisas del nerviosismo, sus dedos podían equivocarse, demorándonos aún más.

—Estoy temblando —dijo ella—. Nos alcanzarán antes de que pueda abrirla.

—No te preocupes por ellos. Los mantendré a raya el tiempo que sea necesario.

Los tres hombres llegaron ante mí. Los reconocí como oficiales de la guardia del jeddak, puesto que sus atavíos eran los mismos que los llevados por Zamak. Supuse, y correctamente, que debían ser buenos espadachines.

El que iba en cabeza era demasiado impetuoso. Se abalanzó sobre mí como si creyese poder abrimme en canal con su primer tajo, lo cual no era nada razonable. Le traspasé el corazón.

Mientras caía, los otros me atacaron, pero con más cautela. Pese a ello, no dejaban de ser dos, y sus aceros estuvieron constantemente sobre mí, intentando alcanzarme con sus estocadas y mandobles. Pero mi espada, moviéndose a la velocidad del pensamiento, tejió una red defensiva de acero en torno mío.

Pero mantenerme a la defensiva no me servía de nada, porque ellos podían aguantar hasta que llegaran refuerzos y yo reducido por la superioridad numérica.

En un momento dado, la punta de mi acero salió disparada y atravesó a uno de mis enemigos por encima del corazón. Involuntariamente, retrocedió, y yo me volví hacia su compañero y le herí el pecho.

Ninguna de las heridas era mortal, pero debilitaron a mis adversarios. Qzara todavía estaba trajinando con la puerta. Nuestra situación no iba a ser muy agradable si no lograba abrirla, pues vi un destacamento de guerreros corriendo hacia nosotros, en el otro extremo del corredor; pero no la urgía a que se apresurara, temiendo que, en su nerviosismo, fuera incapaz de lograrlo.

Los dos heridos me atacaban de nuevo con renovados bríos. Eran bravos guerreros y dignos enemigos. Es un placer enfrentarse a tales hombres, aunque uno siempre lo siente cuando se ve obligado a matarlos. Sin embargo, no tenía elección,

puesto que oí un súbito grito de alegría de Qzara.

—¡Está abierta, John Carter! ¡Ven, aprisa!

Pero los dos guerreros me atacaron tan fieramente que no pude sino trabar combate con ellos.

Mas sólo me detuvieron un instante. Los atacé con una explosión de fiereza y velocidad, tal como me imagino que no habían presenciado otra en su vida. Un violento tajo derribó a uno y, a la vez que caía, le atravesé el pecho al otro.

Los refuerzos que llegaban hacia nosotros habían recorrido, más o menos, la mitad del pasillo cuando entré precisamente en el pasadizo, tras Qzara, y cerré la puerta detrás de mí.

De nuevo nos hallamos en la más completa oscuridad.

—¡Rápido! —gritó Qzara—. El pasadizo es recto y llano todo el camino hasta la puerta.

Corrimos a través de la oscuridad. Oí cómo abrían los hombres que nos perseguían, y supe que habían penetrado en el pasadizo en pos de nosotros; rondarían la veintena.

Repentinamente, me tropecé con Qzara. Habíamos alcanzado el final del pasadizo, y se hallaba junto a la puerta. Ésta se abrió con más facilidad, y cuando giró sobre sus goznes vi el río fluyendo bajo nosotros. En la ribera opuesta se adivinaba la sombría linde de un bosque.

¡Qué misterioso y gélido parecía aquel extraño río! ¿Cuántos misterios, peligros y horrores nos aguardaban en el siniestro bosque que se extendía más allá del río?

Pero apenas era consciente de tales pensamientos. Los guerreros que se proponían atraparnos y conducirnos de nuevo a la muerte, estaban casi encima cuando tomé a Qzara en mis brazos y salté al agua.

CAPÍTULO XXIV



De vuelta a Barsoom

Oscuras e inhóspitas aguas se cerraron sobre nuestras cabezas, formando remolinos a nuestro alrededor, mientras emergíamos a la superficie, e igualmente oscuro e inhóspito, el bosque que nos miró ceñudamente. Incluso el gemido del viento al azotar los árboles parecía una advertencia horripilante, prohibitiva, amenazadora. Detrás de nosotros, los guerreros que seguían nos lanzaron maldiciones desde la salida del pasadizo.

Comencé a nadar hacia la otra orilla, sosteniendo a Qzara con una mano, procurando mantener su boca y nariz sobre el nivel del agua. Su cuerpo estaba tan flácido que pensé que se había desmayado, lo que no me sorprendió, ya que incluso una mujer de la fibra más resistente puede dar muestra de debilidad si tiene que aguantar lo que ella había soportado aquellos últimos dos días.

Pero cuando alcanzamos la ribera, ella se aferró a la tierra firme, en plena posesión de sus facultades.

—Creí que te habías desvanecido —le dije—, estabas tan...

—No sé, nadar —contestó ella—, y sabía que si me resistía sólo serviría de molestia.

La antigua Jeddara de los táridas era mucho más mujer de lo que me había imaginado.

—¿Qué vamos a hacer ahora, John Carter? —preguntó ella, mientras sus dientes castañeteaban de frío o de miedo, y parecía muy poca cosa.

—Tienes frío, si puedo encontrar algo lo bastante seco para arder, encenderé fuego.

La muchacha se acercó a mí. Pude sentir su cuerpo temblando contra el mío.

—Tengo un poco de frío —confesó ella—, pero no importa; estoy terriblemente asustada.

—¿De qué tienes miedo, Qzara? ¿Temes que Ul Vas envíe a alguien en nuestra persecución?

—No, no es eso. No podrá conseguir que nadie entre en este bosque de noche, e incluso de día la gente vacila en aventurarse por esta zona del río. Y mañana sabe que será inútil enviar a buscarnos, porque estaremos muertos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Las bestias que cazan en el bosque durante toda la noche; no podremos escapar de ellas.

—A pesar de ello, aceptaste venir aquí.

—U! Vas nos hubiera hecho torturar; las bestias serán más misericordiosas. ¡Escucha! Ya se las oye.

En la distancia oí extraños gruñidos, y luego un ruido pavorosamente próximo.

—No están cerca —dije.

—Ya llegarán.

—Entonces será mejor que encienda el fuego; eso los mantendrá alejados.

—¿Crees que sí?

—Así lo espero.

Sabía que en todo bosque hay ramas secas caídas, aunque estaba totalmente oscuro, comencé a buscarlas; pronto hube reunido un buen montón, junto con hojas secas.

Los táridas no me habían despojado de mi pequeño morral, y allí guardaba los útiles marcianos corrientes para encender fuego.

—Dijiste que los táridas vacilarían en entrar en esta zona del río, incluso de día —comenté, mientras prendía fuego a las hojas secas con las que esperaba encender la hoguera—. ¿Por qué?

—A causa de los masenas. A menudo merodean por el río en gran número, cazando táridas; y desgraciado el que encuentren fuera de las murallas del castillo. Sin embargo, rara vez pasan a la otra orilla.

—¿Por qué cazan táridas? ¿Para qué los quieren?

—Como comida.

—¿No querrás decir que los masenas comen carne humana?

Ella asintió.

—Sí, son muy aficionados a ella.

Yo había logrado prender fuego a las hojas, y estaba ocupado en colocar ramitas sobre mi recién nacida hoguera para convertirla en algo digno de tal nombre.

—Pero yo estuve encarcelado mucho tiempo, con uno de ellos, y parecía muy amistoso —le recordé.

—Bajo aquellas circunstancias, claro que no podía intentar comerte. Incluso podía ser muy amigable; pero si te lo encuentras aquí, en el bosque, con su propio pueblo, sería muy diferente. Son bestias tan depredadoras como las otras criaturas que habitan en el bosque.

Mi fuego creció hasta alcanzar un tamaño respetable. Iluminaba la maleza y la superficie del río, y también el castillo de la orilla opuesta.

Cuando su brillo nos hizo visibles, los táridas comenzaron a increparnos,

profetizando nuestra próxima muerte.

El calor del fuego era agradable después de nuestra inmersión en el agua fría y nuestra exposición al relente de la noche. Qzara se acercó, estirando su cuerpo joven y flexible ante él. Las llamas amarillas iluminaron su blanca piel, impartiendo un tono verdoso a sus cabellos azules, despertando el fuego dormido en sus lánguidos ojos.

Repentinamente, se puso en tensión, abriendo los ojos de terror.

—¡Mira! —susurró, señalando con una mano.

Me volví en la dirección que indicaba. En las densas sombras de la noche brillaban dos ojos encendidos.

—Han venido a por nosotros —dijo Qzara.

Cogí una tea de la hoguera y se la arrojé al intruso. Se oyó un horripilante aullido a la vez que los ojos desaparecían.

La muchacha estaba temblando de nuevo. Lanzaba miradas aterrorizadas en todas direcciones.

—Allí hay otro —exclamó acto seguido—, y allí, y allí...

Vislumbré un gran cuerpo escabulléndose entre las sombras y, al volverme, vi ojos incandescentes rodeándonos por todas partes. Arrojé algunas teas más, pero los ojos desaparecían sólo unos segundos para volver casi instantáneamente, y cada vez parecían estar más cerca. Desde que había lanzado la primera, las bestias rugían, gruñían y aullaban continuamente, en un verdadero diapasón de horror.

Me di cuenta de que mi fuego no duraría demasiado si continuaba echándoselo a las bestias, ya que no tendría madera suficiente para mantenerlo encendido.

Tenía que hacer algo. Desesperado, miré en torno mío, buscando alguna vía de escape y descubrí un árbol cercano que parecía poderse escalar con facilidad. Sólo un árbol como aquel podía sernos de utilidad, ya que, sin duda, las bestias se abalanzarían sobre nosotros en cuanto empezáramos la escalada.

Recogí dos teas del fuego y se las pasé a Qzara, seleccionando luego otras dos para mí.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó ella.

—Vamos a intentar escalar ese árbol. Quizás algunos de esos brutos también sepan escalar, pero tendremos que arriesgarnos. Los que he visto me parecen demasiado grandes y pesados para ser escaladores.

«Caminemos lentamente hacia el pie del árbol. Cuando lleguemos allí, tírales las teas a las bestias que tengas más cerca y comienza a escalar. Cuando estés a salvo, fuera de su alcance, te seguiré».

Cruzamos lentamente de la hoguera al árbol, agitando las ramas encendidas alrededor de nosotros.

Qzara hizo entonces lo que le había pedido, y cuando estuvo en lo alto, mantuve una de las teas en la boca, lancé la otra, y comencé a subir.

Las bestias cargaron casi instantáneamente, pero alcancé un punto seguro antes de que pudieran atraparme, tuve suerte de lograr subir algo, pues el humo de la tea hería mis ojos y la brasa mi piel desnuda; pero me pareció que necesitaríamos su luz, ya que ignorábamos qué enemigos arbóreos podrían estar al acecho entre las ramas.

Examiné de inmediato el árbol, ascendiendo a las ramas más altas, capaces de aguantar mi peso. Con la ayuda de la tea, descubrí que no había en él ninguna criatura, salvo Qzara y yo; y entre las ramas más altas realicé un feliz descubrimiento: un enorme nido cuidadosamente tejido y forrado con hierbas verdes.

Me disponía a llamar a Qzara para que subiera cuando la vi ascendiendo por debajo de mí.

Cuando vio el nido, me manifestó que era probablemente uno de los que construían los masenas, para el uso temporal, durante sus incursiones en aquella parte del bosque. Era un hallazgo providencial, ya que nos proporcionaba un lugar cómodo en el que pasar el resto de la noche.

Transcurrió algún tiempo, antes de que nos acostumbráramos a los ruidos de las bestias debajo de nosotros, pero al fin nos dormimos. Cuando nos despertamos por la mañana, habían partido y el bosque estaba en silencio.

Qzara me había contado que encontraría su país, Domnia, detrás de las montañas que se alzaban más allá del bosque, y que podríamos alcanzarlo siguiendo primero río abajo durante una considerable distancia, hasta más allá de la sierra, donde podríamos seguir el curso de otro río que fluía hacia Domnia.

Las características más destacables de los dos días siguientes fue el hecho de que sobreviviéramos. Encontramos comida en abundancia y, como nunca nos alejamos del río, no sufrimos carencia de agua, pero días y noche estuvimos en constante peligro de que los depredadores carnívoros nos atacasen.

Siempre intentamos salvarnos encaramándonos a los árboles, pero en tres ocasiones nos sorprendieron, y me vi obligado a recurrir a mi espada, que hasta la fecha había considerado como un arma nada adecuada para defenderse de las bestias salvajes.

Sin embargo, en las tres ocasiones logré matar a nuestros atacantes, aunque debo confesar que me pareció entonces, y aún me parece, una cuestión de pura suerte el que lo lograra.

Por aquel entonces, Qzara se encontraba en un estado de ánimo más optimista. Habiendo logrado sobrevivir hasta entonces, le parecía que era factible que sobreviviéramos hasta alcanzar Domnia, aunque al principio estaba convencida de que pereceríamos a lo largo de nuestra primera noche en los bosques.

A menudo se encontraba bastante alegre, y era en realidad una compañía muy agradable. Esto fue especialmente cierto en la mañana del tercer día, mientras progresábamos a buen ritmo hacia nuestro distante objetivo.

La floresta parecía estar inusualmente tranquila y no vimos bestias peligrosas en todo el día, cuando un repentino coro de espantosos ruidos se levantó en torno nuestro y, simultáneamente, una veintena o más de criaturas, se dejaron caer alrededor de nosotros, desde sus escondrijos en el follaje de los árboles.

La alegre charla de Qzara murió en sus labios.

—¡Los masenas! —chilló.

En tanto nos rodeaban y comenzaban a acercárenos, cesaron de rugir, empezaron a maullar y a ronronear. Mientras se aproximaban, decidí hacerle pagar cara nuestra captura, aunque tenía la certeza de que acabarían por atraparnos. Había visto luchar a Umka y sabía lo que nos esperaba.

Aunque se me acercaron no parecían ansiosos por entablar combate. Amagando por un lado y luego por el otro, cediendo terreno, aquí y luego allí, me obligaron a moverme considerablemente; pero hasta que fue demasiado tarde, no me di cuenta que me movía en la dirección en que ellos deseaban y de acuerdo con sus designios.

No tardaron en tenerme donde me querían, bajo las ramas de un frondoso árbol, e inmediatamente un masena saltó sobre mis hombros y me derribó al suelo. Simultáneamente, la mayoría de los otros se abalanzaron sobre mí, mientras unos cuantos atrapaban a Qzara; de esta forma me desarmaron antes de que pudiera dar un solo golpe.

Después de esto, se levantó un gran coro de maullidos, como si mantuvieran algún tipo de discusión, pero como la sostuvieron en su propia lengua, no la comprendí. Sin embargo, poco después partieron río abajo, llevándonos con ellos.

Aproximadamente una hora más tarde, llegamos a una zona del bosque que había sido despejada de toda maleza. El terreno entre los árboles era casi un campo de césped. Las ramas habían sido podadas hasta una distancia considerable del suelo.

Cuando alcanzábamos el límite de esta zona ajardinada, nuestros captores la emprendieron a rugidos, que fueron contestados, acto seguido desde los árboles, a los cuales nos acercábamos.

Nos condujeron hasta el pie de un árbol enorme, al cual varios de nuestros guardianes escalaron como un enjambre de gatos.

Ahora el problema era auparnos a nosotros. Noté que eso desconcertaba a los masenas, lo cual no me extraña. El diámetro del tronco del árbol era tan grande que ningún hombre podría escalarlo, y habían cortado todas las ramas hasta una altura superior a la que un hombre normal pudiera saltar. Yo podría haberlo hecho fácilmente, pero me lo callé. Qzara, sin embargo, nunca lo hubiera logrado sola.

En aquel momento, después de considerables maullidos, ronroneos y no pocos gruñidos, algunos de los que estaban en lo alto del árbol dejaron caer una liana flexible. Uno de los masenas que se encontraban abajo, cogió a Qzara por la cintura con una mano y a la liana con su otra mano libre y ambos pies. Entonces los de arriba

izaron aquel rudimentario montacargas hasta que pudo encaramarse en las ramas con su pasajera.

Me izaron de igual modo hasta las primeras ramas, desde las cuales la ascensión era sencilla.

Sin embargo, subimos sólo unos pocos pies antes de llegar a una tosca plataforma sobre la que se hallaba construida una de las extrañas casas arbóreas de los masenas.

Entonces, en todas direcciones, pude ver casas similares hasta donde mis ojos podían penetrar, a través del follaje. Advertí que en algunos lugares habían cortado ramas, tendiéndolas de árbol a árbol. En otros puntos había solamente lianas para que los masenas pudieran pasar de un árbol al próximo.

La casa a la que nos condujeron era bastante grande, y podía acomodar fácilmente, no sólo a los veintitantos miembros del grupo que nos habían capturado, sino a los más de cincuenta que pronto se congregaron en ella.

Los masenas se pusieron en cuclillas de cara al otro extremo de la habitación donde se sentaba solo un macho, al que tomé por su rey.

Maullaron y ronronearon mucho tiempo, mientras discutían sobre nosotros, en su lengua, y finalmente me emocioné recordando que Umka había dominado la lengua de los táridas, pensé que no era nada improbable que algunos de éstos otros la hablara, así que los interpele ese idioma.

—¿Por qué nos habéis capturado? —exigí saber—. No somos enemigos vuestros. Estamos huyendo de los táridas, que sí lo son vuestros. Nos habían encarcelado y se disponían a matarnos. ¿Algunos de vosotros comprende mis palabras?

—Yo te entiendo —contestó la criatura a la cual yo había tomado por el rey—. Comprendo tus palabras, pero tus argumentos carecen de sentido. Cuando abandonamos nuestras casas y bajamos al bosque, aunque no nos propongamos hacer daño a ninguna criatura, eso no nos protege de las bestias de presa que se alimentan con la carne de sus víctimas. Hay pocos argumentos capaces de convencer a un estómago hambriento.

—¿Quieres decir que vais a devorarnos?

—En efecto.

Qzara se encogió más cerca de mí.

—Así que este es el fin —dijo—: ¡y qué horrible fin! De nada nos sirvió escapar de Ul Vas.

—Gozamos de tres días de libertad, de los que en caso contrario, no hubiéramos dispuesto —le recordé—, y, de cualquier forma, alguna vez teníamos que morir.

El rey de los masenas habló a su pueblo, en su propia lengua, y de inmediato prorrumpieron en maullidos y ronroneos, y, con gruñidos salvajes, unos cuantos nos agarraron a Qzara y a mí, y comenzaron a arrastrarnos hacia la entrada.

Casi habíamos alcanzado el umbral, cuando un masena entró y se detuvo ante

nosotros.

—¡Umka! —grité.

—¡John Carter! —exclamó él—. ¿Qué estás haciendo aquí con la Jeddara de los táridas?

—Logramos escapar de Ul Vas, y ahora nos vamos a convertir en alimento para los tuyos.

Unika se dirigió a los hombres que nos arrastraban, quienes vacilaron un momento, pero luego nos condujeron de nuevo ante el rey de los masenas, con el cual habló Umka durante varios minutos.

Una vez que concluyó su alegato, el rey y algunos de los allí presentes entablaron lo que parecía ser una acalorada discusión. Cuando hubieron terminado, Unika se volvió hacia mí.

—Os van a liberar —me comunicó—, en pago por cuanto hiciste por mí. Pero debéis abandonar mi país de inmediato.

—Nada nos complacería más.

—Algunos de nosotros te acompañaremos para cuidar que ningún masena os ataque mientras permanezcáis en nuestro territorio.

Una vez que partimos con nuestra pintoresca escolta, pedí a Unika que me contara lo que sabía de mis amigos.

—Cuando dejamos el castillo —relató—, volamos a la deriva durante largo tiempo. Ellos querían seguir al hombre que se había llevado a la mujer en la otra nave, mas no sabían dónde buscar. Esta mañana miré hacia abajo y, al ver que sobrevolábamos Masena les pedí que me dejaran en tierra. Así lo hicieron y, por lo que sé, aún se encuentran allí, ya que pensaban recoger agua fresca y cazar algo de carne.

Resultó ser que el aterrizaje no había tenido lugar muy lejos de donde nos hallábamos, y Umka nos condujo allí a petición mía.

Mientras nos acercábamos, los corazones de dos de los miembros del grupo casi dejaron de latir, tan grande era la expectación. Para Qzara y para mí, podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Entonces la vimos, la extraña nave descansaba en un pequeño claro entre los árboles.

Umka pensó que sería mejor para él y sus amigos no acercarse a la nave, ya que quizás él no fuera capaz de contenerlos ante la presencia de otras criaturas a las que no se habían comprometido a respetar, de modo que le dimos las gracias y nos despedimos. Él y sus fantásticos compañeros desaparecieron entre la vegetación.

Ninguno de los tres que se encontraban en la nave se había percatado de nuestra presencia, y pudimos acercarnos bastante antes de ser descubiertos. Nos saludamos efusivamente, como si de dos resucitados se tratara. Incluso Ur Jan se alegró

sinceramente cuando me vio.

El asesino de Zodanga estaba furioso con Gar Nal, porque éste había quebrantado su juramento y, ante mi sorpresa, arrojó su espada a mis pies y me juró eterna fidelidad.

—En toda mi vida —dijo— he luchado hombro con hombro junto a un espadachín de tu calibre, y nunca se dirá que he desenvainado mi espada contra él.

Acepté sus servicios, y luego les pregunté cómo habían podido conducir la nave hasta aquel lugar.

—Zanda era la única que sabía algo del mecanismo de control —me explicó Jat Or—, y después de algunos experimentos, descubrió que podía controlarla.

La contemplé orgullosamente, y leí mucho en la mirada que ambos intercambiamos.

—No parece que hayas salido malparada de tus experiencias, Zanda —indiqué—. De hecho, pareces muy feliz.

—Soy feliz, Vandor —contestó ella—, más feliz de lo que nunca hubiera soñado ser.

Ella hizo énfasis en la palabra Vandor, y creí detectar una sonrisa maliciosa agazapada en el fondo de sus ojos.

—¿Es tan grande tu felicidad que te ha hecho olvidar tu voto de matar a John Carter?

Ella me devolvió mi burla, replicando:

—No conozco a nadie que se llame John Carter.

Jat Or y Ur Jan se rieron, pero noté que Qzara no entendía nada.

—Por su bien, espero que nunca se encuentre contigo, Zanda, porque me cae bastante bien y no me gustaría verlo muerto.

—Y a mí no me gustaría tenerlo que matar, puesto que ahora sé que es el hombre más valiente y el amigo más fiel del mundo... con una excepción posible —añadió ella, dirigiendo una mirada furtiva hacia Jat Or.

Discutimos largo y tendido acerca de nuestra situación, intentando trazar planes para el futuro; al final decidimos, a sugerencia de Qzara, ir a Domnia para pedirle ayuda a su padre. Desde allí, pensaba ella, podríamos efectuar la búsqueda de Gar Nal y Dejah Thoris con mayor facilidad.

No malgastaré tu tiempo con una relación de nuestro viaje al país de Qzara, de la bienvenida que recibimos allí, a manos de su padre y de las extrañas vistas que admiramos en aquella ciudad thuriana.

El padre de Qzara era el Jeddak de Domnia. Es un hombre poderoso, con conexiones políticas en otras ciudades de la luna más cercana de Barsoom. Disponía de gente en todos los lugares con cuyos pueblos mantiene relaciones su país, ya amistosas o de otro tipo, y no pasó mucho tiempo antes de que recibieran noticias de

que un extraño objeto que flotaba en el aire, había tenido un accidente y había sido capturado en el país de Ombra. Viajaban en él un hombre y una mujer.

Los domnianos nos dieron instrucciones detalladas para alcanzar Ombra y, después de hacernos prometer que volveríamos a visitarlos una vez concluida nuestra aventura, nos dijeron adiós.

Mi despedida de Qzara fue más bien embarazosa. Me confesó francamente que me amaba, pero que se había resignado al hecho de que mi corazón perteneciera a otra. Demostró una espléndida fortaleza de ánimo que yo no había sospechado que poseyese, y cuando se despidió fue con el deseo de que encontrara a mi princesa y gozara de la felicidad que merecía.

Cuando nuestra nave se elevó por encima de Domnia, mi corazón estaba henchido de júbilo, tan seguro estaba en reunirme pronto con la incomparable Dejah Thoris. Mi confianza en nuestro éxito se debía a lo que el padre de Qzara me había contado del carácter del Jeddak de Ombra. Este era un redomado cobarde que a la menor demostración de fuerza, se pondría a nuestros pies, suplicando la paz.

Nosotros teníamos los medios para efectuar una demostración tal como los ombranos no habían presenciado jamás, porque al igual que los demás habitantes de Thuria, que habíamos conocido hasta la fecha, desconocían completamente las armas de fuego.

Mi intención era volar a baja cota sobre la ciudad, y efectuar mi demanda para que nos entregaran a Gar Nal y a Dejah Thoris, sin ponerme en manos de los ombranos.

Si rehusaban, lo cual era casi seguro, me proponía ofrecerles una demostración de la eficacia de las armas de fuego de Barsoom, representadas por los cañones de la nave que ya he descrito anteriormente. Confiaba en que esto bastaría para hacer más razonable al Jeddak sin necesidad de recurrir a un innecesario derramamiento de sangre.

Todos íbamos bastante alegres en nuestro viaje hacia Ombra, Jat Or y Zanda hacían planes sobre el hogar que pensaban establecer en Helium, y Ur Jan soñaba con una alta posición entre los guerreros de mi mesnada, y una vida de honor y respetabilidad.

En un momento dado, Zanda me llamó la atención sobre el hecho de que estábamos tomando excesiva altura, quejándose de mareo. Casi al mismo tiempo, me sentí poseído por cierto malestar, y Ur Jan se desvaneció simultáneamente.

Seguido por Jat Or, acudí fatigosamente a la sala de mando, donde una mirada al altímetro, me reveló que habíamos alcanzado una cota peligrosa. Instantáneamente, indiqué al cerebro que regulara el suministro de oxígeno en el interior de la nave y que redujera la altura.

El cerebro obedeció mis instrucciones, en lo que concernía al suministro de

oxígeno, pero continuó ascendiendo hasta una altura superior a la que podía registrar el altímetro.

Mientras Thuria disminuía de tamaño, detrás de nosotros, me di cuenta de que estábamos volando a una velocidad tremenda, a una velocidad mucho mayor de la que yo había ordenado.

Era evidente que el cerebro se encontraba completamente fuera de mi control. No había nada que yo pudiera hacer, así que retorné al camarote. Allí encontré que, tanto Zanda como Ur Jan, se habían recuperado, ahora que el suministro de oxígeno era regular. Les comuniqué que la nave corría fuera de control por el espacio y que intentar averiguar nuestro destino era perder el tiempo especulando..., ellos sabían tanto como yo.

Mis esperanzas, que habían estado tan altas, se veían ahora completamente defraudadas y, cuanto mayor era la distancia que nos separaban de Thuria, tanto más grande era mi agonía, aunque oculté mis sentimientos personales a mis compañeros.

Hasta que no estuvimos seguros de dirigirnos hacia Barsoom, no se reavivaron las expectativas de supervivencia en el corazón de ninguno de nosotros.

Mientras nos acercábamos a la superficie del planeta, se hizo evidente que la nave estaba completamente bajo control; me pregunté si la máquina habría descubierto cómo pensar por sí misma, puesto que sabía que ni yo ni ninguno de mis compañeros la estaba controlando.

Era de noche, una noche muy oscura. La nave se aproximaba a una gran ciudad. Pude ver sus luces ante nosotros y cuando nos acercamos más reconocí que era Zodanga.

Como si manos y pensamientos humanos nos guiasen, la nave se deslizó silenciosamente por encima de la muralla oriental de la gran ciudad, hundiéndose en la sombra de una oscura avenida y avanzando decididamente hacia su desconocido destino.

Pero su destino no fue desconocido por mucho tiempo. Aquel barrio no tardó en resultarnos familiar. Avanzábamos muy lentamente. Zanda estaba conmigo en la sala de mando, escudriñando a través de una de las lumbreras de proa.

—¡La casa de Fal Silvas! —exclamó.

También yo la reconocí, y entonces vi ante nosotros las puertas abiertas del gran hangar del que habíamos robado la nave.

Con absoluta precisión, la nave giró lentamente hasta que su cola apuntó hacia la entrada del hangar. Entonces retrocedió y se apoyó sobre su andamiaje.

Siguiendo mis órdenes, las puertas se abrieron y la escalerilla descendió hasta el suelo, un momento después, me hallaba buscando a Fal Silvas, para exigirle una explicación. Ur Jan y Jat Or me acompañaban con las espadas largas desenvainadas, y Zanda nos seguía pegada a nosotros.

Acudí de inmediato a los alojamientos de Fal Silvas. Estaban vacíos, mas cuando salía de ellos descubrí una nota fijada detrás de la puerta. Estaba dirigida a mí. La abrí y leí su contenido:

De FAL SILVAS, de Zodanga, a JOHN CARTER, de Helium.

Que sea sabido:

Me traicionaste. Me robaste mi nave. Creíste que tu insignificante cerebro podía superar al gran FAL SILVAS.

Muy bien, John Carter, será un duelo de cerebros: el mío contra el tuyo. Veamos quién gana. Voy a llamar a la nave.

Voy a ordenarle que vuelva, a toda velocidad, de donde quiera que esté, sin permitir que ningún otro cerebro altere su rumbo. Voy a ordenarle que regrese a su hangar y que permanezca allí para siempre, a menos que reciba instrucciones en sentido contrario de mi cerebro.

Sabrás entonces, John Carter, cuando leas esta nota, que yo, Fal Silvas, he ganado; y que en tanto yo permanezca con vida, ningún otro cerebro que no sea el mío conseguirá que mi nave se mueva de donde está.

Podía haber hecho pedazos la nave contra el suelo, destruyéndote, pero entonces no podía haberme recreado contigo tal como hago ahora. No me busques. Estoy oculto donde nunca podrás encontrarme. He escrito. Esto es todo.

En aquella nota había una inflexible determinación, una cierta autoridad que parecía excluir incluso la más leve esperanza. Yo estaba abrumado. En silencio, se la tendí a Jat Or y le pedí que la leyera en voz alta a los demás. Cuando hubo terminado, Ur Jan desenvainó su espada corta y me la ofreció por la empuñadura.

—Yo soy la causa de tus pesares —afirmó—. Mi vida te pertenece. Te la ofrezco ahora en reparación.

Yo me negué con la cabeza y aparté su mano.

—No sabes lo que estás diciendo, Ur Jan.

—Quizás éste no sea el final —apuntó Zanda—. ¿Dónde puede esconderse Fal Silvas, que hombres decididos no puedan encontrarlo?

—Dediquemos nuestras vidas a esa empresa —propuso Jat Or; y allí, en la habitación de Fal Silvas, los cuatro juramos dar con él.

Cuando salimos al pasillo, vi acercarse a un hombre. Avanzaba furtivamente de puntillas en nuestra dirección. No me vio a la vez que yo a él, porque miraba aprensivamente por encima de su hombro, como si temiera que lo descubrieran desde esa dirección.

Al encararse conmigo, ambos quedamos sorprendidos: era Rapas, el Ulsio.

Ante la visión de Ur Jan y mía, hombro con hombro, frente a él, el rata se volvió de un color gris ceniza. Comenzó a girarse, como si pensara escapar, pero evidentemente se lo pensó mejor, puesto que inmediatamente nos dio la cara, contemplándonos como fascinado. Mientras nos acercábamos a él, adoptó una sonrisa de circunstancias.

—Vaya, Vandor, qué sorpresa. Me alegro de verte.

—Sí, así debe ser —repliqué yo—. ¿Qué haces por aquí?

—Vine a ver a Fal Silvas.

—¿Esperabas encontrarlo aquí? —preguntó, imperiosamente, Ur Jan.

—Sí —respondió Rapas.

—¿Entonces por qué andas a hurtadillas? —inquirió el asesino—. Estás mintiendo, Rapas. Sabes que Fal Silvas no está aquí. Si hubieras creído que Fal Silvas estaba aquí, no te hubieras atrevido a venir, ya que sabes perfectamente que él está al corriente de que trabajas para mí.

Ur Jan dio un paso adelante y aferró a Rapas por la garganta.

—Escúchame. Rapas —gruñó—; tú sabes dónde está Fal Silvas. Dímelo o te partiré el cuello.

El pobre hombre comenzó a humillarse y a gimotear.

—¡No! ¡No! ¡Me estás haciendo daño! ¡Me vas a matar!

—Al menos has dicho la verdad por una vez —rugió el asesino—. Rápido, escúpelo, ¿dónde está Fal Silvas?

—Sí te lo digo..., ¿prometes no matarme?

—Te prometo eso y más —intervine yo—. Dinos dónde está Fal Silvas y te daré tu peso en oro.

—¡Habla! —vociferó Ur Jan, agitando al pobre hombre.

—Fal Silvas está en la casa de Gar Nal —susurró Rapas—; pero no le digas que yo os lo he contado o me matará de alguna forma horrible.

No me atreví a soltar a Rapas, por el temor de que pudiera traicionarnos, y le hice prometer que nos introduciría en la casa de Gar Nal y nos guiaría hasta la habitación donde encontraríamos a Fal Silvas.

No podía imaginarme qué hacía Fal Silvas en casa de Gar Nal, a menos que hubiera ido allí, en ausencia de Gar Nal, para robarle alguno de sus secretos. No me molesté en preguntárselo a Rapas, ya que no me parecía una cuestión de mucha importancia. Ya era bastante que estuviera allí y que pudiéramos encontrarlo.

Era aproximadamente la octava zode y media, medianoche hora terrestre, cuando alcanzamos la casa de Gar Nal. Rapas nos franqueó la entrada y nos condujo al tercer piso, subiendo por estrechas rampas en la parte de atrás del edificio, donde no vimos a nadie. Avanzábamos silenciosamente sin hablar, y finalmente nuestro guía se

detuvo ante una puerta.

—Aquí está —musitó.

—Abre la puerta —dije yo.

El lo intentó, pero estaba cerrada con llave. Ur Jan lo empujó a un lado y lanzó su enorme masa contra la puerta y la echó abajo, astillando el panel de la madera. Crucé el umbral de un salto y allí, sentado ante una mesa, vi a Fal Silvas y a Gar Nal... Gar Nal, el hombre al que creíamos encarcelado en la ciudad de Ombra, en unos de los satélites de Barsoom.

Ambos se pusieron en pie de un brinco al reconocermes; sus malvados rostros eran un retrato de sorpresa y de terror.

Salté adelante y agarré a Gar Nal, antes de que pudiera desenvainar su espada, mientras que Ur Jan caía sobre Fal Silvas. Lo hubiera matado sin más contemplaciones, pero se lo prohibí. Todo lo que quería era saber qué había de Dejah Thoris, y uno de estos hombres debía saberlo. No podían morir antes de comunicármelo.

—¿Qué estás haciendo aquí, Gar Nal? —exigí saber—. Creíamos que estabas prisionero en Ombra.

—Escapé —contestó él.

—¿Sabes dónde está mi princesa?

—Sí.

—¿Dónde?

Su mirada adoptó una expresión astuta.

—Te gustaría saberlo, ¿no? —preguntó con una sonrisa de desprecio—. Pero, ¿crees que Gar Nal es lo bastante tonto como para decírtelo? No señor; mientras yo lo sepa y tú no, no te atreverás a matarme.

—Yo le sacaré la verdad —gruñó Ur Jan—. Rápido, Rapas, caliéntame una daga y ponla al rojo vivo.

Mas cuando miró alrededor, Rapas no estaba allí. Se había escabullido cuando entramos en la habitación.

—Bueno, puedo calentarla yo mismo; pero primero déjame matar a Fal Silvas.

—No, no —vociferó el viejo inventor—. Yo no rapté a la princesa de Helium, fue Gar Nal.

Y acto seguido, los dos comenzaron a acusarse el uno al otro, y no tardé en descubrir que aquellos dos magistrales inventores y redomados bribones, habían acordado una tregua y unido fuerzas, obligados por su mutuo temor hacia mí. Gar Nal ocultaría a Fal Silvas y, en compensación, éste le revelaría los secretos de su cerebro mecánico.

Ambos estaban seguros de que la casa de Gar Nal sería el último lugar del mundo donde yo buscaría a Fal Silvas. Gar Nal había ordenado a sus criados que dijeran que

nunca había vuelto de su viaje con Ur Jan, dando la impresión de que todavía estaba en Thuria; planeaba partir aquella misma noche hacia un distante escondrijo.

Pero todo aquello me fastidiaba. Ni ellos ni sus planes me interesaban lo más mínimo. Yo sólo quería saber una cosa, y era qué había sido de Dejah Thoris.

—¿Dónde está mi princesa, Gar Nal? Dímelo y te perdono la vida.

—Aún está en Ombra.

Me volví hacia Fal Silvas.

—Esta es tu sentencia de muerte, Fal Silvas —le anuncié.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Tú impides que yo controle el cerebro que dirige tu nave, que es el único medio que tengo para alcanzar Ombra.

Ur Jan alzó su espada para abrirle el cráneo a Fal Silvas, pero aquel cobarde se arrojó ante mí, suplicando por su vida.

—No me mates —gritó—, y te devolveré la nave y dejaré que controles el cerebro.

—No puedo fiarme de ti —dije yo.

—Llévame contigo —mendigó—, será preferible a la muerte.

—Muy bien. Pero si te interfieres en mis planes o intentas traicionarme, lo pagarás con tu vida.

Me volví hacia la puerta.

—Voy a volver a Thuria esta noche —dije a mis compañeros—. Me llevaré a Fal Silvas conmigo, y cuando vuelva con mi princesa, y no volveré sin ella, espero poder recompensaros materialmente a todos, por vuestra espléndida lealtad.

—Yo voy contigo, mí príncipe—dijo Jat Or—, y no quiero recompensa alguna.

—Yo también iré —manifestó Zanda.

—Y yo —gruñó Ur Jan—. Pero primero, mí príncipe, déjame por favor que le atraviese el corazón a ese canalla —y mientras hablaba, comenzó a avanzar hacia Gar Nal—. Debe morir por lo que ha hecho. Dio su palabra y la rompió.

Yo negué con la cabeza.

—No, Ur Jan. Me dijo dónde puedo encontrar a mi princesa, y he garantizado su vida a cambio.

Refunfuñando, Ur Jan envainó la espada, y los cuatro, en compañía de Fal Silvas, nos dirigimos hacia la puerta. Los demás me precedían. Yo iba a ser el último en salir al pasillo, y justo cuando me disponía a hacerlo, oí abrirse una puerta, en el otro extremo de la habitación que iba abandonar. Me volví para echar una mirada, y allí, en el umbral de enfrente, se encontraba Dejah Thoris.

Vino hacia mí, con los brazos extendidos, mientras que yo corría hacia ella.

Respiraba entrecortadamente y temblaba cuando la tomé en mis brazos.

—Oh, mi príncipe —gritó—, creí que no lo lograría a tiempo. Escuché todo lo

que se dijo en esta habitación, pero estaba atada y amordazada, y no podía avisarte de que Gar Nal te estaba engañando. Sólo ahora he logrado liberarme.

Mi exclamación de sorpresa, al verla, había atraído la atención de mis compañeros, y todos volvieron a la habitación, y mientras estrechaba a la princesa entre mis brazos, Ur Jan saltó junto a mí y traspasó con su espada el pútrido corazón de Gar Nal.